

UNA INSPECTORA IMPARABLE. UN ASESINO
ESCURRIDIZO. UNA BÚSQUEDA INCANSABLE.

LIBRO 3 INSPECTORA ERICA SANDS

GREGG DUNNETT

LA
CAZA

PUEDES CORRER, PERO NO ESCONDERTE.

LA CAZA

INSPECTORA ERICA SANDS
LIBRO 3

GREGG DUNNETT

Traducido por
M. L. CHACON



Copyright © 2024 Gregg Dunnett

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

PARTE 1

CAPÍTULO UNO

—CUANDO LLEGARON LOS PARAMÉDICOS, alrededor de las tres de la madrugada, encontraron a Susan Hunter inconsciente al pie de las escaleras, con lesiones que más tarde se demostró que concordaban con haber sido empujada por esas escaleras... —El subinspector Steven Karim hizo aquí una pausa para añadir un toque dramático a su presentación—. Además, tenemos la declaración de los vecinos de que oyeron voces dentro del piso de los Hunter la noche anterior, indicativo de una discusión. Creen que la voz masculina era la de Paul Hunter, el marido de Susan Hunter. También está el hecho de que Paul Hunter contrató una póliza de un seguro de vida para su mujer pocos meses antes del incidente.

Karim volvió a hacer una pausa, esta vez mirando alrededor de la sala para asegurarse de que todos los presentes le prestaban atención. Había empezado un poco dubitativo, como si no se sintiera del todo cómodo resumiendo su caso delante de los investigadores principales y el inspector jefe, pero ahora se sentía más seguro. Incluso parecía estar disfrutándolo.

—En consecuencia, estamos intentando enviar el caso a la fiscalía, esperemos que esta semana, y pedirles un cargo de intento de asesinato contra Paul Hunter. Creo que no solo fue el causante de la caída de su mujer, sino que fue un acto deliberado y premeditado. —Volvió a detenerse, pero esta vez para rascarse la nariz. La inspectora Erica Sands levantó la vista, no había anticipado que su colega dudase en ese momento, pero enseguida volvió a concentrarse en su bloc de notas donde esbozaba un garabato. No había oído hablar de la desafortunada Susan Hunter, ni de su posible marido asesino, antes de que Karim empezara a hablar, pero ya había evaluado el caso a partir de las notas que le había proporcionado.

—¿Y qué dice él que pasó? Me refiero a Paul Hunter. —El inspector jefe Yorke llevaba puestas sus gafas de montura de acero, que últimamente necesitaba para ver de cerca. Miró a Karim por encima de ellas—. ¿Ha explicado por qué discutieron?

Karim negó con la cabeza.

—Dice que no hubo ninguna discusión, jefe. Estaban... —Frunció el ceño, y luego continuó como si estuviera citando al acusado—: «viendo una serie en Netflix». —Karim se encogió un poco de hombros, como queriendo justificar la debilidad de la excusa.

Yorke asintió y tomó nota.

—¿Y la caída? ¿Tiene alguna explicación?

—Dice que su mujer era sonámbula, jefe. Dice que se habían acostado como de costumbre, después de la serie, pero que le despertó el ruido de su mujer al caer por las escaleras. Dice que ella salía a menudo de la cama por la noche, a veces incluso bajaba y se preparaba bocadillos, y

que nunca recordaba nada al día siguiente. —Karim se encogió de hombros con impotencia, reconociendo de nuevo lo pobre de la explicación, y quizá lamentando no tener nada más contundente que informar. Pero Yorke lo ignoró.

—Si lo hacía a menudo, ¿por qué se cayó en esta ocasión?

—¡Ah! —Karim se animó—. Pues para esto sí que tiene respuesta. Habían instalado una barrera para la escalera, del tipo que se pone para los niños pequeños, con una barra de metal que va a lo largo del suelo. Afirma que debió de tropezar con ella.

Yorke frunció el ceño y hojeó rápidamente los papeles.

—¿Habían tenido un hijo?

—Nada de eso, jefe. Pero hacía poco que habían comprado un cachorro.

Sands volvió a levantar la cabeza, esta vez con una mirada interrogante. Yorke lo vio y desvió su atención de Karim.

—¿Qué estás pensando, Erica? ¿Hay algo que quieras añadir?

Sus ojos no estaban fijos en Yorke, sino detrás de él, en una ventana y la vista que había más allá. Se quedó así un rato, antes de sacudir ligeramente la cabeza.

—No. Nada. —Volvió a su garabato, sombreando algo con un patrón cruzado.

Yorke volvió a fruncir el ceño y se quitó las gafas para verla mejor.

—¿Estás de acuerdo con la evaluación del subinspector Karim de que deberíamos seguir adelante con un caso contra Paul Hunter?

En el escritorio frente a Sands se encontraba la carpeta referente al caso. Karim había proporcionado una copia a cada uno de los presentes. Había fotografías de las heridas sufridas por Susan Hunter y de la escalera donde fue encontrada. Había copias de la póliza del seguro que demostraba que Paul Hunter recibiría más de doscientas mil libras en caso de fallecimiento de su esposa. Y había declaraciones de los vecinos. Sus ojos lo ojearon todo por encima, sin fijarse en lo que había sino en lo que faltaba.

—Es una sonámbula, jefe.

Se hizo un silencio confuso en la sala.

—¿Perdón? —Yorke volvió a fruncir el ceño.

—El inspector Karim ha dicho que Susan Hunter era sonámbula; no está muerta, por lo tanto, debemos decir que es sonámbula.

—Puede que no esté muerta, pero está en coma. —Karim sonó combativo de repente.

—Que no es lo mismo que muerta.

—Podría acabar muerta.

—Todos acabaremos muertos. Pero en el caso de Susan Hunter, hay una buena posibilidad de que se despierte primero. Y entonces podrá decirnos si su marido la empujó por las escaleras o no.

Sands esbozó lo que parecía una sonrisa sarcástica, aunque en realidad era demasiado profesional para hacerlo. Luego volvió a dibujar su garabato. Ahora estaba más claro lo que era: un boceto de una isla desierta con un cocotero y un hombre sentado en la playa mirando al mar como si esperara un rescate. Giró el bloc para ver mejor la perspectiva del boceto, sin hacer nada por ocultarlo a los demás agentes de la sala. Yorke respiró hondo antes de responder. Era evidente que le costó cierto esfuerzo mantener el tono civilizado en su voz.

—Erica, dado que normalmente no podemos avanzar en un caso preguntando a la víctima qué pasó, ¿estarías dispuesta a darnos tu valoración de las pruebas presentadas en este caso? ¿Estás de acuerdo con el subinspector Karim en que tenemos un caso lo suficientemente sólido

como para recomendar cargos a la fiscalía?

Un poco a regañadientes, Sands detuvo el dibujo -estaba añadiendo cocos al árbol- y miró a su jefe. Pero era difícil. El problema era que no se atrevía a darle importancia.

—¿Cómo se supone que voy a responder a esa pregunta, jefe, cuando ni siquiera tiene lo básico?

Hubo varios segundos de silencio.

—Lo siento, ¿a qué te refieres, exactamente? —Karim decidió, que debía ser él quien lo rompiera, pero Yorke lo interrumpió ahora ya con tono cabreado.

—Inspectora Sands, el propósito de estas reuniones es compartir la experiencia de los investigadores más veteranos con los más noveles que, sin embargo, están llevando casos reales. Tenemos ante nosotros un resumen detallado de las pruebas recogidas por Karim y su equipo. Si tienes algún problema con esas pruebas, ahora es el momento de compartirlo. —El tono de Yorke era estricto, enfadado, pero sin perder el control. Sands respondió con un sonoro suspiro. Luego pasó a otra página del bloc de notas y la arrancó.

—He hecho una lista. —Se la tendió a Karim a través de la mesa.

—¿Una lista? —preguntó Karim sin dejar de observarla—. ¿De qué?

—¿De qué? —repitió Sands en voz baja con cierta ironía mientras, agitaba el papel de manera animada para que Karim lo cogiera. Luego prosiguió sin demora—. De preguntas que aún no has respondido al completo, o con las que ni siquiera has empezado. —Tras arrancar la página, su dibujo volvió a estar delante de ella. Lo miró con nostalgia, pero no volvió a coger el bolígrafo.

Hubo otra pausa antes de que Yorke volviera a hablar, ahora con una voz anormalmente calmada.

—Bien, ¿qué hay en la lista?

Durante un incómodo momento pareció que le iban a pedir a Karim que la leyera en voz alta, cosa que era evidente que no quería hacer. Entonces Sands empezó con la lista ella misma, a pesar de que ya no la tenía delante.

—Número uno. El sonambulismo es raro, pero afecta a entre el tres y el cuatro por ciento de los adultos, así que no es tan raro. Sin embargo, parece que solo tenemos la palabra de Paul Hunter de que su esposa lo tiene. ¿Dónde están las pruebas que lo corroboren? No hay historial médico de Susan Hunter. Nada de parejas anteriores. Casi todos los adultos que son sonámbulos lo eran con más frecuencia cuando eran niños, ¿qué dicen los padres? Creo que sería útil saberlo.

»Dos. —Sands levantó la vista—. La póliza del seguro de vida podría ser sospechosa, pero no es raro que la gente la contrate sin intención de asesinar a los beneficiarios. Tendríamos una visión más clara si conociéramos la situación financiera de los Hunter. ¿Están endeudados? ¿Él juega? ¿Les va bien? Parece un punto relevante.

»Tres —continuó sin detenerse—, si Paul Hunter empujó a su mujer por las escaleras y ha estado mintiendo sobre ello desde entonces, sugiere una elevada capacidad para el comportamiento violento y retorcido. De ser así, esperaríamos ver un patrón de conducta similar en sus antecedentes. ¿Existen tales antecedentes? —Se encogió de hombros para ilustrar su ausencia—. Como mínimo, esperaríamos ver una evaluación psicológica del señor Hunter que nos ayude a establecer si el intento de asesinato es una hipótesis plausible. —Sands separó los papeles que tenía delante, como si estuviera rebuscando en ellos—. Tal vez el subinspector Karim se olvidó de traerla porque aquí no la he visto.

Sands se detuvo, con los ojos fijos en Karim.

—Cuatro. ¿Qué estaban viendo en Netflix? ¿Acaso preguntaste?

Karim la miró a los ojos, mientras respiraba profunda y airadamente a través de unas fosas nasales ensanchadas.

—Resulta que sí, jefa. Dijo que era una serie sobre Pablo Escobar. Se llama Narcos.

Él le devolvió la mirada, enviándole claramente el mensaje de que, al menos, había ganado ese punto. Pero ella se limitó a tocarse el labio superior con la lengua mientras esbozaba una pequeña sonrisa.

—Excelente. ¿Qué episodio? ¿Incluye voces alzadas que podrían confundirse con una discusión? ¿Has confirmado en la cuenta de Netflix que el episodio se ha visto? ¿Coincide la hora con la que los vecinos dicen haber oído las voces? Ah, ¿y has preguntado si a menudo podían oír la televisión del vecino? ¿Has comprobado la transmisión del sonido entre las dos casas?

Karim no contestó, pero Yorke sí.

—Creo que deberíamos tener en cuenta que cada uno está haciendo lo que puede con severas restricciones de mano de obra y recursos, y que todos estamos trabajando juntos...

—No dudo de que nos falten agentes decentes. —Puede que Sands insistiera lo suficiente en la palabra «decentes» para enviar un mensaje, pero era sutil. Se volvió hacia Karim—. Pero pensaba que, en general, podemos contar con agentes que ven Netflix en abundancia. —Sacudió la cabeza y se giró. Podría decirse que había ido demasiado lejos, pero no estaría dispuesta a admitirlo.

—Creo que ya es suficiente —decía Yorke en un lugar muy alejado de la mente de Erica—. Subinspector Karim, está claro que hace falta un poco más de trabajo antes de que puedas presentar el caso a la fiscalía, y tienes una... —hizo una pausa—, una lista con la que trabajar, pero vamos a dejarlo aquí de momento. —Echó un vistazo a la sala—. La próxima reunión es el primer lunes del mes que viene. A la misma hora y en el mismo sitio. —Esbozó una sonrisa tensa—. Erica, antes de que vuelvas al trabajo, ¿podemos hablar un momento?

CAPÍTULO DOS

—¿ESTÁS bien? —le preguntó Yorke después de que salieran los demás agentes. Siguiendo instrucciones del superintendente, el último de ellos había cerrado la puerta al salir. Sands no respondió—. Porque no soy el único que se ha dado cuenta de que últimamente pareces bastante estresada.

Sands se volvió lentamente hacia él, observando las arrugas de su rostro y que casi no le quedaba nada del color original del pelo. Algún día se jubilaría, quizá pronto, y era poco probable que quien le sustituyera compartiera su indulgente visión de ella. ¿Cuántos años tendría? ¿Sesenta? ¿Sesenta y cinco?

—¿Erica?

Se sacudió los pensamientos de la cabeza.

—Lo único que he hecho ha sido señalar las faltas en el caso. ¿No es eso para lo que estoy aquí? No veo por qué me va a estresar... —Le dirigió una mirada y decidió que tenía algo más que decir—. Si no digo nada, existe la posibilidad real de que Karim envíe a la cárcel a un hombre inocente, un hombre que ya ha sufrido la terrible desgracia de que su mujer casi muera en un trágico accidente. ¿Es eso lo que queremos? Y luego está el coste del juicio, encontrar un sitio para Paul Hunter mientras está en prisión preventiva...

—Nadie te pide que te calles, Erica —interrumpió Yorke—. El objetivo de estas reuniones es aprovechar la experiencia de nuestros investigadores más veteranos para detectar errores antes de que vayan demasiado lejos. Pero hay formas y formas de hacerlo.

Sands no respondió.

—Y no lo has hecho de la mejor manera.

—Tal vez no esté hecha para desempeñar el papel de mentora.

Se hizo el silencio y la mirada afilada de Yorke se disolvió. Alargó la mano hacia el bloc de notas de ella, dudando al hacerlo, como si pidiera permiso. Ella se encogió de hombros y dejó que se lo acercara. Examinó el garabato que había dibujado. Lo último que había añadido eran varias aletas de tiburón rodeando la pequeña isla.

—Quizá sea una interpretación simplista, pero ¿estás pensando en irte de vacaciones a algún lugar cálido? —Le dedicó una sonrisa, pero Sands no respondió. La sonrisa se desvaneció—. ¿Cómo va el caso contra Sterling? —La pregunta cambió el ambiente de la sala de reuniones. Charles Sterling era uno de los asesinos en serie de más alto perfil jamás capturados en el Reino Unido; se había fugado de la cárcel el año anterior y había vuelto a matar en veinticuatro horas. Y lo que era más importante, también era el padre de Sands.

—El caso contra él es sólido como una roca —respondió Sands al cabo de un rato—. El problema es que nadie sabe dónde está.

Yorke asintió, entrando con cuidado en la conversación.

—En cierto modo es irónico. Solía ser yo quien se encargaba de ponerte al día sobre Sterling y las gilipolleces que hacía en la cárcel. —Sonrió—. Ahora eres tú quien me pone al día.

—Hay muy poco que contar, jefe —contestó Sands con los labios finos. Cuando Yorke se limitó a esperar a que continuara, ella lo hizo y volvió a suspirar—. La Interpol tiene el caso. Lo lleva un agente llamado Jonathan Briggs, ¿lo conoces?

Yorke negó con la cabeza.

—No es que sea un mal agente. Fue asignado por la Secretaría General de la Interpol como parte de un grupo de trabajo especializado en fugitivos internacionales.

—¿Y qué está haciendo?

Sands parecía estar considerando su respuesta.

—Creo que las palabras «una puta mierda» son las que mejor lo resumen —dijo al final, con la voz cargada de amargura. Las cejas de Yorke se alzaron un poco y Sands hizo un gesto de disculpa con la mano—. Lo siento, jefe. Es que es muy frustrante. Briggs tardó casi un mes en emitir una notificación roja, e incluso entonces...

—Espera... —Yorke levantó una mano—. He tenido algunos sospechosos que se han escapado a la «Costa del Crimen», pero mi carrera no ha incluido tantos fugitivos internacionales. ¿Puedes explicarme qué es una notificación roja?

Sands asintió.

—Es una solicitud dirigida a las fuerzas del orden de todo el mundo para que localicen y detengan a una persona de interés. La Interpol la emite si está convencida de que existe una orden de detención nacional válida, que es lo que tenemos. Pero el problema es que es solo una petición, no obliga a nadie a hacer nada, así que no hay ninguna investigación activa sobre dónde se puede encontrar Sterling.

—¿Así que literalmente es solo una lista?

—Correcto. Si lo detuvieran y se comprobaran sus huellas dactilares o su ADN, aparecería como poseedor de una orden de detención abierta, y entonces el país que lo detuviera podría acceder a iniciar los trámites de extradición. Pero es demasiado listo para que deje que tomen sus huellas, y hay muchas posibilidades de que esté escondido en algún lugar que no tenga tratado de extradición, en cuyo caso la notificación roja se ignoraría de todos modos.

—¿Y qué podría hacer una investigación, si la hubiera?

Sands tomó aire para recomponerse.

—Sabemos que Sterling recibió ayuda mientras estaba en prisión de un guardia llamado Barney Atkinson. Ayudó a planear y ejecutar la fuga de Sterling, a cambio de una generosa parte del dinero que Sterling había adquirido por su temprana implicación en las criptodivisas...

—Y cuando dices generosa... te quedas corta, si no recuerdo mal.

—Identificamos una transferencia de Bitcoin que estaba valorada en nueve millones de dólares en el momento de la fuga de Sterling. Desde entonces, el mercado se ha retraído bastante, pero sigue valiendo unos cinco millones.

—¿Cinco millones? ¿Esa era la parte de Atkinson? Tengo entendido que Sterling se quedó con mucho más.

De nuevo, Sands hizo una pausa antes de continuar.

—Así es, jefe. Sospechamos que tuvo acceso a casi novecientos millones de dólares. Sin

embargo, la criptomoneda desapareció poco después de que lo hiciera Sterling. No sabemos si la movió, o tuvo la suerte de convertirla en efectivo antes de que el mercado se desplomara...

—Tal vez tuvo suerte o tal vez eso no sea más que otro ejemplo de su astucia. —Yorke sacudió la cabeza, en parte asombrado—. Novecientos millones de dólares. Me pregunto si eso es más que el presupuesto operativo de la Interpol. —Una leve sonrisa apareció en sus labios ante la idea.

—Al año, es más de seis veces mayor, jefe. La Interpol tiene un presupuesto de 142,7 millones.

La sonrisa se desvaneció.

—Bueno, ¿hay alguna manera de que se pueda rastrear ese dinero? Debe de haber algún tipo de huella digital.

Sands negó con la cabeza.

—Es una criptomoneda. Se basa en el concepto de que es anónima, además de ser teórica y prácticamente imposible romper ese anonimato. Todo se vendría abajo si no fuera así.

—Bueno, tal vez eso no sería tan malo —reflexionó Yorke—. Dada la manera en la que la usan los delincuentes.

—Desgraciadamente, el sistema financiero mundial se derrumbaría con ella. Y eso derribaría a todos los gobiernos nacionales e igual provocaría una extinción humana masiva.

—Bueno. —Yorke tuvo que fijarse en el gesto de Sands para ver si estaba exagerando, pero su rostro no mostraba ninguna emoción—. Aun así, su gran riqueza podría ser una forma de localizarlo. Asumo que el tal Briggs está monitoreando cualquier gran inversión que pueda indicar su ubicación.

—Eso dice él.

—¿Pero no lo crees?

—Digamos que lo visito con regularidad para mantenerlo honesto.

Yorke volvió a sonreír y se quedó pensativo un momento.

—¿Y estás segura de que no hay pruebas de que siga aquí en Inglaterra? Doy fe de que no has olvidado lo que le pasó a John Lindham. —No hacía falta mencionarlo; ambos sabían que Sterling había desempeñado un papel importante en la muerte del antiguo ayudante de Erica, el inspector John Lindham, junto con su mujer y sus dos hijos.

Sacudió la cabeza.

—No hay ningún rastro que indique que así sea. Creo que la muerte de Lindham significó tan poco para él que ya lo habrá olvidado. —Su voz era tranquila, y Yorke guardó silencio un momento por respeto.

—Bueno, estate alerta. Y mantenme informado por si algo cambia. —Yorke recogió sus notas de antes y se dispuso a marcharse—. Ah, y no seas tan dura con el subinspector Karim. El pobre hace lo que puede.

CAPÍTULO TRES

SANDS GOLPEÓ con los dedos el volante de cuero del Alfa. Metió la primera marcha y avanzó unos metros por la autopista M3 antes de levantar el pie del acelerador y detenerse de nuevo detrás del parachoques trasero del Mercedes que tenía delante. Había sopesado si coger el tren o conducir hasta Londres, con todas las molestias del tráfico y la Zona de Bajas Emisiones. Fue una decisión bastante fácil coger el coche. Con Sterling fuera de la cárcel y en paradero desconocido, la verdad era que se sentía un poco inquieta en lugares públicos. Era ridículo: si hubiera querido hacerle daño, ya lo habría hecho, y estar encerrada en su coche desde luego no la protegería. Pero, aun así, se sentía mejor observando el mundo desde su reconfortante interior. Se fijó en la nuca del conductor del Mercedes, consciente de que había memorizado la matrícula del coche sin motivo. Miró el reloj del salpicadero y calculó el tiempo que le quedaba de viaje. Quizá se estaba mintiendo a sí misma. Quizá no le gustaban los trenes ni estar expuesta a otras personas.

Fuera lo que fuese lo que había provocado el atasco, pareció remitir y, a medida que los coches a su alrededor empezaron a avanzar, el alivio y la esperanza se hicieron palpables en el ambiente de la autopista. La velocidad superó los sesenta kilómetros por hora y le dio las luces para indicar al conductor del Mercedes que se apartara de su camino.

Llegó media hora más tarde de lo previsto a la puerta del anónimo edificio de cristal y acero de la Oficina de la Interpol en el Reino Unido, situado justo detrás del río Támesis. Si hubiera estado en cualquier otro lugar, habría destacado por sus ventanas de cristal espejado y sus extraños revestimientos laterales de acero, pero aquí esos detalles parecían diseñados para pasar desapercibido. No me mires a mí, decía, sino a los rascacielos de la gran ciudad. Esperó hasta que la puerta giratoria le ofreció una entrada, y luego tuvo que esperar de nuevo para salir por el otro lado a un espacioso vestíbulo con el logotipo de la agencia incrustado en el suelo de mármol. Tuvo que pasar un control de seguridad al estilo de los aeropuertos, a cargo de un hombre de uniforme azul muy poco sonriente, antes de llegar al discreto mostrador de recepción, donde había una mujer joven que al menos sonreía con amabilidad. Su nombre estaba impreso en una placa de su blusa. Suzanne Johnson.

—Vengo a ver al agente Jonathan Briggs.

—Por supuesto. ¿La está esperando?

—Sí, me dijo que subiera. Conozco el camino.

La mujer empezó a protestar, pero Sands le hizo un gesto con la mano mientras se dirigía a los ascensores, donde pulsó el botón. Se giró y vio que la recepcionista ya estaba al teléfono. El

guardia de seguridad también parecía interesado, pero el ascensor llegó y Sands entró, seleccionando la séptima planta.

—¡Inspectora Sands! —El agente Briggs estaba hablando por teléfono en su mesa, que se encontraba cerca de la ventana, pero no exactamente delante de ella, en un espacio de trabajo amplio y diáfano que zumbaba en silencio mientras varios dedos pulsaban los teclados y voces bajas hablaban por teléfono—. Gracias Suzie, ya está conmigo. —Colgó el auricular, se levantó y le tendió la mano. Era un treintañero, con el pelo oscuro recogido en una coleta que dejaba ver un rostro abierto y simétrico. Llevaba un traje hecho a medida y una sonrisa divertida en la cara —. No me digas, ¿pasabas por aquí?

—No. Tengo muy pocas razones para venir a Londres. Estoy aquí específicamente para ver cómo va el caso. No estoy satisfecha con los avances que estáis haciendo y no estoy convencida de que el caso esté recibiendo la atención que merece. —La mano de Briggs seguía allí, así que Sands la estrechó.

Briggs lanzó una mirada a sus colegas, pero su sonrisa apenas vaciló.

—Voy a ver si encuentro una sala de reuniones.

—Si quieres.

La inspectora esperó mientras Briggs consultaba en su ordenador, al parecer seguro de encontrar un lugar de reunión.

—Tengo teléfono —dijo mientras trabajaba y, como si tuviera que demostrar que era cierto, señaló un iPhone que tenía sobre la mesa. —Podrías llamarme, para ponerte al día.

Sands frunció el ceño en respuesta, pero en lugar de mirar hacia su teléfono, su vista se posó en una carpeta verde abierta sobre su escritorio. Era un poco difícil de leer al revés, y estaba a punto de conseguirlo cuando él la descubrió mirando.

—No tiene nada que ver con tu... —Cerró el expediente con brusquedad y lo dejó a un lado —. Son un par de ladrones armados; creemos que están en la República Checa. —Chasqueó la lengua—. Ninguna de las salas de reuniones está disponible a corto plazo... ¿Qué te parece si salimos al mundo real? Te invito a un café.

Sands miró a su alrededor, preguntándose qué había de malo en sentarse donde estaban, y notó la mirada de algunos de los agentes apostados cerca del escritorio de Briggs. Volvió a encogerse de hombros mientras él cogía un iPad y lo metía en una funda protectora de neopreno. El agente se puso en pie, con cara de felicidad, y se dirigió hacia los ascensores.

—En realidad, no me vas a creer —dijo mientras descendían—, pero iba a ponerme en contacto contigo. Tengo noticias.

—¿Qué noticias?

No contestó. Cuando el ascensor se detuvo, la condujo a través del vestíbulo hasta el Starbucks de enfrente. Le preguntó qué quería y Sands esperó en una mesa mientras él hacía el pedido. Al igual que en el coche, se sentía un poco incómoda estando al aire libre, rodeada de gente. Lo atribuyó a la paranoia.

—¿Qué noticias hay? No has localizado a Sterling o ya me lo habrías dicho —dijo Sands cuando Briggs se sentó en el asiento de enfrente. Habló en voz baja, aunque no había nadie cerca que pudiera oírla. Solo unos cuantos ejecutivos en traje sentados en parejas o mirando sus móviles en otros lugares de la cafetería.

—No, todavía no ha habido respuesta a la notificación roja, pero ya te avisé de que estas

cosas pueden llevar mucho tiempo. Incluso si tuviéramos la capacidad de investigar en activo el paradero de Sterling, no tenemos casi nada en lo que basarnos. Antes de su fuga estuvo en prisión más de veinte años, lo que hace poco probable que siguiera en contacto con la gente que conocía antes de su detención. Aunque era un prolífico escritor de cartas -por cierto, gracias por hacer que me enviaran copias de toda su correspondencia, las he archivado y he necesitado varias carpetas- también sabemos que enviaba otra correspondencia a través del funcionario de prisiones que le ayudó a escapar. Así que si estaba organizando cómo iba a salir del país y adónde iría después, es probable que no tengamos acceso a esa información.

Abrió las manos en un gesto de impotencia, pero había algo en la sonrisa que permanecía en su rostro que hizo que Sands le dejara seguir hablando. Después de todo, había pasado dos horas sentada en un coche en la autopista para llegar hasta aquí.

—Ni que decir tiene, si cometiera el error de solicitar una cuenta bancaria, o de cruzar una frontera internacional, bajo el nombre de Charles Sterling nos enteraríamos, pero por lo que sabemos de él no va a ser tan estúpido. —Briggs se echó hacia atrás.

—¿Cuál es la noticia?

Briggs hizo una pausa, todavía reclinado en su silla, antes de acercarse de nuevo, coger el iPad y desbloquearlo con la huella del pulgar.

—No sé si esto te va a servir de algo, pero... —Su dedo pasó varias veces por la pantalla antes de girarla para mirar a Erica—. ¿Reconoces a este tipo?

En la pantalla se veía una imagen fija de mala calidad de una cámara de circuito cerrado de televisión que vigilaba lo que parecía una oficina en una sala de exposiciones con aire acondicionado. Se veía a dos hombres; Sands no podía ver la cara de quien era, supuso, el vendedor, pero el cliente era un hombre corpulento vestido con una camisa hawaiana de manga corta y pantalones cortos. Tardó unos segundos en hacer la conexión en su cabeza.

—Barney Atkinson —afirmó Sands.

—Según nuestro sistema de reconocimiento facial, así es, aunque yo mismo no lo vi. Me imaginé que no ibas a dejar de darme la lata, así que tuve la genial idea de vigilar las transacciones de alto valor en ciudades cercanas a donde le perdimos la pista. Sabemos que voló a São Paulo después de la fuga de Sterling, y luego sospechamos que tomó un vuelo interno hacia el norte, a Natal. Más allá de eso desaparece. Hasta que... —Extendió la mano para coger el iPad y se calló cuando Sands se lo devolvió.

—¿Dónde está?

No contestó directamente.

—Como ya he dicho, me centré en Natal y en algunas ciudades que están a menos de cinco horas en autobús, ciudades costeras. En esos sitios hace calor y tu hombre tiene cinco millones en el banco, más que suficiente para comprar una propiedad inmobiliaria al alcance de la brisa marina. Así que tiré de muchos favores de mis colegas de la oficina brasileña y les pedí que sacaran imágenes de todas las compras de alto valor que se nos ocurrieron: coches deportivos, propiedades, yates y demás. Luego las introdujimos en nuestro sistema de reconocimiento facial. Temo que pasamos por alto la compra de propiedades, pero esta compra no se nos escapó.

—¿Dónde está? —insistió Sands—. Parece un concesionario de coches.

—Está en una ciudad brasileña llamada Fortaleza, y suponiendo que tú y el sistema no estéis equivocados, es Barney Atkinson en plena compra de un sistema de seguridad de última generación.

CAPÍTULO CUATRO

—¿ASÍ que tienes su dirección?

Briggs abrió la aplicación de mapas del iPad, donde antes había puesto una chincheta en el sitio. Estaba configurada para ver imágenes por satélite y, cuando se la devolvió, Sands se encontró observando una casa desde arriba. Lo único que podía ver era el marrón anaranjado del tejado, el verde oscuro de los arbustos del jardín y una gran extensión de un verde más brillante, con una piscina en forma de riñón de un azul turquesa resplandeciente. Se alejó un poco, revelando más jardín, terrenos en realidad, con un gran camino de entrada, vacío. Si había un coche, era de esperar que se encontrase en el garaje. Había vecinos, con casas igual de grandes, y cuando se alejó un poco más, vio una franja de playa amarilla descolorida, y luego el azul celeste del Océano Atlántico meridional.

—¿Pueden atraparlo? Esos contactos que tienes, ¿pueden arrestarlo? ¿Cómo lo traemos de vuelta aquí?

Briggs hizo una mueca y Sands prosiguió de inmediato.

—Venga, el tipo ayudó en la fuga de un asesino múltiple. ¡Tendrán que arrestarlo!

—Es complicado. Si hubiera hecho lo que hizo en Brasil, estarían encima de él, y además con mano dura. Pero el sistema jurídico brasileño funciona de una manera muy particular.

—¿De qué manera?

—Bueno, de hecho, funciona de una manera que no funciona. Antes incluso de que la policía local responda al teléfono, tendríamos que conseguir que el Tribunal Federal Supremo emitiera una orden de arresto, que no sería válida hasta que fuera aprobada personalmente por el propio presidente. Ahora, no sé cuánto sigues la política brasileña, pero el actual presidente es un auténtico capullo, e incluso si no lo fuera, la simple realidad es que ningún presidente tiene tiempo, excepto para los casos de más alto perfil. El tribunal lo sabe y por eso ni siquiera se molesta en emitir las órdenes, lo que significa... —le lanzó una sonrisa— que no podemos tocarle. Por algo a los delincuentes les gusta huir a Brasil. —Sonrió irónicamente—. *A burocracia é um pesadelo.*

—¿Qué?

—*Um pesadelo* —repitió Briggs—. Es portugués. Significa que la burocracia es una pesadilla.

—¿Hablas portugués?

—Sí, es uno de los míos. Aquí todo el mundo habla al menos dos idiomas. —Señaló con el pulgar el edificio de la Interpol que había enfrente—. Aparte del inglés, claro.

Sands lo observó con atención y se guardó ese dato en la memoria. Luego suspiró.

—Tiene que haber algo que podamos hacer.

—Lo hay. Hay mucho que podemos hacer. Ahora que hemos identificado dónde está Atkinson, también sabemos el nombre bajo el que vive: Sean Jones, por lo que podemos vigilarlo. Podemos monitorizarlo online, y si Sterling contacta con él, nos dará una excelente oportunidad para localizarlo a él también. Oye, incluso es posible que estén viviendo cerca el uno del otro, Sterling y él. Al fin y al cabo es, por así decirlo, la única persona que Sterling conoce.

—No. —Sands negó con la cabeza.

Briggs abrió las manos.

—Ya, no digo que no tengas razón. Pero nunca se sabe. Supón que localizamos a Sterling allí. Con los crímenes que ha cometido, tendríamos una oportunidad de conseguir una orden de arresto.

—No —repitió Sands—. Sterling no va a estar cerca de Atkinson. —Se quedó callada, pensando, mientras Briggs continuaba.

—¿Pero trabajaron juntos? ¿Preparando la fuga? —insistió el agente de la Interpol—. Así que, es probable que Atkinson tuviera algo que ver en ayudar a Sterling a conseguir una nueva identidad, suponiendo que fuera eso lo que hizo. Y aún no sabemos cómo Sterling salió del Reino Unido, de nuevo suponiendo que lo hiciera. La explicación más probable es que Atkinson lo ayudara. A lo mejor él podría tener alguna idea de dónde está Sterling, o qué nombre está usando...

Sands le cortó, sin dejarle terminar el razonamiento.

—¿Qué implicaciones legales tendría para mí ir a interrogarle?

Briggs dudó. Puso mala cara.

—Eso sería difícil. Muy difícil. Como inspectora del Reino Unido no tienes jurisdicción allí, así que cualquier tipo de investigación tendría que coordinarse con las autoridades brasileñas. La Interpol podría ayudar con eso, pero... —pareció barajar varias opciones en su cabeza—, es más una cuestión diplomática. A Brasil le molesta que otros países atenten contra su soberanía; ya te dije que el presidente era un cretino. Tendríamos que conseguir que la embajada británica hiciera una petición, y eso significaría que tendríamos que conseguir que los Ministerio de Asuntos Exteriores y el de la Commonwealth se unieran. Tengo un contacto allí, pero...

Se detuvo, al parecer al darse cuenta de que Sands no dejaba de mirarlo.

—Me he expresado mal. Quería preguntar si hay algún problema legal... —dudó, enarcando un poco las cejas—, o diplomático con que me desplace hasta allí para hablar con él. Como amiga, quiero decir. —Esbozó una sonrisa sarcástica.

Briggs pareció confundido por un momento, pero luego comprendió. Se tomó su tiempo para responder.

—En teoría, puedes visitar a viejos amigos en casi cualquier país del mundo. Más o menos. No me gustaría que lo intentaras en Corea del Norte. —Hizo una pausa y se puso serio—. Pero debes tener claro que, si no quiere hablar contigo, no puedes hacer nada. Tendrás que marcharte. Y las autoridades locales no te ayudarán. Más bien al contrario, ahora que lo pienso. No te autorizarían a hacer el viaje en primer lugar, así que tendrías que financiarlo tú misma, y no sé qué les dirás a tus jefes sobre por qué vas allí...

—No te preocupes por mis jefes. ¿Puedes venir tú también? Atkinson sabrá que no tengo jurisdicción, pero si hay alguien de la Interpol podría asustarle lo suficiente como para ofrecer

intercambiar lo que sabe porque lo dejen en paz. Además, no hablo portugués.

Briggs parpadeó sorprendido.

—¿Acabo de decir todo esto en mi cabeza? Juraría que había hablado en voz alta...

—No tengo tiempo para bromas —le cortó ella—. ¿Puedes cogerte los días libres o no? ¿Tienes vacaciones o días de asuntos propios? —Suspiró y resistió el impulso de mirar el reloj.

Briggs respondió con cuidado.

—Resulta que la semana que viene estoy de permiso y me voy con mi hermana a Center Parcs. Además, aunque pudiera ir contigo, sin poderes formales de investigación no serviría de nada. Ni siquiera podría hablar con él.

Sands lo miró con los ojos entrecerrados. Pensó en preguntarle qué era Center Parcs, pero se imaginó que sería un camping y decidió buscarlo más tarde.

—Me haré cargo de todos los gastos, por supuesto —dijo ella, aún pensativa—. Tengo que arreglar unas cosas mañana; ¿qué tal te pilla volar el domingo?

CAPÍTULO CINCO

—NO, no, y por si no te ha quedado claro, ni hablar. —La voz del inspector jefe Yorke retumbó por el sistema de altavoces del Alfa. Sands ni siquiera había salido de la planta donde había dejado el coche antes de marcar su móvil personal.

—Jefe, tienes que entender que Atkinson trabajó en secreto con Sterling durante meses planeando la fuga. Es imposible que no ayudara a Sterling una vez fuera de la prisión. Él sabrá algo.

—Y tú tienes que entender, Erica, que tienes un departamento que dirigir. No puedes irte a Brasil así sin más, tienes casos que resolver.

—Golding puede encargarse. Si me necesita, estaré al teléfono.

—No.

Los neumáticos del Alfa chirriaron al tomar la curva para bajar hacia el piso de salida.

—Estaría de vuelta en una semana.

—No. ¿Cuánto va a costar de todos modos?

—Eso es irrelevante. Esta es la mejor pista que vamos a conseguir para encontrar a Sterling, y Atkinson podría moverse de nuevo en cualquier momento.

—¿No podemos seguirle la pista? ¿No es eso lo que hace la Interpol? ¿No podemos monitorizarlo online? Acabas de decir que le han instalado un sistema de seguridad; eso sugiere que planea quedarse donde está.

Sands negó con la cabeza. Bajó la ventanilla para introducir el billete y frunció el ceño, irritada al ver un cartel escrito a mano que decía que la máquina estaba fuera de servicio. En ese momento, un hombre corpulento empezó a caminar hacia ella desde su cabina, portando un juego de llaves. Introdujo una en la barrera. Sands dejó la ventanilla bajada para, si era necesario, gritarle al hombre que se diera prisa.

—Esta es nuestra única oportunidad de conseguir una ventaja sobre Sterling. No podemos quedarnos de brazos cruzados.

—No estoy sugiriendo que lo hagas —la voz de Yorke retumbó ahora, más allá del coche y en el espacio de hormigón a su alrededor—. Pero debe de haber una ruta oficial que puedas tomar. Tendrás que ponerte en contacto con el Ministerio de Asuntos Exteriores... No sé, ¿no es para eso para lo que está la Interpol?

Sands suspiró; en su mente reprodujo lo que ocurriría si explicaba que el presidente brasileño era un cretino y que, aunque no lo fuera, las posibilidades de que obtuviera permiso para hablar con Atkinson a título oficial eran casi nulas.

—Creo que tienes razón, jefe.

—Sé que tengo razón, Erica. A veces pasa...

—No con esto —interrumpió—. Me refiero a lo que dijiste el otro día.

—No lo entiendo —Yorke sonaba confuso.

—Dijiste que necesitaba unas vacaciones y creo que tienes razón. De repente me siento muy cansada. Debo admitir que una semana en algún lugar cálido y soleado me vendría muy bien. — La barrera se levantó y el hombre gordo se quedó mirando mientras ella adelantaba el coche y cerraba la ventanilla—. Me voy a Brasil.

No había vuelos directos, pero sí dos opciones: volar vía Ámsterdam a São Paulo, casi mil kilómetros más al sur de lo necesario, y luego coger un vuelo de conexión de vuelta al norte; o volar a Lisboa y desde allí volar al día siguiente a Fortaleza. Ambos vuelos llegaban más o menos a la misma hora, por lo que Sands tuvo que añadir una habitación doble en un hotel cercano al aeropuerto de Lisboa a lo que ya era una semana muy cara. No estaba segura de que Briggs estuviera de acuerdo, pero se limitó a enviarle los billetes. Resultó que, después de todo, la semana con su hermana era negociable.

La idea de Sands había sido pasar el día en Lisboa, en el hotel, revisando la información que Briggs había conseguido sobre Atkinson y su ubicación. Pero el lugar había hecho honor a su reputación de económico y no disponía de ningún sitio adecuado para trabajar. Ninguno de los lugares cercanos tampoco era atractivo. Entonces Briggs, que se había presentado en plan turista, con camiseta, pantalones cortos y chancas, sugirió que aprovecharan para ver Lisboa, y elaboró una ruta con su teléfono que incluía el paseo marítimo. Ella accedió, pero antes de llegar a la mitad del camino, él se sentó en la mesa de una cafetería.

—No puedo andar con esto. —Se quitó las chancas de una patada mientras llegaba un camarero—. *Eu gostaria uma cerveja se faz favor.* —Briggs hablaba rápido y con fluidez.

Sands repitió en su mente lo que había dicho e hizo todo lo posible por traducirlo. La palabra *cerveja* en una carta que tenía delante le dio una pista, junto a la palabra inglesa *beer*.

—No estamos de vacaciones —protestó Sands.

—Bueno, técnicamente sí, ¿no te acuerdas? —respondió Briggs con una sonrisa.

—*¿E você senhora?* —El camarero se volvió hacia Sands.

Por un momento ella también estuvo tentada, pero negó con la cabeza.

—Café —dijo en su lugar, y sacó el portátil. Era difícil ver la pantalla, pero perseveró mientras Briggs bebía su cerveza al sol. La verdad es que empezaba a preocuparse. Iba a ser difícil acercarse a Atkinson. Cuanto más lo pensaba, menos probable le parecía que accediera a hablar con ellos. Y una vez que supiera que las autoridades sabían dónde vivía, podría decidir desaparecer de nuevo, y entonces ni siquiera tendrían la opción de vigilarlo, como Briggs había sugerido en un principio. Además, nada en el expediente que había preparado Briggs la reconfortaba ni le daba ideas. Después de encontrar la casa, descubrieron también los documentos inmobiliarios, en los que figuraba cuánto había pagado Atkinson, la friolera de 1,4 millones de dólares, y los elevados niveles de lujo que había recibido por ese dinero.

—*Obrigado.* —Briggs dio las gracias al camarero cuando este les trajo un plato de calamares fritos, lo que sacó a Sands de sus pensamientos. Pero entonces el camarero continuó diciendo algo que ella no captó. En un momento dado, señaló el portátil abierto sobre la mesa.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Sands a Briggs cuando terminó el intercambio.

Briggs hizo un gesto con la mano para descartarlo.

—Nada, solo nos ha dicho que tengamos cuidado con el ordenador. Hay muchos ladrones en la ciudad estos días. —Exprimió limón sobre el calamar y se metió un trozo en la boca—. Esto es vida, ¿no?

El comentario hizo que Sands pensara en algo y volvió a los detalles de la nueva casa de Atkinson, hojeando rápidamente el texto, que estaba escrito tanto en portugués como en un inglés pasable. Al cabo de un momento encontró lo que tenía en mente.

—Seguridad —dijo frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa con la seguridad?

—Lo encontrasteis porque estaba instalando un sistema de seguridad de última generación. Pero mira, la casa ya tenía seguridad cuando él la compró.

Briggs se inclinó para ver, pero se encogió de hombros.

—Quizá quiera más. Por cierto, estos calamares están espectaculares. Deberías probarlos. —Le acercó el plato.

Facturaron para el vuelo nocturno justo cuando la ciudad comenzaba a cobrar vida por la noche. La generosidad de Sands se había extendido solo a dos billetes en clase turista y se apretó junto a Briggs, contenta de haber elegido al menos el asiento de la ventanilla para poder descansar la cabeza. Temía que él fuera a hablar durante todo el trayecto a través del Atlántico, ya que se había pasado el día contando detalles irrelevantes sobre Lisboa y su arquitectura, pero parecía que era un viajero de larga distancia con mucha experiencia y, en cuanto terminó la cena, infló una almohada de viaje y sacó un antifaz para los ojos.

—Hasta mañana.

CAPÍTULO SEIS

DADA LA DIFERENCIA HORARIA, aterrizaron de forma desconcertante la misma tarde en la que habían despegado. El avión descendió a trompicones hacia una ciudad de brillantes luces amarillas que se cortaba bruscamente en su confluencia con el océano, aún oscuro. En cuanto salieron del avión y cruzaron la pista, les golpeó una ola de aire caliente, y bajo el hedor del combustible de aviación se percibía algo más, la frescura de la vegetación tropical. Incluso antes de llegar a la terminal, Sands sintió que le corría el sudor por la nuca. Briggs, por su parte, parecía totalmente relajado; aspiró grandes bocanadas de aire y estiró los brazos con satisfacción.

Recogieron un coche de alquiler y lo llevaron a un hotel donde, aunque eran solo las once, a Sands le pareció que estaban en plena noche.

Al día siguiente, temprano porque Sands se había despertado a las cinco de la mañana por el desfase horario y a pesar de que tuvo que aporrear la puerta de Briggs para despertarlo, fueron a ver la nueva casa de Barney Atkinson, en una pequeña ciudad a una hora al norte de Fortaleza. Desde el suelo no parecía tan impresionante como en el iPad de Briggs. No la casa en sí, cuya planta baja era casi imposible de ver tras un alto muro, con puertas de hierro que solo dejaban entrever el interior, sino el resto de los alrededores. Mientras que Fortaleza había sido caótica y, en algunos lugares, destartada, era también moderna y bulliciosa. Este sitio se sentía adormecido y poco querido. Las calles estaban inacabadas, las losas de hormigón mal colocadas daban paso a la arena, y en ellas se veían casas claramente caras junto a chabolas. Tres enormes antenas de radio dominaban la pequeña ciudad. Y la playa, aunque estaba bordeada de cocoteros, tenía un aspecto desaliñado que Sands no había esperado. Una hilera de basura marcaba la línea de pleamar, y el agua, en lugar de ser turquesa como había parecido desde el aire, era del mismo azul grisáceo que el mar en Inglaterra.

—¿Qué te parece? —Briggs la sacó de sus pensamientos. Los había llevado en coche desde el hotel, ya que Sands quería observar la ciudad, y había aparcado en la calle frente a la nueva propiedad de Atkinson, con cuidado de evitar las cámaras de seguridad.

—No es como me lo esperaba.

Briggs se encogió de hombros.

—Brasil tiene una diferencia entre ricos y pobres mayor de lo que estamos acostumbrados. Pero lo mismo ocurre en Londres. —Pulsó el botón para bajar la ventanilla y entró una ola de aire caliente. Volvió a cerrarla y el aire acondicionado del coche se encendió con más fuerza—. ¿Tienes un plan, o vamos a sentarnos aquí a sudar un rato?

Sands volvió a mirar a su alrededor. No había nadie, pero no parecía una calle muy

transitada. Por otro lado, eso significaba que era poco probable que llamaran la atención.

—Vamos a mirar un rato. A ver qué pasa.

Desde donde estaban aparcados podían ver a través de las verjas de hierro la fachada de la casa de Atkinson. Al principio, Briggs dejó el motor encendido para que funcionara el aire acondicionado, pero al cabo de un rato Sands le dijo que lo apagara, preocupada porque el ruido pudiera anunciar su presencia. Aquello los dejó en una caja metálica que no tardó en calentarse a medida que el sol caía a plomo. Sands bajó las ventanillas e intentó ignorar el calor, concentrándose en la casa. Los jardines estaban bien cuidados: lujosa vegetación, palmeras y coloridos arbustos con flores rosas y naranjas. También se veía la parte superior de la casa, bien cuidada, con una pintura blanca impoluta y las tejas naranjas que había visto en Google. Pero no ocurrió nada. Nada se movía dentro de la casa de Atkinson ni en los jardines. Ni siquiera pasaba nadie por la calle. El coche se calentaba cada vez más.

—¿Seguro que no quieres tocar el timbre? —preguntó Briggs.

Sands negó con la cabeza.

—Atkinson me conoce. En cuanto me vea sabrá que su intento de desaparecer ha fracasado. No quiero perder la ventaja del factor sorpresa.

—Debería haber ido a Center Parcs —murmuró Briggs, casi demasiado bajo para que ella lo oyera, pero cuando lo hizo, esbozó una sonrisa sarcástica.

Pasó otra hora hasta que por fin ocurrió algo. La puerta principal de la casa se abrió y salió un hombre. Era corpulento, con los brazos musculosos y tatuados, y llevaba un chaleco negro. Silbó mientras se dirigía al garaje, abriendo de un golpe la puerta basculante.

—¿Es él? —preguntó Briggs, entrecerrando los ojos contra la luz.

El hombre aún estaba demasiado lejos para que Sands lo viera con claridad; si era Atkinson, tenía un aspecto muy diferente al que había tenido cuando lo había visto con el uniforme de la prisión. Pero no cabía lugar a dudas.

—Es él.

Observaron cómo sacaba del garaje un Mercedes negro con la capota bajada. Luego se detuvo mientras la puerta volvía a cerrarse con su motor eléctrico. Otro clic de su mando a distancia y la puerta principal empezó a abrirse.

—Cierra las ventanas y desaparece de la vista —dijo Sands en voz baja. Briggs le lanzó una mirada, pero hizo lo que le pedía. El Mercedes se dirigió hacia las puertas, pero luego se detuvo con el morro apuntando hacia la calle. La calle era tan tranquila que estaba claro que no era el tráfico lo que preocupaba a Atkinson. Aun así, miró primero a un lado y luego al otro, como un zorro que olfatea antes de salir de su madriguera. Por fin se comprometió a renunciar a la protección que le proporcionaban su casa y los altos muros. Sands mantuvo la cabeza lo bastante alta para observar, y vio cómo Atkinson se quedaba unos segundos mirando su coche, como si notara que no se había fijado en él antes. Pero ella había elegido a propósito un modelo común y, al final, Atkinson atravesó la portilla con el Mercedes; cuando esta se cerró del todo, el Mercedes empezó a emitir música a todo volumen y él se puso en marcha calle abajo, pasando junto al coche de ellos. Esperaron unos segundos más y volvieron a sentarse.

—¿Lo seguimos? —preguntó Briggs.

—Sí.

Fue un alivio volver a tener el motor en marcha y el aire acondicionado puesto, y no fue difícil mantener el Mercedes a la vista sin acercarse demasiado. Para alguien que intentaba pasar desapercibido, Atkinson no había elegido un buen vehículo. Conducía con una mano en el

volante y la otra apoyada en la puerta, se dirigía hacia la parte principal de la ciudad, pero se detuvo de repente junto a una gran cafetería donde había mesas alrededor de grandes plantas en macetas. Subió los pies al asiento y saltó del coche, sin molestarse en abrir la puerta primero, y luego miró a su alrededor, como esperando que alguien se hubiera dado cuenta de su atletismo. Pero no vio a Sands ni a Briggs, que ya se habían detenido al otro lado de la carretera. Creyendo que no le veía nadie, Atkinson estiró ahora un brazo, como si le hubiera dado un pequeño tirón, antes de sacudirse y entrar. Briggs volvió a mover el coche, aparcándolo más cerca para que pudieran ver el interior de la cafetería.

—Entra, a ver qué hace —le pidió Sands. Briggs asintió, abrió la puerta de un empujón y cruzó la calle en dirección a la cafetería. Sands se deslizó hasta el asiento del conductor por si tenían que arrancar de repente, pero por lo demás se limitó a observar y esperar.

Briggs reapareció unos cinco minutos después y se acercó a la ventana abierta.

—¿Qué está haciendo?

—Desayunando. Tiene buena pinta, si tienes hambre. Yo sí la tengo.

Sands se quedó pensativa durante un minuto, repasando los distintos planteamientos que podían hacer, pero al final todo se reducía a si Atkinson accedería a hablar con ellos, y la única forma que tenían de averiguarlo era preguntándoselo.

—Maldita sea. Hagámoslo —dijo. Pero antes de salir, arrancó el motor y tiró del coche hacia delante para que el parachoques tocara el Mercedes. Luego sacó las llaves del contacto y, al salir del coche, sintió una oleada de calor aliviada por la suave brisa del océano.

—De acuerdo.

La cafetería, que estaba casi vacía, tenía un ambiente relajado. No tenía paredes exteriores, y los postes de hormigón que sostenían el techo estaban disimulados por enormes helechos y palmeras que parecían refrescar el ambiente. Una pantalla de televisión mostraba un partido de fútbol, con el volumen lo bastante alto como para oír las voces alteradas de los comentaristas. Atkinson estaba sentado solo en una mesa frente al televisor, con un gigantesco plato de fruta tropical fresca delante. Se tomó un enorme trozo de papaya, con un ojo en el televisor y otro en el teléfono que había colocado sobre la mesa.

Cuando una camarera los vio, Briggs le habló en portugués fluido, presumiblemente pidiéndole una mesa. Sands notó cómo Atkinson se daba la vuelta y miraba de cerca a Briggs. Ella se dirigió con disimulo hacia una mesa donde una gran palmera le impediría verla; se sentó. La camarera dejó a Briggs con una sonrisa y este tomó asiento frente a Sands.

—Le he dicho a la camarera que queremos lo mismo que él —anunció Briggs. Pero Sands no lo estaba escuchando. Sacó un bloc de notas de su bolso y escribió algo.

—Pasa por delante de su mesa y deja caer esto. —Dobló el papel por la mitad y se lo entregó—. Asegúrate de que te vea.

—¿Qué pone?

—Que alguien quiere hablar con él. Ve al baño; con suerte te seguirá hasta aquí. —Briggs la cogió, la abrió para leer lo que había escrito y asintió.

—Vale, como quieras.

Sands observó cómo se ponía en pie y cruzaba sin preocupación alguna la cafetería hasta donde estaba sentado Atkinson. Al pasar por delante de la mesa del hombretón, el papel se le escapó de las manos y aterrizó a los pies de Atkinson. Sands observó a través del follaje de la palmera cómo Atkinson se detuvo, confundido, y se agachó para recogerlo. Para entonces Briggs ya había pasado bastante lejos, y en lugar de llamarlo, Atkinson abrió el papel. Entonces se

quedó inmóvil.

Unos segundos después, su actitud cambió; miró a su alrededor, primero por encima de un hombro y luego del otro, pero los pocos comensales que había lo ignoraron y Sands seguía oculta tras la palmera. Pasaron unos minutos, en los que Atkinson parecía incapaz de decidir qué hacer, antes de que la camarera llevara una bandeja a la mesa de Sands cargada de fruta tan fresca que podía oler su perfume, varios pasteles y un contenedor de café. Entonces Briggs reapareció de los aseos, sacudiéndose las manos para secarlas. Esta vez evitó pasar por delante de la mesa de Atkinson, pero estableció contacto visual con el hombretón, que se levantó inseguro. Briggs inclinó la cabeza hacia la mesa de Sands, como invitando a Atkinson a unirse a él. Un momento después, todavía con la nota en la mano, Atkinson caminó rígidamente hacia ellos. Se detuvo al ver a Sands sentada, sorbiendo su café.

Por un momento se quedó mirándola, pero luego, con mucha rapidez para un hombre tan grande, echó a correr.

CAPÍTULO SIETE

ATKINSON SE GOLPEÓ contra una silla mientras corría hacia la salida, con Sands y Briggs pisándole los talones. Cuando llegó fuera vio que Sands había arrimado su coche hasta el parachoques trasero del Mercedes, de modo que era imposible moverlo.

—Solo quiero hablar contigo —dijo Sands a su ancha espalda—. No tiene sentido correr, te encontraremos de nuevo, y hace demasiado calor para andarnos con persecuciones.

Atkinson se volvió hacia ella y la miró furioso.

—¿Qué coño estás haciendo aquí?

—Podría hacerte la misma pregunta. —Sands levantó las manos para calmarlo—. Siéntate un rato y te lo cuento.

Tardó un rato en decidirse, pero poco a poco Atkinson hizo lo que ella le había pedido. Mientras volvían a la mesa de Sands, ella recogió la silla que él había tirado. Los demás comensales y la camarera los miraron con recelo, pero Briggs hizo algún comentario alegre en portugués que pareció tranquilizarlos y asegurarles de que todo iba bien. Atkinson se sentó, ocupando el asiento de Briggs, que pareció contento con coger otra silla.

—Hola Barney —empezó Sands.

Atkinson la miró con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Este es el agente Jonathan Briggs. —Sands lo señaló con la mano para presentárselo—. Es de la Interpol. Un especialista en la extradición de fugitivos internacionales.

—Hola Barney, encantado de conocerte por fin. —Briggs esbozó una sonrisa de bienvenida y se sirvió un plato de fruta. Atkinson lo observó, pero no dijo nada. Sus manos se cerraron en puños—. Buen sitio has encontrado aquí. La fruta está deliciosa.

Las fosas nasales de Atkinson se ensancharon.

—No importa que esté aquí. No puedes hacerme nada, no hay acuerdo de extradición entre Brasil e Inglaterra. —Sonaba desafiante.

—¿Eso es lo que te dijo? —preguntó Sands—. Si es así, se equivocó.

—¿Quién se equivocó?

—Ya sabes quién.

Atkinson no se molestó en contestar y tan solo emitió un gruñido mientras miraba hacia la salida como si pensara en volver a huir. Pero permaneció sentado. Se volvió hacia Sands, casi sonriendo ahora.

—Y una mierda.

Sands también sonrió.

—Vale, ¿sabes qué? El derecho internacional no es mi especialidad, así que dejemos que Johnny nos explique cómo funciona el sistema, porque podemos traerte de vuelta, te haya dicho lo que te haya dicho Sterling.

Briggs levantó la vista de su fruta, miró a Sands y a continuación la retorcida mueca de Atkinson. Luego cogió la servilleta y empezó a limpiarse la boca.

—Claro, será un placer. —Hizo una pausa, tomó un ruidoso sorbo de café y dejó la servilleta—. Es un poco complejo, pero una vez que lo has hecho unas cuantas veces tiene sentido.

Sonrió a Atkinson y volvió a colocar con cuidado la taza de café.

—Básicamente existe un acuerdo de extradición entre Brasil y el Reino Unido, pero el sistema legal aquí ofrece un nivel muy alto de protección a sus ciudadanos o a cualquiera que se naturalice aquí, así que la extradición, en la práctica, no funciona. Pero tu problema, Barney, ¿puedo llamarte Barney?, es que hacen falta dieciocho meses de residencia antes de que esas protecciones empiecen a surtir efecto. Antes de eso, —se encogió de hombros— nada. Así que, si quisiéramos, podríamos hacer que te detuvieran hoy mismo y te tendríamos en Heathrow para... —Miró el reloj y se calló.

—¿Para mediados de la semana que viene? —sugirió Sands.

—Más bien a finales, diría yo. Puede que tardemos un par de días en encontrar un vuelo —la corrigió Briggs—. ¿Digamos el jueves como muy tarde?

Atkinson parecía haberse calmado un poco. La mueca de desprecio se transformó en una sonrisa genuinamente divertida cuando se volvió hacia Sands.

—¿Crees que me lo voy a tragar? ¿Crees que no investigué por mi cuenta antes de venir aquí? —Volvió a mirar a Briggs—. Ya que eres tan experto, dime cuántas extradiciones con éxito se han realizado desde Brasil en los últimos diez años.

Durante unos segundos Briggs pareció estar contando mentalmente, y luego lanzó una mirada a Sands, dándole a entender que su farol no iba a funcionar.

—Está el caso de Ronnie Biggs, el gran ladrón de trenes —dijo el agente por fin.

—Sí, y a él no lo cogieron —replicó Atkinson—. Se aburrió de esperar y se volvió a su casa por su propia voluntad.

Briggs se encogió de hombros como si fuera un análisis justo y volvió a su fruta. Atkinson se volvió hacia Sands.

—La respuesta es ninguna. Te pensarás que tengo la cabeza hueca, pero hablé con abogados. Todo esto requirió planificación. Elegí dónde ir. Sé que en teoría es posible que me extraditen, pero en la práctica se necesita la autoridad del presidente de Brasil. Y buena suerte consiguiéndola.

Sands abrió las manos como reconociendo que habían fallado.

—¿Cuánto tiempo tuviste? —preguntó Sands con voz informal, como si estuvieran charlando—. Has dicho que elegiste dónde ir. ¿Cuánto tiempo tuviste para elegir? ¿Cómo sucedió todo? ¿Cómo lo resolvisteis entre Sterling y tú?

Atkinson negó con la cabeza.

—Ni hablar. No pienso decir nada. Seguramente estarás grabando esto.

—Barney, estás viviendo bajo un nombre falso en Brasil. Dejaste una nota en tu piso admitiendo lo que hiciste, y la cárcel tiene grabaciones en las que se te ve cómo ayudaste a escapar a Sterling. ¿Crees que necesitamos grabar esto para probar tu culpabilidad?

—No lo sé. No sé qué coño estás haciendo aquí, pero no te voy a decir nada ni voy a admitir nada. Así no tienes nada.

Sands miró su taza de café, aún vacía, mientras Briggs sorbía ruidosamente su porción de papaya. Intentó otra táctica.

—Vale, lo entiendo. No sé qué acuerdo tenías con Sterling. Pero me imagino lo básico. Te soltó su discurso sobre el libre albedrío, que ninguno de nosotros realmente lo tiene, y luego te ablandó el golpe con nueve millones de dólares en Bitcoin. Una combinación explosiva. Pero yo noté que no te caía bien. E hice indagaciones. Has tenido una larga y distinguida carrera vigilando a gente como Sterling.

Sands se inclinó hacia él.

—Vi en tus ojos cuánto lo odiabas. Así que te pido ayuda. Te tuvo trabajando en su plan de fuga, así que también te tendría trabajando en lo que iba a hacer después de salir de prisión. Debes de haberle ayudado, o no habría sido capaz de desaparecer sin traza alguna. Así que, ayúdanos a atrapar al cabrón y devuélvelo a donde pertenece. Te dejaremos en paz. Puede que ahora no seamos capaces de llevarte de vuelta al Reino Unido, pero podemos ponerte dificultades, arrastrarte por los tribunales brasileños, hacer que tu vida aquí no merezca la pena. Y ninguno de los aquí presentes queremos hacer eso. —Volvió a reclinarse.

Atkinson no contestó, en su lugar echó un vistazo al contenedor de café. Había visto que Briggs había llenado su taza, pero Sands aún no; cogió la segunda taza y vació el termo de café en ella. Luego dio un sorbo con cuidado.

—No tengo nada que decirte.

Sands se mordió el labio y volvió a intentarlo.

—¿Te dijo que había cambiado? ¿Que ya no era un asesino? Eso es lo que me dijo a mí también. Dijo que no estaba bien que lo hubieran encerrado sin posibilidad de libertad condicional, cuando no era una amenaza para nadie. ¿Te contó eso también?

Sands esperó, pero Atkinson no respondió. Ella continuó.

—Pero entonces, lo primero que hizo cuando escapó fue localizar a su antiguo colega, un catedrático de matemáticas llamado Jeremiah Robbins. Y lo apuñaló en el estómago. Yo estaba con Robbins cuando murió. Es una forma muy dolorosa de morir. Sterling volverá a matar si no hablas con nosotros.

—Tal vez sí, tal vez no —respondió por fin Atkinson. Sands levantó una mano, como si no entendiera lo que quería decir—. Sterling me habló de ese tipo, el catedrático. Me contó que le había robado el trabajo de su vida o algo así... no lo entendí, sonaba a que era una vieja deuda que tenía que saldar. Pero no se volverá loco como antes, matando a gente inocente. Me lo prometió. Hacía su meditación todos los días, durante horas. Aquello lo cambió.

—¿Y tú lo creíste?

Atkinson se encogió de hombros y Sands negó con la cabeza, realmente frustrada.

—No ha cambiado, es una actuación, Barney. Te estafó. Jugó contigo. Te ha hecho cómplice de asesinato, y tú no eres un asesino. Así que ayúdanos. Dinos lo que sabes.

Atkinson no dijo nada, pero negó rotundamente con la cabeza. Dio un sorbo a su café, lo que Sands interpretó como que, cuando se acabara, él se marcharía, aunque tuviera que sacar su coche de la plaza de aparcamiento a golpes. Después de todo, podía permitirse uno nuevo. Sands le lanzó una mirada a Briggs para ver si tenía alguna idea, pero este le devolvió un pequeño movimiento de cabeza. A Sands solo le quedaba un último planteamiento.

—¿Sabes cómo te encontramos? —preguntó de repente. Mientras hablaba, utilizó la cuchara y el tenedor para poner una rodaja de papaya en su plato y se concentró en ella, como si le interesara más que si Atkinson contestaba o no.

—No. —Parecía interesado. Sands lo miró.

—Actualizaste tu sistema de seguridad. Briggs estaba monitoreando compras de alto valor en ciudades cercanas a Natal, donde sabíamos que habías llegado con una identidad falsa. Fue un buen trabajo de investigación.

Atkinson se encogió de hombros como si no le importara.

—¿Y qué? Tendré más cuidado en el futuro.

—Así que me pregunté a mí misma. —Sands ignoró el sarcasmo en la voz de Atkinson—. Tu nueva casa, o debería decir, tu nueva mansión, ya tenía un sistema de seguridad instalado cuando la compraste. Uno bueno, por lo que vimos en la descripción de la propiedad. Lo que me llevó a preguntarme por qué necesitabas otro.

Atkinson entrecerró los ojos, como si no estuviera seguro de adónde quería llegar Sands.

—Y entonces lo supe, la respuesta era tan clara que no sé cómo no la vi enseguida. —Por un instante, sus labios se curvaron en una sonrisa—. No tienes miedo a la extradición, porque viste a un abogado en algún sitio y te dijo, correctamente, que no podíamos traerte de vuelta. Pero tu abogado no pudo aliviar tus otros miedos, ¿a que no?

—¿De qué miedos hablas?

—Del terror que le tienes a Sterling.

Atkinson dejó el café de repente, como si no le gustara el sabor.

—Por eso necesitabas seguridad añadida. Por eso tu preciosa casa tiene un muro perimetral casi tan alto como el de la maldita cárcel en la que te pasaste la vida trabajando. Y por eso parecías tan nervioso esta mañana cuando te seguimos hasta aquí. Estás mirando por encima del hombro todo el rato porque estás cagado de miedo de que Sterling venga a buscarte.

—Ni hablar. —Atkinson negó con la cabeza.

—Vamos, admítelo. Es gracioso, cuando lo piensas. Un tipo de tu tamaño, asustado de un hombre de sesenta años.

—No sabe dónde estoy.

—Venga, vamos. Nosotros te hemos encontrado, ¿crees que él no será capaz? —Sands atravesó un trozo de papaya con su tenedor.

Volvió a negar con la cabeza, pero su voz delataba sus dudas.

—Me encontraste porque tenías a la Interpol de tu parte y porque cometí un error tonto. No volveré a cometerlo, gracias a ti.

Sands se metió el trozo de papaya en la boca y disfrutó de su tierna dulzura. Estaba deliciosa. Esperó.

—Y aunque sepa dónde estoy, no tiene motivos para hacer nada. Claro que lo ayudé, puedo decirlo porque ya lo sabes. Y si lo ayudé, entonces no hay razón para que venga a buscarme.

Sands sonrió. Sabía que ahora lo tenía donde quería.

—A menos que yo le dé una razón.

CAPÍTULO OCHO

—¿CÓMO vas a hacer eso? —Barney parecía preocupado.

—Hay muchas maneras de hacerlo. —La mente de Sands trabajaba a toda velocidad y la idea se abría como una hermosa flor—. Haré un comunicado de prensa diciendo que te hemos localizado. No daré tu dirección, tal vez solo el nombre de la ciudad, para ayudarle en su camino, y te daré las gracias por tu cooperación. Diré que hemos acordado retirar todos los cargos contra ti por lo útil que has sido. Le daré a Sterling todas las razones para creer que lo has traicionado, y entonces te convertirás en una vieja cuenta que tiene que saldar. —Sonrió, mientras consideraba su plan—. Lo único que tendré que hacer entonces es sentarme y esperar a que venga a por ti. —Sonrió ante la idea. Quizá incluso pudiera quedarse en Brasil mientras esperaba. Por lo que había visto hasta ahora, parecía un país interesante. Delante de ella, la cara de Barney se contorsionaba en varias expresiones diferentes. Finalmente, se quedó en miedo.

—No puedes hacer eso. No lo harías. —Se volvió hacia Briggs, a la vez que sacudía su gigantesca cabeza. —Ella no puede hacer eso, ¿a que no?

Briggs se quedó pensativo.

—No veo qué se lo impide. A mí no me preocupa. Tengo más de treinta casos en mis archivos. —Se encogió de hombros y empezó a comerse el bizcocho.

Atkinson respondió dejando caer la cabeza entre las manos, su enorme pecho llenándose y vaciándose mientras tomaba profundas respiraciones. Por un momento, Sands temió que podría estar llorando, pero cuando levantó la cabeza tenía los ojos secos.

—De acuerdo. Te diré lo que sé. Pero no es mucho, y necesitaré tu palabra de que no enviarás a ese maldito monstruo tras de mí.

Sands se encontró con su mirada y asintió con lentitud, la idea de quedarse en Brasil un tiempo desapareció tan rápido como había llegado.

—Solo quiero atrapar a Sterling antes de que haga daño a alguien, incluyéndote a ti.

—¿Qué quieres saber?

Sands le dijo a Briggs que fuera a pedir más café y luego se inclinó hacia delante, inspeccionando a Atkinson.

—¿Cómo empezó? Tú ayudándole, todo el asunto de la fuga, ¿cómo ocurrió?

Atkinson se quedó pensativo un rato y luego se encogió de hombros.

—¿Sabes una cosa? La mayoría de la gente de ahí abajo, en esas putas mazmorras, son poco mejor que animales. Están tan destrozados por lo que han hecho y por lo que les han hecho, que ni siquiera hablan, apenas son humanos. —Se detuvo—. Pero Sterling no era así. —Sacudió la

cabeza—. Lo vi allí abajo, día tras día. Mantuvo su dignidad, de alguna manera. Así que sí, empezamos a hablar.

—¿Sobre qué?

Atkinson hizo una pausa, pensativo.

—Solía meditar durante horas. Yo tenía curiosidad por saber qué sacaba de ello. Y cuando me lo contó, me pareció algo increíble...

—¿Qué te dijo?

—Me dijo que era como estar en libertad. Libertad mental, lo llamaba él. No lo creí, pero siguió hablando de cómo le había ayudado a él y de cómo podría ayudarme a mí. —Atkinson deslizó una mirada hacia Sands—. No sé si lo sabes, pero mi compañera y yo... rompimos. Nos peleamos, físicamente quiero decir. Y Sterling... me explicó que no fui yo quien lo hizo. —Atkinson se detuvo, frunciendo el ceño. Miró su regazo. Cuando levantó la vista, negaba con la cabeza—. A la mierda con todo. Esto no es una sesión de terapia. No necesitas escucharlo.

—¿Te explicó que no hay libre albedrío? ¿Que cada acción que hacemos no es la elección que parece ser?

Atkinson asintió.

—A mí me contó el mismo rollo. —Le dedicó una fina sonrisa.

Briggs volvió con otro contenedor de café y una taza más. Sands se sirvió.

—¿Así que os hicisteis amigos?

Atkinson pareció retroceder físicamente ante esta idea, pero luego suspiró.

—Amigos no, pero... me dijo que había cambiado, y yo... supongo que lo creí. Luego me habló del dinero.

—Sigue.

—Hace años, cuando ingresó en la cárcel, se le permitió utilizar los ordenadores de la prisión, igual que a los demás presos. Pero no sabían que era un genio. Me contó que tenía Bitcoin y otras criptomonedas. Yo ni siquiera sabía lo que eran. Me hizo buscarlas y ver cuánto valían. Era la clase de dinero que ni siquiera puedes imaginar. Millones. Cientos de millones.

—¿Así que aceptaste ayudarlo?

—Solo porque me prometió que había cambiado. No iba a dejar que un monstruo volviera al mundo.

—¿Quién planeó la fuga?

—Fue él. Yo tuve algunas ideas, pero no le gustaron. Me hizo explicarle cómo funcionaba la prisión de cabo a rabo, desde la lavandería hasta lo que ocurría en caso de emergencia, como un incendio o un motín. Al final, decidió que lo mejor era fingir que era otra persona y que yo lo sacase de allí. Pero no había forma de hacerlo sin que se notara que lo había ayudado, así que supe que yo también tendría que desaparecer.

—¿Y todo estaba preparado antes de la fuga? ¿Tenías un vuelo reservado? ¿Sabías a dónde ibas?

Atkinson asintió.

—¿Quién lo preparó? ¿Cómo pasó?

—Me contó que se podían buscar directorios en la web oscura y se podían comprar identidades falsas. Me dio parte del dinero para hacerlo, es decir, parte de la criptomoneda.

—¿Así que te hiciste una identificación falsa? ¿Conseguiste papeles para él también?

De nuevo asintió.

—¿A qué nombre?

Atkinson dudó y luego se rindió.

—David Smith. No creo que te sirva de mucho, porque se lo habrá vuelto a cambiar desde entonces. Pero le conseguí un pasaporte a ese nombre, y reservé un montón de vuelos. Fue muy específico sobre dónde quería ir y cómo.

—Ya... —Sands esperó.

—El primero fue desde el aeropuerto de Bristol, el más cercano a la cárcel, hasta Ámsterdam. De allí a Madrid. Después fue a Qatar, luego a Bangkok, en Tailandia. El último vuelo que reservé para él fue a Laos. Ni siquiera sabía dónde estaba eso.

—¿Y después?

Atkinson se encogió de hombros.

—Nada. No lo sé. Eso fue todo lo que me hizo hacer.

—¿Puedes probarlo? ¿Puedes darme alguna prueba?

—No lo sé. Puedes comprobarlo, ¿no? ¿Ver si un David Smith tomó esos vuelos? ¿De qué otra forma podría saberlo?

Sands reflexionó.

—También llevaba un disfraz. Se imaginó que estaría controlando los aeropuertos, así que, antes de la fuga, le metí una peluca y una barba postiza en la celda y nos hicimos allí nuevas fotos para el pasaporte. —Atkinson se rio al recordarlo—. Le dejé un coche, fuera de la prisión. Tenía un disfraz, su nuevo pasaporte, los billetes, todo dentro. Después de eso supuse que conduciría hasta el aeropuerto. No sabía que iba a visitar al catedrático antes de irse. Eso no formaba parte del plan.

Sands recordó aquella noche. Robbins había muerto en sus brazos, y fue la última vez que vio a su padre, trepando por el acantilado desde la piscina y apuntándose a la cara con una linterna, para que vieran quién lo había hecho.

—¿Hay algo más que puedas decirnos? ¿Alguna forma de saber si sigue usando ese nombre? ¿Ha estado en contacto contigo desde la fuga? ¿Hay algo que puedas decirnos que nos dé una pista acerca de dónde está?

Atkinson pareció pensárselo un momento, pero al final se limitó a encogerse de hombros.

CAPÍTULO NUEVE

MIENTRAS VOLABAN DE VUELTA, tanto Sands como Briggs ya estaban trabajando en seguir las nuevas pistas. No tardaron en confirmar que, en efecto, se habían reservado vuelos a nombre de David Smith, a los destinos que Atkinson les había indicado. Sin embargo, también descubrieron que en todos los casos los asientos habían quedado vacíos. Smith, o Sterling, no había embarcado en ninguno de ellos.

Cuando aterrizaron en Lisboa, esta vez para hacer una escala de dos horas, una colega de Briggs de la Interpol les envió un mensaje para decir que había descubierto otro vuelo a nombre de David Smith. Y en este caso el pasajero había volado. También era significativo que el vuelo, de Londres Heathrow a Bangkok, coincidía con el penúltimo destino de la serie de vuelos reservados por Atkinson. Sands se paseó con bastantes nervios por la sala de espera de Lisboa hasta que la agente de la Interpol le envió imágenes de «David Smith» procedentes de las grabaciones de las cámaras de seguridad del aeropuerto.

—¿Es él? —Briggs acercó su móvil a Sands. La pantalla mostraba una imagen de mala calidad de una fila de pasajeros haciendo cola para embarcar en un vuelo. Sands le arrebató el teléfono y lo estudió con atención. Intentó ampliar la imagen, pero se pixelaba.

—¿Esta es la imagen más nítida que tenemos? —Le devolvió el teléfono, irritada.

—Han pasado varios meses. Tenemos suerte de haber encontrado una al menos.

Sands volvió a coger el móvil. David Smith tenía algo de sobrepeso; era calvo, pero lucía una gran barba oscura. No era posible verle la cara con suficiente claridad para confirmar si era Sterling disfrazado o no.

—La altura es correcta. Este tipo parece más gordo, pero podría ser un relleno artificial. —Sacudió la cabeza—. No lo sé. Podría ser él. —Sands se volvió hacia la ventana y frunció el ceño, mirando hacia la pista, donde un avión de gran tamaño se dirigía a su dársena.

Descubrieron que en Heathrow se utilizaban dos sistemas de videovigilancia. El más moderno grababa imágenes de alta resolución de cada pasajero a medida que se comprobaba su pasaporte, pero con casi un cuarto de millón de pasajeros que volaban cada día, el coste de almacenamiento significaba que los datos solo se conservaban durante sesenta días antes de ser sobrescritos. Pero David Smith había sido visto en un segundo sistema, más antiguo y de menor resolución, donde los registros se conservaban de manera indefinida. A pesar de todos los esfuerzos por mejorar el renderizado, no fueron capaces de obtener una imagen lo suficientemente nítida como para ejecutar algoritmos de reconocimiento facial y confirmarlo.

Durante los días siguientes hicieron todo lo posible por localizar a David Smith en Bangkok o averiguar cuál fue su destino final. Pero pronto se hizo evidente que pocos de los pequeños hoteles y pensiones, que atendían a miles de turistas cada día, se molestaban en registrar con precisión sus nombres o números de pasaporte. Además, David Smith no tenía reserva en ningún vuelo ni las compañías de autobuses tenían constancia de que un hombre con ese nombre hubiera viajado por tierra desde la capital tailandesa. Para entonces, Briggs ya le había explicado que la calle Khao San Road de la ciudad era famosa por la libre disponibilidad de documentos de identidad falsos. La calidad no era muy buena, pero le habría bastado para desaparecer durante un mes más o menos, el tiempo suficiente para conseguir documentos más convincentes en la red oscura.

Sin embargo, todo esto dejó de tener importancia cuando Sands pudo aclarar desde el Reino Unido que el David Smith que perseguían era de hecho una persona real que vivía en Cardiff, donde trabajaba como dentista. Sus motivos para viajar a Tailandia parecían algo desagradables, pero una vez que se estableció que su aspecto coincidía con las imágenes de las cámaras de seguridad, no hubo necesidad de investigar más a fondo por qué un hombre de mediana edad viajó solo a una ciudad famosa por su actitud laxa hacia el turismo sexual.

Poco después, Sands empezó a encontrar a otros hombres con el nombre de David Smith, que también habían volado desde Londres en los días inmediatamente posteriores a la fuga de Sterling. Y cuanto más ampliaba la red de aeropuertos desde los que podría haber volado, y el número de días transcurridos desde la fuga, más David Smiths encontraba. Al final, calculó que una media de diez personas con el nombre de David Smith tomaba un vuelo desde algún lugar del mundo cada día, cifra que se duplicaba si se incluían los viajes internacionales en ferry o tren.

Tal vez para Sands la gigantesca tarea de identificar y verificar a todos y cada uno de estos David Smith, y eliminar la posibilidad de que fueran en realidad Charles Sterling disfrazado, hubiera merecido la pena. Pero no se trataba solo de investigar los datos atrasados. Cada día que pasaba, más personas con el nombre David Smith viajaban de un país a otro, y la naturaleza de cruzar fronteras internacionales significaba que las autoridades de ambos países tenían que participar en su seguimiento.

Durante los meses siguientes, Sands pasó los días en su trabajo diario, supervisando una serie de casos menores en los que la causa y el culpable le resultaban claros, pero que requerían un conjunto de pruebas bien construidas para que el expediente pasara a manos de la fiscalía. Y por las noches intentaba ayudar a Briggs a utilizar el alcance de la Interpol para rastrear a la población mundial de David Smith en sus quehaceres. Si al principio no había parecido un intento desesperado, pronto se convirtió precisamente en eso. Sterling había elegido el nombre de David Smith a propósito porque era uno de los más comunes entre los hombres de habla inglesa de su edad, y sabía que Atkinson acabaría revelándolo a la policía. Si planeaba utilizar de verdad aquella identidad falsa, sería casi imposible seguirle la pista. Cada vez era más probable que nunca tuviera intención de utilizarla, lo que significaba que todos sus esfuerzos eran en vano.

Al final, cuando Briggs la llamó para decirle que archivaba el caso, no que lo cerraba sino que simplemente ya no podía justificar investigarlo en activo, Sands ni siquiera fue capaz de sentirse indignada. Sencillamente, no había nada que investigar. Charles Sterling, que podía o no ser también conocido como David Smith, simplemente había desaparecido.

Pero entonces ocurrió algo extraordinario.

CAPÍTULO DIEZ

SANDS NO CORRÍA A MENUDO, pero cuando lo hacía solía recorrer una distancia larga. Se las arreglaba para mantener un nivel relativamente alto de forma física cuidando lo que comía y trabajando muchas horas. Aun así, de vez en cuando, sentía la necesidad de empujar a su cuerpo y se calzaba las zapatillas de correr para darles una paliza a sus piernas y a su corazón. Su ruta normal era bajar hacia el paseo marítimo de Poole y luego llegar hasta el final de Hengistbury Head, unos diez kilómetros, para después regresar por el mismo camino. Normalmente no le causaba mucho esfuerzo pero, esta vez, mientras luchaba contra un fuerte viento en contra, lo sentía en las piernas. Ya no era tan joven como antes, y no se había cuidado tanto en el aspecto profesional, siendo quizá el más descuidado de sus descuidos el haber recibido dos disparos. Iba pensando en eso mientras se acercaba por fin a su edificio de apartamentos en el puerto, deseando entrar, descansar y reponer fuerzas. No vio al hombre del traje oscuro que la esperaba en un vehículo oscuro. Llegó a la puerta principal, con su sistema de entrada por teclado, antes de que él se le acercara.

—Disculpe, ¿Erica Sands? ¿Señora Erica Ángela Sands?

Se quedó paralizada, todo lo que le permitieron sus cansadas piernas, y se giró hacia él. Era un hombre lobuno, bajo y enjuto, pero con un rostro inteligente y afilado que parecía estar examinándola con gran interés. No era físicamente amenazador, pero sintió una sensación de amenaza de igual manera.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Damien Reynolds, soy abogado y trabajo en un bufete de Singapur. Me pregunto si podríamos mantener una breve conversación. —Hizo una pausa, luego mostró un destello de caninos amarillentos al notar el sudor que corría por su cara—. Claro que puedo esperar a que se duche, si lo prefiere. —Retrocedió un paso, pero sin dejar de observarla.

—¿De qué se trata? —Sands ignoró el ofrecimiento y trató de asimilar los detalles de su aparición.

—Le pido disculpas, señora Sands. —Levantó una mano—. He hecho un largo viaje para hablar con usted y estoy un poco cansado, nuestra conversación puede esperar quince minutos. Estaré en mi coche.

No dijo nada mientras notaba que su cabeza empezaba a encenderse poco a poco. La chaqueta del traje se había abierto y observó la etiqueta en el bolsillo del pecho: Tom Ford. Sus ojos se dirigieron a su muñeca, donde observó el reloj Patek Philippe. Podían ser falsos, pero supuso que no.

—¿Cuánto tiempo necesita para ducharse? —continuó el hombre, como si su sugerencia hubiera sido aceptada.

—¿De qué quiere hablar? —volvió a preguntar Sands, pero él ya se había dado la vuelta, levantando una mano por encima de la cabeza en un gesto extrañamente despreocupado. Ella se quedó inmóvil mientras él abría la puerta del coche -alquilado, pero caro- y se subía. De repente, los efectos de su larga carrera volvieron a golpearla. Tecleó el número del vestíbulo y solo se sintió un poco mejor cuando cerró la puerta tras de sí.

Tenía la costumbre de subir por las escaleras a su apartamento del tercer piso, pero esta vez esperó al ascensor, preguntándose si debía pedir ayuda. Había algo en aquel hombre que le traía a la mente a Charles Sterling; tal vez fuera tan solo la referencia a Singapur: no era donde se había visto a su padre por última vez, pero en el mismo continente. Pero era una locura. Singapur estaba a cientos de kilómetros de Bangkok, y aquel hombre podría necesitar hablar con ella de cualquier cosa. Sí, claro, se dijo mientras engullía un sándwich de mantequilla de cacahuete y ponía la ducha en marcha.

Cuando terminó, se envolvió en una toalla y miró por la ventana. Él seguía allí, de pie fuera de su coche, apoyado en el capó y con la mirada fija en su apartamento. Volvió a levantar una mano cuando la vio mirándole. Ella no se movió.

Ángela. Él la había llamado Erica. Ángela Sands. Nadie la llamaba así. Se vistió tan rápido como pudo y volvió a la ventana. Esta vez, cuando la saludó con la mano, señaló la puerta principal del edificio y se dirigió al telefonillo para abrirla. Colocó un par de sillas junto a la mesa del comedor y echó un vistazo en busca de algo que pudiera utilizar como arma en caso de necesidad. No había mucho. Pensó en coger un cuchillo de la cocina, pero descartó la idea. Seguía sin entender por qué estaba tan nerviosa. Sonó el timbre de su apartamento.

—Muchas gracias por aceptar verme —dijo Reynolds. Le ofreció una tarjeta que ella cogió y estudió.

«Damien Reynolds, abogado del bufete Giles, Patterson y Daniels, con sede en Collyer Quay, Singapur».

Sands no había oído nunca hablar de ellos.

—¿De qué se trata? —preguntó por tercera vez, sin dejarle entrar.

Reynolds vaciló.

—¿Podría pasar? —preguntó al tiempo que miraba hacia el interior del apartamento, hacia la cocina con vistas al puerto—. Y, de hecho, un vaso de agua sería muy bienvenido.

Lo condujo a la mesa del comedor y le dijo que se sentara, luego cogió dos vasos de agua y se sentó frente a él, cruzada de brazos. Él miró a su alrededor.

—Tiene un apartamento muy bonito. —Volvió a sonreír.

—Por cuarta, y créame, última vez, ¿de qué se trata?

El abogado asintió y la sonrisa desapareció. Respiró hondo y cogió su vaso de agua. Bebió despacio y lo dejó con cuidado a su izquierda.

—Señora Sands, hace siete días recibí instrucciones de viajar a la ciudad de Hoi An, en Vietnam, para reunirme con un hombre llamado Jeremy Collins. Me dijeron que era un asunto muy urgente, que se trataba de un cliente VIP de la empresa y que debía seguir al pie de la letra

todas sus instrucciones. —Reynolds carraspeó—. Me reuní con el señor Collins en un hospital privado y me informó de que había dispuesto que un avión me trajera hasta aquí, para tener esta conversación. —Aquí Reynolds dudó antes de continuar—. Era un avión privado, creo que era lo que llaman un Learjet. Ha sido la primera vez que viajo en uno. —Sonrió con cierta timidez.

—No conozco a nadie que se llame Collins —aprovechó Sands para interrumpir, pero Reynolds continuó, desestimando su objeción.

—Pasé casi veinte horas con el señor Collins en total, en las que me contó algo de su historia, y de la suya también señora Sands, además de entregarme varios documentos que me pidió que le entregara, en persona. —Esta vez la pausa vino acompañada de una sonrisa.

—No conozco a ningún señor Collins, ni a nadie en Vietnam.

—Enseguida quedó claro que el nombre que utilizaba este señor no era el que le dieron al nacer, y fue muy sincero en cuanto a las razones. También se mostró, debo añadir, muy arrepentido de los motivos por los que no podía utilizar su verdadero nombre. —De nuevo la sonrisa apenada—. Estoy seguro de que ya lo ha adivinado, pero el nombre de nacimiento de mi cliente era Charles Robert Sterling.

El abogado tenía razón, ella ya lo sabía, pero la sala le dio vueltas de igual manera mientras él pronunciaba el nombre de su padre. Y entonces el giro se aceleró.

—Es mi desafortunado deber informarle que el señor Collins, también conocido como Charles Sterling, falleció hace dos días.

CAPÍTULO ONCE

—¿FALLECIÓ?

—Así es. Tenía un aspecto muy frágil cuando lo vi por primera vez, y me explicó que sufría las últimas fases de un cáncer de intestino agresivo y tristemente intratable. Estaba muy dolorido y, sin embargo, solo tomaba la mínima cantidad de analgésicos, tal era su deseo de asegurarse de que yo recibiera todas sus instrucciones.

Sands apenas escuchaba. Cada conexión de su cerebro parecía gritarle que aquello era un truco, una broma tal vez, algo organizado por su padre para embaucarla, para engañarla, para obtener alguna ventaja.

—Esto no es un truco, señora Sands. —Reynolds pareció leerle el pensamiento—. El señor Sterling, ¿le parece que usemos su verdadero nombre?, me pidió muchas veces que fuera muy claro al respecto. En breve recibirá la notificación oficial de la muerte de su padre. Esto incluirá la confirmación de las huellas dactilares, registros dentales y un análisis de ADN. Por razones que usted ya conoce, él no tiene un historial médico completo, pero recibirá lo que tenía en su posesión. Los documentos demostrarán que se le diagnosticó cáncer por primera vez hace seis meses, poco después de llegar a Vietnam, y tras haber padecido síntomas durante varias semanas antes.

—Sterling se fugó de la cárcel hace seis meses —espetó Sands, y se sintió de inmediato algo estúpida por haberlo dicho; estaba claro que el abogado lo sabía.

—De hecho, fueron siete —sonrió Reynolds—. Sí. Me lo explicó, junto con las razones por las que estaba en prisión. —Le dirigió una mirada, como reconociendo el papel que la propia Sands desempeñaba en aquel drama—. Una historia trágica.

—No le creo —soltó, y su brazo se agitó sobre la mesa, derramando su vaso de agua. Se quedó mirándolo mientras el líquido inundaba la madera oscura y se derramaba por el suelo.

—El señor Sterling me advirtió de que le resultaría difícil aceptarlo. —Miró el agua, inseguro de qué hacer al respecto—. Me pidió que le hiciera una fotografía, que quizá eso podría ayudarla a procesarlo. —Puso su maletín de cuero sobre la mesa, pero se detuvo antes de abrirlo—. ¿Quiere que traiga un paño? —Como Sands no respondió, tomó la iniciativa y se dirigió a la cocina. Abrió varios armarios al azar y volvió con varias hojas de papel de cocina. Las utilizó para absorber el agua y limpiar la mesa antes de volver a la cocina, donde Sands le oyó lavarse las manos en el fregadero. Todo ese tiempo, no pudo dejar de mirar el maletín que el abogado había dejado sobre la mesa.

Reynolds volvió a sentarse y ajustó el maletín para que quedara cuadrado delante de él antes

de abrir las dos cerraduras de combinación con un clic. Levantó la tapa, sacó una tablet y esperó unos instantes a que arrancara. Al final, se la entregó. Sands la agarró con ambas manos y se quedó mirando la pantalla.

Devolviéndole la mirada estaba, sin ninguna duda, su padre. Se encontraba tumbado en una cama de hospital con las sábanas azules y las paredes pintadas de blanco. A su lado había lo que parecía una máquina de diálisis. Tenía la cara pálida, casi amarillenta, y estaba mucho más delgado que la última vez que lo había visto. Parecía estar intentando sonreír, aunque el esfuerzo de hacerlo era aparentemente tan grande que más bien parecía una sonrisa agotada.

—¿Por qué? —preguntó Sands—. ¿Por qué quería que viniera y me mostrara esta imagen? —Le devolvió la tablet, no quería mirar esa cara; el dolor que mostraba era algo que había deseado durante mucho tiempo, pero ahora que lo tenía en frente no estaba tan segura.

—Eso se aclarará más adelante. Pero antes de llegar a ese punto, el señor Sterling pensó que necesitaría algo de tiempo para comprobarlo con sus propias fuentes, realizar una verificación externa...

No pensaba con claridad; no podía pensar con claridad.

—Está trabajando con un caballero llamado Briggs, tengo entendido, de la Interpol, ¿no es así?

¿Cómo lo sabía? ¿Cómo podía saberlo?

—Sí.

—Me han informado de que pronto recibirá noticias del desafortunado fallecimiento del señor Sterling. Sin duda, cuando lo haga, usted será la primera persona con la que se ponga en contacto. Me gustaría volver a hablar con usted una vez que haya confirmado lo que acabo de decirle. Hasta entonces, me buscaré un hotel. ¿Por casualidad conoce alguno que pueda recomendarme? —Sus cejas se alzaron inquisitivamente, pero descartó su propia pregunta—. Bueno, no importa, ya buscaré uno por mi cuenta. ¿Podría darme un número de teléfono para ponerme en contacto con usted?

Sin ser del todo consciente de lo que hacía, Sands sacó una tarjeta de su bolso y se la entregó. Reynolds no había apagado la tablet, simplemente la había colocado boca arriba sobre la mesa, y ella no pudo evitar fijar la mirada en la imagen de su padre, tendido en su lecho de muerte, demacrado y frágil. ¿O tal vez no, tal vez se trataba de un truco? Cerró los ojos, cansada físicamente por la carrera, abrumada mentalmente, como si hubiera estado conduciendo y un tren hubiera arrollado su coche.

—La dejo tranquila, por ahora —dijo Reynolds—. Pero antes de hacerlo, hay una última tarea que me encomendaron para esta reunión. —Volvió a meter la mano en el maletín, esta vez hurgando entre papeles. Sacó un sobre de color crema de alta calidad—. Esta es una carta escrita por el señor Sterling, dirigida a usted.

Se levantó, cerró la tapa del maletín y echó los cerrojos antes de tenderle el sobre.

—No se moleste en enseñarme la puerta. Hablamos de nuevo, dentro de una semana más o menos ¿de acuerdo?

Reynolds le dedicó una sonrisa apenada, asintió con la cabeza y se dirigió a la puerta. La abrió y desapareció.

CAPÍTULO DOCE

SANDS SE QUEDÓ un buen rato mirando el sobre. Su nombre estaba escrito en el exterior, Erica Ángela Sands, y la letra era clara: sin duda la de su padre, pero a diferencia del estilo caligráfico seguro que ella conocía, esta parecía más débil, como si su mano no pudiera agarrar bien la pluma. Al cabo de un rato, dio la vuelta al sobre y observó que estaba sellado con una pegatina a prueba de manipulaciones en la solapa con las letras GPD, seguramente el logotipo de Giles, Patterson y Daniels, bufete de abogados. Lo cogió y rompió el sello.

Mi querida Erica,

Cuando leas estas palabras, ya no estaré aquí. Me disculpo por haberte dejado sola en este mundo, no una sino dos veces. Esperaba que nuestros recientes encuentros hubieran conducido a una forma de reconciliación, pero no fue así. Y ahora, las arenas del tiempo se han deslizado tanto que apenas queda polvo. Desgraciadamente, ninguno de nosotros puede escapar al telón final.

Verás en los días que siguen, que me he esmerado en planificar mi partida con cierto cuidado. Lo he hecho no solo para hacerla más llevadera, lo confieso con libertad, sino también para hacer lo posible por ayudarte, mi pequeño ángel, en los años que te quedan.

¿Qué quiero decir con estas palabras? Sencillamente, que comprendo lo difícil que será para ti esta noticia. Tal vez no lo sea en el aspecto emocional, me pareció que no quedaba ningún vestigio de nuestro afecto mutuo. Y quizás no tenía derecho a esperar que así fuera. No, hablo de la naturaleza tenaz que nació en ti, y que reconocí y traté de fomentar en tu tutela. Junto con, por supuesto, ese peculiar defecto mío, el hábito de no ser del todo sincero, ni siquiera bueno. Lo que quiero decir es que comprendo que tengas dudas. Que sospeches que mi muerte no es nada de eso, sino algún truco, un juego de manos diseñado para evadir el largo brazo de la ley que tú tan hábilmente representas ahora. Te aseguro que no es nada de eso. Para demostrarlo, recibirás en los próximos días, y a través de los canales oficiales, pruebas de que esta vez digo la verdad. Recibirás muestras de mis huellas dactilares, mis registros dentales, mi historial médico -los pocos a los que tengo acceso-, y mi ADN. Este último podrás, si lo deseas, compararlo con el tuyo. Será difícil de aceptar, pero te insto, te ruego, te imploro, por tu propio bien, no roas este hueso y desperdicies tu vida. Acepta esta verdad y sigue adelante.

Sal de debajo de mi sombra oscura, mi querido ángel. Ve y conviértete en quien estás destinada a ser.

Te pido un último favor y, con la certeza de que rechazarías tal petición si lo dejara así, aquí

he tomado el asunto en mis propias manos. No deseo permitir que la policía, ni los tribunales, ni los periódicos, ni nadie en absoluto, tenga acceso a mi cuerpo una vez que lo haya abandonado. Por esta razón he dado instrucciones para que me incineren lo antes posible tras mi muerte, y que mis cenizas sean esparcidas en el río que corre bajo mi ventana. Espero que me perdones esta última indulgencia y te explicaré por qué es importante para mí.

No soy, ni he sido nunca, un hombre religioso. Pero ciertos acontecimientos conspiraron para que haya pasado mucho tiempo en tranquila contemplación. Creo que esto me ha enseñado ciertas verdades sobre la naturaleza de las cosas y el universo, del que todos formamos parte, por infinitesimalmente pequeña que sea. También he hecho cosas muy perversas, es decir, perversas desde el punto de vista de las estrechas y arbitrarias reglas de los humanos (monos sin pelo y sin sentido que somos). Pero también malvadas porque estaban en desacuerdo con un poder más amplio y profundo. Creo que solo cuando sea polvo, flotando en aguas sagradas, seré absuelto de la culpa que arrastro por estos actos. He cargado con esta culpa durante mucho tiempo, y te pido que no envidies mi impaciencia por alcanzar la absolución.

No espero que entiendas este sentimiento, pero te prometo que es sincero.

Espero, Erica, que seas sabia cuando recibas esta noticia. Pero temo que no. Por eso te he reservado una última sorpresa, que mi abogado te dará a su debido tiempo. Espero que con este regalo de despedida puedas por fin encontrar aceptación. Tal vez incluso un poco de felicidad.

Adiós, ángel mío. Mi mano es débil y he dicho lo que necesitaba decir. Quizás ahora que me he ido de este mundo te sientas más libre para aceptar que ahora es tuyo. Baila, Erica. Canta a voz en grito. Levántate con las alondras y corre. Ama a quien desees, de manera loca y salvaje. Sé lo que quieras ser.

Hasta que nos volvamos a ver,

Tu padre,

Charles Sterling.

CAPÍTULO TRECE

LAS MANOS de Sands no podían dejar de temblar cuando sacó su teléfono móvil y llamó a Briggs. Este contestó al tercer tono.

—¿Te has enterado? —Apenas podía hablar por el torbellino de emociones, algunas ni siquiera podía reconocerlas, pero luchó—. Tenemos que evitar que hagan la cremación del cuerpo.

—¿Cuerpo? ¿De qué cuerpo me hablas? Es domingo por la mañana, Erica —respondió Briggs, y entonces se dio cuenta del tono de su voz—. ¿Qué demonios ha pasado?

Sands miró a su alrededor. ¿Qué había ocurrido? Nada había cambiado en su vida. Excepto que él estaba muerto. O decía estarlo.

—Un abogado me acaba de interceptar en la puerta de mi casa. Al parecer, era el abogado de Sterling. Me ha dicho que Sterling murió hace dos días. Vivía en Vietnam bajo el nombre... —Por un segundo su mente la traicionó—. Jeremy Collins. Murió en un hospital privado, en una ciudad llamada... —Volvió a hacer una pausa, esta vez cerrando los ojos—. Hoi An. Les ha dicho que quiere ser incinerado. Tienes que ponerte a ello, ahora mismo. Tienes que impedir que quemén el cuerpo. Tenemos que ver si es él de verdad.

La habitación giraba en torno a su cabeza. Cuando volvió a sintonizar Briggs estaba hablando.

—¿Erica? ¿Sigues ahí? Necesito la línea. Te volveré a llamar. Quédate donde...

Pero Erica colgó.

Al cabo de un largo rato se levantó, tambaleante, y se dirigió a la cocina, donde se preparó un café. Luego se sentó a mirarlo, y al mundo más allá de la ventana, hasta que la taza se enfrió. Cuando se dio cuenta, lo metió en el microondas y lo calentó hasta que hirvió y se derramó por todas partes. Se quemó los dedos al sacarlo y repitió el proceso. Lo puso sobre la mesa y se quedó mirando a la nada. Intentaba comprender qué estaba pasando. Sonó su teléfono.

—¿Briggs?

—Es domingo por la noche en Vietnam, casi las diez.

—Solo dime que lo has conseguido. Por favor, dímelo.

—Vale, vale. —Briggs se quedó callado un momento, aparentemente tranquilizándose—. Tengo confirmación de que un hombre de unos sesenta años, de nombre Jeremy Collins, murió a las nueve de la noche del miércoles en la Clínica Médica Privada de Hoi An. Sufría una forma avanzada de cáncer de intestino, y llevaba seis semanas ingresado.

—¿Puedes pararlo? ¿Puedes evitar que incineren el cuerpo hasta que lleguemos?

—Tengo que hablarte del centro.

—Dime que lo has parado.

—¡Erica! Dame una oportunidad.

Se calló.

—La clínica Hoi An presume de tener la mejor atención médica de todo el sudeste asiático. Médicos que hablan inglés, un entorno lujoso y maravillosas vistas al río Thu Bồn, y sí, estoy citando su página web. Pero también he hablado con mi colega en Hanoi, y él lo conoce. Al parecer, todos los expatriados lo conocen, al menos los ricos.

—¿Y qué? ¿Por qué me lo cuentas?

—Porque es relevante, joder. La clínica también es conocida por dar mucha importancia a la privacidad de sus clientes. Y en seguir sus peticiones al pie de la letra.

—¿Qué quieres decir? —Erica intuía la verdad, pero necesitaba oírla—. ¿Qué me estás diciendo? Charles Sterling es un asesino múltiple y un convicto en fuga. Se le busca en más de cien países, no hay forma de que sus deseos sean...

—Te digo que ya ha pasado, Erica. Si Collins era en realidad Sterling, sus cenizas fueron esparcidas en el río hace unas cuatro horas. Sospecho que a su abogado le dijeron que no contactara contigo hasta que estuviera hecho.

CAPÍTULO CATORCE

AL PRINCIPIO REINÓ LA CONFUSIÓN. Con la diferencia horaria, la distancia, la barrera lingüística y las disputas sobre qué organización tenía autoridad para actuar, junto con la reputación de privacidad que la clínica estaba ansiosa por proteger, era inevitable que así fuera. De hecho, no cabía duda de que así lo planeó Sterling.

Y luego estaba la confusión de la identidad. Al principio, la clínica insistió en que el hombre que murió era de verdad un inglés llamado Jeremy Collins, un antiguo ingeniero de Birmingham, y aportaron una amplia gama de documentos que parecían demostrarlo, entre ellos un pasaporte bastante usado, un permiso de conducir y tarjetas de crédito de tres bancos importantes. Pero entonces, ante la insistencia de las autoridades vietnamitas, presionadas a su vez por la Interpol y, en última instancia, por Sands, aceptaron la posibilidad de que los documentos pudieran ser falsos, en cuyo caso muy bien podría haber sido Charles Sterling el fallecido. Excepto que entonces llegó el mensaje, de nuevo por insistencia de Sands, de que no era Sterling después de todo. O al menos, si alguien había muerto allí, no era Sterling, y no era su cuerpo el que había sido incinerado. Que, de alguna manera, entre tanta confusión, Sterling había hecho algún tipo de truco.

Pero alguien había muerto. Al menos Briggs estaba seguro de ello, argumentando que era imposible que tanta gente profesional: médicos, enfermeras, personal administrativo, directores de funerarias y los operarios del crematorio, estuvieran arriesgando su reputación mintiendo, y que todos contarán la misma mentira.

Entonces la información empezó a cambiar. El paciente conocido como Jeremy Collins, a su llegada había hecho varias peticiones muy inusuales, cuya existencia había dado instrucciones estrictas de mantener en secreto hasta después de su muerte. Había pagado para que le viera un dentista y había pedido que le hicieran radiografías y otras pruebas de imagen de sus dientes. Ordenó que se tomara una muestra de ADN y el médico jefe firmó una declaración jurada de que el hombre del que tomó la muestra era Jeremy Collins, siguiendo una cadena de custodia cuidadosamente controlada para garantizar la integridad de las pruebas. Había hecho lo mismo con sus huellas dactilares. Por último, había dejado una carta en manos de otro abogado, esta vez un bufete local vietnamita, con instrucciones de que fuera entregada al director de la clínica setenta y dos horas después de la incineración. En esta carta, el hombre conocido como Jeremy Collins se despojaba por fin de toda pretensión sobre su alias y se identificaba como Charles Sterling. A continuación, daba instrucciones a la clínica para que facilitara a la policía local, a la Interpol y a cualquiera que quisiera preguntar todo lo que tuvieran sobre su expediente para

probar su identidad.

Cuando estas pruebas recorrieron medio mundo hasta llegar al edificio de la Interpol en Londres, no fueron suficientes para convencer al agente Johnny Briggs. Y la insistencia de Sands hizo que tanto ella como Briggs recibieran autorización para volar a Vietnam y reunirse con la policía local y el personal médico que había atendido a Sterling, para intentar aclarar las cosas. Pero todo el mundo contaba la misma historia. El hombre que había muerto había dado su nombre como Jeremy Collins y, sin embargo, cada muestra que había proporcionado y cada registro que había dado coincidía con los de Charles Sterling. Ese mismo hombre había muerto con toda seguridad.

No había duda de que había estado enfermo. A Sands y a Briggs les mostraron imágenes del cáncer, una masa oscura entre masas más claras, que no significaban gran cosa para ellos pero que hicieron que el médico que se las mostró moviera la cabeza con tristeza, como si estuviera inmerso en una tragedia familiar y no en la búsqueda de un fugitivo internacional desaparecido. A Sands le mostraron el certificado de defunción y habló con el médico que lo había firmado. Incluso insistió en hablar con los porteadores que habían trasladado el cadáver, les enseñó varias fotografías de Sterling y les preguntó si ese era de verdad el hombre que habían llevado a la morgue. Asintieron con la cabeza, ansiosos, como si desearan que su respuesta satisficiera por fin a aquella inglesa furiosa y alocada que estaba causando tantos trastornos en su hasta entonces tranquila clínica.

Después de tres días sobre el terreno en el caluroso, pegajoso y vibrante Vietnam, atributos que Sands apenas había notado, se dio cuenta de que estaba perdiendo a Briggs. Lo vio en sus silencios y en la forma en que la miraba cuando ella insistía una y otra vez en que, de alguna manera, era todo un truco. Que o bien Sterling les había estado engañando sobre su enfermedad y se había escabullido del hospicio, o que había dado el cambiao al cuerpo, o que nunca había sido Sterling. Las cosas llegaron a un punto crítico cuando se reunieron para cenar en el comedor del hotel.

—Todo encaja, Erica —le dijo Briggs, mordiéndose el labio como si se estuviera preparando para una pelea.

Ella negó con la cabeza.

—¿Cómo puedes decir eso? Nada concuerda.

—Los registros dentales coinciden. El ADN coincide. Las huellas dactilares coinciden. Todo coincide y tuvo a diferentes personas registrando los datos en cada ocasión. No es creíble que pudiera haberlos engañado a todos. Ni que todos pudieran estar mintiendo por él.

—Entonces no fue así como lo hizo. Pero, aun así, lo hizo.

—¿Has considerado la otra posibilidad?

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—¿Quizás solo quería darte paz mental? Dijiste que hablaba de reconciliación, que había cambiado. ¿Quizás era un hombre cambiado de verdad?

—Asesinó a su antiguo colega a las pocas horas de escapar de la cárcel.

—Sí, pero dijiste que tenía una razón, el tipo le robó algo, un trabajo de matemáticas o no sé qué.

—También le ordenó a un joven paranoico y delirante que disparara a un agente de policía y a su joven familia. Justo antes de salir de la cárcel y mientras me contaba lo mucho que había cambiado.

Briggs asintió.

—De acuerdo. Sí, admito que hizo eso. Pero ¿quizás quería darte tranquilidad para seguir con tu vida? ¿Lo has pensado?

—Lo he considerado y lo he rechazado. Dime una cosa —se inclinó hacia delante—: si fue así, ¿por qué no hizo lo único que demostraría su muerte más allá de toda duda? ¿Por qué no nos dejó su cuerpo?

Briggs hizo una mueca.

—¿No dijo algo al respecto? ¿No dio una razón relacionada con su espiritualidad? ¿Que solo encontraría la paz cuando fuera polvo y que no quería que la policía se metiera con él?

Sands levantó las cejas de manera exagerada.

—Venga, hombre. ¿Y tú vas y te lo crees?

Briggs se quedó callado un rato, pensando. Luego sacudió la cabeza con tristeza.

—Si quieres saber lo que pienso en realidad, creo que tal vez sea lo contrario de lo que acabo de decir. Creo que tal vez quería joderte una última vez. Ha dado pruebas suficientes para que cualquiera, al menos cualquier persona razonable, concluya que murió aquí la semana pasada. Pero ha dejado un pequeño resquicio de duda. Y sabía que no podrías dejar de darle vueltas en tu cabeza por el resto de tus días, porque sabe que nunca vas a ser razonable al respecto.

Sands pensó lo mismo.

—¿Así que eso es todo? ¿Tú qué... has terminado aquí? ¿Eres el razonable de los dos y estás convencido?

—Estoy...

Miró alrededor del restaurante; podría haber estado en cualquier parte. Briggs había mencionado en el vuelo que debían aprovechar la oportunidad para ver un poco de Vietnam, comer en algunos mercados callejeros. Ella no había respondido y no lo habían hecho. Habían vivido de lo que podían coger de la cafetería de la clínica y de las máquinas expendedoras. Se rascó la cabeza.

—Estoy convencido al 99%. Y quizás eso es todo lo que puedo estarlo. En circunstancias normales tendrías un cuerpo, y lo identificarías, pero no tendrías todo lo demás: el ADN, los dientes. Esta vez resulta que es al revés, pero quizá solo estemos convencidos en un 99%. —Hizo una pausa, antes de soltar la bomba—. En cualquier caso, me han ordenado que vuelva. Y me han dicho que tú también lo hagas.

Sands no pudo mirarlo a los ojos.

—¿Qué más vas a hacer? ¿Qué otra cosa puedes hacer aquí? Todo el mundo muere alguna vez, de alguna manera. ¿Y si así es como murió? Si es así, no va a volver, no importa cuánto tiempo te quedes aquí. —Levantó la vista cuando el teléfono de Sands vibró para anunciar la llegada de un mensaje. Lo cogió, lo leyó y sus ojos se abrieron de par en par.

—Mierda.

Briggs alzó las cejas de manera interrogante.

—Es el abogado que me contó todo esto. Me pregunta si ya estoy lista para verlo. Me había olvidado de aquel tipo.

CAPÍTULO QUINCE

EL TIPO en cuestión esperaba en el bar junto a la piscina del hotel Oceanside de Poole. Se puso en pie al verla lo que reveló sus pantalones cortos plisados de color azul marino y sus piernas blancas, delgadas y peludas. Luego enarcó una ceja al ver que Sands no había venido sola.

—Este es el agente de la Interpol Johnny Briggs. Trabaja para una unidad especializada en localizar a fugitivos internacionales —dijo mientras tomaba asiento frente al abogado—. Damien Reynolds, de Giles, Patterson y Daniels. Al parecer, también trabaja con fugitivos internacionales.

—Tiene razón —sonrió Reynolds al tiempo que le ofrecía la mano a Briggs y se volvía hacia Sands—. No mencionó que vendría acompañada.

—Briggs lleva el caso de la desaparición de Sterling. Es más fácil para él escuchar lo que tenga que decir directamente, en vez de que yo tenga que perder tiempo luego poniéndole al día.

—Como quiera. Aunque... —la ceja volvió a levantarse—, es de suponer que ya no es un caso de persona desaparecida. —Había un cierto tono interrogativo, como si estuviera buscando información, pero ni Briggs ni Sands reaccionaron. Reynolds levantó las manos—. No importa. No es asunto mío. Solo estoy contento de que ya haya regresado para que pueda concluir con mis asuntos. O, mejor dicho, los asuntos que el señor Sterling me pidió que tratara. —Miró a su alrededor, llamó la atención de un camarero y le hizo señas para que se acercara—. El servicio es muy bueno aquí —hablaba como si estuviera recomendando el sitio— pero a mí me resulta sofocante quedarme demasiado tiempo en un hotel, ¿y a usted?

El camarero llegó con una camisa blanca almidonada y un delantal estampado con el logotipo del hotel. Saludó respetuosamente con la cabeza a los recién llegados.

—Buenos días, señora, señor. ¿Puedo ofrecerles algo de beber?

—Por cierto, corre a cuenta de Sterling —dijo el abogado—. Toda mi estancia aquí fue pagada por adelantado por el señor Sterling, así que tomen lo que quieran.

—Para mí un té de hierbas —dijo Briggs. Sands se limitó a negar con la cabeza. El camarero se fue.

—¿De qué se trata? —preguntó Sands.

Reynolds se reclinó en su silla. Su maletín estaba junto a la mesa; lo miró, pero no lo cogió.

—Es un asunto bastante emocionante —sonrió, pero volvió a mirar a Briggs—. ¿Está segura de que no le gustaría oír lo que tengo que decirle en privado? Es de carácter personal, además de financiero.

A Sands se le ensancharon las fosas nasales, pero no dijo nada y se limitó a negar con la

cabeza.

—Muy bien. —Reynolds cogió el maletín y volvió a tener cuidado de colocarlo con precisión sobre la mesa antes de abrir los cierres de combinación. Sacó su tablet, seguida de dos sobres, uno de ellos sellado como antes con el logotipo del bufete. Colocó los tres objetos sobre la mesa, luego cerró la tapa del maletín y volvió a dejarlo a su lado. Comprobó que tenía su atención.

—¿Otra carta? —preguntó Sands.

—No —respondió Reynolds—. No exactamente.

En ese momento volvió el camarero con una bandeja de plata y una taza de porcelana blanca para el té de Briggs. La depositó con cuidado y se marchó.

—Señora Sands, a pesar de los delitos que cometió el señor Sterling y por los que fue condenado, su derecho a poseer bienes sigue siendo idéntico al nuestro. Él era capaz de controlar propiedades, acciones o divisas de la misma manera que cualquier otro individuo. La única excepción sería que se demostrara que los bienes fueron adquiridos de manera ilegal. En tal caso, uno o varios estados podrían reclamar esos bienes y, si la reclamación prosperara, podrían ser embargados. Como estoy seguro de que usted sabe, nunca se ha hecho ninguna reclamación de tal tipo contra el señor Sterling.

Hizo una pausa, antes de continuar en voz más baja.

—Dada la naturaleza de sus crímenes y el hecho de que no haya ningún indicio de que se llevaran a cabo con la expectativa de obtener beneficios económicos, no sería razonable esperar tal reclamación. —El abogado volvió a hacer una pausa y miró a Sands—. El señor Sterling me pidió que insistiera en ese punto.

Sands no respondió.

—Además, me dio instrucciones muy claras y precisas para lo que voy a contarle, e inmediatamente antes de hacerlo se hizo declarar en su sano juicio, y así lo certificó un médico psiquiatra cualificado. Tengo el certificado aquí.

Reynolds abrió el mayor de los sobres y entregó su contenido a Sands para que lo examinara. Era una declaración jurada del doctor Tran Quang Huy. Sands la leyó por encima y se la pasó a Briggs, que estaba soplando el vapor de su té.

El abogado volvió a esbozar su sonrisa lobuna, como si estuviera disfrutando del dramatismo de su papel.

—¿Está segura de que no le apetece beber algo, señora Sands? Puede que sienta la necesidad dentro de un momento.

—Muy segura. ¿Va a ir ya al grano o no?

El abogado levantó las manos con las palmas hacia fuera como disculpándose por no haber sido más conciso. Luego cogió la tablet y la encendió, sujetándola de modo que ni Sands ni Briggs pudieran ver la pantalla. Durante unos instantes dio golpecitos al aparato. Luego volvió a enarcar las cejas. Suspiró y silbó en voz baja.

—Por supuesto, hay implicaciones fiscales, nuestro bufete estará encantado de ayudarla con ellas, si lo desea. —Miró a Sands y pareció disfrutar de la expresión de confusión de esta—. Y una de las ventajas de la muerte del señor Sterling en Vietnam es que el país ha eliminado recientemente el impuesto de sucesión, aunque puede que haya un reclamo por parte de la Agencia Tributaria del Reino Unido. —Reynolds parecía estar hablando solo. Pero entonces se incorporó, esta vez mirándola directamente a los ojos—. Erica Ángela Sands, este segundo sobre contiene la clave de una cartera digital, que a su vez contiene todos los fondos que tenía el señor

Charles Sterling en el momento de su muerte, menos los gastos debidos a la clínica donde fue tratado y a la empresa donde trabajo, que he deducido debidamente. El señor Sterling no tenía ningún otro activo, aparte del contenido de esta cartera. Me pidió que le entregara la cartera y que le informara de que, como único familiar superviviente, su deseo es que estos bienes pasen a usted en su totalidad. También me pidió que realizara un cálculo en el momento exacto de entregársela y que le informara de su valor actual en libras esterlinas. Ese valor es... — Giró la tableta para que Sands pudiera ver la pantalla—: Cuatrocientos sesenta y tres millones, setenta y seis mil quinientas treinta y dos libras esterlinas y doce peniques. —Sonrió triunfante antes de proclamar—: Señora Sands, enhorabuena, a partir de ahora, es usted extraordinariamente rica.

PARTE 2

CAPÍTULO DIECISÉIS

PIERRE CLOAREC LEVANTÓ la mano izquierda y chasqueó los dedos. El camarero lo vio y, sin mediar palabra, se acercó a la mesa, dejó una copa en la mesa y la llenó hasta la mitad con vino tinto. Sus gestos eran poco floridos, un estilo nacido de décadas de repetición. Pierre dio las gracias con la cabeza y volvió a centrar su atención en su hija, al otro lado del teléfono móvil.

—¿Y el médico? ¿Qué te ha dicho?

—Es una médica. Dice que pueden pasar semanas, incluso meses. —La voz de Monique se volvió un poco quejumbrosa cuando empezó a explicar que necesitaba descansar y ponerse hielo en el tobillo, y que luego vendría la rehabilitación. Se lo había torcido según ella, bajando las escaleras de su apartamento, pero Pierre tenía sus dudas. Lo más probable era que hubiera sucedido en la maldita escuela de danza donde desperdiciaba su vida en lugar de buscarse un trabajo serio. En cualquier caso, su atención fue captada por una mujer que paseaba a dos perros diminutos por la acera frente a él. Sus delgadas caderas se balanceaban de un lado a otro y los pantalones le quedaban tan ajustados que se preguntó cómo podría ponérselos. Sonrió al pensar en ello, sintiendo su edad. Seguramente debería preocuparse más por cómo quitárselos.

—¡Papá!

—*Oui*, Monique. —Hablaban en francés, sus acentos refinadamente parisinos, las vocales más ásperas suavizadas, pero a veces él también le hablaba en inglés. Su educación le había costado bastante, más les valía utilizarla.

—¿En qué estás trabajando, papá? ¿O sigue siendo *top secret*? —Las dos últimas palabras las dijo en inglés.

—Muy alto secreto.

—Espero que no sea peligroso.

—No es tan peligroso como que te conviertas en bailarina.

—Papá, te dije que no me lesioné bailando. Estaba corriendo para coger el correo.

—Vale. —Quería terminar la conversación—. Dale recuerdos a tu madre.

—Lo haré.

—Cuídate, espero que te recuperes pronto.

Pierre terminó la llamada y bebió un sorbo de vino. Sus ojos recorrieron la calle. Otra joven pasó al otro lado de la calle. La observó mientras sacaba un cigarrillo de un paquete blando que tenía sobre la mesa. Lo encendió, llenó sus pulmones y expulsó una nube de humo. Consultó su reloj.

—*Bonjour mon ami*. —La voz de Eric Miller sonó detrás de él, haciendo que Pierre torciera

el cuello con torpeza. Se frotó los músculos mientras el recién llegado se acercaba una silla y se sentaba, indicando al camarero que le sirviera una segunda copa de vino. Sin dar explicaciones, empezó a colocar un juego de ajedrez sobre la mesa.

—Tenemos que darnos prisa. —Pierre se inclinó y le ayudó—. Tengo una reunión a las tres. Una reunión importante.

Eric soltó una media carcajada.

—Y esta noche es la asamblea general del Instituto de Relaciones Internacionales. Pero no te preocupes, te daré una paliza y podremos seguir con nuestro día. —La partida estaba preparada y él movió el peón de rey dos casillas hacia delante—. Juego con blancas.

Pierre respondió de inmediato con su peón negro. La regla era que no podían tardar más de treinta segundos por jugada. Al fin y al cabo, ambos tenían trabajo que hacer. Al fondo, la Torre Eiffel se alzaba sobre los edificios de piedra blanca de la ciudad.

Jugaron en silencio, Eric empujó un ataque en el flanco de la reina y amenazó con una horquilla de caballos sobre el rey y la torre negros. Pero siempre estuvo a una jugada de poder actuar, ya que Pierre se escabulló a través de una serie de escapadas ajustadas, moviendo su rey a la izquierda y luego a la derecha. Después ofreció un intercambio de piezas que parecía a favor de las blancas, pero que acabó igualado debido a un peón pasado por alto. El final desembocó rápidamente en unas tablas, las segundas del mes, que llevaron a Eric a proponer una revancha. Pero Pierre negó con la cabeza.

—Non. Ya te lo he dicho, tengo que ir a ver a la dragona de la breña a las tres. —Comprobó su reloj Apple de último modelo.

—No me dijiste que habías quedado con ella. —Eric abrió los ojos fingiendo miedo—. ¿Qué quiere, nuestra dragona más temida?

—Nada. Solo está preocupada por mí. Cree que la mafia italiana planea seguirme la pista y cortarme el cuello.

Eric entrecerró los ojos.

—¿Por qué iban a hacer eso? ¿Aparte de por razones obvias?

Pierre esbozó una sonrisa sarcástica, pero negó con la cabeza.

—No puedo decírtelo. Tendría que matarte...

Eric se lo pensó.

—Vale. ¿Pero de verdad te quieren muerto? —Sonaba un poco preocupado.

—Será una buena historia si lo hacen.

—Pero no serías tú quien la escriba.

—No, pero aun así sería una buena historia.

Eric sonrió y cogió un cigarrillo, ofreciéndole uno a Pierre.

—Quizás deberíamos pasar a algo de lo que puedas hablar. ¿Todavía trabajas con la encantadora Clémence?

—Bueno, a su manera me ayuda —gruñó Pierre.

—¿Ya te la has tirado? —Las cejas de Eric se alzaron significativamente.

Pierre rechazó la sugerencia con su cigarrillo.

—No. Tenemos una relación estrictamente profesional. Eso es todo.

Eric volvió a burlarse.

—¿Y me estás diciendo que ni siquiera te has fijado en sus fantásticas tetas?

—Me doy cuenta a diario —se rio Pierre—. Así es cómo me ayuda.

Terminó su cigarrillo y se inclinó hacia delante para apagarlo.

—Hablando de guarradas —continuó Pierre, hablando lánguidamente—, ¿cómo está nuestro buen alcalde? ¿Sigue con la secretaria?

Eric se encogió de hombros.

—Que yo sepa, sí. Pero no es nada interesante. La chica no está buena y no parece que a la esposa le importe lo más mínimo. —Hizo un gesto con la mano—. Si crees que hay una historia, te la puedo contar en otro momento, pero es... aburrida. —Pierre asintió con la cabeza, satisfecho de no perderse nada, aunque de todos modos no sería su área. La mujer con los dos perros regresó, terminado su paseo por el parque cercano. Esta vez ambos hombres la observaron en silencio.

Cuando ya estaba demasiado lejos para verla con claridad, Pierre se levantó y arrojó un billete de veinte euros sobre la mesa.

—¿A la misma hora el jueves?

Eric asintió y se acercó a otra mesa donde había un ejemplar de *Le Monde* doblado por la mitad. Lo abrió y se acomodó en la silla. Por un momento Pierre lo observó con envidia. De repente, Eric se rio de su amigo, que seguía merodeando junto a la mesa.

—¿Qué? —le preguntó Pierre.

—Nada —respondió Eric—. Dale recuerdos a la dragona.

CAPÍTULO DIECISIETE

DESDE SU CREACIÓN, poco después de la liberación de París al final de la Segunda Guerra Mundial, *Le Monde* siempre había sido dirigido por un hombre. Hasta el día que sus propietarios, conocidos por sus tendencias progresistas, nombraron por sorpresa a Lucille Amelia Dubois redactora jefe. Técnicamente, era cierto que Dubois había ido ascendiendo, tras comenzar su carrera en *Le Parisien* como reportera política y pasar después nueve años como subdirectora y luego directora de la revista *L'Express*. Pero no dejó de ser una sorpresa, sobre todo para ella, que le confiaran el puesto más prestigioso de la industria del periodismo francés. Para la docena de reporteros más veteranos, exclusivamente hombres, que se consideraban mejores candidatos, fue todo un escándalo. Y lo que era peor, pocos podían argumentar de forma convincente que no estuviera desempeñando bien su trabajo, a pesar de los tiempos difíciles que atravesaban los periódicos en todo el mundo.

Pierre llegó al despacho de la editora y vio a su asistente personal aporreando el teclado.

—Me han ordenado que venga a ver a la dragona —interrumpió, sin esperar a que le preguntaran.

La asistente personal de Dubois siguió trabajando en lo que fuera que estaba escribiendo, pero al final levantó la vista y respondió con el mismo sarcasmo—: Te está esperando. —Miró el reloj—. Lleva esperando siete minutos y medio.

Pero no había sido así. Dubois había aprovechado el retraso para hacer una llamada a su madre que debía haber hecho hacía tiempo, y seguía al teléfono cuando Pierre entró en el despacho. Ella cambió del francés al bretón cuando entró, pero fue un cambio tan sutil que él casi no se dio cuenta, excepto que no pudo seguir la conversación mientras ella le hacía señas impacientes para que se sentara. Se quedó cruzado de brazos, literalmente, mientras ella terminaba la llamada. Una de las paredes del despacho, de techos altos, era de cristal y ofrecía una impresionante vista del distrito XIII.

—Era mi madre —dijo Dubois, mientras bloqueaba el iPhone y lo deslizaba a un lado de su gran escritorio. Hizo una mueca como si la llamada hubiera ido mal. Pierre le devolvió la sonrisa como si no le importara.

—¿En qué puedo ayudarte?

Ella ignoró la oferta y le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Qué tal? —le preguntó en lugar de contestar a su pregunta. Luego se reclinó en su enorme sillón de cuero blanco mientras Pierre pensaba qué responder.

La escala de tiempo era lo que más preocupaba a su jefa, así que se decidió por eso.

—Hay más de un millón de documentos en mi sección de los datos. Llevará el tiempo que haga falta. —Se encogió de hombros—. Te lo advertí.

Pero ella le sorprendió negando con la cabeza.

—No me preocupa la velocidad. Al menos no de momento. Me preocupa la seguridad de mi personal, incluida la tuya, Pierre. Por mucho que te sorprenda.

Puso los ojos en blanco, consciente de que eso la cabrearía, y entonces, como ella estaba sentada lo suficientemente lejos de su escritorio como para notarlo, dejó que sus ojos bajaran hasta sus piernas. Su jefa estaba en buena forma, teniendo en cuenta su edad.

—¿Has encontrado algo más sobre la familia Mancini?

Se encogió de hombros.

—Un poco por aquí y por allá. Estoy intentando juntar las piezas.

—¿Están implicados?

—Hasta las orejas.

—Cuéntamelo.

Antes de hacerlo, Pierre reflexionó, inseguro de por qué se interesaba por ese aspecto en particular.

—Según lo que he averiguado, cada dos meses un abogado que representa a la familia Mancini viaja a George Town y...

—¿George Town? ¿La capital de las Islas Caimán? —interrumpió la editora. Le gustaba tener las cosas claras.

—Sí.

—Vale. —Le hizo un gesto con la mano para que continuara.

—Parece que el tipo viaja con dinero en efectivo, literalmente lleva una maleta llena de billetes, y siempre en avión privado porque hay menos posibilidades de que los inspectores de aduanas descubran lo que lleva. —Hizo una pausa para comprobar que le seguía. Sus cálidos ojos de color avellana no se apartaban de los suyos—. Una vez allí, el dinero se deposita en un banco y luego se traslada a una de varias cuentas nuevas, cada una dentro de una empresa fantasma diferente. Estas no parecen hacer nada excepto guardar y canalizar el dinero. Pero no permanece allí mucho tiempo. Puede que pasen días, puede que semanas, pero el dinero se mueve de nuevo, y luego otra vez, cada vez por rutas diferentes, hasta que al final empieza a aparecer en diversas inversiones en el extranjero: centros comerciales, infraestructuras públicas, puentes, ese tipo de cosas.

—¿Y cómo lo sabemos? ¿Cómo lo demostramos?

—Es complicado. A veces las cantidades coinciden cuando el dinero pasa de una cuenta a otra. Pero... —hizo una pausa— hemos encontrado unas notas que explican los movimientos.

—¿Qué quieres decir?

Pierre sonrió.

—El proceso que utilizan es tan complejo que incluso los abogados que dirigen el dinero parecían confundirse, así que se apuntaron chuletas para no perderse. —Sus ojos brillaron al recordar el momento en que lo descubrieron y empezaron a descifrar el código que la empresa había utilizado para ocultar sus actividades—. Pero necesito más tiempo. Hay millones de documentos individuales en los que trabajar.

Pierre se quedó callado, suponiendo que su jefa le diría que tenía que trabajar más deprisa, pero en lugar de eso se quedó allí sentada, con aquellas elegantes piernas cruzadas y la frente ligeramente arrugada, pensativa. Pierre volvió a pensar en lo extraño que resultaba que ella, una

chica corriente de un pueblo pesquero de la costa oeste a muchos kilómetros de distancia de la capital hubiera acabado en ese lado del escritorio mientras él, de una familia muy conocida y con una distinguida carrera a sus espaldas, siguiera en este lado. Por otra parte, le gustaba el hecho de que su firma fuera la protagonista cuando publicaran la noticia: la mayor y más importante filtración de información financiera confidencial jamás vista en el mundo. Esperó.

La historia había surgido de la nada. Una mujer de unos sesenta años, de piel morena, pelo canoso y una chispa de desafío en los ojos se había presentado en la recepción y había pedido ver a Pierre Cloarec, el famoso periodista. Cuando este bajó, un poco a regañadientes, le entregó un *pen drive* que, según ella, contenía información descargada de un servidor secreto de una empresa de las Islas Caimán, donde había trabajado durante más de veinte años quitando el polvo y limpiando suelos. Solo que esta vez, aseguró, se había llevado todos los trapos sucios. Pierre le había pedido que esperara mientras volvía a su despacho y revisaba el archivo. No tardó en descubrir miles de millones de correos electrónicos, hojas de cálculo financieras, fotocopias de pasaportes, documentos de constitución de empresas y otros registros corporativos que detallaban movimientos de capital y a quién pertenecían oscuras entidades financieras. Casi de inmediato le saltaron nombres a la vista. Políticos, no solo nombres famosos en Francia, sino líderes mundiales; deportistas, famosos, iconos de la moda. Era un auténtico *quién es quién* de la elusión fiscal y, por lo que parecía, de la evasión fiscal.

Evidentemente, era mucho más de lo que Pierre podía manejar, y no había tenido más remedio que llevar a la mujer al despacho de Dubois. Allí empezaron las negociaciones. Al principio, la señora había exigido un millón de euros como pago, pero aquello era una locura. Dubois había intentado explicarle que el periodismo no funcionaba así. Que, si pagaban por la información, el periódico podría ser demandado, acusado de incentivar el robo. Pero la antigua limpiadora se había mantenido firme, y a Pierre le había impresionado su entereza. Le había dicho a Dubois que, si no pagaban por la información, la destruiría. Afirmó que ya había arriesgado su vida para llevarles el *pen drive*, que cuando se publicaran los primeros artículos tendría que ocultarse tras una nueva identidad y que para eso necesitaba dinero. Estaba claro que era cierto.

En ese momento, Dubois tomó su decisión más controvertida como redactora jefa. Llamó a los directores de otros periódicos: el *New York Times*, *The Guardian* de Londres y *El País* de España, entre otros, y les explicó lo que tenía entre manos. Juntos llegaron a un acuerdo. Cada periódico aportaría una pequeña cantidad para que la limpiadora pudiera comenzar una nueva vida, con una nueva identidad, en la que estuviera a salvo. Al trabajar juntos, los periódicos se repartirían el riesgo de acciones legales.

Al mismo tiempo, la enorme cantidad de datos se dividiría en partes más pequeñas, y cada periódico proporcionaría un pequeño equipo de periodistas para examinar cada parte, compartiendo lo que descubrieran para permitir a cada periódico publicar una serie de reportajes, cada uno exclusivo en sus respectivos países. En el caso de *Le Monde*, el equipo periodístico estaría dirigido por el propio Pierre, pero con la ayuda, cuando estuviera disponible, de una reportera junior llamada Clémence Girard.

—¿Cómo de cerca estás? —Dubois rompió por fin su silencio pensativo.

—Necesito otros... —Pierre fingió pensar— dos meses. Tres como mucho. Entonces

estaremos listos para dar el pelotazo.

Sabía muy bien que podía estar listo antes, pero junto con los periodistas de los otros periódicos habían acordado dar ese plazo a sus editores. Era prudente dar un poco de margen a sus plazos. Sin embargo, parecía que esta vez la preocupación de Dubois no era realmente el tiempo que estaba tardando.

—¿Y no has notado a nadie? ¿Siguiéndote quizás? ¿Nada fuera de lo normal en tu apartamento?

Pierre frunció el ceño.

—Nada. —Se lo pensó un momento y luego descartó la idea por ridícula—. No. Relájate.

—*Non*. —Dubois sacudió el pelo, corto y teñido de rubio—. No puedo relajarme. —Respiró hondo, pero no dijo nada más. Algo en su actitud inquietó a Pierre más de lo que esperaba—. No puedo relajarme —repitió, y luego volvió a sumirse en su anterior silencio melancólico.

—¿Qué pasa? —preguntó él al cabo de un rato.

La editora levantó los ojos y se encontró con los de él.

—No sé si debería contarte esto o no.

—Entonces creo que deberías.

—No, al contrario, no debería. —Giró la silla hacia delante, apoyó los codos en el escritorio y lo miró a los ojos—. Me han informado de que la empresa de la que se extrajeron los datos es consciente de que se copiaron documentos.

Pierre sintió que sus ojos se abrían por la sorpresa. Su ritmo cardíaco aumentó.

—¿Cómo lo saben?

Dubois hizo un gesto con la mano, descartando la pregunta.

—Algo sobre un ordenador que registró la transferencia de archivos. —Volvió a negar con la cabeza—. No tengo los detalles.

—¿Cómo lo sabes?

Por un momento no quiso mirarlo.

—Digamos que ha llegado a mi conocimiento a través de una fuente. No puedo decir nada más.

—¿Cómo? ¿Qué tipo de fuente? ¿De dónde?

—No puedo decírtelo. —Se llevó un dedo a los labios y bajó la voz—. Una fuente del servicio de inteligencia. Ni que decir tiene, no puedo revelar su identidad.

—¿Y lo confirmaste? —La voz de Pierre se elevó bruscamente—. ¿Le dijiste que teníamos la información?

—Claro que no. —Sacudió la cabeza con impaciencia—. Solo estaban indagando. Mi... amigo me preguntó si se trataba de algo que pudiera preocuparnos. Le dije que no sabía de qué me hablaba. Y creo que me creyó.

—¿Crees?

Ella abrió la boca para contestar, pero se quedó callada. Pierre también guardó silencio un momento, pensativo.

—¿Así que nadie sabe que los tenemos? ¿Los datos?

La editora negó con la cabeza.

—No lo sé. Nuestra fuente —según la práctica habitual, no nombraban a la mujer de la limpieza que les había traído los archivos— es francófona, así que no sería difícil deducir que vendría a un periódico francés, si su intención era ir a la prensa. De ahí, *Le Monde* es la opción más indiscutible. —Tenía los labios finos.

Pierre no respondió, pero analizó su lógica y no encontró nada que lo tranquilizara.

—¡Merde!

Dubois hizo caso omiso.

—Además, no sé cuánto sabe la empresa, si tenemos casi todos sus archivos o si simplemente han perdido algunos papeles sin importancia. Y no sé a quién han informado de la filtración. Pero está claro que nos expone a un riesgo considerable. —Se inclinó más y golpeó el escritorio con una uña pintada de rojo—. También temo que, si alguien nos estuviera observando, te vería trabajando duro en una historia confidencial, y no le resultaría difícil atar cabos.

Pierre echó la silla hacia atrás y dejó caer las piernas un poco abiertas, tratando de proyectar una seguridad que no sentía.

—No me preocupa.

—Pues debería. Mientras tú te has centrado en cómo mueve el dinero la familia Mancini, yo me he estado fijando en cómo manejan otros aspectos de sus negocios. Son conocidos por su extrema brutalidad, incluso en el mundo del crimen organizado. Tienen una tarjeta de visita particular. Cuando alguien se cruza en su camino, le cortan los dedos antes de matarlo a garrotazos.

Dubois no dejó de mirar a Cloarec quien, a su pesar, sintió un cosquilleo en las manos.

—¿Qué quieres que haga? —se oyó protestar—. No vamos a parar. Yo no pienso parar. —Ahora sí se sentía valiente—. Para esto estamos aquí, para eso está este periódico. Lo sabes, o deberías saberlo.

—No tengo intención de matar la historia —replicó—. Solo de protegerla, hasta que estemos listos para publicarla. Después, nadie se atreverá a atacarnos ya que su culpabilidad sería demasiado evidente. —Hizo una pausa—. Al menos eso espero.

Pierre no respondió.

—Creo que deberías irte de París.

—¿Qué? —Levantó los ojos, sorprendido.

—Sal de la ciudad. Aquí te conocen. Serías fácil de encontrar si alguien te estuviera buscando. Tienes hábitos regulares. Incluso yo sé que si llegas tarde a un plazo el martes estarás en la cafetería jugando al ajedrez con Eric Miller. Y el squash... ¿qué es, los jueves?

La expresión de Pierre se ensombreció.

—¿Adónde quieres que vaya? ¿A las Islas Caimán?

Lo dijo con sarcasmo, pero ella no lo aceptó.

—Difícilmente estarías más seguro allí. No, tengo una idea mejor. —El comienzo de una sonrisa jugó en sus labios. Como si fuera consciente de que él no tenía ni idea de lo que iba a decir, y por eso iba a funcionar—. Mi tío murió a principios de año. Aún no nos hemos ocupado de la casa, así que está vacía. Podrías vivir allí. Está en el medio de la nada, en un pueblo llamado Plourec. En la costa oeste. —Ella se detuvo y lo observó.

—¿Te has vuelto loco?

Su jefa no le contestó, sino que simplemente mantuvo sus ojos en los de él, hasta que lo oyó hablar de nuevo.

—¿Plourec? Nunca he oído hablar de ese sitio.

—Esa es la idea, Pierre.

—Pero... —empezó a protestar, pero no encontró las palabras.

Dubois cambió de táctica.

—Es una casa pequeña, aunque muy cómoda, y da directamente a la ría. Es muy bonita. — Sonrió, como si se lo estuviera imaginando—. Incluso tiene su propio embarcadero. Pero lo más importante es que es tranquilo, y hay Wi-Fi, podrás trabajar...

—No —interrumpió—. Ni hablar. ¿Dónde está eso de todos modos? ¿En Bretaña? —dijo la última palabra como si la región del extremo noroeste de Francia fuera un lejano y muy inferior remanso, quizás todavía hogar de tribus de neandertales.

—Sí. —Su voz era fría—. Finisterre, para ser exactos. —Sus ojos se desviaron hacia una fotografía en la pared. Un faro durante una tormenta en un cabo de Finisterre.

—Eso está a muchos kilómetros de distancia —dijo suavizando su tono un poco.

—Sí. Y por eso estarás más seguro allí.

Entonces Pierre se puso en pie. Se acercó a la ventana, se detuvo sin mirar y giró sobre sus talones.

—Puedo trabajar aquí. Puedo cambiar mis hábitos. Estoy completamente seguro en mi apartamento, y podría visitar diferentes cafés, cambiar cuando voy...

—Sé que crees que la pluma es más poderosa que la espada, Pierre —le interrumpió Dubois—. Pero no es del todo cierto. Operan con equipos de dos hombres de asesinos profesionales. Son unos despiadados.

—Pero... —buscó un argumento para rebatir este punto—, esto es París. Ellos no harían...

—¿Estás seguro? Si se enteran del infierno que estamos a punto de desatar sobre ellos, ¿no matarían para intentar detenerlo?

—No funcionaría. Tenemos al *New York Times*, al *Guardian*...

—Eso ellos no lo saben. Aunque lo supieran, no creo que les detuviera.

Pierre se llevó una mano a la frente.

—Necesito estar aquí, Lucille. No puedo trabajar en otro sitio.

—¿Por qué no?

Por un momento Pierre pensó en decirle que no podía trabajar rodeado de granjeros incultos y sus vacas, pero algo en la mirada de ella, y en la posición que ocupaba, lo detuvo.

—Porque no.

Desvió la mirada, ignorando la respuesta.

Se tomó un momento, intentando pensar con claridad en lo que ella decía.

—Y de verdad que no hace falta —dijo un momento después—. Puede que la familia Mancini ni siquiera sepa nada. Y aunque lo supieran, ¿cómo iban a saber que soy yo quien está trabajando en la historia?

Ella lo miró a los ojos un momento antes de responder.

—Eres el mejor periodista que tiene este periódico. Uno de los mejores que ha tenido nunca. ¿A quién más se lo voy a dar?

La respuesta lo desconcertó, atrapándolo y manteniéndolo en una trampa de adulación.

—¿Cuánto tiempo crees que me quedará allí? Los dos meses enteros no.

—Dijiste tres hace un momento.

—Dos, tres, lo que sea. —Se sonrojó, ahora enfadado.

Se encogió de hombros.

—Quizá. Tal vez sería prudente que te quedaras un poco más, después de publicar quiero decir. Al menos hasta que las cosas se calmen. El caso es que, si ninguno de los dos le dice a nadie que te has ido allí, no importa lo que sepa la familia Mancini: no te encontrarán.

—Pero ¿y mi familia? No puedo abandonarlos.

—Tu hija está estudiando danza en Sevilla. Y has dejado a tu mujer, ¿he oído que no os habláis? —Era un golpe bajo, y Dubois levantó una mano en señal de disculpa—. Lo siento. Pero tienes que ver la lógica en lo que estoy diciendo. Mientras estés aquí hay un riesgo, por pequeño que sea, de que atraigas la atención de alguien que no quiere que trabajes en esta historia. Pero nadie se fijará en ti en Plourec. La casa está vacía, no hay que pagar alquiler, así que no le costará nada al periódico. —Sus ojos se cruzaron con los de ella y ella levantó la mano por segunda vez—. Lo siento, pero no puedo fingir que estos detalles no importan.

Lenta y gradualmente, pero con una deprimente inevitabilidad, la cuestión del dinero había ido creciendo con cada año que Cloarec trabajaba en la industria periodística, hasta que ahora influía en cada decisión. Sin embargo, seguía siendo el ámbito de un editor, y el hecho de que ella lo mencionara ahora era un recordatorio para Pierre de que ella tenía autoridad para tomar esa decisión, independientemente de lo que él pensara al respecto. Podía oponerse, pero ella podía retirarle del reportaje si así lo decidía. Estaba claro que la editora pensaba lo mismo.

—Esto no es una opción, Pierre. Si dices que no, le daré la historia a Jérôme.

Sacudió la cabeza.

—Le llevará semanas ponerse al día. Perderá el plazo con los otros periódicos.

—Clémence es mejor de lo que crees, ella puede ponerlo al día.

Consideró por un instante pasar por encima de ella. El multimillonario propietario del periódico rara vez intervenía en su funcionamiento cotidiano, pero para una noticia de esta envergadura... Por otra parte, el mismo propietario ya había respaldado a Dubois dándole el puesto de editora.

—*Merde* —dijo de nuevo, sacudiendo la cabeza—. ¿Cómo es la casa?

Dubois sonrió de nuevo, esta vez con una sonrisa melancólica.

—Como ya te he dicho, es muy bonita. Incluso podrías dedicarte a pescar un poco. —Pensó un momento y añadió—: Si hay tiempo, claro.

—No tengo coche. ¿Cómo voy a llegar hasta allí?

—Igual esto te sorprende, Pierre, pero Francia tiene una amplia red de transporte público conocida comúnmente como «trenes». Por un módico precio puedes viajar en uno incluso hasta Bretaña. —Ahora su sonrisa era más profunda. Sabía que había ganado—. Cuando llegues allí, mi tío tenía un Peugeot, sigue allí. Creo que todavía funciona.

—¿Y qué pasa con Clémence? ¿No estarás sugiriendo que venga conmigo? No voy a compartir casa con ella.

—*Non*. —Sacudió la cabeza—. La casa solo tiene un dormitorio, y no creo que ella me lo agradeciera. —Le ofreció a Pierre una sonrisa irónica, y él chasqueó los labios mientras miraba a lo lejos—. El pueblo tiene un pequeño hotel. La temporada turística ha terminado. Lo he comprobado y pueden alojarla. —Dubois se encogió de hombros—. De todas formas, no estará mucho allí, un par de días a la semana como mucho.

Pierre se volvió hacia ella en tono sombrío.

—¿Y el coste de la habitación? Creía que se trataba de ahorrarte dinero.

Dubois volvió a negar con la cabeza.

—No. Se trata de que no acabes asesinado y tu cuerpo arrojado al Sena.

Pierre se quedó mirándola, enfadado y sin argumentos. Sin embargo, aquello no le detuvo del todo.

—No creo que sea ni remotamente necesario. Pero no veo que tenga elección.

CAPÍTULO DIECIOCHO

EL VIAJE EMPEZÓ BASTANTE mejor de lo que Pierre había imaginado. El tren de alta velocidad lo llevó hasta Quimper en solo tres horas y media, y su asiento en *Première Classe* le proporcionó una mesa en la que ordenar algunos documentos, una copa de *vin rouge* pasable e incluso Wi-Fi para intercambiar correos electrónicos con su homólogo de Madrid. Después de eso las cosas empezaron a estar penosamente a la altura de sus expectativas. Tuvo que esperar una hora, bajo la lluvia, a un autobús regional que paraba en cada pueblecito, y en un caso - inexplicablemente- en un poste de telégrafo, antes de que por fin se detuviera en el pueblecito de Plourec. La lluvia se había reducido a llovizna cuando bajó y se echó al hombro la bolsa de deporte en la que había metido algo de ropa. Miró a su alrededor.

Dubois le había proporcionado un mapa dibujado a mano, muy pintoresco. Sin dudarlo, lo había ignorado y en su lugar había tecleado la dirección en Google, pero ahora que había llegado su móvil no tenía cobertura. Intentó agitarlo en el aire durante unos instantes y al final se vio obligado a rebuscar en su bolsa de trabajo, un maletín para portátiles con un asa lo suficientemente larga para colgarla del hombro tal y como dictaba la moda en las calles de París, en busca del dichoso mapa. Mientras lo hacía, se acercó un tractor con un espeso barro pegado a sus enormes ruedas. Pierre dio un paso atrás, asustado, cuando se dio cuenta de que el conductor no tenía intención de frenar la monstruosa máquina para dejar pasar a peatones, y cuando el tractor pasó a toda velocidad, vio que el hombre lo miraba con el ceño fruncido, como si fuera Pierre quien se hubiera equivocado.

Pierre murmuró varios improperios en voz baja sobre la atrasada naturaleza de los lugareños de esta parte del país, antes de seguir el mapa de Dubois a lo largo de una calle principal desierta y bajar hacia lo que debía ser el borde de la ría. Allí estaba el hotel, pequeño y al parecer cerrado, pero sin duda uno de los edificios más grandes del pueblo. Pierre se alegró de ver que también había un bar, aunque parecía triste, con un puñado de mesas vacías bajo la lluvia. La puerta estaba abierta y sintió la tentación de entrar, pero decidió ir más despacio y al menos dejar antes su equipaje. Por fin llegó a una hilera de casitas de campo que habría a quien les parecieran encantadoras: tenían ventanas diminutas con marcos pintados de vivos colores, algunas con flores en el alféizar. Pero a él le parecieron estrechas y húmedas. La primera puerta que pasó estaba pintada de azul, y el mapa dejaba claro que no era la morada del difunto tío, ni la siguiente, con la puerta verde, sino la del fondo, cuya puerta era de un intenso tono rojo. Allí se detuvo para estudiar la casita que iba a ser su hogar durante Dios sabía cuánto tiempo. Al final, la lluvia que seguía cayendo lo empujó hacia la puerta, y allí buscó la llave en los bolsillos. Abrió

la puerta y entró.

Olía a humedad, esa fue su primera impresión; esa y la oscuridad. La mayoría de las cortinas estaban corridas y cuando las abrió, tosió por la cantidad de polvo que lanzaron al aire. También abrió las ventanas, a pesar del tiempo, para que entrara un poco de aire fresco.

Miró a su alrededor. El lugar no solo estaba amueblado, sino que parecía como si el misterioso tío fallecido acabara de salir a tomar un aperitivo. Ese pensamiento le recordó que no había preguntado cómo había muerto el hombre. ¿Quizás podría investigarlo? Las paredes estaban llenas de cuadros, fotografías e incluso recortes de periódico, y un bonito escritorio de madera, arrinconado en una esquina, estaba repleto de papeles que sin duda contarían la historia del tío. Un Pierre mucho más joven podría haberse interesado, pero ahora tenía mucho trabajo que hacer. Suspiró al pensar en ello.

En la mesa había una nota dirigida a él, colocada bajo un jarrón de cristal con unas flores:

Bonjour

¡Bienvenido a Plourec! He hecho un poco de limpieza, he cambiado las sábanas y he puesto algunas cosas en la nevera para que pueda empezar. Lucille me dijo que podría necesitar el coche, así que he dejado la llave en el gancho de la pared. Creo que tiene algo de gasoil en el depósito. Pero André cree que podría no funcionar. ¡Très desolee! Disfrute de su estancia.

Jeanne

Pierre frunció el ceño. Supuso que Jeanne debía de ser la madre de Lucille, pero André no tenía ni idea quien era, ¿quizá el padre? La mujer había dejado un bolígrafo junto a la nota y él lo cogió, añadiendo casualmente los acentos correctos a la palabra «*désolée*» antes de chasquear los labios de manera sonora y hacer una bola con la nota. Luego se dirigió a la nevera para ver qué había dejado la mujer, donde su continuo desprecio porque alguien pudiera vivir en un lugar así sería puesto a prueba por la calidad y la cantidad de la comida. Había lonchas de carne y embutidos, quesos, ensaladas de aspecto fresco, huevos enormes -con plumas aún pegadas a la cáscara-, una botella de leche y un tarro de yogur, tarros de nata fresca, lo que parecía ser paté casero y una quiche de aspecto exquisito. También había dos botellas de vino blanco en la nevera y, ahora que se fijaba, tres botellas de tinto alineadas junto a los fogones, además de una baguette en una bolsa de papel marrón. Volvió a chasquear los labios, pero esta vez con menos fuerza.

Pierre miró el reloj y, dado que eran más de las tres, abrió una de las botellas de tinto y se sirvió un vaso, que bebió mientras fumaba un cigarrillo con la puerta trasera abierta. Era una puerta de esas de establo que permitían abrir solo la parte superior y apoyarse en la inferior mientras se observaba la lluvia sobre el agua, y así lo hizo. No había ni un soplo de viento y la lluvia ya no era tan fuerte, pero era difícil distinguir dónde paraba el mar y empezaba la lluvia. Quizá todo era agua, pero con diferentes grados de humedad, pensó. A lo lejos, quizás a un kilómetro al otro lado, la ensenada se encontraba con la orilla, y en algún lugar un velero solitario pasaba en silencio. Se preguntó cómo se había encontrado en lo que parecía ser el fin del mundo.

Fue a ver el dormitorio, lo bastante grande como para que cupiera la cama de matrimonio y un armario individual. Al abrirlo, se preparó, temiendo encontrar allí colgada la ropa del difunto,

pero estaba vacío, salvo por unas cuantas perchas que traquetearon al moverse. Olfateó y percibió un tufillo a moho, pero no peor que en su propio apartamento de París, que padecía terriblemente del mismo problema. Se le ocurrió la idea de que debería haber contratado a alguien para que lo arreglara mientras él estaba fuera, pero sabía que no ocurriría. Estaba demasiado ocupado.

Cerró el armario y le llamó la atención una luz verde resplandeciente procedente de la pared: el *router* de internet. Sacó su portátil. El código estaba impreso en el dispositivo, como había prometido Dubois, aunque la velocidad era previsiblemente provincial. Podría trabajar, pero no transmitir nada interesante. No es que Pierre Cloarec viera mucha televisión. Le interesaban poco los deportes y la mayoría de los programas populares le parecían inferiores a su intelecto. Pero, al mismo tiempo, de vez en cuando le gustaba ver una serie policíaca; sin embargo, incluso ese placer le sería negado.

Al menos la cama parecía cómoda y limpia; la mujer -el nombre de la madre de Dubois ya se le había olvidado- había puesto sábanas limpias. Se preguntó por un momento si las cambiarían mientras él estuviera allí. Lo más probable era que no. Aquello no era un hotel.

La ventana del dormitorio también daba al agua, y su superficie inmóvil le indicaba que por fin había dejado de llover. Así que salió a comprobar el coche, un viejo Peugeot 306 que llevaba aparcado junto a la casa el tiempo suficiente para que crecieran hierbajos alrededor de las ruedas, lo cual dificultó la apertura de la puerta. Cuando por fin la forzó, descubrió que los muelles del asiento del conductor se habían roto al sentarse y se sentía tan bajo con respecto al suelo que podría haber estado en un coche de carreras. El efecto se desvaneció cuando intentó arrancar el motor y descubrió que la batería estaba completamente agotada. Se bajó de nuevo e intentó cerrar la puerta de un portazo, pero la maleza se lo impidió. Las apartó de un puntapié lo que hizo que manchara uno de sus zapatos de cordones marrones con verdín, y maldijo al intentar limpiarlo.

Junto al coche había una lona que cubría una considerable pila de leña cortada; recogió toda la que pudo y la llevó al interior, a la pequeña estufa que parecía ser la única fuente de calor de la propiedad. Pasó quince minutos intentando encenderla. Había yesca y periódicos viejos -*Le Monde* y un periódico local- y agotó la mayor parte sin éxito. Al final, llenó casi por completo la caja de metal con papel de periódico y la roció con una botella entera de líquido encendedor que había comprado en la estación esa misma mañana. Luego encendió una cerilla y la echó dentro. Esta vez, cuando cerró la puerta de cristal, el periódico se convirtió en un infierno rugiente, y los troncos que estúpidamente había colocado debajo acabaron por prenderse. Bastante satisfecho con su trabajo, se sirvió un poco más de vino y se lo bebió de un trago, mientras la habitación se calentaba a su alrededor.

Tal vez no estaba tan mal el sitio. Si al menos no estuviera demasiado borracho para trabajar.

CAPÍTULO DIECINUEVE

LA COSTUMBRE DE PIERRE, al menos cuando estaba en París, era prepararse un café expreso al despertar, trabajar un par de horas y luego tomarse su segundo café del día hacia las once en uno de los pequeños bares cercanos a su apartamento. Evidentemente, aquí eso estaba descartado, pero la necesidad de cafeína persistía. Rebuscó en los armarios y acabó encontrando una cafetera francesa, pero odiaba el café aguado y flojo que producía. Así que navegó penosamente despacio por Amazon hasta encontrar una cafetera express y añadió su nueva dirección. Se detuvo antes de hacer el pedido. El único propósito de venir aquí era pasar desapercibido. ¿Alertaría este pedido dónde estaba? Un reportaje reciente en el que había trabajado, y que por cierto le había valido una nominación a uno de los premios de periodismo más prestigiosos de Europa, era una denuncia de cómo los gobiernos y las empresas multinacionales habían aumentado enormemente la amplitud y profundidad de su vigilancia en línea de las personas. Se había peleado con Dubois por un párrafo en particular:

[...Creíamos saber, por gente como Edward Snowden, que nuestro Gobierno nos vigilaba. Pero su capacidad entonces no era nada comparada con lo que pueden conseguir hoy. Todos y cada uno de nosotros deberíamos asumir que leen cada uno de nuestros correos electrónicos, que nuestras cámaras web siempre nos vigilan y que nuestros teléfonos móviles nunca dejan de espiarnos mientras trabajamos, dormimos y follamos...]

Dubois había insistido en cambiar las últimas palabras por «trabajamos, dormimos y jugamos», lo que destruía la sensación de conmoción que pretendía lograr Pierre y, muy posiblemente, hizo que no ganara el premio. Sacudió la cabeza al recordarlo y pulsó «comprar» en el pedido. Luego llenó la cafetera francesa.

Dirigió su atención al escritorio. Alguien, suponía que habría sido la madre de Lucille, había despejado un espacio para que él pudiera trabajar. Se instaló allí, y consiguió trabajar una hora antes de que los ruidos de su estómago y la debilidad del café le hicieran desistir. Volvió a mirar en la nevera y notó con desamparo que lo único que faltaba eran los bollos frescos que solía desayunar en París. Pensó en tomarse otra ronda de pan y carne, pero los restos de su plato de la noche anterior le parecieron poco apetitosos, así que se puso la chaqueta y salió a ver qué podía ofrecerle Plourec.

Las lluvias del día anterior habían limpiado el aire, dándole una frescura que casi podía saborear. Era sorprendentemente diferente del aire pesado y lleno de contaminación de París al que estaba acostumbrado, y a regañadientes se encontró disfrutando de las inhalaciones y exhalaciones que llenaban sus pulmones con una efervescencia parecida a la del champán. Estuvo a punto, pero pudo contenerse, de continuar con pasos alegres.

Siguió por la calle principal de Plourec. Había más de lo que había visto el día anterior. Un par de galerías de arte tenían escaparates. Sus ojos recorrieron la oferta a su paso, descartando todo lo que fuera un paisaje marino o una escena de playa, lo que no dejaba nada más. Un par de tiendas que vendían botas de agua, cubos de plástico y sedales para niños, le hizo recordar vacaciones pasadas, cuando su hija era pequeña. Fuera del bar que había visto el día anterior, dos ancianos estaban sentados a una mesa oxidada, como si estuvieran de guardia. Decidió que entraría, pero solo si no encontraba ningún sitio mejor. Los hombres se le quedaron mirando en silencio al pasar, sus rostros no eran hostiles, pero desde luego tampoco amistosos.

Al final del pueblo llegó a un pequeño puerto donde tres grandes barcos pesqueros estaban amarrados muy por debajo de él, ya que la marea estaba baja. Un cuarto barco se acercaba, justo al pasar la entrada del puerto, protegida de las olas del océano por largos brazos rocosos. Pierre se unió a un puñado de personas, unos lugareños y turistas de aspecto aburrido, que lo miraban llegar como si fuera el principal entretenimiento del día. Un niño pequeño en bicicleta lo miró con curiosidad y un joven con vaqueros sucios y camiseta blanca exhalaba humo de su vapeador, con un ojo puesto en el barco que se acercaba y el otro en un videojuego de su teléfono. Salió el sol y Pierre se dio cuenta de que el muelle brillaba, como si el hormigón con el que estaba construido hubiera sido recubierto de diamantes. Por un momento no pudo entenderlo, pero luego vio que cada diamante era en realidad una escama de pescado, pegada al muelle por los aceites de su antiguo dueño.

El barco se acercó lo suficiente como para que Pierre pudiera oír los gritos de a bordo, aunque hablaban en bretón. Los pescadores de pantalones amarillos hacían cosas con cuerdas, de forma rápida y experta, y el motor rugió según el barco se acercaba a su amarradero, en su opinión demasiado rápido, pero luego consiguió frenar en los últimos momentos, lo que envió remolinos de agua aceitosa por encima de la pared del puerto. Momentos después estaba amarrado; sin embargo, la actividad no cesó. Habían colocado el barco debajo de un dispositivo similar a un polipasto, una pequeña grúa en realidad, y uno de los pescadores escaló con pericia una escalera colocada en la pared del muelle y corrió hacia él. Quitó una tapa de los controles y, unos instantes después, un gancho descendió hasta la cubierta del pesquero y continuó más abajo, a través de una escotilla que se había abierto como preparación. Se oyeron más gritos y el gancho volvió a aparecer. Pero ahora estaba atado a un gran contenedor de plástico lleno hasta el borde de hielo y pescado. El olor a gasóleo y sal se mezclaba con el aroma a pescado húmedo y sangriento, mientras el quejido eléctrico del cabrestante cortaba el aire. Pierre se sintió atraído, junto con los demás observadores, hacia las cajas que se amontonaban en el muelle.

Apareció otro hombre y metió un pie en las cajas, escarbando en el hielo para ver mejor el pescado que había debajo. Pierre se dio cuenta de que él, junto con el joven de los vaqueros, eran unos compradores preparados para pujar por la mercancía. Junto al muelle había un gran edificio moderno con amplias puertas cerradas. Uno de los pescadores desapareció en el interior, reapareciendo un momento después en una carretilla elevadora. Mientras recogía el pescado y transportaba las cajas de vuelta al interior, el humo negro y humeante del gasóleo volvió a salir a borbotones. De nuevo la pequeña multitud le siguió, Pierre con ellos.

Dentro, el edificio estaba dispuesto casi como un teatro. En un extremo había una fila de asientos, pero en el otro, en lugar de un escenario, las cajas de pescado estaban colocadas en una cinta transportadora. Los asistentes no tardaron en encontrar su sitio y en pocos minutos el pescado ya estaba vendido. A Pierre le costó entender quién había comprado qué. Aunque algunos de los hombres habían hablado en un francés áspero y muy acentuado, los nombres de las especies de pescado le eran desconocidos. Pero todos parecían satisfechos con la transacción. Apareció un camión con el logotipo de una empresa de mariscos y, diez minutos después de haberlo descargado del barco, cargaron el pescado y se lo llevaron. El joven de los vaqueros se encogió de hombros y se marchó. Los pescadores volvieron al barco y comenzaron a recoger los aparejos. La pequeña multitud del muelle se desvaneció.

Pierre se quedó casi solo y, sintiéndose repentinamente cohibido, se alejó. Pero en lugar de volver a la casa, quiso seguir explorando su nuevo entorno. Pasado el puerto había más casitas. Estas no daban a la ría sino que estaban más cerca de una playa, que ni siquiera había sido consciente de que existiera. No tardó en llegar a ella y bajó por unas rocas antes de pisar la firme y pálida arena. La marea estaba aún baja, muy lejos, y el océano brillaba como mil brillantes. Había un puñado de personas en la playa, figuras en la distancia. Una pareja llevaba tablas de surf bajo el brazo. Pierre sintió una punzada de culpabilidad cuando se sentó para quitarse los zapatos y los calcetines, debería estar trabajando, pero algo le hizo seguir adelante, un extraño deseo de llegar hasta la orilla. La arena, donde el mar no la había lavado, estaba fresca bajo sus pies, quebradiza y suave como el azúcar moreno, y allá donde la marea la limpiaba cada día se veía dura y firme.

Mientras caminaba hacia el mar, divisó pequeños charcos de agua, aparentemente esculpidos por fuerzas misteriosas a medida que el mar se retiraba. Dio con uno y le pareció tan cálido y agradable que buscó más. Al final llegó al borde del agua, una línea difusa entre la tierra y el mar. Entró con cautela, sorprendido al principio por lo fría que estaba. Pero de algún modo encontró placer en el dolor y se obligó a permanecer allí, mientras las pequeñas olas se deslizaban de vez en cuando por sus pantorrillas peludas. Sus pies blancos y suaves pronto se arrugaron y salió del agua.

En el camino de vuelta se dio cuenta de que su estado de ánimo había mejorado sobremanera. Llegó al bar, los mismos dos hombres estaban fuera y seguían mirándolo sin disimulo. Esta vez les dio los buenos días y entró. Se llevó una grata sorpresa; desde la calle, la sala principal parecía oscura y poco acogedora, pero más allá había una segunda sala con una gran cristalera que daba a la ría, enmarcada de tal forma que la vista era espectacular. Un camarero lavaba vasos junto a una máquina de café de buen tamaño. Un puñado de mesas estaban ocupadas; Pierre reconoció a algunos de los que habían estado observado la llegada del pesquero en el puerto. Le llamó la atención otro hombre, más o menos de la misma edad que Pierre y bien vestido, con chaqueta y camisa de lana de buena calidad. Estaba sentado leyendo un periódico junto a la ventana.

Pierre pidió un café y un cruasán, y aspiró con avidez el olor mientras la máquina molía los granos. Cuando tomó el primer sorbo, por fin se vio obligado a reconsiderar su opinión sobre la idea de Dubois de enviarlo aquí. Había llegado con la idea preconcebida de que Plourec era el culo del mundo, sin absolutamente nada a su favor y poblado solo por imbéciles insulares y endogámicos que no hacían nada y no entendían nada de cómo funcionaba el mundo de verdad.

Ahora estaba dispuesto a reconocer que aquello había sido una exageración por su parte. Aquí había cierta vida, aunque fuera muy diferente y sin duda inferior al ritmo, el poder y la gravedad de la ciudad: el corazón palpitante de la nación. Sin embargo, la gente trabajaba duro, por ejemplo, cosechando los frutos del océano para abastecer las mesas de la capital. Y también había una belleza salvaje en el lugar, admitió, mirando por la ventana de cristal la ría que brillaba bajo el sol de media mañana. E incluso podría ayudarle a centrarse en lo que podría ser la historia más importante de su carrera. Tal vez venir aquí le ayudaría en su lucha por extraer de los documentos las historias y relatos que resonaran, no solo entre sus compatriotas parisinos, sino entre la gente corriente de toda Francia y del mundo entero.

Sorbió un café de primera y resistió la tentación de tomar otro. En su lugar, dejó una generosa propina y regresó sin demora a la cabaña, donde volvió a su portátil. Esta vez, se sumergió en su trabajo durante varias horas.

CAPÍTULO VEINTE

EL BAR, que no parecía tener nombre, se convirtió enseguida en una nueva costumbre para Pierre. Abría temprano y cerraba tarde, y aunque había un flujo constante de turistas que se anunciaban como tales por las guías que estudiaban en las mesas de madera, Pierre también empezó a reconocer las caras de los lugareños. Todas las mañanas estaba allí el mismo camarero, mientras que al mediodía una mujer mayor tomaba el relevo. Los dos viejos que vigilaban la puerta también eran fijos de la mañana, pero desaparecían por la tarde, aunque Pierre no tenía ni idea de adónde iban. El hombre bien vestido que se sentaba junto a la ventana también era habitual. A la tercera o quizá a la cuarta visita debió de fijarse en Pierre, porque lo saludó amablemente mientras se acercaba a donde Pierre estaba sentado en la barra, doblando su periódico para dejárselo a otros clientes. Sin pensárselo, Pierre le preguntó si podía leerlo. El hombre asintió cortésmente.

—Por supuesto.

Contestó en francés, pero el acento era extraño. Pierre tardó un momento en localizarlo.

—¿Es usted americano?

Una expresión de ligera sorpresa apareció en el rostro del hombre, pero volvió a asentir.

—Estoy trabajando con unos americanos y usted tiene un acento parecido —explicó Pierre, y al terminar de hablar se preguntó si el hombre lo habría entendido. Este sonrió y, cuando contestó, su gramática era perfecta.

—No importa cuánto tiempo lleve aquí, me descubren con una sola palabra. —El humor era lo bastante sutil como para que Pierre lo interpretara como una invitación, o tal vez como una prueba. Aquel hombre quería ver si sus palabras pasaban desapercibidas para Pierre, como sin duda ocurriría con los campesinos y pescadores que poblaban esta ciudad.

—Pierre Cloarec. —Le tendió la mano—. Estoy aquí pasando unas semanas, he salido de París para trabajar en un proyecto.

—Richard Brown. —El apretón de manos fue comedido. Todavía cauteloso.

—¿Qué trae a un americano hasta aquí?

Brown levantó las manos un momento, como si aquello fuera una respuesta, pero luego sonrió.

—Me mudé aquí hace un tiempo. Abandoné la carrera de locos que era mi trabajo.

Ahora le tocaba a Pierre evaluarlo.

—¿Gobierno? —Era evidente por su ropa, por su forma de comportarse.

—Casi. Cuerpo diplomático. —Brown hizo una pausa y echó un vistazo al periódico que

había sobre el mostrador—. ¿Pierre Cloarec? He leído sus artículos. Hubo uno muy bueno hace un tiempo. Algo acerca de que nuestros gobiernos nos espían a todos, ¿no?

Por dentro, Pierre estaba encantado, pero mantenía el rostro impassible. No era frecuente que reconocieran su nombre, pero cuando lo hacían, la gente que lo conocía era casi siempre la gente adecuada.

—*Oui*.

Brown hizo una pausa.

—¿Y está aquí trabajando en algo? —Enarcó las cejas, pero mantuvo la discreción—. Debe de ser algo interesante.

Pierre se encogió de hombros.

—Puede.

—Lo siento, no quería entrometerme.

—No, no pasa nada. —Se hizo un silencio entre ambos hombres, antes de que Brown asintiera de nuevo.

—Bueno, encantado de conocerle, pero tengo que irme. —Hizo una pausa y esbozó una breve sonrisa—. ¿Quizás nos volvamos a ver por aquí?

—Tal vez —se sorprendió Pierre al responder.

Esa tarde, Clémence se presentó para lo que sería una estancia de dos noches en el único hotel de Plourec. La idea era ayudarle a cribar los datos. Llegó en el mismo autobús que Pierre había tomado poco más de una semana antes. Decidió encontrarse con ella al bajar del autobús, deseoso de tomar el aire y, tal vez, de verla descender por las empinadas escaleras. Solía llevar vaqueros ajustados, que dejaban ver sus piernas torneadas y un trasero admirable.

Pierre había encomendado a Clémence la tediosa tarea de examinar cada documento a medida que aparecía en los archivos e introducirlo en una base de datos creada por alguien del departamento técnico de *Le Monde*. Clémence asignaba a cada documento un número único, en el que aparecían varias palabras clave: los nombres de los abogados que habían trabajado en él, para qué cliente trabajaban (si se sabía), a través de qué sociedad instrumental operaban y el importe exacto de la transacción. Así era mucho más fácil ver qué documentos estaban relacionados entre sí e iniciar el proceso de entender exactamente cómo funcionaba todo. Aquel era el papel de Pierre. Al principio de su trabajo, Pierre había hecho la analogía de un rompecabezas, explicándole que ella encontraría todas las piezas verdes y las apartaría para que él pudiera ensamblarlas en la imagen de un árbol. En realidad, estaban construyendo una imagen incriminatoria de los negocios financieros de la familia Mancini, tres destacados políticos franceses, un futbolista ganador del Balón de Oro y varias de las celebridades más queridas de Francia. Le había parecido una analogía útil, pero Clémence lo miró de la misma manera que su hija cuando lo acusaba de *mansplaining*. En cualquier caso, la joven había hecho un trabajo bastante decente y a él le habría venido bien que le dedicara más tiempo. En los datos aparecían miles de nombres, miles de clientes adinerados que habían utilizado el bufete de las Islas Caimán para ocultar su patrimonio de forma legal, ilegal o en una compleja mezcla de ambas.

Cuando Dubois le dijo que Clémence solo estaría a tiempo parcial, ni siquiera se molestó en discutir. La carrera de Cloarec en *Le Monde* había abarcado dos épocas muy diferentes; desde la época en la que los periódicos contaban con personal suficiente y no se sentían amenazados en su función de nombrar a los poderosos y pedirles cuentas, hasta la actualidad, en la que una

combinación tóxica de redes sociales y ágiles páginas web exclusivamente en línea, o personas con cuentas de Twitter, podían igualar o superar el alcance de toda una organización de medios de comunicación. Hoy en día, si se podía hacer de forma barata, sin duda se hacía así.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó mientras recorrían los pocos metros que los separaban de la entrada del pequeño hotel.

Clémence se encogió de hombros y se echó la larga melena rubia por encima de un hombro.

—Bien. He trabajado. ¿Recibiste los papeles de Vincenzo Mancini? Creo que está implicado, ¿no?

Pierre emitió un sonido neutro, con la intención de sugerir que hablarían de trabajo más tarde, y entraron en el hotel. Esperó en el pequeño vestíbulo mientras su colega subía a su habitación a dejar la maleta. Aprovechó para observar su culo prieto mientras subía las escaleras.

Trabajaron toda la tarde, solo descansando a eso de las ocho, cuando Clémence anunció que estaba cansada y hambrienta por el viaje. Pierre admitió que no había planeado nada para la cena y ella lo sorprendió rebuscando en la cocina y preparando una cena de pasta con unas salchichas de la nevera que él no había tocado hasta entonces. Comieron, hablando del caso en general, y trabajaron una hora más antes de que ella se marchara al hotel.

CAPÍTULO VEINTIUNO

PIERRE Y CLÉMENCE fueron a tomar café al bar a las once del día siguiente, ya con unas cuantas horas de trabajo a sus espaldas. Se había olvidado por completo del americano, Richard Brown, pero allí estaba, sentado en su asiento de la ventana y leyendo *Le Monde* como el primer día que Pierre se había fijado en él. Brown levantó la mano en señal de saludo, pero no se acercó a interrumpirlos. Tampoco lo hizo al día siguiente, cuando volvieron a verlo en su asiento habitual. Pero al tercer día, cuando Clémence hubo regresado a París y Pierre volvió a sentarse en la barra, Richard Brown se acercó. Dobló el periódico, dispuesto a colocarlo en el estante para que los clientes lo leyeran con sus cafés.

—Buenos días. ¿Le gustaría leerlo?

—Buenos días. —Pierre hizo un gesto con la mano para agradecer la oferta y también para indicar que no necesitaba el periódico.

—Por supuesto. Supongo que, si uno escribe el periódico, no le hace falta leerlo.

Pierre sonrió.

—Hoy no hay nada mío. Pero ya he echado un vistazo a la edición en línea.

—Ah. Ya veo. —Brown se lo pensó un momento antes de dar su opinión—. Yo prefiero tener un periódico de verdad en las manos. Soy, supongo, un tradicionalista. —Estaba a punto de marcharse cuando Pierre replicó, sin tomarse el tiempo de meditar sus palabras antes de que salieran de su boca.

—¿Tiene tiempo para una copa de vino?

Era un poco pronto, se mirase por donde se mirase. Pero Pierre sintió la doble atracción de una ligera sensación de soledad, tras haber acompañado a Clémence al autobús aquella mañana, y la tentación siempre presente de dejar las cosas para más tarde.

El estadounidense parecía a punto de rechazar de manera educada la oferta, pero cambió de opinión.

—Si no está muy ocupado. Yo estoy jubilado, tengo todo el tiempo del mundo. Al menos por ahora.

Pierre pidió una botella, eligió una buena cosecha pero nada llamativa, y la llevaron a la mesa junto a la ventana. Observó que era la que ofrecía las mejores vistas: la ría se extendía lejos de ellos y la parte más alejada de la ría apenas era visible entre la ligera bruma.

—¿Así que viene aquí todos los días? —preguntó Pierre mientras servía el vino.

—Me temo que soy un hombre de hábitos establecidos.

—¿Dónde trabajaba antes de jubilarse?

Brown tardó en responder.

—Aquí y allá. En Washington, por supuesto, y también en Senegal y Bélgica, ya que conocía el idioma. Estudié francés y relaciones internacionales en la universidad —explicó—. Luego estuve en Suiza antes de que me trasladaran a la embajada de Estados Unidos en París. —Se encogió de hombros—. Estuve allí casi diez años.

—¿Conoce al embajador Walker? —preguntó Pierre, interesado. Era un hombre muy conocido, un cargo político de una administración americana que representaba casi lo contrario de la política liberal de *Le Monde*.

—¡Ah! Una de las principales razones por las que pedí la jubilación anticipada —respondió Brown con cierto humor. Ambos sonrieron. Pero Pierre no había terminado de hacer preguntas.

—¿Y qué le trae hasta aquí?

Brown extendió las manos.

—Solía venir en verano. Me gusta la calma, la paz y la tranquilidad. Aquí no vienen tantos turistas como al sur. Y tampoco demasiados parisinos. Es menos probable que me encuentren.

—¿Que lo encuentren?

—Oficialmente, estoy jubilado, pero todavía me piden que haga algunas cosas. Si puedo evitar que me vean, quizá esquite que me encarguen algún trabajo. —Sonrió e hizo una pausa, como si estuviera pensando si continuar—. También estoy intentando escribir unas memorias. Pero voy muy despacio. No soy un escritor de verdad como usted.

A Pierre le gustó el comentario y sonrió en consecuencia. Sin embargo, las siguientes palabras de Brown lo sorprendieron.

—Parece que somos vecinos.

—¿En serio?

—Se hospeda en la casita con la puerta roja, ¿verdad? Yo estoy unas puertas más abajo. Lo vi el otro día, mirando alrededor del coche. El pequeño Peugeot, ¿está muerto?

—Creo que la batería está muerta.

Por primera vez, el francés de Brown pareció fallarle.

—No conozco las palabras en francés. En inglés los llamamos *jump leads*. Para transferir la energía eléctrica de un vehículo a otro. Si quiere podemos intentar arrancarlo.

—¡Ah! *Câbles de démarrage*. Nosotros los llamamos cables de arranque.

Pierre sonrió y se quedó pensativo. Por un lado, detestaba conducir, y en realidad solo había inspeccionado el coche con la esperanza de que no funcionara. Por otro lado, había algo en el americano que le gustaba. Era muy diferente a la imagen popular de sus compatriotas: menos estúpido, más culto, aunque Cloarec había llegado hacía tiempo a la conclusión de que los mejores americanos eran los que se encontraban fuera de Estados Unidos. Pero incluso más allá de eso, había algo en Richard Brown con lo que conectaba a nivel personal. Quizá tuviera anécdotas que pudieran dar color a futuros artículos. E incluso si no sucedía así, estaba claro que sería una fuente potencial de conversación interesante en una ciudad donde aquello era un bien escaso. Si conseguían poner en marcha el coche, también existía la posibilidad de salir de allí sin utilizar el maldito autobús.

—Sí, sería de gran ayuda. Gracias.

Brown tenía su propio Peugeot, un 505 familiar que incluso Pierre, a pesar de su aversión a la conducción y al automovilismo, consideraba un clásico. Además, tenía una gran batería, y pocos

minutos después de que Brown lo acercara al pequeño Peugeot y conectara los cables de arranque (Pierre había añadido esta palabra a su vocabulario en inglés), lo pusieron en marcha; humo gris y gotas de agua sucia escaparon del tubo de escape.

—Debería dejarlo en marcha un rato para cargar la batería —aconsejó el americano—. Quizá pueda dar una vuelta hasta el faro. —Señaló hacia la carretera y Pierre pareció en ese momento confuso—. ¿No lo ha visitado? —interpretó Brown—. Es de lo más dramático, especialmente durante una tormenta.

—De hecho, no estoy seguro del camino —admitió Pierre.

—Puedo enseñárselo, si quiere.

Pierre hizo una pausa. Brown ya había sido más que útil.

—¿Está seguro? ¿No tiene trabajo que hacer? ¿Sus memorias?

Brown soltó una ligera carcajada.

—No se van a ir a ninguna parte. De todos modos, no estoy seguro de que sea una historia muy interesante.

—Pues venga, vayamos juntos. —Desconectó los cables y cerró de golpe los capós. Unos instantes después se pusieron en marcha, el peso de Pierre hizo que el asiento del pequeño Peugeot se hundiera incómodamente. Mientras tanto, Brown bajó la ventanilla y apoyó un brazo bronceado y ligeramente musculoso en el bastidor.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

PARA PIERRE, las semanas siguientes transcurrieron de la manera más amistosa. Madrugaba, se levantaba todos los días a las seis y trabajaba hasta la medianoche, lo que le permitió avanzar mucho en la serie de artículos, y le quedaba tiempo de sobra para profundizar en su nueva amistad con Richard Brown. Se había acabado casi toda la comida que le había dejado la madre de Dubois. Cuando no se hubo molestado en reponerla, Richard lo había visto como una oportunidad, ya que conocía varios restaurantes excelentes a poca distancia en coche. Y como era de esperar, y a pesar de la modestia autocrítica de Brown sobre sus memorias, el americano resultó ser un excelente compañero de cena, con un pozo sin fondo de historias interesantes. Sin embargo, al cabo de un tiempo se abrió entre ellos una extraña brecha. Pierre había aprendido mucho sobre el trabajo y la familia del americano; divorciado que ya no se hablaba con su mujer, pero que mantenía relaciones razonables con sus dos hijos, que trabajaban en Washington. Y aunque había compartido detalles similares sobre su propia vida, había guardado silencio sobre lo que estaba trabajando en ese momento.

En parte se debía a que Brown, quizá por sus antecedentes en el servicio diplomático, había sido lo bastante discreto como para no preguntar. Cuando Pierre se tomó el tiempo de considerar la situación, se dio cuenta de que aquello le irritaba un poco. Al fin y al cabo, cuando los artículos salieran a la luz dominarían la agenda informativa de todo el mundo, consolidando aún más su posición como uno de los periodistas más importantes de Francia, y también elevando su perfil hasta ser uno de los periodistas de investigación más famosos de todo el mundo. Y esto era algo de lo que Pierre quería hablar, incluso antes de que ocurriera. Así que empezó a soltar pequeñas indirectas, tanto sobre lo que estaba haciendo como sobre que no era necesariamente un tema que debiera estar fuera de límites entre ellos. Sin embargo, no estaba claro si Richard las había captado o no. Era evidente que la diplomacia era un hábito muy arraigado en él.

—¿Le gusta la pesca? —le preguntó Brown un día mientras tomaban el café de la mañana.

—Me gusta comer pescado —respondió Pierre.

—Lo sé, *mon ami*. Pero ¿le gusta ir de pesca? Tengo una barca. Solo la uso cuando las previsiones meteorológicas son favorables, ya que aquí las corrientes pueden ser feroces. Pero mañana tiene muy buena pinta. Me preguntaba si le gustaría acompañarme. Lo entenderé si no puede. No querría apartarlo de su trabajo.

Reflexionó. Richard había mencionado varias veces el trabajo de Pierre en los últimos días. También era posible que fuera su última oportunidad por un tiempo. Clémence llegaría de nuevo mañana para enlazar las historias, y sin duda también para informar a Dubois. Pero eso no

suponía ningún problema. Había algunas pequeñas áreas en las que iba retrasado y ella sería capaz de ponerlas al día.

—¿Por qué no?

—Excelente. —Sonrió Brown—. Tendremos que salir temprano para aprovechar la marea. Lo recogeré en su muelle a las nueve.

—Lo estoy deseando.

Richard Brown no era tan experto como los pescadores profesionales del puerto y golpeó varias veces la pequeña embarcación contra los desvencijados postes de madera y las viejas ruedas de coche del pequeño embarcadero que partía de la orilla. Su embarcación también era muy diferente. Era mucho más pequeña y solo tenía una pequeña cabina con asientos corridos y una radio VHF que de vez en cuando emitía un chisporroteo. De la parte trasera colgaban dos cañas de barco, encajadas en soportes de acero inoxidable. En el suelo había una nevera portátil que Brown abrió, sacó dos cervezas Budweiser y le pasó una a Pierre.

El motor, un diésel interno, parecía antiguo y había que arrancarlo con la ayuda de una gran manivela que colgaba de un gancho en la cabina, pero Brown juró que era totalmente fiable. De hecho, avanzaron con facilidad mientras salían de la ría y se adentraban en el mar abierto. Aquí el barco parecía aún más pequeño, ya que se balanceaba de un lado a otro a medida que las marejadas bajas y perezosas pasaban por debajo de ellos. Pierre, que no tenía experiencia en barcos, se sintió inquieto al principio, pero pronto se relajó para igualar el comportamiento de su nuevo amigo, que parecía muy a gusto. Brown acercó la embarcación a los acantilados bajos y le gritó a Pierre, por encima del ruido del motor, que allí era donde se podía pescar mejor. Le indicó que iba a echar el ancla, y la cadena se sacudió con violencia al salir volando del pozo de anclas. Brown esperó unos minutos para comprobar que aguantaba, luego apagó el motor, de nuevo con la manivela. Por fin volvió la calma.

Brown había comprado a los pescadores del puerto porciones de calamares troceados que eran, según ellos, el mejor cebo, y ambos los enhebraron con cuidado en sus anzuelos; luego dejaron caer los sedales en la transparente y azul agua. Era demasiado profundo para ver el fondo, pero Pierre podía ver la luz del sol penetrando y centelleando mientras se abría paso por debajo de ellos en el mar. Brown levantó uno de los asientos y sacó unos cojines, le dio el más grueso a Pierre y se acomodó en el otro.

Los peces, si es que había alguno, no picaban. Pero hacía sol y el viento era tan flojo que la superficie del agua tenía un aspecto vidrioso. Una ligera marejada seguía fluyendo bajo el barco, suspirando suavemente al expirar en la base de los acantilados, a unos cientos de metros de distancia. Las aves marinas revoloteaban y planeaban alrededor de las torres dentadas de roca, que ocultaban el barco de la tierra. Cada uno bebió dos cervezas, aplastando cada lata al terminar y, siguiendo el ejemplo de Brown, devolviéndolas a la nevera en lugar de arrojarlas por la borda. De vez en cuando, uno de ellos enrollaba el sedal para comprobar que el cebo seguía allí o para sustituirlo. Por fin se produjo un momento de gran excitación cuando la punta de la caña de Brown se hundió de repente, y luchó durante unos minutos para recogerla. Cuando el anzuelo se acercaba a la superficie, Pierre pudo ver algo plateado en el agua que serpenteaba primero hacia un lado y luego hacia el otro. Entonces, como si nunca hubiera estado allí, escapó del anzuelo y desapareció, de nuevo en el infinito azul.

—Mala suerte —dijo Pierre—. ¿Vio lo que era?

—No estoy seguro del nombre en francés. —Brown negó con la cabeza—. En inglés sí. —Subió el anzuelo a bordo para añadir más cebo—. En inglés lo llamamos «el que se escapó». —Sonrió.

A las doce en punto, Pierre empezaba a sentir hambre y Brown lo sorprendió de nuevo. Resultó que la nevera no solo contenía cerveza; había pedido que un restaurante cercano les preparara un almuerzo para llevar. Tenían bocadillos de baguette recién hechos, algunos rellenos de queso *brie* y mantequilla, otros de jamón en lonchas gruesas y mostaza de *Dijon*. Había porciones de quiche envueltas individualmente en papel de plata, y un táper con embutidos ya cortados en lonchas. Lo regaron con una sidra local, y cuando Pierre ya estaba más que satisfecho, Brown sacó con floritura dos *Tarte Tatin* en miniatura.

—Parece que hoy no tenemos suerte —dijo Brown, una vez terminado el almuerzo cuando volvieron a concentrarse en la pesca. Como de costumbre, hablaba con su curioso acento y las extrañas palabras de un hablante no nativo. Pierre se encogió de hombros, más que satisfecho con cómo iba el día.

—No me quejo. Necesitaba un día lejos de mi portátil.

—Por supuesto. Se me olvidaba que, mientras yo me paso el día haciendo como que escribo, usted sí que trabaja duro. —Brown sonrió y pareció notar algo en el sedal, tal vez un pez olfateando el cebo. Lo recogió y dio un tirón cauteloso y de prueba. Pero no había nada y lo volvió a colocar en el soporte.

Pierre intuyó que se acercaba la pregunta y esperó, sabiendo que esta vez respondería.

—¿En qué consiste el misterioso trabajo, si no es inapropiado que le pregunte? —continuó Brown, aparentando mantener la atención en la punta de su caña. Luego miró al otro lado—. Si no puede decirlo, no pretendo presionarle. Pero no se puede culpar a un hombre por sentir curiosidad.

Pierre se sintió profundamente satisfecho, en todos los sentidos. De que la pregunta hubiera llegado, de que él hubiera previsto que llegaría. Y de que su amigo hubiera esperado un tiempo tan respetuoso para formularla. Miró a su alrededor un poco teatralmente, como si alguien en el mar vacío que los rodeaba pudiera escucharlos.

—Creo que puedo confiar en usted. —Dejó que sus ojos centellearan mientras hablaba. Las cejas de Brown se alzaron, igualmente juguetonas—. Es una historia grande, quizá la más grande de mi carrera.

—Continúe.

Pierre se acomodó mejor en su asiento.

—Todos sospechamos que los superricos, los políticos y los muy famosos utilizan métodos nefarios para ocultar su dinero, pero rara vez hemos sido capaces de pillarlos *in fraganti*. Al menos no a todos. —Hizo una pausa para dejar que una sonrisa pasara por sus labios—. Hay un bufete de abogados en las Islas Caimán, dudo que haya oído hablar de él, se llama Hawthorne y Langley, y nos hemos hecho con una filtración de datos de sus archivos. Una gran filtración. Una filtración enorme. —Pierre sonreía tanto que tuvo que dejar de hablar—. De hecho, es la mayor filtración de datos de este tipo de la historia.

Brown parecía intrigado.

—¿Y? ¿Qué hay dentro? ¿Qué datos hay?

—Qué no hay, sería mejor pregunta. Tenemos un registro casi completo de todo lo que ha hecho la empresa en los últimos quince años. —Pierre negó con la cabeza, aún sin creérselo—. Los mecanismos legales para ocultar el dinero de los impuestos y las actividades ilegales que

hacen el verdadero trabajo bajo la superficie. Hablo de políticos, empresarios, futbolistas, famosos e incluso miembros de la realeza. Algunos de los nombres más famosos del mundo.

La frente de Brown se arrugó con un leve fruncimiento de ceño, tal vez sin comprender aún del todo.

—¿Y qué han estado haciendo exactamente?

Pierre se encogió de hombros.

—Lo que han hecho, ahí está. Desde la simple evasión fiscal y la ocultación de dinero hasta el blanqueo de dinero en toda regla, a una escala increíble. La historia principal en la que estoy trabajando tiene que ver con la familia Mancini. Oficialmente, se dedican al transporte, la construcción y la eliminación de residuos, pero lo que de verdad hacen es operar por toda Europa con el contrabando de drogas de Sudamérica. Eso les hace ganar una enorme cantidad de dinero en efectivo, que luego envían a las Islas Caimán, se blanquea a través de los bancos y en empresas fantasma, y se invierte en todo tipo de proyectos legítimos en todo el mundo. Hablo de miles de millones de euros cada año. Y tenemos pruebas suficientes para derrumbarlo todo.

—No he oído hablar de la familia Mancini —dijo Brown, pero ahora su rostro mostraba preocupación.

—Pronto lo hará. Arturo Mancini es el jefe de la familia. Dicen que solo se convirtió en jefe cuando asesinó a su propio hermano, pero por supuesto nadie puede probar que no fuera un accidente. Son mafiosos de la vieja escuela.

—Suenan peligrosos.

—Sí, lo son. En realidad, esa es la verdadera razón por la que he tenido que venir aquí. Hay un pequeño riesgo de que la familia Mancini esté al tanto de la filtración. Si es cierto, no hay límite a lo que harían para evitar que una historia como esta salga a la luz.

Brown no dijo nada, pero Pierre estaba disfrutando ahora. Soltó una carcajada que no sonó tan valiente como en su cabeza.

—A la familia Mancini le gusta dejar una tarjeta de visita particular con sus víctimas. Los matan a garrotazos, pero los torturan antes de matarlos. Les cortan los dedos.

—Ay, Dios mío.

—Pues sí. —Por un momento Pierre se preguntó si no habría exagerado, si el americano no consideraría demasiado peligroso cenar con él sabiendo en qué estaba trabajando. Decidió bajar un poco el tono—. Pero no se preocupe. Solo hay una pequeña probabilidad de que relacionen la filtración de datos con el trabajo que estoy haciendo. Mi estancia aquí es simplemente una precaución. Estar fuera de París hasta que se publiquen los artículos... ese tipo de cosas. —Sonrió con valentía.

—Por supuesto —respondió Brown, aunque seguía mostrándose preocupado—. Pero ¿qué pasará cuando se publique la historia? ¿No irán a por usted entonces?

Era algo que Pierre, y su editora, habían considerado.

—Quizá —dijo, y por primera vez no se limitó a hacer un acto de valentía—. Estamos trabajando con la policía, compartiendo información. Cuando se publiquen los artículos, se coordinarán con las detenciones. Además, para entonces será demasiado tarde. Sería evidente que fueron ellos si trataran de tomar represalias.

—Es usted un hombre muy valiente —dijo Brown, con voz solemne.

Pierre hizo ademán de rechazar la sugerencia, pero por dentro estaba hinchado de orgullo.

—Solo cumplo con mi deber de periodista. Igual que usted como funcionario público.

—Lo dudo, *mon ami*. Yo no arriesgué mi vida en ningún momento.

—El riesgo es muy pequeño —insistió Pierre, y entonces se le ocurrió una broma—. A menos, claro, que haya cometido un terrible error y usted no sea realmente un antiguo diplomático americano, sino un asesino de la familia Mancini.

Brown pareció sorprendido por un momento, pero luego se echó a reír.

—Dios mío —repitió en su francés con acento—. Si así fuera, este sería el lugar perfecto para liquidarlo. Pero, por desgracia, no. Ya le dije que mi vida no es tan emocionante.

Ambos sonrieron ante la modestia de sus mentiras.

La marea bajó hacia las tres y Brown probó a llevar la pequeña embarcación a motor a distintos lugares, pero sin éxito. Al final, sugirió que regresaran, aunque se detuvo en un último lugar antes de darse por vencido.

—Los lugareños me han dicho que a veces se pueden encontrar lubinas en la barra de arena de la desembocadura de la ría, cuando sube la marea. ¿O tiene que volver al trabajo?

Pierre volvió a encogerse de hombros, perezosamente. Para él, lo importante del día no había sido pescar pero con el tiempo que habían invertido, estaría bien pescar algo.

—Claro. Probemos en otro sitio.

Un extraño pensamiento pasó por la mente de Pierre. Mientras Brown arrancaba el motor, le preguntó si le importaría llevar el ancla. Según lo hacía, de pie en la proa expuesta de la pequeña embarcación, y tirando de la cuerda con una mano y luego con la otra, pensó que si Brown era en efecto un asesino de los Mancini esta sería la oportunidad perfecta para atraparlo. Brown podría acercarse por detrás y golpearle en la cabeza con la manivela. Con su atención y esfuerzo centrados en el ancla, y el ruido del motor, Pierre no oiría nada. No tendría posibilidad ninguna de defenderse. Y solo de pensarlo sintió una curiosa sensación de ansiedad, a pesar de lo ridículo de la idea. Estaba tan ocupado con el ancla que se elevaba hacia el barco que Pierre ni siquiera fue capaz de comprobar detrás de él si Brown estaba donde debía, al timón.

Por fin la cuerda cedió a la cadena, que hacia el final estaba cubierta de una especie de arcilla gris jabonosa del fondo del mar, y entonces apareció el ancla. La colocó con cuidado en el pozo y se dio la vuelta. Brown estaba al timón, con los ojos entrecerrados bajo el sol. Levantó el pulgar y apretó el acelerador. La pequeña embarcación se puso en marcha.

Con el cambio de escenario, el agua se aplanó y trabajaron con señuelos en lugar de cebo muerto. Brown se apresuró a cambiar los aparejos y pronto estaban lanzando los sedales y volviendo a enrollar los cebos. Y ahora algo parecía diferente. Había extraños patrones en la tranquila superficie del agua que sugerían que algo se movía debajo. Su conversación se ralentizó mientras se centraban en la pesca. A lo lejos, una boya era arrastrada casi bajo el agua por la fuerza de la marea, que volvía rápidamente a la ría.

—Tengo algo —murmuró Brown de repente, y la punta de su caña se hundió. Los músculos de sus brazos se tensaron mientras enrollaba el sedal, pero antes de llevar el pez al bote Pierre sintió que su propia caña se crispaba y luego se sacudía violentamente entre sus manos.

—Yo también —dijo, con la atención centrada en el sedal que salía del carrete.

—Cuidado —advirtió Brown—, no queremos que se enreden. —Se acercó a la parte delantera de la barca mientras Pierre luchaba por subir el pez. Por el rabillo del ojo vio a Brown subir su caña a bordo, un hermoso pez plateado que aún se agitaba con el señuelo, y luego en el agua vio el destello de su propio pez—. Es de buen tamaño. —La voz de Brown interrumpió su atención. Ya se había ocupado de su propia captura y estaba de pie con una red en la mano—.

Acérquelo y lo recogeré.

Pierre lo hizo y, al segundo intento, Brown metió la red bajo el pez y lo subió a la barca. Era una lubina de al menos medio metro de longitud y, comparada con la captura de Brown, casi el doble de tamaño.

—Pierre Cloarec —anunció Brown, una vez que le hubo quitado el anzuelo de la boca y lo hubo matado limpiamente dándole con un cuchillo en la cabeza—, famoso por pescar peces gordos.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CLÉMENCE INTENTÓ TRABAJAR mientras el autobús serpenteaba por las estrechas carreteras de Quimper a Plourec, pero su portátil no cabía en la pequeña mesa que se abatía desde el asiento de delante, y al final desistió y se limitó a observar los campos de maíz que se deslizaban por la ventanilla. Envío un mensaje a Pierre con su hora de llegada y le dijo que no se molestara en venir a recogerla. Ya sabía dónde estaban el hotel y su casa, y prefería que siguiera trabajando. Habían acordado con el resto de los periodistas que publicarían sus artículos de forma coordinada, y eso significaba que no había posibilidad de retrasar la fecha de entrega. Sin embargo, el montón de información que ni siquiera habían empezado a examinar seguía siendo enorme, y ella tenía la sensación de que Pierre no lo había asimilado.

«*Pas de problème*» decía su mensaje. «Por cierto, pescado para cenar esta noche».

Frunció el ceño y se guardó el móvil sin contestar. Cuando la dejó el autobús, recorrió a pie la corta distancia que la separaba del hotel y se registró en la misma habitación de antes. Era pequeña, pero tenía buenas vistas sobre los tejados de las casas de enfrente y las aguas de la ría. El periódico había pagado una habitación más barata con vistas al interior, pero en esta época del año había tan pocos turistas que la habían ascendido de categoría sin coste adicional. Se duchó y se dirigió a la casa de Pierre con su portátil.

—*Bonjour* —le dijo cuando Pierre le abrió la puerta. Como era de costumbre, le besó las mejillas y empezó a preparar el ordenador, amontonando junto a él algunos de los papeles más importantes que había encontrado en el alijo—. ¿Cómo va la historia? —preguntó mientras comenzaba a trabajar—. ¿Incluiste el artículo sobre la financiación del equipo de fútbol?

—Sí.

—Muy bien. Tengo más información sobre eso. Parece que la financiación de la compra de un jugador el verano pasado se enrutó a través de una empresa fantasma. El dinero del contrabando de drogas compró a su nuevo delantero. —Clémence agitó el pelo con asombro mientras él cogía el papel que ella le tendía, con los ojos muy abiertos por la sorpresa, una vez más, ante los secretos que contenía aquel tesoro escondido.

—Tendré que reescribirlo —murmuró Pierre—. Esto es importante. —Cerró el puño, complacido por el carácter escandaloso de lo que su colega había descubierto, pero irritado por el trabajo adicional que aquello suponía. Aunque era inevitable; los datos les habían llegado de manera poco organizada. No podían faltar las sorpresas.

Cloarec le hizo un gesto con la mano.

—¿Quieres un café? —le preguntó—. Y hazme uno ya que te pones. —No esperó a que ella

respondiera, sino que frunció el ceño mientras rebuscaba entre los papeles, ya perdido en la nueva cadena de documentos que le había suministrado su compañera.

Clémence le hizo el café y luego se dedicó a su propio trabajo. Su relación con Pierre era complicada. Claro que era un poco capullo, un capullo de categoría para ser sinceros, que le miraba el escote si cometía el error de llevar algo que lo revelara, pero era un periodista excelente y había publicado sin cesar noticias importantes a lo largo de su extensa carrera. Clémence no sabía mucho sobre el origen de los documentos, aparte de que los había traído una limpiadora del bufete de abogados, y que había elegido entregar los documentos a Cloarec, lo cual no la sorprendió. Y quizá esto fuera la clave de lo que Clémence sentía por Cloarec. Creía que, si trabajaba duro en esta historia, si hacía lo que se le pedía, y más, entonces podría llegar el día en que una fuente la buscara a ella con una primicia que cambiara el mundo.

Mientras tanto, Dubois le prometía que su firma aparecería en todos los artículos publicados. Debajo de la de Cloarec, por supuesto. Pero estaría ahí. Así que, si tenía que hacer la mayor parte del aburrido trabajo de recopilación de datos y hacerle el jodido café al mismo tiempo, bueno, era un trato que estaba dispuesta a aceptar. Por el momento.

Cuatro horas más tarde, Cloarec se reclinó en su silla y estiró los brazos.

—¿Estás lista para un descanso?

Clémence enarcó las cejas, temiendo que la enviara a la cocina a ver qué restos de comida quedaban. Se había olvidado de su mensaje.

—Ayer estuve de pesca y cogí una lubina bien gorda. —Volvió a estirar los brazos, se levantó la camisa y dejó al descubierto una franja de vientre sin tonificar, bordeada de gruesos pelos negros.

Clémence frunció el ceño; no había visto ningún pez en la cocina, ni en la nevera cuando había traído la leche. Y la casa era tan pequeña que no había otro sitio donde pudiera estar.

—No está aquí. Un amigo lo está cocinando.

—¿Qué amigo? Creía que no conocías a nadie aquí.

Pierre hizo oídos sordos al comentario.

—Un amigo mío americano. Ahora está jubilado, pero trabajó muchos años en la embajada de Estados Unidos en París. —Por la forma en que lo dijo, Clémence entendió que Pierre lo conocía desde hacía muchos años.

—¿Y está aquí ahora?

—Sí, tiene una casa unas puertas más abajo. —La voz de Cloarec era casual—. Pensé que te interesaría conocerlo.

Caminaron juntos, solo tres casitas más abajo de donde se alojaba Cloarec, hasta otra casa, un poco más grande y en mejor estado de conservación. Estaba en el mismo lado de la carretera y también daba a la ría. Pierre llamó con confianza a la puerta y un hombre alto de pelo canoso la abrió casi de inmediato. Algo en él parecía serio, aunque el delantal de flores que llevaba atado a la cintura contrarrestaba el efecto. Al verlos, les sonrió cálidamente y les invitó a pasar antes de que hubiera tiempo para presentaciones.

—Clémence, este es Richard —empezó Pierre—. Richard, esta es Clémence Girard. Está trabajando conmigo en la historia de Hawthorne y Langley.

Clémence parpadeó sorprendida. Dubois, y de hecho el propio Pierre, le habían ordenado que

no dijera a nadie en qué estaba trabajando, ni siquiera que estaba trabajando en algo importante. Estaba tan sorprendida que casi no se dio cuenta de que Pierre seguía hablando.

—No todo el tiempo —continuó—. También lleva unas historias más pequeñas en la oficina, pero parte del tiempo está aquí conmigo, ayudándome a poner orden entre tanto papel.

«¿Poner orden?» Clémence no estaba segura de si debía sonreír amablemente o demostrar lo molesta que se sentía. Entonces intuyó un posible aliado, ya que la expresión de Brown sugería que había leído correctamente su dilema.

—Suenan muy emocionantes —dijo, y luego añadió de manera reveladora—, lo poco que Pierre me ha contado al respecto. —Volvió a sonreírle, una sonrisa muy auténtica—. Pasad, por favor. ¿Qué les parece si tomamos un trago antes de comer?

Los condujo a una cocina-comedor diáfana, con una decoración moderna, elegante y relajada. Una sencilla mesa de madera estaba perfectamente puesta. El olor era delicioso, una dulzura salada de pescado asado. A pesar de su ligera molestia por tener que dejar de trabajar y su sorpresa por haber acabado aquí, Clémence sintió que se relajaba un poco.

—¿A qué se dedica, *Monsieur* Brown?

—Llámeme Richard, por favor. —Esbozó la misma sonrisa cálida y se volvió hacia ella—. La respuesta es que hoy en día a no mucho la verdad, lo cual me deja tiempo para placeres sencillos como cocinar. —Señaló el delantal que aún llevaba atado a la cintura y que hacía imposible que nada de lo que dijera sonara pomposo—. Pero antes trabajaba para el cuerpo diplomático del gobierno americano. Era una parte muy pequeña de una máquina muy grande. —Levantó una botella de vino en cada mano, una roja y otra blanca, y le indicó su copa.

—Una copa pequeña de blanco. Estoy trabajando.

Pierre emitió un gruñido, como si ella estuviera equivocada al respecto.

—Y para ti, *mon ami* —Brown se volvió hacia Pierre— pensé que apreciarías este Beaujolais ligero y afrutado, para complementar el fuerte sabor del pescado.

—Me parece bien —asintió Pierre, y vio cómo Brown llenaba el vaso casi hasta el borde. Solo entonces continuó—. Por cierto, ¿dónde está el pescado? Huele de maravilla.

Los ojos de Brown bailaron, pero no contestó.

La tarde era fría, las noches llegaban cada vez más pronto, pero la casa estaba caldeada por una estufa de leña de cristal y acero. Haciendo gala de una flexibilidad impresionante para un hombre de su edad, Brown se puso en cuclillas y añadió con cuidado tres troncos bien cortados para que nuevas llamas parpadearan a su alrededor, emitiendo un calor agradable y una luz atractiva. Charlaron con soltura; Brown era un buen conversador, dispuesto a responder preguntas sobre sí mismo, pero más interesado en Clémence y las historias que había escrito. Y parecía haber leído todas las que ella mencionaba.

—Lee el diario *Le Monde* todos los días; se sienta en la cafetería con su café y lo lee de cabo a rabo —dijo Pierre en un momento dado. Parecía casi un extra en la conversación, pero no uno incómodo sino más bien contento de beber vino y presumir de amigo.

—Me gusta hacerlo —responde Brown—. Y me ayuda mucho a mantener mi francés al día.

—Su francés es muy bueno —aprovechó Clémence para decir.

—Vaya, gracias. Hago lo que puedo. —Levantó la copa en señal de agradecimiento, pero también como para reconocer que el cumplido había sido generoso—. Y ahora... —Parecía estar disfrutando de la oportunidad de ejercer de anfitrión—: *le moment suprême*.

Les invitó a sentarse a la mesa y abrió el horno con un par de guantes. Sacó una bandeja y la puso sobre la mesa, junto a una sencilla ensalada. En la bandeja, el pescado estaba entero y cubierto al completo por una costra de sal.

—Hacía tiempo que quería probar esta receta —explicó Brown, —, pero es demasiado para uno solo. Además, nunca he tenido la habilidad de Pierre para atrapar el pescado adecuado. — Hizo una pausa, inseguro de cómo romper la costra salada, pero al final utilizó la parte posterior de un cuchillo grande, golpeando la sal y revelando la carne blanca del pescado en el interior.

Comieron, y Clémence aceptó repetir, aunque sintió una punzada de irritación cuando Brown le contó cómo lo había pescado Pierre, que al parecer había pasado todo el día pescando mientras ella llevaba semanas sin tomarse un día libre. Pero estaba delicioso y Brown era un acompañante tan agradable que era difícil seguir enfadada.

—¿Vive aquí todo el año? —le preguntó cuando el ambiente volvió a cambiar.

—De momento sí. También tengo una casa en Boston, pero mis hijos, que son de su edad, están en Washington, así que me siento solo allí.

—¿A qué se dedican sus hijos?

—Kevin, el mayor, trabaja como ayudante de un senador desde hace unos años. Se va a dedicar a la política. Demócrata, por supuesto. —Sonrió—. Adam va por otro camino. Trabaja para el Banco Mundial, financiando proyectos en África, centros de salud, pozos. Ese tipo de cosas.

Clémence se tomó un momento para tratar de imaginar a los jóvenes. Descubrió que podía imaginarse fácilmente una versión más joven de Brown. Guapos y encantadores. Era una idea agradable de retener en la mente. Jóvenes brillantes y atractivos, impulsando sus carreras, haciendo el bien por el mundo. Se preguntó si estarían casados o tendrían novia, y supuso que así sería, aunque Brown no lo mencionara. Dejó que el pensamiento se desvaneciera, pero volvió a él varias veces en el transcurso de la velada, quizá porque le recordaba su propia condición de soltera profesional. Sus horas de trabajo eran demasiado largas para entablar o mantener una relación. También pensó en lo mucho que se había esforzado por ocultárselo a Pierre, sabiendo que él lo vería como una buena oportunidad para probar suerte. Se dio cuenta de que había algo en Brown que parecía lo contrario. Como si viniera de un mundo en el que se conformaba con excluirse por su edad, aceptando que pertenecía a otra generación. Era refrescante.

Su destreza en la cocina también era buena. Después del pescado sacó una *tarta au citron*, que estaba perfectamente horneada, de modo que el hojaldre de la base estaba crujiente pero no demasiado hecho, y el equilibrio entre el limón, el azúcar y la nata era exquisito. Clémence estaba tan concentrada en disfrutarla que no se dio cuenta de que la conversación había derivado hacia asuntos de trabajo.

—Entonces, ¿tienen suficiente en sus artículos para acabar con la familia Mancini? —preguntó Brown, dirigiendo la pregunta a los dos. Pierre respondió encogiéndose de hombros.

—Quizás sí, quizás no. En última instancia, eso será asunto de la policía. Aunque... —hizo una pausa y se limpió un poco de crema del labio con una servilleta— en realidad no se trata solo de los Mancini. Claro, la razón por la que estoy aquí, por la que ambos estamos aquí, es por un exagerado sentido de la precaución con respecto a ellos. Pero en cuanto a los artículos, quiero que tengan un enfoque más amplio. —Se inclinó hacia delante, entrando en su explicación—. Le he dicho que es la mayor filtración de la historia, pero como ya sabrá ha habido otras filtraciones en el pasado. El problema es que al público le resulta difícil identificarse con ellas. Es todo tan... —hizo una pausa, buscando la palabra adecuada— distante. Si trabajas todos los días en una

oficina, si eres profesor o médico, ¿cómo te identificas con una historia que describe cómo el uno por ciento esconde sus millones? Por no hablar del uno por ciento del uno por ciento, con sus miles de millones. ¿Qué sabe el ciudadano de a pie de sociedades fantasmas con sedes en islas tropicales?

—No lo sé —respondió Brown—. Me imagino que muy poco.

—Se trata de construir una buena narrativa. —Pierre sonaba concentrado ahora, como lo hacía en las reuniones editoriales a las que Clémence había asistido y en las que se había sentido demasiado joven y francamente intimidada para decir mucho—. No debemos limitarnos a informar de lo que hace esta gente, sino que debemos explicar lo que te cuesta a ti, como médico, como oficinista. Cuánto pagas de más en impuestos y cuánto te cuesta el que estas personas, políticos, supuestos famosos, no paguen lo que les corresponde. Por eso esta vez debemos hacer algo distinto.

Brown asintió.

—Lo entiendo. De verdad que lo entiendo. Y me alegro profundamente de que una historia tan importante haya llegado a manos de un periodista tan capacitado. —Sonrió a Pierre, pero luego miró también a Clémence—. Bueno, a un par de periodistas excepcionales. Les deseo mucha suerte. —Volvió a levantar la copa y Pierre asintió, aceptando el cumplido como si solo fuera dirigido a él—. Tomemos un café —continuó Brown—. Seguido de una buena botella de coñac que no he querido abrir mientras estaba solo. Pierre, amigo mío, ¿puedo pedirle que eche más leña al fuego?

CAPÍTULO VEINTICUATRO

AL DÍA SIGUIENTE, los tres se reunieron en el bar para tomar el café de la mañana. Cuando Clémence llegó, ella ya llevaba dos horas trabajadas, mientras que Pierre había decidido dar un paseo para despejarse. No se había afeitado, y sus mejillas carnosas brillaban por el sudor del alcohol de la noche anterior. El americano, en cambio, iba bien afeitado y llevaba un traje de lino color crema. Mientras tomaban un café con leche, mencionó que iba a ir a la cercana ciudad de Quimper y les preguntó si podía recoger algo para ellos. Sin pensárselo, o más bien porque se lo estaba pensando, Clémence le respondió que necesitaban urgentemente una impresora, y al instante se sintió avergonzada, porque apenas conocía a aquel hombre y estaba claro que la oferta se refería más bien a pan o a algún otro comestible. Desde luego, no se refería a artículos eléctricos grandes y caros. Pero él se lo tomó con calma y solo dejó que un breve gesto de sorpresa cruzara su rostro antes de asentir con la cabeza y pasar a discutir los atributos que requerían: de color o en blanco y negro, y qué tipo de impresión, como si se tratara de una petición perfectamente razonable. Para disimular su vergüenza, se vio a sí misma dando demasiadas explicaciones, diciéndole que era más fácil entender la gran cantidad de datos si se imprimían, pero él hizo caso omiso de sus preocupaciones.

—En absoluto, no hace falta que me lo explique, en serio. Estoy encantado de poder ayudar, aunque sea en lo más mínimo. —Luego hizo una pausa, como si no estuviera seguro de si era apropiado que continuara—. Disculpe por la sugerencia, pero dada la naturaleza confidencial del trabajo, ¿sería una buena idea que me hiciera también con una trituradora? Por si acaso.

—Buena idea. —Pierre pareció resucitar de entre los muertos en ese momento y se unió a la discusión por primera vez.

Terminaron sus cafés y Clémence observó cómo Brown se marchaba en un maltrecho Peugeot 505 que generaba una bocanada de humo azul claro al alejarse. Luego Pierre se levantó con pesadez de la mesa, dijo algo de que tenía que seguir trabajando y la dejó con la cuenta.

Varias horas después, la interrumpió el claxon de un coche frente a la casa; cuando se asomó a la ventana, vio que Brown la saludaba mientras levantaba el portón trasero del viejo coche y sacaba una de varias cajas grandes. La primera contenía una impresora láser con dos cartuchos de tóner de repuesto, la segunda una pequeña trituradora. La tercera y última caja, atada con una cinta, contenía una selección de pepitos de chocolate, que Pierre se sirvió mientras Clémence instalaba la impresora en la mesa del comedor. Una vez terminada, se alegró de tener una instalación mucho más profesional.

—*Merci, Monsieur* —sonrió al americano, con su curioso francés acentuado—. Dígame, por favor, ¿cuánto le debemos? —Ella temió por un momento que él insistiera en pagar, lo que aumentaría su vergüenza, pero en lugar de eso buscó cuidadosamente en su cartera los recibos y se los entregó.

—Pagué en efectivo —sonrió con naturalidad—. Supuse que así les sería más fácil reclamarlos si tienen algún problema.

Sintió un alivio al saber que tenía suficiente dinero en el bolso para reembolsárselo allí mismo y, agradecida, metió los recibos en el bolso. Luego Brown se demoró un momento, pero pareció leer de nuevo su estado de ánimo.

—Bueno, mejor les dejo con ello. Les he robado mucho tiempo y tienen un trabajo importante que hacer.

Con la impresora, Clémence pudo trabajar con más eficacia y no hizo ninguna pausa hasta las ocho de la tarde, cuando preparó una sencilla cena a base de pasta. Comieron equilibrando los platos sobre montones de papeles, y después siguió trabajando hasta medianoche. A la mañana siguiente trabajó de seguido, sin hacer la pausa del café, pero Pierre salió y volvió cuarenta y cinco minutos más tarde. A las dos se dirigió a la parada del autobús y se subió en el bus que la llevaría de vuelta a la civilización. Una hora más tarde, ya estaba en el tren de alta velocidad de regreso a París, con la cabeza gacha una vez más y la mente absorta en la ardua tarea de desentrañar las redes financieras de los ricos, los famosos y los criminales corruptos.

CAPÍTULO VEINTICINCO

PARA PIERRE FUE un alivio quitarse a Clémence de encima. No es que no le gustara la chica o que no respetara su trabajo. Era agradable tener a un bombón como ella en la casa, aunque no parecía que fueran a acostarse juntos, además del lamentable hecho de que tenía tan mal gusto para vestir que ni siquiera se le veía el escote. Pero a su vez, era un hombre que disfrutaba de su propio espacio. Y a la hora de escribir sus artículos, que ya estaba listo para hacerlo, tenía un estilo muy particular. Le gustaba trabajar con la ventana abierta de par en par, cuanto más fuerte fuera la brisa, mejor, y aporrear con fuerza el teclado mientras recitaba en voz alta las palabras que iba escribiendo.

Aun así, encontró tiempo para tomar café con Brown, y aceptó de inmediato cuando el americano le propuso cenar juntos esa noche, recomendándole una marisquería a unos kilómetros de la costa.

—Hay algo más que quería preguntarle —dijo Pierre, mientras se tomaba el café.

—¿El qué?

—He estado pensando, tiene pinta de aficionado al ajedrez; ¿lo es?

Al principio Brown pareció desconcertado, pero luego sonrió inseguro.

—No sé si eso es un cumplido o un grave insulto.

—Más bien lo primero. Me vendría bien una partida. Me gusta jugar cuando escribo, me despeja la cabeza.

Brown enarcó las cejas, ligeramente sorprendido.

—Ya veo. Hace tiempo que no juego...

—Hoy en día se puede jugar contra un ordenador —continuó Pierre, más para sí mismo que para Brown—. Pero son impersonales, ¿me entiende? Son muy fríos.

De nuevo Brown pareció perplejo por un momento, pero asintió.

—Me encantaría. Pero no tengo un juego, ¿y usted?

—Sí, encontré uno en la casa. ¿Quizás podríamos jugar después de cenar?

—Por supuesto —respondió Brown—. Traeré el coñac.

Para la hora de la cena, Pierre ya había redactado los borradores de los dos primeros artículos. Le resultó difícil, como ya había anticipado, dar color a las palabras, elevarlas por encima de un mero catálogo de detalles sobre el movimiento del dinero. Pero por algo era periodista jefe en uno de los periódicos más prestigiosos de Francia. Tenía talento para ello. Había conseguido incluir en la historia casi tantos elementos humanos como hechos escuetos: los artículos de lujo en los que se habían gastado el dinero y los curiosos destinos de esos artículos

de lujo. También había incluido breves detalles de algunas de las personas más inusuales que habían aparecido en los datos, aparte de los políticos y famosos más conocidos y los criminales organizados más serios. Imprimió ambos borradores antes de abandonar la casa, con la intención de cubrirlos con bolígrafo rojo al día siguiente, antes de enviar la versión definitiva a Dubois y a su equipo de abogados.

Estaba lo bastante satisfecho con cómo iban las cosas como para derrochar en el restaurante y pedir una langosta asada en mantequilla y aderezada con hierbas. Estaba tan buena como le había sugerido Brown, y agradeció una vez más la suerte de haber encontrado un amigo tan agradable en un remanso como aquél. Dividieron la cuenta, era más fácil así, y Pierre apenas se dio cuenta de que su comida costaba más del triple que los mejillones a la marinera que había tomado Brown. Si el americano se dio cuenta, ni lo mencionó ni pareció ofendido. Al contrario, parecía estar encantado.

—¿Sigue en pie nuestra partida de ajedrez? ¿No necesita trabajar o descansar?

—No, sigue en pie. Una partida internacional nada menos.

Brown los llevó de vuelta y aparcó un momento el coche delante de su casa para poder recoger la botella de coñac. Una vez de vuelta en casa de Pierre, mientras Brown buscaba las copas, este encendió el fuego. Había descubierto que el contenido de la trituradora era un excelente material para iniciar el fuego.

—He preparado la partida —dijo cuando Brown volvió con las manos vacías. Señaló la cómoda que había cerca del escritorio—. Creo que las copas están ahí.

Brown fue a mirar y enseguida encontró dos pesados vasos. Cuando regresó, Pierre notó cómo los ojos de su amigo se dirigían a los borradores impresos de su artículo que había dejado sobre el escritorio. Lo miró lo suficiente como para fijarse en el título, pero fue lo bastante respetuoso como para no empezar a leerlo. Pierre se preguntó si sería útil que un segundo par de ojos repasara el artículo, sobre todo teniendo en cuenta la cantidad de lenguaje técnico que necesitaba para pasar los juicios del abogado. El francés del americano, aunque excelente, no era perfecto, y tal vez sería una buena prueba. Si él era capaz de leerlo con facilidad, entonces el francés de a pie también lo sería. Pero no dijo nada en ese momento.

—¿Cronometramos la partida? —preguntó Pierre mientras se sentaba a un lado del tablero.

—Suenas serio —respondió Brown, lo que Pierre interpretó como una buena señal. Los jugadores más hábiles estarían acostumbrados a utilizar un cronómetro, y aunque él ansiaba una partida decente, prefería ganar.

—No hace falta que nos molestemos entonces —dijo al tiempo que cogía un peón de cada color en cada mano y los escondía tras sus espaldas. Trajo ambas manos hacia delante y Brown eligió la izquierda.

—Negras —dijo Pierre, satisfecho—. Yo jugaré con blancas.

La partida comenzó de forma excelente. Brown tenía una idea clara de las sutilezas del juego y sus jugadas estaban bien meditadas, pero se mostraba prudente. Pierre fue capaz en todo momento de ir un paso por delante. Presionó con un ataque a la reina negra, atrapándola en una esquina de la que Brown no pudo escapar sin sacrificar una torre. Pero entonces ocurrió algo extraño. De la nada, Brown fue capaz de lanzar un ataque en el otro lado del tablero, ignorando por completo a su reina, y colocando a Pierre a una jugada de jaque mate tres veces seguidas. Debíó de ser pura suerte, porque una vez que Pierre escapó del peligro, fue capaz de recuperar la ventaja y hacerse con la reina y la torre, dejando a Brown sin más opción que renunciar. Siguió jugando unas cuantas jugadas, aparentemente sin ver aún la inevitabilidad de la derrota. Pero

entonces se reclinó, sacudió la cabeza y sonrió mientras volcaba a su rey.

—Bien jugado, *mon ami* —dijo Brown—. Buena partida.

—Sí que lo ha sido, ¿tenemos tiempo para otra?

—Si viene acompañada de otra copa, tal vez —respondió Brown—. Y de un breve descanso, creo que el ajedrez a veces puede ser demasiado intenso. —Se levantó y estiró las piernas. Y Pierre vio que su mirada se dirigía de nuevo al escritorio.

—Hoy he escrito el primero de mis artículos —comenzó Pierre, sin pensar realmente lo que iba a decir. Aunque la decisión estaba tomada desde hacía semanas—. Quizá le interese leerlo. —Prosiguió sin parar, por si el americano reculaba debido a su reserva diplomática—. Bueno, no estoy siendo del todo franco. En realidad, me sería de gran ayuda que lo leyera, me gustaría ver hasta qué punto lo que he escrito conecta con un lector que no esté familiarizado con la filtración de datos. Un lector de a pie del periódico, por así decirlo.

—¿Como yo? —sonrió Brown—. Estaría encantado.

Pierre cruzó la sala y recogió los papeles, poniéndolos en orden.

—He intentado hacerlo interesante, con algunos toques de color.

Pierre sintió una oleada de nervios. Incluso ahora, en las últimas etapas de su carrera, se ponía nervioso cuando la gente leía sus palabras. Este era el artículo que definiría su carrera. Sacudió la cabeza y trató de concentrarse.

—Toques como este. —Señaló unas líneas a mitad de la primera página y le explicó a Brown —: Descubrimos muy pronto que el asesino en serie británico Charles Sterling, quizá haya oído hablar de él, era cliente de Hawthorne y Langley.

Pierre miró a Brown, cuyo rostro no expresaba ningún reconocimiento evidente.

—Murió el año pasado, al parecer, pero era muy conocido incluso aquí en Francia. Hay una serie de Netflix sobre él. —Pierre le tendió el artículo a su amigo—. ¿No la ha visto?

—¿Cómo dice que se llamaba? —preguntó Brown, con la frente ligeramente arrugada.

—Charles Sterling. Era profesor de matemáticas. Un completo monstruo también; mató a una serie de mujeres en los noventa. Y ahora es famoso porque se escapó de la cárcel el año pasado, con una gran fortuna en criptomonedas. Estoy seguro de que lo cubrimos en *Le Monde*: ¿no lo leyó?

Brown vaciló.

—Supongo que no lo vi. —Forzó una sonrisa y Pierre reprimió un leve fruncimiento de ceño, preguntándose si se había equivocado al incluir tantos detalles. Sterling no era relevante para la historia, pero le pareció que añadía una pizca de emoción al artículo. Pero si el americano no había oído hablar del asesino, ¿quizá sus lectores tampoco? Por otra parte, tal vez ocurriera lo contrario. Tal vez la razón por la que disfrutaba pasando tiempo con Brown era precisamente porque no era como el francés medio, con sus gustos sensacionalistas. En cualquier caso, que Dubois decidiera si lo incluía o no.

—Bueno, da lo mismo —dijo en voz alta. Era solo una de las muchas referencias de este tipo. Había otras de las que seguramente habría oído hablar—. Échele un vistazo. Voy a mear.

Dejó al americano leyendo el artículo mientras subía las escaleras hacia el pequeño cuarto de baño de la casa.

Cuando volvió al salón, Brown estaba sentado en el pequeño sofá inmerso en la lectura, así que Pierre atendió el fuego durante unos minutos y luego volvió a colocar las piezas de ajedrez. Por fin, Brown dejó los papeles en la mesa.

—¿Y bien? ¿Qué le parece?

Brown no dijo nada durante un rato y luego esbozó una media sonrisa.

—Es interesante, muy interesante. —Se quedó pensativo, con los ojos fijos en los papeles. De repente, su mirada se desvió hacia Cloarec. Se levantó de la silla—. Déjeme tomar un vaso de agua y le diré lo que pienso.

Se dirigió a la cocina. Después de una larga espera, Pierre oyó correr el grifo.

PARTE 3

CAPÍTULO VEINTISÉIS

FUERA DE LOS muros de la prisión por primera vez en veinticinco años, Charles Sterling se tomó unos momentos para respirar aire fresco. Luego se movió, siguiendo el mapa memorizado que Barney Atkinson había dibujado y que mostraba la ubicación de un Ford Fiesta rojo. Según lo acordado, la llave estaba escondida en el muelle de suspensión del lado del conductor. Cuando Sterling se puso al volante, se tomó un momento para calmar los latidos de su corazón. Hacía más de un cuarto de siglo que no conducía un coche.

Lo caló una vez, pero la memoria muscular equilibró el embrague y el acelerador y salió de la plaza de aparcamiento, mirando una sola vez por el retrovisor los enormes muros de la cárcel.

Se dirigió hacia el sur, siguiendo otro mapa que Atkinson había llevado a su celda unas semanas antes. Y no tardó en recordarlo todo. Resultaba que conducir era igual que montar en bicicleta, aunque Sterling pensó con una sonrisa que también tendría que intentar aquella actividad para ver si era tan fácil como sugería el dicho. De repente, un tractor se puso delante de él y sus enormes ruedas arrojaron lamparones de barro a la carretera al intentar igualar la velocidad del tráfico. Sterling frenó en seco, alerta al instante y con precaución. Al no haber coches esperándole detrás, decidió no adelantar, un riesgo innecesario en una carretera tan estrecha. Unos instantes después se vio recompensado cuando el tractor se desvió, permitiéndole continuar hacia una pequeña ciudad situada a unos quince kilómetros de la prisión, donde Atkinson había alquilado por un mes un pequeño piso amueblado con garaje. El piso franco. Sterling entró con la llave escondida en la guantera del coche. Miró a su alrededor con cautela.

Las negociaciones con Atkinson se habían prolongado y, aunque estaba claro que al carcelero ni le caía bien ni confiaba en el asesino múltiple al que estaba ayudando a escapar, Sterling tenía dos puntos de ventaja sobre él. En primer lugar, y lo más importante, estaba el dinero. A cambio de ayudar a Sterling, y reventar su propia vida en el proceso, Atkinson recibiría criptomoneda por valor de unos nueve millones de libras. Atkinson pensó que aquello representaba la mayor parte del Bitcoin que Sterling poseía en secreto. Aquel era un dato incorrecto, y era importante que el guardia de la prisión no lo descubriera hasta que la fuga se hubiera completado. También era importante que el Bitcoin se transfiriera a plazos: primero, pequeñas cantidades para demostrar que era real, y después, cantidades mayores para transferir el grueso del dinero una vez que Sterling estuviera fuera y a salvo.

Pero eso solo no habría bastado, y la segunda palanca que sostenía Sterling era más sutil. Atkinson había pasado toda su vida, al igual que los hombres a los que custodiaba, entre los muros de la prisión, lo que sin duda contribuyó a que su vida familiar no fuera feliz. Su mujer,

con la que reñía sin parar y hasta había llegado a tener peleas físicas en varias ocasiones, le había dejado por otro. No tenían hijos, el hijo que Atkinson soñó una vez con criar solo existía en sus amargos sueños. Sterling fue capaz de engatusarlo durante muchos meses, convenciéndole poco a poco de cuánto había desaprovechado las oportunidades que la vida le había brindado.

La segunda palanca era la esperanza de que no fuera demasiado tarde para que Atkinson cambiara las cosas. Con la cantidad de dinero adecuada, insinuó Sterling, no todo estaba perdido. En el lugar adecuado, concretamente un país sin tratado de extradición con el Reino Unido, Atkinson aún podría disfrutar de la vida que ambos estaban de acuerdo que se merecía. Un país en el que un hombre maduro y rico podría conseguir con facilidad una hermosa mujer en edad fértil, que le estaría agradecida por la oportunidad que le brindaba. Y el coste emocional sería escaso o nulo. Sterling le explicó, como haría un gurú zen con un joven monje, que no se podría culparle de ninguna de las acciones que emprendiera para hacer realidad su nueva vida. El libre albedrío no era más que una ilusión convincente. La moral era una historia, contada por quienes ejercen el poder sobre nosotros para mantener ese poder. Sterling hábilmente absolvió por adelantado al guardia de la prisión de la responsabilidad de sus acciones futuras. Le animó a llenar su tesoro del dorado con el consuelo psicológico de que no podría haber actuado de otro modo.

Pero solo se podía confiar hasta cierto punto en tales artimañas. Sterling estaba libre, pero siempre cabía la posibilidad de que Atkinson le hubiera traicionado de alguna manera. No recibiría el pago final hasta dentro de unos días, pero Sterling ya le había dado lo suficiente para abandonar el país y empezar su nueva vida. Y aunque Sterling no dudaba de que Atkinson lo temía, y seguiría temiéndolo mientras viviera, ¿qué mejor manera de protegerse que asegurarse de que Sterling fuera capturado de nuevo solo horas o días después de la fuga? Sterling sabía que debía andarse con cuidado.

Y aunque Atkinson hubiera hecho exactamente lo que se le había ordenado, la fuga aún estaba en sus primeras fases. Puede que hubiera encontrado la forma de salir de la celda más segura de la prisión más segura del Reino Unido, pero eso era lo fácil. Escapar y vivir una vida libre: ese era el verdadero reto.

Siguiendo instrucciones de Sterling, Atkinson había dejado varios objetos en el piso franco. Había comida, maquillaje, tinte para el pelo, una selección de pelucas y una bolsa de ropa, algunas compradas nuevas, otras en tiendas de caridad para que parecieran usadas. Había un ordenador portátil conectado a la red Wi-Fi que también venía con el piso. Y lo más importante, dinero en efectivo. Sterling lo contó, molesto y preocupado porque había trescientas libras menos de las mil que había pedido. No importaba. Podía llegar a su destino con setecientas libras. Pero significaba que no habría suficiente para un plan B.

Atkinson y Sterling habían discutido hasta la saciedad los viajes que cada uno planeaba hacer después de la fuga, pero ahora que estaba «libre», Sterling no tenía intención de hacer lo que había dicho. Satisfecho de que el piso fuese suficiente, fue a la cocina, abrió los cajones y comprobó el filo de los cuchillos más grandes. Cuando encontró uno que le gustó, volvió al Fiesta y lo condujo más al sur, hacia la costa y la casa de su antiguo colega, el doctor Jeremiah Robbins. Era una visita con la que había fantaseado durante décadas, y no tenía nada que ver con Atkinson.

Fue Robbins quien había robado las brillantes fórmulas matemáticas que Sterling había creado de joven, haciéndolas pasar por suyas. Sterling no había podido quejarse, ya que Robbins descubrió que Sterling había violado a una joven secretaria y lo amenazó con denunciarle por ello. Más tarde, cuando Sterling había sido capturado y encarcelado por delitos mucho peores que aquel, se había visto obligado a ver cómo la fama y el respeto de Robbins crecían dentro de la comunidad de la que Sterling había sido expulsado. Vio cómo su trabajo se desarrollaba hasta convertirse en la base de una industria emergente de criptomonedas que prometía sustituir algún día al sistema bancario mundial. Incluso desde la cárcel, Sterling fue capaz de ganar millones comprando y almacenando los cálculos matemáticos que ahora se vendían como divisas. Pero no pudo recuperar lo que Robbins le había robado de verdad: la inmortalidad de ser el que había previsto, y construido, ese futuro, y esa injusticia no podía quedar impune. Encontró a Robbins en un paseo nocturno y le clavó el cuchillo en el estómago, torciéndolo un par de veces mientras le recordaba por qué le había llegado la hora de morir.

Dos horas después del asesinato de Robbins, y aún el mismo día de la fuga de la prisión, Sterling estaba de vuelta en el piso franco, lavándose los últimos restos de sangre de debajo de las uñas en la primera ducha como hombre libre que había tomado en veinticinco años. Fue catártico a muchos niveles. Se hizo una promesa. Ahora se centraría en sí mismo. En escapar, en ocultarse y permanecer oculto. No habría más violencia: el riesgo era demasiado grande, y la necesidad también había desaparecido. Cualquier recompensa que le hubiera proporcionado en el pasado era solo eso: el pasado. Pronto el agua de la ducha corrió limpia y cristalina. Sterling salió con la conciencia tranquila. Suma y sigue. Para un hombre condenado a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional, el futuro era inesperadamente brillante.

El propio Atkinson había embarcado en un vuelo a Brasil el día de la fuga, utilizando un pasaporte falso que había comprado en la web oscura. También había comprado un segundo pasaporte para Sterling, que utilizó para reservar una larga serie de vuelos que cruzaban Europa y terminaban en Extremo Oriente. Aunque Sterling nunca tuvo intención de utilizarlo; sabía que los puertos y aeropuertos estarían en alerta máxima, y así permanecerían durante semanas o incluso meses. En su lugar, se limitó a esperar su momento durante casi una semana, utilizando sus disfraces para comprar comida y los materiales adicionales que no le había encargado a Atkinson.

A primera hora del sexto día después de la fuga, Charles Sterling puso en marcha su plan. Aparcó el Fiesta rojo junto al río en el puerto de Littlehampton, en la costa sur. Se dirigió al maletero del vehículo, lo abrió y sacó una bolsa y un par de remos plegables de aluminio. Cerró el maletero y el coche. A su alrededor, los pájaros terminaban de cantar al amanecer.

El tiempo era perfecto, ni tan agradable como para que a mucha gente se le ocurriera echarse al agua, ni tan malo como para que resultara extraño hacerlo. Los dos veleros que había identificado en un viaje de reconocimiento anterior también parecían ideales, de unos veinticinco pies de eslora y amarrados a boyas cerca de un gran cañaveral donde no podían observarse desde la orilla. Estaba claro que se utilizaban con poca frecuencia, pero ambos parecían preparados para el viaje.

Con los remos al hombro, Sterling caminó por la orilla del río hasta llegar a una zona en la que había varios botes y embarcaciones auxiliares encadenados a las raíces de los árboles. Tras asegurarse de que no había nadie cerca, utilizó un par de cizallas que llevaba en la bolsa para cortar una de las cadenas y arrastró la barca hasta la orilla. Se metió dentro y empezó a remar hacia su velero preferido. Había elegido un Beneteau que parecía tener unos quince años. Al

acercarse oyó voces procedentes de la cabina abierta de otra embarcación amarrada justo a popa. Allí apareció una cabeza, una mujer de unos sesenta años. Sterling maldijo en voz baja, pero detuvo su remada para levantar una mano amistosa. Luego volvió a los remos, ajustando ligeramente su rumbo para que pareciera que no se dirigía hacia el Beneteau, sino que simplemente había sido arrastrado hacia allí por las suaves corrientes del río. Al pasar junto a la embarcación ocupada, gritó con voz natural.

—¡Hola, bonita mañana!

La mujer sonrió, devolvió el saludo y volvió a sumergirse en el camarote. Sterling se dio cuenta de que estaba en pijama y que tal vez había dormido a bordo. No importaba; siguió remando, apuntando ahora al segundo de sus objetivos. Si este tampoco resultaba adecuado, podría tener un problema, pero afortunadamente las pocas embarcaciones vecinas estaban vacías. Sterling miró detrás de él para asegurarse de que sus acciones no atraían ninguna atención no deseada. Allí no había nadie, solo unos cuantos patos que entraban y salían de los juncos, y la marea que tiraba del velero que permanecía obedientemente amarrado frente a él.

Decidió continuar. Ató el bote a la popa de la embarcación, subió a bordo con cuidado y, a continuación, tiró del bote hasta la boya de amarre y lo volvió a atar para que no se soltara. Miró a su alrededor, observando la distribución de la cubierta del barco y la calidad de sus aparejos y accesorios. Todo parecía un poco viejo y descolorido por el sol, pero serviría. Se dispuso a entrar en el camarote. Una tabla de madera que cerraba la escalera tenía una simple cerradura Yale, pero ofrecía una resistencia sorprendente. Al final cedió y Sterling retiró la madera destrozada y se la llevó escaleras abajo. Comprobó el nivel de combustible: un decepcionante tercio de depósito; con suerte no lo necesitaría. Accionó el motor de arranque, con la esperanza de que los propietarios lo hubieran mantenido en buen estado. El gran motor diésel giró un par de veces antes de arrancar y luego se encendió alegremente, palpitando de forma reconfortante a través de la fibra de vidrio del casco. Volvió a cubierta, revisó el costado para comprobar que corría agua por el sistema de refrigeración y luego quitó las fundas de la vela mayor, que estaba plegada en la botavara. Retiró las pocas defensas que se habían colocado a babor y las guardó en los tambuchos de la bañera. Comprobó cómo fluía la marea, evaluó el viento y ya estaba listo. Se dirigió a la proa, soltó el amarre, luego regresó a la bañera y empujó el puño del acelerador hacia delante con el pie, gobernando con las rodillas la caña del timón. Unos instantes después se cruzó con el velero junto al que había remado antes, y la mujer levantó una jarra, reconociéndole como compañero de viaje. Sterling le respondió inclinando el estúpido sombrero de marinero que Atkinson había incluido en su bolsa de disfraces. Ambos sonrieron, como si reconocieran conjuntamente la forma irónica en que lo llevaba. La luz del sol matutino esparcía mil millones de diamantes sobre la superficie del agua, y Sterling bebía el aire salado, la brisa fresca cargada de flores primaverales de la ribera.

Había navegado lo suficiente antes de su detención como para que un viaje a través del Canal de la Mancha no supusiera un gran desafío. El mayor peligro era que el propietario del barco, o al menos alguien que supiera que Sterling no era el propietario, lo descubriera saliendo. Había hecho todo lo posible para mitigarlo, pero el peligro no podía ignorarse por completo. Por eso estaba pasando por todo esto: para estar en una posición en la que ya no se viera obligado a correr riesgos, aunque fueran pequeños, que amenazaran con destruir su nuevo mundo. Y lo más peligroso aún estaba por llegar.

Diez agradables horas más tarde, metió la pequeña embarcación en un atracadero para visitantes del puerto deportivo público de Boulogne-sur-Mer, en la orilla francesa del Canal de la Mancha. Se alegró de encontrar una bandera francesa que, como mandaba el protocolo, izó en la cruceta de estribor, junto con una Q amarilla que indicaba que la embarcación debía pasar el control de aduanas. Cuando bajó y subió al pantalán, dejó la radio encendida, sintonizada en la BBC Radio Cuatro, que apenas llegaba hasta el otro lado del Canal. Así daba la impresión de que aún había alguien a bordo, o quizá que el propietario tenía intención de volver en cualquier momento. Lo que, por supuesto, no era el caso.

Cargado con sus pocas pertenencias, caminó tranquilamente por el pantalán hasta la orilla y se dirigió a la aduana del puerto deportivo. Pero en lugar de entrar, como debería hacer un navegante, siguió andando y, unos instantes después, se encontró en una calle bien transitada por la que pasaba un taxi. Lo paró y le pidió que lo llevara a la estación de tren, donde compró un billete para el penúltimo tren del día, con destino a París.

Era casi medianoche cuando llegó a la capital francesa, donde se registró en un hotel barato para turistas, uno de los muchos que hay en esa zona. Pagó en efectivo y por adelantado para no tener que utilizar su pasaporte falso. Agotado, se quedó dormido.

A las once de la mañana del día siguiente compró otro billete de tren, esta vez con destino a Suiza. Su plan avanzaba a la perfección.

CAPÍTULO VEINTISIETE

STERLING ENTRÓ en el banco y notó de inmediato la cámara de seguridad que apuntaba a su cara por lo que no levantó la vista. Siguió las instrucciones del guardia de seguridad y colocó la bolsa del portátil, junto con un ejemplar doblado del *The Times*, en el escáner antes de pasar por el detector de metales, que permaneció en silencio. Sterling dio las gracias al guardia con la cabeza y se dirigió a la ventanilla. Tenía la boca seca.

La reunión de esta mañana podía acabar de una de dos maneras: le permitiría cruzar el umbral hacia una nueva vida en libertad y con una riqueza inimaginable, o sería capturado y devuelto a prisión. Era imposible imaginar que existiera un término medio.

Lo condujeron a una gran sala con paredes revestidas de madera. Junto a un gran ventanal con vistas al lago y las montañas había sofás de color crema. Pero el banquero que llegó un momento después le indicó a Sterling que se sentara a una mesa. Sterling sintió que el hombre lo miraba de arriba abajo y estudiaba su ropa informal y sus zapatillas deportivas: lo mejor de lo que Atkinson le había proporcionado. Sterling había tenido la intención de visitar primero uno de los excelentes sastres de la ciudad suiza de Lugano, pero le faltó el dinero tras pagar el viaje y los hoteles. Quizá por eso no le ofrecieron ni un café.

—¿Qué tipo de cuenta deseaba abrir, señor Smith? —preguntó el banquero, dando a entender que no creía que fuera su verdadero nombre y que temía que la reunión fuera una pérdida de tiempo.

—No sé cómo se llama exactamente —respondió Sterling—. Necesito utilizar sus servicios de banca extranjera.

El banquero esperó un momento, la más leve de las sonrisas divertidas apareció en sus labios.

—Por supuesto. ¿Podría ver primero algún tipo de identificación? ¿El pasaporte o carné de conducir?

La petición llegó antes de lo que Sterling esperaba, así que antes de responder se tomó un momento para acomodarse y colocar meticulosamente su ejemplar de *The Times* sobre la mesa para que el titular fuera visible.

«El asesino en serie Charles Sterling escapa, las autoridades descubren su fortuna escondida»

—El caso es que he sufrido un pequeño imprevisto con mi pasaporte. —Se echó hacia atrás y

esperó a que el banquero leyera las primeras líneas del artículo.

«Se ha revelado que el infame asesino en serie Charles Sterling -que asesinó a siete mujeres, entre ellas su mujer y su hija- y que protagonizó una dramática fuga de la prisión de Highmoor hace dos días, poseía en secreto la asombrosa fortuna de seiscientos millones de libras en Bitcoin.»

El artículo iba acompañado de una fotografía de un Sterling mucho más joven. No había hecho nada aquella mañana para disimular su aspecto, y no había cambiado significativamente desde que se tomó la fotografía. La sonrisa desapareció del rostro del banquero y su rostro se mostró confuso. Su expresión volvió a cambiar mientras seguía leyendo. Sterling mantuvo la mirada fija en él y se alegró de ver sorpresa, y luego... algo más. Tal vez miedo, pero definitivamente mezclado con interés profesional.

—Discúlpeme un momento. —El banquero sonrió, se levantó y salió de la sala. Sterling se dirigió a la ventana para contemplar el hermoso lago de Lugano y el poderío de los Alpes suizos a sus espaldas.

Cinco minutos más tarde regresó con otro hombre, unos diez años mayor, pero de aspecto similar. El primer hombre habló con el segundo en un alemán muy bajo que Sterling no habría entendido incluso si el primer banquero no se hubiera tapado la boca con la mano. El segundo hombre parecía perplejo mientras escuchaba, y se acercó a la mesa, preguntando cortésmente en inglés si podía coger el periódico. Sterling asintió y el banquero leyó el artículo al completo, pasando los ojos varias veces de la fotografía a la cara de Sterling. Sterling volvió a tomar asiento mientras esperaba, con las manos cruzadas sobre el regazo. Finalmente, el segundo banquero se sentó frente a él.

—Señor... —Sus ojos volvieron a mirar el periódico y no terminó la frase—. Mi colega me informa de que quiere usted abrir una cuenta.

—Correcto.

—¿Y cómo se llama?

—David Smith. —Sterling inclinó la cabeza a un lado.

—Ya veo. Y ¿tiene algún documento que confirme su identidad como... David Smith?

—Tengo un pasaporte falso, pero fue muy barato y es poco probable que los convenza. —Sonrió como si fuera el tipo de molestia al que todos nos enfrentamos de vez en cuando—. En realidad, esperaba que esto fuera algo con lo que pudieran ayudarme. —Sterling movió ligeramente la mano, de modo que el índice se posó sobre las palabras «seiscientos millones». Dio unos golpecitos en el periódico y volvió a sonreír.

Seiscientos millones.

En la cara del segundo banquero parecía representarse una verdadera obra de teatro. Sterling sintió nervios al verlo; era su mejor oportunidad, la única en realidad, ya que no tenía cuenta bancaria, ni documentos de identidad, ni los había tenido durante décadas. A aquello había que sumarle el hecho de que en la cárcel no había tenido acceso a ordenadores y siempre revisaban su correo antes de que él pudiera leerlo. Había presionado a Atkinson todo lo que pudo, pero había un límite a lo que se podía sacar de alguien tan estúpido y desleal.

—En realidad, estoy bastante decepcionado con la calidad del periodismo —dijo

despreocupadamente—. Uno pensaría que comprobarían sus fuentes. La cifra real está más cerca de los novecientos millones.

Al banquero no se le escapó lo que implicaba esta corrección, y menos aún el aumento que representaba para cualquier posible comisión. La más pequeña de sus sonrisas se dibujó en sus labios, pero luego volvió a su fría y discreta profesionalidad.

—Ya veo. —Asintió una vez al hombre más joven, enviando un mensaje que Sterling solo podía adivinar—. Señor... Smith. ¿Me disculpa un momento?

Hubo otra espera después de que saliera y el primer banquero se quedó junto a la puerta, como si Sterling/Smith fuera a escapar por la ventana. Sterling esperó tranquilamente, consciente de que su destino se decidiría en los próximos momentos. Calculó que las probabilidades de que el otro banquero regresara con un guardia de seguridad eran del cincuenta por ciento. Si así era, estaba jodido. Llevaba años planeando la mejor manera de desaparecer si alguna vez escapaba de la cárcel y este era el momento de la verdad. Tener miles de millones en un ordenador en Bitcoin era una cosa, pero no se puede comer un código informático. Tampoco se puede comprar una casa con él, ni siquiera un billete de tren. Necesitas dinero en efectivo en un banco, y conectar ambos era el problema. La ley obligaba a los bancos a saber quiénes eran sus clientes, a tener direcciones registradas y confirmar identidades antes de abrir ninguna cuenta. Atkinson tenía todo eso, así que le resultó bastante fácil cambiar a dólares el Bitcoin que Sterling le había dado. Pero Sterling no tenía ni cuenta bancaria ni documentos de identidad viables, así que no tenía ninguna posibilidad de abrir una cuenta. Al menos, no en un banco normal.

El segundo banquero regresó y mantuvo la puerta abierta para que entrara un tercer hombre. Sterling contuvo la respiración. Pero no era el guardia de seguridad, sino otro banquero, con traje de chaqueta gris formal, más mayor aún y claramente con más autoridad.

—Buenos días, soy Mathias Keller, director general de banca privada.

—Buenos días. —Sterling sonrió y esperó a que el director leyera el artículo, mientras lo hacía levantó la vista varias veces para comparar la fotografía con su rostro. Al final habló con tono severo.

—Las normas del gobierno suizo exigen que veamos una identificación adecuada antes de abrir cualquier tipo de cuenta. —La mirada de Keller se mostraba neutra, difícil de leer para Sterling.

—Por supuesto. —Sterling esbozó una media sonrisa, aún inseguro de adónde quería llegar—. La cuestión es que parece que he perdido mi pasaporte. Tenía la impresión de que el banco podría ayudarme a resolverlo.

—En la mayoría de los casos, si un cliente tiene un problema de documentación, le dirigimos a la embajada correspondiente.

Sterling hizo una mueca.

—Estoy seguro de que ese es el procedimiento, en la mayoría de los casos.

Keller esbozó una pequeña sonrisa, como si empezara a disfrutar del intercambio. Pero luego se quedó pensativo, se volvió hacia la puerta y ordenó algo en alemán al primer empleado, que se retiró de inmediato, cerrando la puerta tras de sí. Entonces se volvió hacia Sterling.

—Es posible que podamos hacer algo al respecto, pero tendría un coste significativo.

—¿Cuánto? —preguntó Sterling, dejando caer la cabeza hacia un lado para poder estudiar mejor al banquero; el rostro del hombre impresionaba de lo impasible que se mostraba, pero sus

ojos lo delataron al fijarse de nuevo en la cifra del titular.

—Un pasaporte británico nuevo a nombre de... David Smith —sus ojos calculaban— costaría al menos quinientos mil euros.

—Perfecto. —Sterling sonrió—. Excepto que mi dinero está atado en Bitcoin en este momento.

Keller rechazó la objeción de inmediato.

—No pasa nada, tenemos un servicio para eso.

Sterling se permitió empezar a relajarse por primera vez en varios días.

—Bien. ¿Y qué hay de la cuenta?

—También habrá que pagar por ella.

—Por supuesto.

—Una comisión considerable.

—Señor Keller, por favor, entienda que estoy preparado física y mentalmente para que me diga una cifra exorbitada. No me causará inconveniente alguno.

En esa ocasión, Keller sonrió con profundidad y reclinó su pesado cuerpo en el asiento.

—Señor Smith, le pido disculpas, parece que mis colegas se han olvidado de ofrecerle una bebida. A mí personalmente me gusta tomarme un *latte* a estas horas. Y hay una pastelería aquí cerca que hace un excelente *Luxemburgerli*, en caso de que lo desconozca, es una especie de macarrón pequeño relleno de crema pastelera. —Keller levantó las cejas de manera inquisitiva y al ver la sonrisa de Sterling chasqueó los dedos. Su colega casi salió corriendo de la sala apurado por complacer a su jefe.

Los días siguientes fueron bastante divertidos. El pasaporte tardaría varios días en tramitarse y mientras tanto el banco le explicó cómo funcionaría todo. Solo se podría acceder al valor que Sterling tenía en su cartera de Bitcoin una vez que estuviera vinculada a una cuenta bancaria en moneda nacional. Pero cualquier intento de transferir una cantidad tan elevada a cualquier otra divisa atraería inevitablemente la atención de las autoridades de todo el mundo. Así que había que hacerlo de manera gradual y a través de terceros. La solución fue recurrir a un bufete de abogados de las Islas Caimán, donde las leyes de contabilidad financiera eran aún más laxas que en Suiza. Crearon una serie de sociedades fantasmas, totalmente legales, pero cuyo dueño se mantuvo deliberadamente en secreto. A su vez, estas estarían controladas por fideicomisos, también legales, pero cuya titularidad se ocultaría. El resultado final sería que Charles Sterling -o David Smith, o quien quisiera ser- tendría acceso no solo a grandes cantidades de capital para la compra de propiedades, por ejemplo, sino también para operaciones bancarias cotidianas. Tendría una tarjeta de crédito, una cuenta corriente. Podría pagar impuestos y solicitar subvenciones a la seguridad social. A todos los efectos, sería un ciudadano normal del país que quisiera. La única diferencia entre él y un ciudadano de a pie sería su acceso a una fortuna que solo unas pocas decenas de miles de personas en el mundo podrían igualar.

El coste de todo esto era desorbitado: una tasa del diez por ciento sobre cada dólar canalizado a través del sistema. Sterling sospechaba que aquella tasa se había calculado sobre la marcha y la negoció a la baja recordando con delicadeza a los banqueros que, si le presionaban, podía cruzar la calle y dirigirse a uno de sus muchos competidores. Pero era un equilibrio delicado. El banco podría llamar a las autoridades suizas y volver a detenerlo. Con ello ganarían en autoridad moral, al menos durante unas semanas. Pero también se despedirían de la que también sería la mayor

comisión de toda su carrera.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

LA VISTA desde la ventanilla mientras el avión esperaba para despegar era de una selva espesa y húmeda que bordeaba el aeropuerto, casi oscurecido por completo por una lluvia tropical absurdamente intensa que caía casi horizontal en enormes cortinas. La tormenta había amenazado mientras los pasajeros esperaban en la sala de embarque, una nube negra que se había acumulado y oscurecía el día hasta convertirlo casi en noche a medida que se acercaba la hora de despegue del avión. A pesar de la mezcla de idiomas, estaba claro que la mayoría de los pasajeros hablaban del tiempo. Los que viajaban solos, sin nadie con quien hablar, lanzaban miradas ansiosas por la ventanilla y miradas avergonzadas a los demás, como si de algún modo fuera gracioso dudar de si fuera seguro despegar con semejante tiempo.

Pero, al parecer, lo era. La tripulación parecía quizá un poco más tensa de lo normal mientras realizaban las comprobaciones de cabina y aseguraban las puertas. El avión comenzó su largo camino hacia la pista. La familiar vista del edificio de la terminal desapareció, perdiéndose tras un banco de lluvia, y entonces comenzó el diluvio. Los chorros de agua caían por las ventanillas. El bullicio de la sala de embarque se había calmado y ahora los pasajeros parecían asustados. ¿De verdad iban a despegar?

La voz del piloto sonó por el intercomunicador, pero solo para recordar a los pasajeros que apagaran todos los dispositivos. Inusualmente, estos no tardaron en obedecer. Más pasajeros de lo normal prestaron atención a las instrucciones de seguridad de las azafatas, que describieron cómo inflar un chaleco salvavidas, como si aquello fuera a servir de algo en caso de que el avión se saliera de la pista y explotara en un infierno de metal y combustible.

Para algunos, este podría ser el resultado más probable, pero el hombre del asiento 13A no sentía miedo. Sabía que lo que tenía que ocurrir ocurriría, y no había nada que pudiera hacer al respecto. Aunque esa misma filosofía no le había impedido planear los acontecimientos de las semanas anteriores con meticuloso detalle. Ahora sonreía al recordarlo, pero no tuvo tiempo de deleitarse con su éxito, ya que la nota del motor cambió. Un quejido que se hacía cada vez más agudo según el avión daba su giro final hacia la pista. Se detuvieron bruscamente, como si el propio piloto estuviera tomándose un respiro. El ruido aumentó hasta convertirse en un rugido, el cuerpo del avión se sacudió y la erupción siguió azotando las ventanillas. Entonces se soltaron los frenos de las ruedas y el pesado avión empezó a rodar hacia delante, despacio al principio, luego más deprisa, y pronto lo que parecía demasiado rápido para las condiciones meteorológicas.

Los riachuelos de las ventanillas cambiaron de dirección al ser empujados hacia atrás para

luego desaparecer del todo, arrastrados por el aire impetuoso. Los motores chirriaron como si disfrutaran añadiendo dramatismo al momento mientras el avión se acercaba a su punto de no retorno. Entonces las ruedas encontraron una sección de agua estancada en el asfalto y el avión derrapó, hacia un lado y luego hacia el otro. Al menos tres pasajeros gritaron en voz alta, y muchos más se agarraron desesperadamente a los reposabrazos, encontrando a veces solo las manos de sus vecinos. Aun así, el ocupante del asiento 13A se relajó, esta vez más profundamente, casi deseando que se produjera el choque. La ironía sería deliciosa. Pero entonces se produjo una reducción del ruido, un cambio de altitud cuando las ruedas despegaron y el avión y todas las almas que había en su interior se sostuvieron solo por sus alas, agitándose y retorciéndose mientras se agarraban y se perdían entre los huecos del aire arremolinado por las lluvias tropicales.

Los pasajeros de un lado del avión no vieron más que el cielo durante unos instantes, los del otro lado no vieron más que la selva, seguida de la verja del aeropuerto, y luego la ciudad mojada, ya cien metros más abajo cuando el avión se inclinó para hacer un giro profundo. A continuación, no hubo más que nubes grises y espesas durante algún tiempo, antes de ascender al sol radiante. Por fin, el vuelo se suavizó y el sol brilló en la cabina, lo cual ayudó a calmar los nervios de los pasajeros. El avión inició un ascenso más tranquilo y constante, hacia el oeste, en dirección al Himalaya, las llanuras del oeste de Asia y más allá. Y, para el pasajero del asiento 13A, hacia una nueva vida en Europa.

La habitación del hospital le había parecido casi una prisión. Sí, la vista había mejorado mucho con respecto a una prisión de verdad -un cuidadoso paisajismo que había conducido la vista a través de exuberantes jardines y hacia la amplia extensión del río-, pero no había podido salir, ni siquiera para ir al baño. Durante toda su estancia había tenido que fingir que estaba a punto de morir, lo que a veces resultaba casi tan agotador como si fuera cierto.

—¡Señor! —Una mano le dio un toquecito en el hombro. Abrió los ojos y vio a una de las azafatas, con una blusa blanca entallada que podría haber sido elegida para mostrar su delgadez y la redondez de sus pequeños pechos. Pero él mantuvo respetuosamente la mirada en sus oscuros y hermosos ojos mientras la dejaba leer la lista completa de bebidas alcohólicas y no alcohólicas que había en el carrito. Pidió un zumo de naranja. La observó mientras trabajaba, con la piel de los antebrazos tersa y oscura. Ella tuvo que inclinarse para entregarle la bebida y él se dio cuenta de que otro hombre europeo la miraba en ese preciso momento, sabía que había esperado para mirar, deseoso de ver cómo la falda le apretaba la curva del trasero. El pasajero del asiento 13A volvió a sonreír cuando la azafata se dirigió a los pasajeros que tenía delante. No la miró mientras ella se inclinaba hacia delante; se limitó a dar un sorbo a su zumo de naranja.

En cierto modo, había sido el sexo lo que había llevado a Charles Sterling a elegir la clínica Hoi An, en Vietnam, como escenario de su muerte. En concreto fue el sexo, más bien sórdido, pero innegablemente popular, entre hombres europeos de mediana y avanzada edad y chicas jóvenes del sudeste asiático. Era un secreto a voces que muchos hombres viajaban con regularidad a ciudades como Bangkok o Hanoi para conocer a chicas asiáticas, y a veces chicos asiáticos, y aquello le había dado la idea.

Había contratado a un detective privado, un expolicía que anunciaba un servicio anónimo y discreto en la contraportada de la revista *Private Eye*. Había encargado al detective que buscara doctores que ocuparan altos cargos en centros médicos privados de alto nivel en algún lugar del

sudeste asiático, concretamente aquellos a los que les gustaran las chicas asiáticas jovencitas. El detective se mostró escéptico, no había mucho que hacer, y el cliente, quien no cabía duda de que utilizaba un nombre falso, no dejó claro qué debía hacer una vez que hubiera encontrado al profesional deseado. Una petición de por sí bastante dudosa. Pero Sterling había asegurado en repetidas ocasiones al detective que nadie saldría perjudicado y se ofreció a pagarle tal cantidad, la mitad por adelantado, que el detective aceptó el trabajo. Unas semanas más tarde le proporcionó una lista de posibles candidatos. El número tres era el médico jefe de la clínica de Hoi An, un alemán llamado Hans Guttenheim. Parecía perfecto.

Sterling ordenó al detective que se centrara en Guttenheim, para ver qué más se podía desenterrar. Pronto recibió fotografías del médico recibiendo felaciones de varias jóvenes, algunas de las cuales eran sin lugar a duda menores de edad. El propio doctor había colgado las imágenes en una sala de chat restringida donde se celebraban esas hazañas. Sterling se mostró satisfecho y pagó la segunda mitad de los honorarios al detective. Seleccionó otra de sus nuevas identidades y tomó un vuelo a Vietnam.

Observó a Guttenheim durante un par de semanas antes de acercarse, convencido de que se trataba de su hombre. Luego se sentó a su lado en un bar donde solía beber solo y se ofreció a invitarlo a una copa. Guttenheim había sospechado, pero Sterling se mostró tranquilo y no amenazador. Le explicó que necesitaba desaparecer y que había oído que Guttenheim podía hacerlo. El médico alemán se había enfadado, pero en ese momento Sterling le había entregado un sobre grueso, pidiéndole que lo abriera antes de tomar una decisión precipitada. El sobre contenía la menos incriminatoria de las fotografías, junto con diez mil dólares en efectivo.

—Hay mucho más de donde he sacado esto —explicó Sterling—. Tanto dinero como fotografías. —Mantuvo un tono de voz totalmente civilizado y alargó una mano que posó sobre su hombro—. Doctor Guttenheim, no deseo causarle ningún daño. Tan solo necesito su ayuda. Si me la proporciona, estoy dispuesto a pagarle más dinero del que pueda ganar en los próximos diez años.

—¿Y si no lo hago?

—Nada. Me marchó. Pero si así ocurre, y alguna vez le cuenta a alguien lo que ha sucedido aquí, no me quedará más remedio que enviar esta fotografía a la junta directiva de su hospital. —Miró a Guttenheim a los ojos—. No quiero que lleguemos a eso. Así que hablemos.

Así lo hicieron y llegaron a una especie de acuerdo. Al día siguiente volvieron a reunirse, esta vez acompañados por un abogado que había organizado que una gran cantidad de dinero se pusiera en un depósito de garantía que iría a parar a una cuenta abierta a nombre de y controlada únicamente por Hans Guttenheim. El doctor tendría acceso a la cuenta una vez que hubiera realizado las acciones que se esperaban de él.

Con Guttenheim alistado, todo lo demás había encajado a la perfección. Sterling había ingresado en la clínica con otra nueva identidad, esta vez la de un inglés llamado Jeremy Collins. Se recurrió a un maquillador para asegurarse de que el aspecto de Collins encajaba con el de un paciente con diagnóstico de cáncer terminal, diagnóstico que Guttenheim confirmó en persona. Collins había pedido que Guttenheim fuera el único que lo tratara, y aunque era una petición algo inusual, no era inaudito que los moribundos depositaran sus esperanzas restantes en decisiones igualmente absurdas. En cualquier caso, poco importaba. Las notas y gráficos que Guttenheim creó, los resultados de las pruebas que tomó de otros pacientes, todo contaba una historia simple y convincente. Collins se estaba muriendo, y había elegido hacerlo en la estrecha intimidad y el confortable lujo de la Clínica Hoi An, donde estaría cómodo y se cumplirían todos sus deseos.

Las muestras de huellas dactilares, dentales y de ADN fueron las más difíciles de conseguir. Al principio fueron toscas, se notaba que habían sido manipuladas, pero Guttenheim y Sterling tenían tiempo de sobra y en ese momento nadie sospechaba nada. Unos miles de dólares por aquí y una firma falsificada por allá, y pronto estaba todo en su sitio.

En el transcurso de la estancia de Collins en la clínica se vio cómo su salud se deterioraba aún más. Se consiguió con una combinación de maquillaje cada vez más extremo (aplicado por una maquilladora disfrazada de enfermera) y diversos fármacos suministrados por Guttenheim. No fue difícil engañar a las enfermeras, que no tenían motivos para sospechar que el inglés, que agonizaba en soledad, estuviera fingiendo.

La muerte de Jeremy Collins fue la parte más difícil de la operación. Llegado el momento, se le administraron más fármacos para ralentizar su corazón y activar las alarmas de las máquinas que lo monitorizaban. El sonido atrajo al personal de enfermería y a otros médicos, uno de los cuales declaró fallecido a Collins; una suerte, ya que se suponía que ese era el trabajo de Guttenheim. El médico alemán tomó entonces el relevo, acompañó al cadáver al depósito de la clínica e informó a su personal de que los deseos de Collins eran que no se realizara autopsia alguna y que su cuerpo fuera incinerado tan pronto como fuera posible. El momento crítico tuvo lugar en la propia morgue. Guttenheim solo tuvo unos minutos para administrar una inyección de esteroides de acción rápida para despertar a Sterling. A continuación, este, algo aturdido, había abandonado el ataúd en el que lo habían colocado y se había cambiado de ropa mientras Guttenheim llenaba el féretro con dos pesados sacos de residuos médicos. Vestido como un celador de hospital, Sterling había ayudado a cerrar su propio ataúd y luego había abandonado el hospital por la entrada de personal, donde había encontrado otra muda de ropa escondida entre unos arbustos.

Guttenheim expidió entonces el certificado de defunción y solicitó autorización para proceder a la incineración según el procedimiento habitual. Unas horas más tarde se concedió el permiso y se encendieron los hornos. Menos de seis horas después de su muerte, los restos de Jeremy Collins fueron, o más bien no fueron, incinerados a la máxima temperatura permitida. Dos horas a 2100 grados Fahrenheit redujeron las bolsas de residuos médicos a una fina sustancia similar a la ceniza de la que sería imposible obtener una muestra de ADN. A continuación, estas cenizas se esparcieron por el río Thu Bôn.

Doce horas después, el hombre que había vivido brevemente la muerte de Jeremy Collins se acomodó en el asiento 13A y dio un sorbo a su zumo de naranja.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

STERLING PASÓ una agradable quincena buscando en páginas web de agencias inmobiliarias desde el confort de su habitación de hotel de la ciudad de Brest, en la costa oeste de Bretaña. Había elegido la zona por varias razones. Era popular entre los expatriados británicos, por lo que un angloparlante nativo no destacaría, pero también era tranquila, lo que le permitiría llevar una vida apacible. Además, tenía que admitir que era agradable pensar que estaría cerca de donde vivía y trabajaba Erica, aunque no tenía intención de ponerse en contacto con ella ni de continuar con su vida anterior. Ahora que estaba muerto, el plan era seguir así, hasta que muriera de verdad.

Incluso después de entregar la mayor parte de la fortuna que le quedaba a Sands, había podido conservar lo suficiente para vivir sus días en comodidad, y tras haber pasado veinticinco años en una celda de quince por doce pies, sus necesidades eran modestas. Tomaría café en un bar local, leería el periódico cada día. Se compraría un barco de pesca, nada lujoso, y en los días de calma fondearía frente a un bonito promontorio y echaría el sedal. Pescaría su propia cena. Contemplaría cómo la marea entraba y salía de un pequeño arroyo, y se familiarizaría con su visión, viviendo una vida sencilla en torno al reloj de las mareas.

Disfrutó con la búsqueda de propiedades. Primero hizo una preselección, rellenando los términos de búsqueda más precisos para que solo aparecieran las que cumplieran sus requisitos específicos. Dos dormitorios eran suficientes, pero el principal debía tener vistas al agua y, a ser posible, lo suficientemente cerca como para que el pequeño jardín diera a un arroyo, al río o a la playa. La casa sería tradicional, pero adaptada o con un diseño lo bastante moderno como para que resultara luminosa y cómoda. Después de veinticinco años sin luz solar, aquel era un detalle importante para él. También era esencial una estufa de leña. Los bosques adyacentes a la propiedad, para poder cortar su propio combustible, serían útiles, pero no vitales: tenía dinero suficiente para comprar combustible, comida de buena calidad y vino decente.

Quedó con una agente inmobiliaria local, una encantadora francesa de mediana edad llamada Eva, para ver varias propiedades. La utilizó para practicar y perfeccionar un toque americano en su francés, que de por sí estaba oxidado, o al menos fuera de práctica. Estaba acostumbrado a leer en francés, pero tardó en sentirse cómodo hablándolo.

La primera propiedad fue un no rotundo desde el principio. Los particulares no mencionaban que se encontraba a pocos metros de una carretera muy transitada. Estaba visitando la casa en pleno invierno, así que no sabía cómo sería cuando llegara el verano. No obstante, siguió a Eva mientras le guiaba por las habitaciones de la planta baja, admiró las hermosas vistas de una

pequeña ría, los veleros balanceándose en sus boyas de amarre, y sonrió para sus adentros cuando ella le condujo escaleras arriba hasta los dormitorios. Se preguntó qué pensaría Eva si supiera que en realidad no era un antiguo diplomático americano, sino un fugitivo de prisión que había asesinado a siete mujeres.

—Como puede ver, el dormitorio principal tiene la misma magnífica vista. —Eva se volvió hacia él, pero por fin interpretó correctamente su lenguaje corporal—. La carretera está demasiado cerca, ¿no?

Sterling respiró hondo y luego lo soltó, como decepcionado.

—Un poco. *Désolé madame.*

—No pasa nada. Tengo una propiedad que había dejado para el final.

Para entonces ya se había comprado un coche. Un viejo Peugeot 505 en azul pálido. Le salió caro, pero era el tipo de coche que conduciría un expatriado estadounidense francófilo y, en cierto modo, él era exactamente eso. O, al menos, en eso pretendía convertirse. Lo conducía ahora, siguiendo el Citroën de la agente inmobiliaria, observando por la ventanilla trasera cómo los rizos de su pelo caían y besaban la suavidad de su cuello.

Condujeron durante cuarenta minutos y acabaron entrando en un pequeño pueblo. Eva lo condujo primero por una amplia playa que miraba al oeste, a la extensión abierta del Atlántico, y luego a un pequeño puerto pesquero, claramente todavía en funcionamiento por los coloridos barcos que descargaban cajas de pescado plateado. Había un bar y un hotel. Se detuvieron frente a una hilera de casitas pintorescas, en cuyos huecos se veía el brillo del agua.

—Le he traído por el camino de la playa; hay varios restaurantes excelentes muy cerca. —Eva se detuvo un momento, y Sterling se preguntó por qué lo había mencionado: ¿esperaba que la invitara a alguno de ellos? Sacudió la cabeza, disfrutando de la idea, pero dejando que su atención se centrara en la propiedad en sí. Era una bonita casa adosada, modernizada, y desde fuera parecía perfecta. Siguió a Eva por el camino, disfrutando del balanceo de sus caderas e intuyendo que era la elegida.

El interior era muy luminoso. El anterior propietario, le explicó Eva, había convertido la planta baja en un único espacio abierto, pero Sterling apenas la oía. En su lugar, se sintió atraído por las grandes ventanas traseras de la propiedad que daban a un modesto jardín y luego a la amplia ría. Había un pequeño embarcadero de madera. La marea estaba alta y el agua tranquila fluía suavemente por los postes de madera. La cocina era nueva y estaba limpia como solo puede estarlo un espacio que nunca se ha utilizado. El dormitorio principal también tenía vistas a la ría, solo que desde más arriba. El segundo dormitorio tenía vistas al pueblo y, detrás, a la playa por la que habían pasado en coche. El precio, por supuesto, era absurdo, y si Sterling se hubiera molestado en preguntar, Eva le habría dicho que los propietarios podrían estar dispuestos a rebajarlo un poco si aparecía el comprador adecuado. Pero a él no le interesaba negociar. Asintió con seriedad.

—Por favor, dígame, ¿cuándo puedo mudarme?

Eva le dijo que un mes, pero Sterling puso el dinero a su disposición al día siguiente, lo que aceleró las cosas. Al final pasaron poco más de catorce días antes de que Sterling recibiera las llaves de la pequeña casa de Plourec. Allí planeaba construir una nueva vida, y desaparecer para siempre.

Pero incluso los planes mejor trazados a veces se tuercen.

CAPÍTULO TREINTA

TARDÓ un poco más de lo esperado en sentirse como en casa. Era un pueblo pequeño y Sterling aprendió enseguida que todo el mundo conocía a todo el mundo. O al menos los del pueblo (o de la zona cercana) conocían a todos los demás lugareños a la vez que sentían un desprecio sutil pero perceptible por los de fuera, los forasteros. Sin duda, aquella animosidad se debía en parte a que casi la mitad de las casas del pueblo no estaban habitadas a tiempo completo, sino que servían como residencia de vacaciones para parisinos adinerados o se alquilaban a un flujo constante de turistas. Por razones económicas, muchos de los trabajadores del pueblo ya no podían permitirse vivir allí. Pero Sterling no se había comprado la casa más grande ni la más lujosa del pueblo. Conducía un Peugeot destartado y era educado y respetuoso siempre que utilizaba las instalaciones, como la pequeña tienda que vendía comestibles, pan fresco y periódicos. En el bar dejaba propina todos los días y, cuando terminaba de leer su ejemplar de *Le Monde*, siempre se molestaba en dejarlo en la barra para que lo leyeran los demás.

Aun así, llevó tiempo pasar de un simple y único «buenos días» del camarero a aprender su nombre y descubrir que era sobrino del dueño del hotel y hermano de una atractiva joven que daba clases en la escuela local.

Pero aquel tiempo fue útil; le dio a Sterling el espacio que necesitaba para asentarse en su nueva personalidad. Si quería que Charles Sterling desapareciera del mundo para siempre, no le quedaba más remedio que aparecer en alguna parte con otra identidad, así que investigó a su nuevo personaje, un estadounidense que había cogido la jubilación anticipada del cuerpo diplomático. Al principio cometió errores, preguntas inocentes a las que no supo responder, pero que en las primeras semanas pudo disimular fingiendo que no había entendido, debido a su francés imperfecto.

Era más probable que los aldeanos aceptaran su historia porque no estaban particularmente interesados en él. Lo aceptaron como lo que era, una rareza. Un excéntrico, pero no una adición desagradable a sus vidas rurales. Dio un gran paso un par de meses después de llegar, cuando empezó a preguntar sobre la compra de un pequeño barco de pesca, algo sencillo de manejar que pudiera amarrar al muelle de madera al final de su jardín. Resultó que no era posible, el nivel del agua era demasiado bajo durante la bajamar, pero lo solucionó alquilando un amarre más lejos por unos cientos de euros al año.

Elaboró una lista de barcos preseleccionados y varios voluntarios se prestaron a acompañarlo en su búsqueda, comentando con conocimiento de causa las ventajas e inconvenientes de las distintas embarcaciones que examinaba. Insistió en pagarles una comisión cuando por fin eligió

una pequeña embarcación semiabierta de madera con el casco pintado de azul y un motor diésel al parecer bastante fiable, aunque hubiera que arrancarlo con una manivela. Su velocidad máxima era lo bastante rápida para superar las fuertes mareas. Era perfecto, y una vez que fue suyo, quizá notó como si se hubiera graduado en la jerarquía del pueblo y ahora se encontrase en la extraña posición de no ser uno de ellos, un auténtico lugareño, pero a su vez había entrado a formar parte de sus vidas.

Pasó casi un año cuando Sterling se fijó por primera vez en el recién llegado. El hombre estaba en el bar tomando café mientras Sterling estaba en su mesa habitual. Todos los días veía gente desconocida: turistas con sus guías y sus mapas y, según el tiempo, sus sombreros para el sol o sus anoraks. Pero aquel hombre parecía diferente. No llevaba la ropa de trabajo de los lugareños ni la ropa de ocio de los turistas. Y había algo en su forma de comportarse que no habría desentonado en un café parisino, un estilo que el propio Sterling se esforzaba por emular. Tuvo cuidado de no llamar la atención, pero grabó una imagen del rostro del hombre en su memoria, por si acaso.

Y cuando, al día siguiente, y al siguiente también, el hombre volvió a estar allí, Sterling sintió un algo que le venía a la memoria. Fingió leer el periódico mientras tiraba de los hilos del rompecabezas. Entonces lo supo, en un instante que lo alarmó e intrigó a partes iguales. El visitante de aspecto incómodo no era otro que el periodista de *Le Monde* Pierre Cloarec, cuya fotografía acompañaba a veces los artículos más serios del diario de Sterling. Eso llamó su atención.

Una vez que Sterling hubo identificado a Cloarec, se hizo necesario averiguar por qué estaba allí. No había motivos para sospechar que tuviera algo que ver con el propio Sterling, pero, por otra parte, no parecía estar allí de vacaciones.

Y así, con cautela, se dispuso a dar el siguiente paso. Un día, cuando sintió que Cloarec se había fijado en él, terminó su café y se levantó despreocupadamente, como si fuera a marcharse. Se dirigió hacia el bar para dejar su ejemplar de *Le Monde*, como ya era su costumbre. Cuando se cruzó con Cloarec, habría sido descortés no ofrecerle el periódico. Al hablar, pronunció mal su francés lo cual lo delató como americano. Se alegró cuando el periodista le hizo un comentario que él interpretó como una invitación a realizar un pequeño intercambio. Se arriesgó, admitió que reconocía el nombre de Cloarec y elogió su trabajo. Luego se retiró y dejó que Cloarec diera el siguiente paso, si quería.

Sterling salió del bar y fingió dar un paseo calle arriba, pero en realidad esperó fuera de su vista hasta que vio salir a Cloarec. Lo siguió, con cuidado de no ser descubierto, y encontró que el periodista se alojaba en una pequeña casa unas puertas más abajo. Otras observaciones indicaron que, en efecto, estaba trabajando en algo, pero Sterling no sabía de qué se trataba.

Podría haber encontrado la manera de preguntárselo, pero al día siguiente Cloarec apareció en el café con una chica. Era delgada, de unos veinte años, con el pelo rubio y un cuello elegante. Tecleaba en un ordenador portátil, como si intentara interesar a Cloarec. Pero él parecía distraído, quizá preguntándose si Sterling se había dado cuenta de lo atractiva que era su joven acompañante. Sterling se había dado cuenta, y levantó una mano en señal de saludo, pero prefirió no molestarlos.

La chica volvió a estar allí al día siguiente y, espiando desde detrás de su periódico, Sterling se preguntó por ella. El lenguaje corporal no era el adecuado para que fueran amantes; sus edades

eran más bien adecuadas para ser padre e hija, pero aquello también parecía erróneo. Colegas entonces. Pero si era así, ¿en qué estaban trabajando? ¿Por qué estaban aquí? ¿Qué había en este pueblo, además de él mismo, que pudiera atraer no a uno, sino a dos periodistas parisinos?

Sterling se sentó a la mesa esperando su momento, sabiendo que no podría hacerlo para siempre.

Al día siguiente la chica ya no estaba y Cloarec parecía un poco perdido sin ella. Sterling intuyó que había llegado el momento y se preparó en silencio para una larga sesión de su francés con acento americano.

—*Bonjour* —dijo Cloarec cuando Sterling se dirigió al bar con el pretexto de devolverle el periódico por segunda vez—. ¿Puedo?

—Por supuesto. Aunque habría pensado que ya lo había leído. —La sonrisa de Sterling recordó a Cloarec su propia importancia.

Cuando Cloarec invitó a Sterling a tomar una copa de vino, fingió vacilar, pero luego respondió despreocupadamente a las numerosas preguntas del periodista sobre su presencia en el pueblo. Era una buena prueba, tanto de la verosimilitud general de la tapadera que había preparado -Cloarec conocería a mucha gente parecida al ficticio Richard Brown- como de si podía averiguar si la presencia de Cloarec tenía alguna relación con Sterling. No fue concluyente. El periodista era impreciso y Sterling demasiado cauto para presionar.

Sin embargo, Cloarec parecía necesitar un amigo, y Sterling estaba encantado de ofrecer sus servicios. Le ayudó a arrancar el coche cuando se quedó sin batería y le propuso salir a comer juntos. Durante la semana siguiente, Sterling hizo todo lo posible por seducir al periodista y darle la impresión de que la evidente admiración que se estaba desarrollando en una sola dirección, era correspondida por su parte.

Pronto empezaron a charlar todos los días mientras tomaban café sobre diversos temas, pero nunca sobre la naturaleza exacta del trabajo de Cloarec. También cenaban juntos, lo que para Sterling suponía un cambio realmente agradable respecto a comer solo. Hablaba con libertad, pero con cuidado, de su vida ficticia, inventándose dos hijos y un matrimonio fracasado, todo lo cual lo grababa en su impresionante memoria para no tropezar más tarde. Tenía preparada una explicación para lo poco o nada que se podía encontrar sobre él en Internet: su aversión natural a la publicidad y su profesión, que requería una buena dosis de diplomacia, en el sentido más estricto de la palabra. Pero parecía que Cloarec estaba demasiado desinteresado, o quizá era demasiado confiado, como para siquiera querer indagar. De hecho, cada vez estaba más claro que Cloarec quería sobre todo hablar de sí mismo, con la frustrante excepción de por qué se encontraba en aquel lugar.

Estaba a punto de convertirse en un problema cuando se presentó una solución. Un día de pesca proporcionaría el espacio, el tiempo y la intimidad necesarios para que Cloarec se desahogara. Y para que Sterling, en su papel de Brown, escuchara manteniendo su reserva poco característica de los americanos. Encargó a uno de los restaurantes que les preparara un buen almuerzo y se llevó una caja de cervezas y algunas excelentes sidras locales. No había razón para no disfrutar de un día de trabajo.

Los peces no picaban, pero Cloarec estaba vergonzosamente impaciente por clavarse él mismo en el anzuelo. Explicó una filtración de datos confidenciales de una empresa de las Islas Caimán llamada Hawthorne and Langley. Y mientras lo hacía, el periodista estaba lo bastante enfrascado en su propia historia como para darse cuenta de la sensación de shock que invadió a Sterling cuando oyó el nombre. Aunque no había prestado demasiada atención a los abogados

que habían montado las estructuras para mover y ocultar su dinero, sí que recordaba su nombre: los mismísimos Hawthorne y Langley, con sede en las Islas Caimán.

No parecía que fuera un desastre inmediato: era evidente que tenían cientos, quizá miles de clientes más, y Cloarec estaba concentrado en denunciar la hipocresía de los políticos y famosos que dicen ser hombres (y, en ocasiones, mujeres) del pueblo, mientras utilizan métodos a veces legales, pero inmorales, y otras veces claramente ilegales, para ocultar sus enormes fortunas al fisco. También -y resultó ser este el principal motivo de la presencia de Cloarec en el pueblo- la denuncia de auténticos delincuentes, bandas organizadas de contrabandistas de droga y mafiosos modernos, como la familia Mancini.

Con cuidado, Sterling profundizó. Descubrió que el volcado de datos era enorme y que se había recopilado de forma aleatoria, sin conservar el sistema que había utilizado el bufete para organizar sus datos. Aquello significaba que el trabajo de organizar los datos era una tarea enorme, llevada a cabo simultáneamente por *Le Monde* y otros periódicos importantes de Europa y América. Descubrió que Cloarec y su ayudante a tiempo parcial Clémence (ahora Sterling tenía un nombre para la chica del cuello elegante, que al parecer volvería al día siguiente para continuar el trabajo) llevaban varios meses trabajando en ello y ahora estaban a punto de escribir el primero de sus artículos, que sin duda se convertiría en una enorme noticia de alcance mundial.

Por fin se toparon con algún pez, y Cloarec se deleitó al pescar el mayor del día. Sterling estaba demasiado aturdido para actuar como si le importara.

Por un lado, parecía la coincidencia más increíble. Pero después de pensarlo un poco, Sterling revisó esta interpretación. Hawthorne y Langley habrían ayudado, los archivos lo demostraban claramente, a decenas de miles de personas adineradas a esconder y distribuir su dinero durante muchas décadas. De modo que el hecho de que uno de los muchos periodistas que escribían esta historia hubiera entrado en contacto con uno de los clientes de Hawthorne y Langley quizá no fuera la casualidad que parecía a primera vista. Pero desde su punto de vista, que él fuera el único cliente que había tenido la suerte de ser advertido con antelación de la publicidad negativa que se avecinaba, era poco menos que extraordinario.

No estaba tan claro qué debía hacer con esos conocimientos. La única buena noticia del día era que Cloarec no parecía tener conocimiento ni interés en clientes como Sterling, y parecía muy probable que siguiera así. Todo lo que podía hacer era seguir vigilando la situación, y una vez que la historia se publicara, afectaría a famosos y políticos, pero no tendría absolutamente ningún efecto en la nueva vida que Sterling había construido a partir de sí mismo.

Esa, al menos, era la esperanza.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

LA CHICA REGRESÓ de nuevo a la noche siguiente y Sterling invitó a ambos a cenar. El motivo oficial era hacer justicia a la enorme lubina que el periodista había pescado, pero, por supuesto, su verdadero propósito era ver qué más podía descubrir ahora que conocía la inquietante verdad sobre el trabajo de Cloarec.

Una vez que lo tuvo todo preparado, Sterling pasó largo rato meditando, pero, cosa inusual en él, le resultó imposible mantener la mente despejada. Los pensamientos se interrumpían constantemente con imágenes que se negaban a desaparecer. Algunas eran del propio Cloarec, lo que sugería que Sterling estaba empezando a cansarse de su amistad con el francés. Recordó la desagradable forma en que el estómago distendido del hombre se había estirado contra el material de su camisa cuando se había sentado contra los cojines del barco de Sterling, un espacio en el que el propio Sterling normalmente se relajaba.

Pero también le vinieron otros pensamientos, y al cabo de un rato Sterling se dio cuenta de que se centraban en la chica, Clémence. Al final se dio por vencido y se limitó a pensar en ella. Percibió clara desconfianza en su rostro cuando había saludado amistosamente a Cloarec en el bar. Durante mucho tiempo supuso que eso era lo que le molestaba, pero entonces vio lo evidente, la simple realidad de la que debería haberse dado cuenta desde el principio. Clémence se parecía mucho a las víctimas de Sterling, todos aquellos años atrás: la misma forma de cuerpo, el mismo tono de pelo rubio por el que siempre se había sentido atraído. Pero de hecho fue en la forma en que se comportaba donde vio las similitudes. Estaba claro que era consciente de lo atractiva que era y del efecto que eso tenía en los hombres. Y la forma en que utilizaba ese poder lo enfurecía, de nuevo con ecos de cómo se había sentido cuando era más joven. Dejó que una imagen de ella llenara su mente mientras se sentaba en el suelo con las piernas cruzadas. La curva de su cuello, el lustroso brillo de su pelo. La forma en que se había fijado en él en el bar, pero había desviado la mirada para evitar cualquier posibilidad de contacto, descartándolo como algo que no le interesaba. Podía darle una lección por eso. Podía borrar esa sonrisa complaciente de esos bonitos labios pintados...

No, alejó ese pensamiento con rabia. Aquellos días habían pasado, no deseaba volver a ser aquel hombre, ni tenía intención de hacerlo. Y al instante la sensación de calma que había buscado y no había encontrado por fin llegó. Respiró profunda y lentamente. No tenía otro interés en Clémence que descartar la improbable posibilidad de que ella y el trabajo de Cloarec supusieran alguna amenaza para él. No iba a hacerle daño. No había posibilidad ni necesidad de mirar el fondo de su alma mientras ahogaba la vida de aquel elegante cuello. Charles Sterling

podía ser un asesino, pero Richard Brown no lo era. Se levantó, terminada su meditación, y fue a darse una ducha.

Llegaron aquella noche, Pierre ya venía algo contento y Sterling notó en su aliento que ya había empezado con el vino. Le sirvió otro, llenando la copa con generosidad pero no tanto como para sugerir que quería emborracharlo. Sin embargo, Clémence se mostró cautelosa y resultó evidente que Cloarec no le había avisado con mucha antelación de la cena. Fue un detalle decepcionante pero que dio a Sterling una oportunidad. De manera sutil, se dedicó a crear un contraste entre Pierre y él, sin presionar demasiado a la periodista, a la que quería mantener de su lado. Lo hizo haciendo hincapié en que, mientras el periodista se mostraba despreocupadamente sexista, Richard Brown encontraba de mal gusto tales actitudes. Mientras que Cloarec tenía una ligera tendencia a ser grosero, que se acentuaba cuando bebía, Richard Brown poseía una gracia natural y cautivadora. Era difícil no ofender a Cloarec, pero a medida que avanzaba la velada, Sterling se sentía cada vez más capaz de hacerlo. Incluso se encontró disfrutando del vaivén.

Cuando terminó el postre, una tarta de limón muy sabrosa, se sintió preparado para enviarle un mensaje importante a la joven: que su colega había cometido un error al irse de la boca, no solo con él, sino también con muchos de sus amigos bien relacionados.

—Entonces, ¿tienen suficiente en sus artículos para acabar con la familia Mancini? —preguntó Sterling.

Pierre contestó con alguna tontería sobre la construcción de una historia que conectara con la gente corriente. Pero Sterling mantuvo los ojos fijos en Clémence y vio la sorpresa mientras Pierre seguía hablando. Redobló sus esfuerzos para disipar sus temores.

—Lo entiendo. De verdad que lo entiendo. Y me alegra sobremanera oír que una historia tan importante haya llegado a manos de un periodista tan capacitado. Bueno, a un par de periodistas excepcionales. Les deseo mucha suerte —dijo, y cambió de tema para dar la impresión de que no le interesaba el asunto en absoluto. Se levantó para hacer café.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Sterling volvió a reunirse con Pierre y Clémence para tomar un café, y se alegró mucho cuando su oferta de ir a por víveres fue malinterpretada por Clémence al pedirle una impresora. Le dio la oportunidad de contribuir en algo a la misión periodística lo cual, estaba seguro, sería recompensado en algún momento con más información. Aun así, no estaba demasiado preocupado. Se había enterado de que se habían filtrado datos sobre miles, quizá decenas de miles, de personas, y la posibilidad de que su nombre saliera a la luz parecía remota. Aun así, no estaría de más asegurarse.

Le decepcionó oír que Clémence se marchaba ese mismo día, y dejó que se le notara. Después de todo, era natural que disfrutara de la presencia de la bella joven y de su cortés interés por él y su familia. Pero fingió que también le gustaría pasar tiempo a solas con Pierre. El hombre le había retado de improviso a una partida de ajedrez, que Sterling aceptó, advirtiéndole que hacía años que no jugaba, lo cual no era del todo cierto. Quedaron para jugar esa noche, después de cenar juntos de nuevo en un restaurante de pescado cercano.

Sterling pasó la tarde meditando, esta vez con un poco más de éxito, antes de recoger a Cloarec para recorrer juntos el corto trayecto hasta el restaurante. Enseguida quedó claro que el periodista estaba satisfecho de sí mismo. Al principio, Sterling fingió no darse cuenta, pero acabó por preguntarle qué le había ido tan bien. Resultó que Cloarec había avanzado en la redacción del primero de los artículos que aparecerían en *Le Monde*. También insinuó, con cierta torpeza, que le pediría a Sterling que lo leyera, pero no llegó a hacerlo. Aquello irritó a Sterling, y se irritó aún más cuando el francés pidió una langosta entera y luego propuso que dividieran la cuenta por la mitad. Más aún porque este le había explicado con anterioridad que *Le Monde* se hacía cargo de todos sus gastos durante su estancia en Plourec. Lo cierto era que la repentina ausencia de Clémence en sus reuniones había dejado un hueco en su disfrute del proceso mayor de lo que Sterling había previsto. Se preguntó si sería posible sacar algo más de la floreciente amistad que había cultivado con aquel hombre, al menos hasta la próxima visita de la encantadora Clémence.

Cloarec colocó las piezas para el juego y sin duda notó la breve mirada de Sterling al borrar de su artículo, impreso y depositado sobre el escritorio en un rincón de la sala de estar. Aun así, el gordo cabrón no dijo nada, y Sterling se sentó a jugar. No sabía qué hacer. Su orgullo le instaba a aplastar a Pierre, pero Richard Brown no lo habría hecho y se dejó llevar poco a poco hacia una terrible posición en la que su reina estaba acorralada. Entonces, la sonrisa en los labios de Pierre lo empujó demasiado lejos y durante unas cuantas jugadas contraatacó, desatando un

terrible ataque en el flanco opuesto, que casi acaba en jaque mate antes de que Sterling recuperara el control y recordara que se suponía que estaba perdiendo. Colocó su alfil en una posición ridícula y se llevó una mano a la boca como si no pudiera creer lo torpe que había sido. Con avidez, el francés cogió la pieza, como si Brown fuera a pedirle que se la devolviera.

—Esperaba que no se diera cuenta —comentó Sterling—. ¿Quizá no todo esté perdido?

Pero se aseguró de que así fuera.

—Bien jugado, *mon ami*. —Sterling optó por renunciar en lugar de esperar a que el tonto encontrara un jaque mate, y sabía que este era el momento.

—Buena partida. —Cloarec vaciló, pero continuó con los ojos fijos en los impresos—. Quizá le interese leerlos. En realidad, para ser sincero, me haría un gran favor; me gustaría ver cómo mis palabras conectan con un lector no familiarizado con la filtración de datos. Un lector normal y corriente del periódico, por así decirlo.

Jodido arrogante francés.

—¿Un lector como yo? Estaría encantado —respondió Sterling.

Al menos esa parte era cierta. Por un momento se maravilló de lo fácil que era ver a través de aquel hombre. Con tanta transparencia, no tenía nada que temer. Pero entonces el periodista continuó, y el cerebro de Sterling entró en caída libre.

—He tratado de hacerlo interesante, con algunas pinceladas de color —dijo Pierre—. Descubrimos bastante pronto que el asesino en serie británico Charles Sterling era cliente de Hawthorne y Langley. ¿Ha oído hablar de él? Murió el año pasado, creo, pero era muy conocido incluso aquí en Francia. Hay una serie de Netflix sobre él.

—¿Cómo dice que se llamaba? —consiguió responder Sterling, con un tono de voz que no revelaba emoción alguna.

—Charles Sterling. Era profesor de matemáticas. Un completo monstruo también; mató a una serie de mujeres en los noventa. Y ahora es famoso porque se escapó de la cárcel el año pasado, con una gran fortuna en criptomonedas. Estoy seguro de que lo cubrimos en *Le Monde*, ¿no lo leyó?

La mente de Sterling daba vueltas, como engranajes desconectados.

—Supongo que no lo vi. —Consiguió forzar una sonrisa.

—Bueno, da lo mismo. —Cloarec parecía un poco molesto—. Échele un vistazo. Voy a mear.

Sterling lo hizo, tragando saliva cuando llegó a su propio nombre e intentando de manera desesperada dar con un plan. Oyó que tiraba de la cadena en el piso de arriba y un momento después reapareció Pierre, que le dirigió una mirada y se dirigió a ocuparse del fuego. Luego se dispuso a volver a colocar las piezas de ajedrez en sus posiciones originales, como si el mundo no hubiera cambiado y su vida no pendiera de un hilo. Aun así, Sterling obligó a su mente a sopesar las implicaciones de aquella sorpresa y decidir cuál sería su mejor respuesta.

—¿Y bien? ¿Qué le ha parecido?

Sterling no dijo nada durante un rato; aún no confiaba en su voz.

—Es interesante, muy interesante. —Logró esbozar una media sonrisa, pero aún necesitaba más tiempo. Se levantó de la silla—. Déjeme que coja un vaso de agua y le diré lo que pienso. —Sterling obligó a sus piernas, que de repente se sentían rígidas, a levantarse y llevarlo hasta la cocina, donde se quedó mirando el grifo durante un rato antes de poner un vaso debajo y abrirlo. Le tembló la mano al beber un sorbo. Entonces se fijó en dos paños de cocina que colgaban del asa del horno. Sin pensarlo, cogió uno y se lo pasó por los dedos. A continuación cogió el otro y

lo anudó. Probó el nudo tirando de él con fuerza. Luego se llevó los trapos a la espalda y regresó al saloncito.

—¿Qué le parece? —preguntó Cloarec por segunda vez—. ¿Le ha hecho recapacitar?

Por primera vez, Sterling esbozó una sonrisa sincera.

—Sí, creo que sí.

Durante unos instantes, Sterling sintió un conflicto interno. Arrepentimiento, no por lo que estaba a punto de ocurrirle a su nuevo amigo francés, sino por sí mismo, por la enorme cantidad de trabajo que había invertido en dejar de ser un asesino.

—Sí, de hecho creo que sí —dijo al tiempo que se situaba tranquilamente detrás de Cloarec, de modo que el periodista tuvo que torcer el cuello para no perderlo de vista. Cuando Pierre se volvió hacia el otro lado, tal y como Sterling anticipó que haría, deslizó los trapos alrededor de su gordo cuello. Tiró con fuerza de ambos extremos y, con una violenta embestida, lo arrancó de la silla y lo tiró al suelo, donde hincó la rodilla en la espalda del hombre, impidiéndole forcejear. Como era de esperar, las manos de Cloarec se dirigieron inútilmente a los trapos, e intentó meter los dedos por debajo del material, que ahora estaba tan apretado que le impedía tomar aire. Pierre se revolvió, retorciéndose como la lubina que habían pescado juntos hacía solo unos días. Sterling respiró con esfuerzo mientras el cuerpo del francés agotaba sin demora la pequeña cantidad de oxígeno que había almacenado y el dióxido de carbono se acumulaba en su organismo. Empezó a meditar de nuevo mientras los forcejeos de Cloarec se calmaban y se convertían en meras sacudidas.

Solo entonces Sterling aflojó la presión sobre el cuello del hombre.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

STERLING NO PERDIÓ el control ni una sola vez. Calibró la presión que había aplicado con sumo cuidado y soltó a Cloarec justo antes de llegar al punto de no retorno. Lo dejó allí, desplomado e inconsciente en el suelo frente al fuego, mientras volvía a la cocina para ver qué otros objetos útiles era capaz de encontrar. Estaba a punto de coger un cuchillo de cocina del cajón cuando vio una vieja caja de herramientas de metal en el suelo, cerca de la puerta trasera. La puso sobre la mesa, la abrió y vio con satisfacción que contenía un buen surtido de herramientas, la mayoría con una áspera película de óxido debido al maltrato sufrido a lo largo de los años. Rebuscó hasta encontrar unas tenazas y comprobó si estaban afiladas. No lo estaban y sonrió al pensar en lo imposible que sería hacer un corte limpio con unas cuchillas así. Luego se puso a buscar cuerda, cremalleras o cinta adhesiva de buena calidad. Aquello fue más difícil. Tan solo encontró un trozo de cuerda que no parecía muy fiable. Pero había mucha, y cuando la combinó con el cable de alimentación de la impresora que había comprado, pudo atar las manos y las piernas de Cloarec a una silla, adaptando el cuerpo del hombre aún inconsciente a los contornos del mueble para poder anudarle bien las manos, los pies y el cuello. Enseguida estuvo convencido de que era imposible que escapara.

Luego esperó sentado en un sillón frente a Cloarec, sorbiendo lo que quedaba de coñac hasta que el francés volvió en sí.

Entonces se puso manos a la obra.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

CUANDO PIERRE VOLVIÓ EN SÍ, se encontró atado a una silla, con las manos atadas a los reposabrazos. Otra cuerda le rodeaba el vientre y el respaldo de la silla. Le dolía el cuello y le costaba respirar, tanto que sintió un azote de miedo por no estar inspirando suficiente oxígeno. Por un momento ese temor se desvaneció cuando vio a su amigo Richard Brown sentado frente a él. Y entonces recordó.

—¿Qué...? —empezó, pero la palabra le cortó la garganta dolorida; intentó levantar una mano para acariciarla lo que acabó demostrando lo bien atado que estaba.

Brown lo observaba, sin expresión alguna en el rostro. Pierre tragó saliva lo más despacio que pudo.

—¿Por qué? —preguntó esta vez. Su voz era áspera, ronca.

Brown frunció los labios, aparentemente pensativo. El periodista se fijó en un pequeño montón de material que había sobre la mesa, cinta adhesiva, un martillo y unas tenazas que hasta ese momento habían permanecido guardadas en la caja de herramientas de la cocina. Junto a ellos había una mandarina. La cogió y se la pasó de una mano a otra.

—Abre bien —dijo por fin.

Cuando Cloarec no respondió, Brown lo agarró del pelo y le tiró de la cabeza hacia atrás, lo que hizo que se le abriera la boca un poco. Fue todo lo que Brown necesitó para meter la mandarina entera en la boca de Cloarec, utilizando la palma de la mano para empujarla más allá de sus dientes. El agudo sabor de la piel de la fruta le llenó la boca. Cloarec perdió la oportunidad de defenderse, de morder los dedos de Brown, y volvió a perder la oportunidad de escupir la fruta porque Brown le enrolló cinta aislante alrededor de la boca y la nuca. Cloarec movió la cabeza, primero hacia un lado y luego hacia el otro, como si aquello fuera a detener la sensación de náuseas y el renovado asalto a su capacidad de respirar. De algún modo, la fruta se movió lo suficiente como para que pudiera respirar, pero la mandíbula le dolía intensamente en el punto en que había quedado abierta.

—A partir de ahora seré yo quien haga las preguntas —dijo Brown. Su acento americano había desaparecido; ahora sonaba inglés.

Pierre sintió que un hilo de saliva se deslizaba por su garganta y logró medio tragar para despejarlo. Cerró los ojos buscando un momento de alivio, con la esperanza de que al volver a abrirlos el panorama fuera diferente, la situación mejorara. Al no ser así, su mente empezó a trabajar con rapidez. Intentó encontrar una explicación a su situación. La única que encajaba era que todo aquello estuviera relacionado de alguna manera con los Mancini. Y, sin embargo,

¿cómo o por qué iban a reclutar a un antiguo diplomático estadounidense?

—Dejé atrás todo esto —continuó Brown. Su rostro era sombrío—. Me esforcé mucho y gasté mucho dinero para dejar todo esto atrás, y tú me has obligado a volver. Lo cual me cabrea bastante. Así que, si me despisto y te causo más dolor del que hace falta, recuerda que todo esto es tu culpa. No la mía. —Sacudió la cabeza.

Cloarec se esforzó por escuchar, por analizar las palabras en busca de un rastro de italiano, y se le ocurrió otra posibilidad; le invadió la sensación de alivio. Se trataba de una broma. Una broma mal calculada, sin duda, pero en cualquier momento Brown soltaría los nudos que le ataban las manos y se echarían a reír juntos. Luego echaría a ese lunático de la casa, y tal vez subiría al pequeño Peugeot y se largaría de allí para siempre.

Pero Brown no soltó los nudos. En lugar de eso, cogió los alicates, se colocó con cuidado a un lado de la silla y agarró el dedo índice de Cloarec. Durante un segundo Pierre le dejó, pensando todavía que se trataba de una broma y que no le haría daño de verdad, pero enseguida le invadió el pánico y forcejeó para apartar el dedo. Por unos momentos la situación fue bastante cómica. Brown intentaba agarrarle el dedo y Cloarec hacía todo lo posible por mantenerlo oculto. Al cabo de veinte segundos parecía que Brown lo tenía, pero Cloarec volvió a tirar de él. Esta vez Brown perdió la paciencia y volvió a la mesa, cogió el pequeño martillo y, sin dudarlo un instante, golpeó el dorso de la mano de Cloarec.

El dolor llegó un segundo después de que la pequeña cabeza metálica del martillo se clavara en la mano, rompiendo sin duda dos de los huesos que daban a los dedos. El grito de Cloarec fue amortiguado por la mandarina, que salió despedida hacia delante y a la que solo impidió escapar del todo la cinta que la sujetaba. La oleada inicial de agonía pasó, seguida de una segunda señal más focalizada que su cerebro fue capaz de localizar en su mano repentinamente destrozada. Cloarec ya no intentó ocultar sus dedos extendidos. Cinco segundos más tarde, Brown lo tenía, con la punta del dedo atrapada entre las mordazas de las tenazas. Brown se relajó, respiró hondo y mantuvo la presión suficiente en las asas para que Cloarec no pudiera retirar el dedo.

Brown se inclinó hacia delante y le sacó la mandarina de la boca. Le dirigió una mirada para advertirle de que volvería a metérsela si no se callaba.

—Venga, ahora vamos a hacer unas pequeñas correcciones en ese artículo que has escrito.

PARTE 4

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

EL SUBINSPECTOR LUKE GOLDING llamó dos veces a la puerta abierta del despacho y esperó a que su jefa le contestara para entrar, sin levantar la vista de los papeles que estaba estudiando en su escritorio.

—Buenos días, jefa —dijo mientras observaba la oficina de Sands.

La inspectora Sands, que seguía sin levantar la vista, respondió con un medio gruñido.

Golding esperó, hasta que al fin Sands se vio obligada a dejar de hacer lo que estaba haciendo.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieres? —Levantó la vista, impaciente.

—Me preguntaba si tenías alguna pregunta sobre los expedientes —respondió Golding. Señaló una pila de carpetas de color amarillo pálido que reposaban en un ordenado montón sobre su escritorio. Un montón que él mismo había dejado en persona allí días antes—. Los expedientes de los casos en los que está trabajando el departamento.

—Ah. —Sands también les echó un vistazo y luego les dio un empujoncito, como si al moverlos un poco fuera a resultar menos obvio que ni los había tocado—. No. Parecen... todos correctos.

—Sí, entiendo —asintió Golding, pero dudó si continuar—. Sé que no son los casos más importantes en los que hemos trabajado, pero quería asegurarme de que estabas contenta con cómo progresaban.

—Por supuesto. —De repente, Sands se puso seria. Pareció observar a su colega un rato antes de continuar—: Estoy muy contenta.

Golding seguía dudando.

—Había... una cosa más. —Se acercó al escritorio y a la pila de expedientes, pero esperó.

—¿Qué pasa? —Sands frunció el ceño. Golding estaba de pie junto a su mesa y fue consciente del momento en el que él se dio cuenta de que había estado leyendo un libro. Aunque no supiera leer vietnamita, no le quedaría duda de en qué caso estaba trabajando ella en realidad.

—Es que escribí una tarjeta de cumpleaños para mi sobrina. Me temo que igual se coló entre los expedientes sin darme cuenta. —Cogió el de arriba y lo hojeó. Un momento después, sacó una tarjeta de cumpleaños, con las palabras «Felicidades, tienes SEIS años» impresas en el anverso. La agitó contra su mano—. Será mejor que no mandemos esto a la fiscalía. Y que estos a su vez envíen una copia a los abogados defensores...

Sands miró la tarjeta con el ceño fruncido. Se reclinó en su asiento.

—Iba a preguntarte cuántos años cumplía. —Por un segundo Luke estuvo a punto de creerse

su farol, antes de mostrarle el seis en letras gigantes—. Era una broma, Luke. ¿No me dijiste que tenía que ser menos seria?

Esbozó media sonrisa, medio se encogió de hombros, y esperó. Sands volvió a reclinarse en su silla.

—Así que no la dejaste ahí por accidente —dijo al cabo de un rato.

—No fue un accidente, no.

Sands continuó—: Entonces pensabas que si te devolvía la tarjeta era porque la había visto, lo que a su vez significaría que había mirado los archivos. Pero como no te la devolví, ¿asumes que los ignore?

Los ojos de Golding se dirigieron a la pared de la oficina, donde había un mapamundi clavado en una pizarra, con docenas de pequeñas notas pegadas. Algunas en Brasil, pero la mayoría en el Extremo Oriente. Vietnam ocupaba un lugar destacado.

—Algo así —contestó por fin.

—Bueno, ¿quizás no has tenido en cuenta que puede que confíe en ti? ¿O que tal vez me los iba a llevar a casa esta noche para verlos?

—Sí, tal vez. —La miró—. ¿Eso pensabas hacer?

Esta vez, Sands apartó la mirada y respiró hondo.

—Joder. ¿Es necesario?

Luke volvió a sonreír.

—No lo creo. Creo que lo tenemos todo controlado. Yo solo... no sé. —Levantó las manos y dio otro medio encogimiento de hombros.

—Mierda, yo... —A Sands le llevó algún tiempo formar las palabras, y luego salieron estranguladas—. Te pido disculpas Luke, debería haberles prestado más atención.

—Está bien. De verdad. Lo comprendo. —Consideró sus palabras—. Más o menos lo entiendo. Y, a la vez, como que no.

Ella le lanzó una mirada. Se sentía incómodo presionándola. Pero ambos sabían que este nivel de obsesión no podía mantenerse. No si eso significaba que no desempeñaría sus funciones del día a día.

—Por cierto, ¿cómo va todo? —le preguntó Golding, lo cual casi la sorprendió. Señaló el libro que había estado leyendo—. ¿Qué tal va tu vietnamita?

—No muy bien. No es nada fácil. Pero quiero volver a hablar con los empleados de la clínica, y no me fío de los traductores.

Golding asintió.

—¿Esa es la clínica donde murió? —Nada más hablar se mordió el labio, deseando haberlo dicho de otro modo. Sands levantó la cabeza para mirarlo a los ojos—. Quiero decir, donde podría haber muerto. Donde crees que fingió su muerte...

Sands pareció a punto de reprenderle, pero la rapidez con la que se corrigió al parecer la hizo reflexionar.

—Así es —respondió con lentitud.

Golding asintió, pensativo. Pensó en decir algo más, pero decidió no hacerlo. Volvió a golpear la mano con la tarjeta de cumpleaños, como recordándoles a ambos la verdadera razón por la que había venido.

—Ah, otra cosa —le dijo—. ¿Te acuerdas de Susan Hunter?

El nombre le sonaba de algo a Sands, pero no conseguía ubicarlo.

—La mujer en coma, el caso del subinspector Karim. Iba a por un cargo de intento de

asesinato, alegando que su marido la empujó por las escaleras. Pero tú... digamos que le destrozaste en medio de la reunión porque no tenía lo básico claro. Dijiste que sería mejor esperar a que se despierte y preguntarle si su marido lo hizo.

—Sí. ¿Qué pasa con ella?

Golding esbozó una sonrisa.

—Se ha despertado.

—Ah.

Por primera vez en la conversación, Golding sintió que tenía su atención, o la mayor parte de ella.

—¿En qué estado se encuentra? —preguntó Sands.

—No lo sé. Al parecer no tan mal como Karim. Creo que esperaba que se fuera al otro lado para poder elevar el caso a asesinato.

Los detalles parecían volver a Sands, pero con más lentitud de la que Golding estaba acostumbrado.

—Era la... sonámbula, ¿correcto? ¿Con lesiones en la columna... y una lesión cerebral? Necesitará rehabilitación para aprender a caminar de nuevo, tal vez incluso para volver a hablar.

—Se quedó callada. Golding se preguntó si estaría pensando en su estancia en el hospital mientras se recuperaba de un disparo y una explosión. Algo en eso, un resquicio de cariño y preocupación por ella, le hizo continuar.

—¿Cuánto tiempo crees que vas a estar investigando esto? —le preguntó.

—¿Investigando el qué? —preguntó Sands a su vez. No parecía entender lo que su colega le quería decir.

—Todo esto. Sterling —explicó Golding. Hizo un gesto con la mano hacia la pizarra y los documentos en vietnamita de su mesa. Esbozó una media sonrisa para demostrar que hacía la pregunta con buenas intenciones.

—Hasta que lo encuentre —respondió Sands sin mirarlo a los ojos. Golding esperó un momento antes de continuar.

—¿Y si de verdad está muerto? ¿Y si no hay nada que encontrar? —Era una pregunta que quería hacer desde hacía un tiempo y ahora que la tenía delante, las palabras no dejaban de fluir—. Ha pasado, ¿cuánto? ¿Un año? Y no tienes ninguna prueba real de que no muriera, es solo una corazonada. —Golding se encogió de hombros—. Es que no termino de ver cómo acaba esto. ¿Y si de verdad murió de cáncer y te pasas la vida intentando demostrar lo contrario?

Sands negó con la cabeza, pero parecía menos segura que de costumbre, menos agresiva.

—Si murió, ¿por qué no nos dejó ver su cuerpo? Así estaríamos seguros.

—El tipo de la Interpol, Briggs, ¿no tenía una teoría sobre eso? No pensaba él que Sterling pidió que cremaran su cuerpo para que te pasaras la vida sin tener la certeza. ¿Como si fuera su último acto de desafío contra ti?

Esta vez Sands apartó la mirada y se hizo un silencio incómodo en el pequeño despacho.

—Y luego está lo de la pasta. Si no estaba muerto, ¿te habría regalado de verdad casi quinientos millones de libras? —Golding volvió a negar con la cabeza—. Esa es la parte que menos entiendo. Sé que era diferente, pero ¿cuánta gente daría tanto dinero?

—No prueba nada. Y mucho menos prueba que esté muerto —insistió Sands—. A Sterling no le importaba el dinero; le habría sido fácil regalarlo, sobre todo si anticipaba el efecto que tendría en mí.

Golding la miró, a punto de decir algo, pero se detuvo.

—¿Qué? —le increpó Sands con cierta brusquedad.

—Nada.

—Escúpelo.

—Es que... Ya me has dicho antes lo fácil que sería renunciar a 500 millones, así que... —
Hizo una pausa.

—¿Qué?

Golding se mordió el labio antes de continuar—: ¿Cómo es que no lo has hecho? Renunciar a ello, quiero decir. Has dicho que ibas a donar el dinero a organizaciones benéficas o lo que fuera, pero a día de hoy no lo has hecho. ¿Así que quizá no sea tan fácil? —Respiró hondo, preparándose para la embestida que sin duda se le venía encima. Pero Sands no le reprendió como él esperaba.

—Aún no he decidido qué hacer con él. Lo que sí sé es que no lo pienso tocar.

—No digo que lo vayas a usar. Pero habrás oído hablar a los colegas del departamento. Joder, están todos como locos siguiendo el precio del Bitcoin, tratando de averiguar cuándo su jefa se va a convertir oficialmente en multimillonaria. Si fuera tan fácil regalarlo, ya lo habrías hecho.

—¿Lo quieres tú? —Sands lo miró a los ojos—. ¿De eso se trata? Porque si es así, dilo y será tuyo. Te lo regalo ahora mismo, y tú decides qué hacer con él.

Golding tragó saliva y sacudió la cabeza.

—No quiero tu dinero.

—¿Ah no? ¿Y no pone eso tu teoría en duda? Si tú no lo quieres aceptar...

Se lo pensó.

—Pues creo que no. Si no me lo ibas a dar de todas maneras, no prueba nada.

Por un momento se observaron en silencio. Después, Sands hundió la cabeza entre las manos y, de repente, saltó de su asiento y se acercó a la pizarra. A la izquierda había una hoja de cálculo impresa.

—Mira. Esto es un registro del valor de los activos de Sterling en el momento de su fuga. Esto es lo que me dejó a mí, y esto es una estimación que he hecho de lo que le habría costado llegar a Vietnam, con cifras estimadas para el papeleo falso, etcétera. Esto es lo que pagó por la clínica. He calculado que habría tenido más millones de lo que me dejó a mí. Millones de libras, Luke, en paradero desconocido. Casi seguro que no me dio toda su fortuna, se quedó con parte. ¿No te dice eso que todavía está vivo?

Golding la estudió, sin ver muy claro lo que ella veía, pero la conocía lo suficiente como para confiar en sus palabras. Se salvó de tener que contestar por un golpe en la puerta.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

—¿INTERRUMPO? —El inspector jefe Yorke esperó en la puerta del despacho de Sands a la vez que esta dejó de hacer lo que estaba haciendo y se apartó de la pizarra.

—No, pasa.

Intentó cerrar la puerta tras de sí; ella tenía la costumbre de dejarla abierta con un tope y tuvo que forcejear un momento para que se moviera. Cuando por fin se cerró, el ambiente cambió de inmediato. Golding se sintió incómodo, inseguro de si su jefe se había dado cuenta de que estaba allí.

—Yo ya había terminado... —empezó Golding, pero Yorke hizo un gesto con la mano.

—No, de hecho esto también te concierne a ti, Luke, si no estás muy ocupado.

—No, claro que no. —Negó con la cabeza, y Yorke señaló la única silla frente al escritorio de Sands.

—Siéntate —le dijo a Golding mientras se encaramaba a la mesa. Sands se sentó también, en su silla detrás del escritorio.

—¿De qué se trata? —preguntó Sands.

Yorke tardó un poco en contestar, como si estuviera buscando la forma correcta de empezar.

—Se trata de cómo se están llevando las cosas en este momento en el departamento —dijo al cabo de un rato—. Y el hecho de que no pueden seguir así.

Sands murmuró algo en voz baja; a Golding le sonó que decía «otro igual». Luego sacudió la cabeza con una sonrisa firme antes de preguntar—: ¿Qué problema hay?

—El primer problema es que tengo al subinspector Golding prácticamente a cargo del departamento, mientras que tú...

—Confío en Luke, jefe. Está haciendo un trabajo excelente.

—No lo dudo, pero esa no es la cuestión.

—Y yo lo estoy supervisando. Estoy al corriente de todos los casos actuales. —Sands recogió el montón de carpetas que Golding había dejado sobre su mesa y que aún no había mirado. Las sostuvo en el aire un momento y luego las dejó caer con un fuerte golpe.

—De nuevo, no lo dudo, Erica. Pero no me refiero a eso. Te he pedido que te ocupes de esos casos y no lo estás haciendo. En lugar de eso, estás... —hizo un gesto con la mano hacia la pizarra, pero no parecía querer mirarla—, persiguiendo fantasmas.

Se hizo el silencio.

—No es ningún fantasma. Si pudiera estar segura de que está muerto, no lo estaría persiguiendo...

—Excepto que podría estar muerto.

Golding decidió intervenir.

—No tengo ningún problema con la carga de trabajo en este momento, jefe —comenzó—. No es que tengamos ningún caso importante.

—Sí, bueno, quizá eso esté a punto de cambiar —respondió Yorke, medio en voz baja.

—¿A qué te refieres? —preguntó ahora Sands.

—¿Te acuerdas del caso del subinspector Karim? Susan Hunter, la mujer a la que su marido pudo o no empujar por las escaleras, en plena noche tras una discusión.

—Sí. —Sands evitó la mirada de Golding.

—Salió del coma la semana pasada, y por lo que ha podido decir hasta ahora, ha confirmado lo que su marido lleva diciéndonos todo el tiempo. Que se tropezó mientras caminaba sonámbula.

Sands pareció pensárselo un segundo y luego se encogió de hombros.

—Entonces, ¿cómo es que eso equivale a un caso importante?

—Porque Karim siguió tu consejo, por eso. Comprobó con la compañía de *streaming* de televisión si de verdad habían estado viendo una serie que incluía una discusión esa noche. Y no lo habían hecho. Tomó lecturas de sonido de su apartamento, todo lo que sugeriste. Basó todo su caso en lo que tú le dijiste, y procedió a acusar al marido de intento de asesinato. Ahora que eso se ha venido abajo, nos enfrentamos a un caso civil. Detención ilegal sin causa probable. —Hubo otro silencio, durante el cual Golding creyó ver que Sands miraba con nostalgia los documentos de su mesa.

—No veo por qué es mi problema, jefe, si fui yo la que le presionó para que realizara una investigación más exhaustiva.

—Es tu problema si este departamento acaba con una denuncia —replicó Yorke.

Se puso en pie, se acercó a la pizarra y la estudió unos instantes. Luego se volvió hacia Sands, frotándose la barbilla.

—Mira Erica, esta no es una visita oficial. Pero tengo que decirte que la próxima lo será. Esto tiene que acabarse. —Señaló la pizarra—. Lo que hagas en tu tiempo libre es cosa tuya, pero cuando estás en el trabajo no puedes estar investigando el posible paradero del difunto Charles Sterling. Ya no. No a expensas de todo lo demás.

Golding se planteó interrumpir cuando el inspector jefe explicó cómo había estado dirigiendo el equipo a pesar de no estar plenamente cualificado para ello y, desde luego, de no estar bien pagado.

—Vale —dijo Sands de repente, lo cual sorprendió a Yorke y lo hizo callar.

—¿Vale qué?

—Lo deajo.

El inspector jefe no parecía entenderlo.

—¿Dejas el qué?

—El trabajo. Ya no lo necesito. Y es bien sabido que no necesito el dinero. El subinspector Golding acaba de informarme de que todo el departamento es consciente de ello.

—Erica, eso no es lo que quería decir —suspiró Yorke—. No he venido aquí para eso...

—No, no pasa nada. De hecho, es buen momento. Llevaba un tiempo pensando en presentar mi dimisión. Si quiero entender lo que pasó en esa clínica de Vietnam, necesito estar allí. Todavía tengo sospechas sobre ese médico alemán, Gутtenheim. Ha desaparecido desde la última vez que hablé con él, lo que sugiere que estuvo involucrado en fingir la muerte de Sterling...

—¡Erica!

—¿Qué?

—¡No puedo dejar que te vayas! —Yorke sonaba incrédulo—. ¿Qué otra cosa vas a hacer? Esta es tu vida.

Sands guardó silencio un momento mientras echaba un vistazo al pequeño despacho. No era la primera vez que Golding se preguntaba qué clase de vida era aquella.

—Vale, ¿qué tal una excedencia? ¿Me tomo seis meses? Sin sueldo.

Yorke apartó la mirada. Para sorpresa de Golding, parecía estar pensándoselo.

—¿Y si no puedes probar que está vivo en seis meses?

—Un año entonces. El tiempo que haga falta.

Yorke fijó su mirada en la de Sands.

—¿Quién va a dirigir el departamento mientras no estás?

—No lo sé. Ese es tu problema. Luke está haciendo un buen trabajo. Lo que quiero decir es que entiendo que esto no es sostenible. Me doy cuenta de que he forzado mi suerte. —Se puso de pie—. No soy tonta, sé que no puedes permitir que esto continúe, pero míralo desde mi perspectiva. Necesito estar segura de esto. Y no lo voy a conseguir aquí si me distraigo cada dos por tres tratando de averiguar si Paul Hunter empujó o no a su mujer por las escaleras. —Se detuvo, respirando ahora con dificultad.

—¿Hablas en serio? —le preguntó Yorke.

—Sí.

Se hizo un silencio incómodo que Yorke rompió.

—Te preguntaría de qué vas a vivir, pero supongo que eso ahora no es un problema.

Sands negó con la cabeza.

—Tenía ahorros incluso antes de que Sterling me dejara el dinero —respondió—. Pero supongo que puedo echar mano de la herencia. Si utilizo su dinero para encontrarlo, hay una justicia poética en ello. Incluso si eso es lo que siempre quiso.

Golding miró de uno a otro.

—¿Qué vas a hacer entonces? —le preguntó a su jefa.

—No lo sé. Si consigo localizar a Guttenheim, tal vez pueda sonsacarle algo. —Golding pensó que seguiría, que les diría que tenía una pista mejor que esa. Pero su voz se apagó. Yorke suspiró, con los hombros caídos.

—No me queda otro remedio que hacerlo oficial —dijo—. Si quieres coger una excedencia, eso será lo que le diremos al resto del departamento. Perderás tu cargo y dudo que puedas volver a este puesto.

—Vale. De acuerdo. En realidad, será un alivio. Para Luke también, estoy segura. —Como para demostrarlo, empezó a amontonar los documentos que tenía delante, como si fuera a meterlos en su bolso y marcharse.

—¿Hablas en serio? —preguntó Yorke—. Esto no es lo que quería cuando vine aquí. No quería perder a la mejor inspectora que tiene este departamento.

Sands miró a Golding antes de responder.

—Menos mal que todavía te queda el segundo mejor.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

UN MES MÁS TARDE, los cambios en el *Murder Investigation Department* se habían implementado. Un nuevo inspector londinense había aceptado dirigir el departamento y, aunque su estilo era bastante diferente al de Sands, el hecho de que estuviera comprometido con el puesto suponía una clara mejora. Al menos para Golding, que ahora solo tenía que hacer el trabajo por el que le pagaban. Así que cuando sonó su teléfono, a media tarde de un tranquilo miércoles, contestó con voz optimista.

—Subinspector Golding, ¿en qué puedo ayudarle?

La mujer al otro lado de la línea sonaba dubitativa, con un fuerte acento en la voz. ¿Tal vez francés?

—Estaba... Estoy intentando contactar con la Inspectora Sands, Erica Sands.

No era la primera llamada que recibía Sands desde que se había marchado, y Golding frunció los labios.

—Ella... está de excedencia. ¿Pero tal vez pueda ayudarle yo? ¿De qué se trata?

—Me dijeron que dirigía la investigación sobre Charles Sterling, el asesino en serie que escapó de...

Golding se irguió en su escritorio.

—Sí... sé quién es. ¿Quién habla, por favor?

—Me llamo Clémence Girard, soy periodista de *Le Monde*, aquí en París. Es solo una... —dudó, como si buscara la frase adecuada— llamada de cortesía.

—¿Sobre qué?

Continuó, pero ahora sonaba como si estuviera leyendo un guion.

—Estamos investigando una gran filtración de datos de una empresa financiera con sede en las Islas Caimán. Se trata de la información financiera de miles de personas. Parte de mi trabajo consiste en notificar a las fuerzas del orden en los casos en los que esas personas sean, o hayan sido, de interés para la policía.

Golding había hecho todo lo posible por seguirle el hilo, pero parpadeó confundido.

—Lo siento, no lo entiendo.

Hubo un leve suspiro, como si la mujer hubiera explicado esto muchas veces sin encontrar del todo la forma correcta de hacerlo.

—El nombre de Charles Sterling aparece en los archivos. Parece que utilizó la empresa que estamos investigando para mover y ocultar dinero. Tenemos el «deber de diligencia» de hacérselo saber, dada su investigación sobre él. Es nuestra intención nombrarlo en los artículos

cuando se publiquen.

Golding casi se echó a reír ante lo absurdo de la llamada.

—Sterling está muerto, no hay investigación ninguna.

—Sí, soy consciente de ello. Hablé con un hombre de la Interpol. —Hubo un retraso, al parecer mientras comprobaba algo—. Un agente llamado Jonathan Briggs. Llevaba el caso de Sterling. Fue el agente Briggs quien me dio el nombre de la inspectora Sands. Me dijo que debería hablar con ella. Pero como he dicho, esto es solo una llamada de cortesía. Si no hay ninguna investigación sobre Charles Sterling, entonces no hay nada que hacer. Yo solo quería... creo que se dice poner los puntos sobre las íes...

—¿Dónde está? —interrumpió Golding.

—Estoy en París. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Puedo ir a verla en persona?

Una pausa.

—Lo siento, no entiendo. ¿Por qué querría visitarme?

Golding reflexionó antes de contestar. La verdadera razón era que, si se lo comunicaba a Sands, esta acabaría en París en menos de una hora, interrogando de manera muy poco sutil a una periodista de un importante periódico. El papel que acababa de desempeñar en la resolución de las consecuencias de la detención injusta de Paul Hunter le había hecho comprender de nuevo la necesidad de la sutileza en las relaciones con los medios de comunicación, y no quería tener que apaciguar otra tormenta de mierda. Y si no se lo contaba a Sands... bueno, no se quería ni imaginar lo que podría pasar entonces.

—Hay ciertos cabos sueltos en relación con Charles Sterling —dijo por fin—. Esta podría ser la oportunidad que hemos estado esperando.

—¿Cabos sueltos? —Parecía insegura.

—Nada de lo que preocuparse. Pero si pudiéramos vernos, ¿podría enseñarme lo que tiene? Entonces sabré si nos podría ayudar.

Clémence no respondió.

—¿Cómo dijo que se llamaba? —preguntó Golding—. ¿Puedo llamarla luego?

Golding obtuvo sus datos y subió corriendo las escaleras hasta el despacho de Yorke.

—Sands estaba siguiendo la pista del dinero —concluyó después de explicar la llamada que acababa de recibir—. Ella cree que es la mejor manera de probar si está vivo o muerto. Si esto prueba que está muerto, ¿tal vez podamos convencerla? Tal vez podamos sacarla de esta ruta de autodestrucción.

Yorke se quedó un rato pensativo.

—¿Estás sugiriendo decírselo? —preguntó al final—. ¿Quieres ir a París con ella para hablar con esa periodista?

—Ni hablar, no. Me refiero a ir para averiguar si hay algo que le venga bien saber. Para que no termine yendo ella misma. Tal vez se lo digamos más tarde, si eso la ayuda a dejar todo esto atrás.

Yorke se acarició la barbilla unos instantes. Sus ojos se desviaron hacia una pizarra en la que aparecía un ordenado gráfico que resumía la carga de trabajo del departamento. Sin necesidad de leerlo, supo que Golding no estaba demasiado ocupado en aquel momento. Respiró hondo.

—Bien. Ve a París. Habla con ellos y averigua de qué va todo esto. Pero no le digas nada a

Sands.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

EL EUROSTAR TRANSPORTÓ a Golding a través de las amplias llanuras del norte de Francia hasta que paró en la estación *Gare du Nord*. Desembarcó y, siguiendo las indicaciones de su teléfono, bajó las escaleras hasta el metro. Tuvo que hacer transbordo en Montparnasse-Bienvenüe, y al llegar a su destino observó las oficinas de cristal y acero de *Le Monde* con la sensación de haber conseguido un papel en una película de espías. En el interior del edificio la sensación fue en aumento, ya que una recepcionista de sexo poco claro telefoneó a Clémence mientras miraba a Golding con frío desinterés. Cuando apareció la periodista, Golding se sintió como si de repente le hubieran ascendido al papel principal de la película. Clémence Girard era guapísima, con una melena rubia ondulada y unos profundos ojos azules.

—He reservado una de nuestras salas de reuniones —dijo, y se revolvió el pelo mientras decía algo en francés rápido a la recepcionista, que tecleó los datos de Golding e imprimió una tarjeta de plástico con su nombre.

—*Voilà* —le dijo la recepcionista al entregarle el pase.

—*Merci*. —El intento de francés de Golding no evocó una sonrisa.

—¿Qué tal el viaje? —le preguntó Clémence mientras la seguía por unas escaleras de mármol.

—No ha estado mal —respondió Golding. Todavía estaba un poco desconcertado. El viaje le había dado tiempo para planificar la reunión. Quería saber todo lo posible sobre los documentos que el periódico tenía sobre Charles Sterling. Pero en cuanto vio a Clémence se notó distraído al instante. Bueno, atraído sería una mejor descripción, admitió en privado. No pudo evitar que sus ojos siguieran las curvas de su cuerpo mientras ella subía los escalones delante de él, ceñida por un vestido de lana azul oscuro, con las piernas enfundadas en medias transparentes.

—¿Has estado antes en París? —Giró la cabeza para mirarlo y al instante Luke levantó los ojos hacia su rostro. Abrió la puerta de una pequeña sala de reuniones con paredes de cristal y acercó una silla a la mesa, pero esperó a que él se sentara antes de hacer lo mismo.

Se preparó para sonreír, pero la joven francesa ya estaba concentrada en sus papeles, que llevaba bajo el brazo. Golding no pudo evitar dedicar un momento a estudiarla. Tenía más o menos su edad, quizá un par de años menos. Inhaló de manera ligera pero profunda, tratando de aspirar el perfume que ella llevaba.

Cuando ella levantó la vista, tenía el ceño fruncido y se le marcaban los hoyuelos en las mejillas.

—Bueno, hay muy pocas menciones de Charles Sterling en los documentos —explicó al

tiempo que lo miraba de un modo que parecía indicar que no había razón para que hubiera viajado hasta allí. Pero entonces empezó a explicarse—. Parece que en su caso la situación es complicada. Utilizaba un nombre falso y también pidió documentos de identidad falsos con ese nombre. —Sacudió la cabeza, frunciendo de nuevo el ceño ante los papeles, como si fuera incapaz de darles sentido. Por un segundo la mente de Golding se negó a concentrarse, pero se obligó a escuchar—. Mi colega ha dirigido el trabajo en esta sección de los documentos —continuó Clémence—. No estoy tan familiarizada con el caso como él... Me ha dicho que el nombre real de Sterling se utilizó en un correo electrónico de un banquero en Suiza, en el que explicaba que sus... antecedentes eran la razón por la que necesitaba un servicio poco ortodoxo.

—¿El banco sabía que era un asesino convicto y no les preocupaba?

—Muchos de los clientes de estas empresas se dedican a actividades delictivas, como el contrabando de drogas y la delincuencia organizada. Si las sumas de dinero en juego son lo bastante elevadas, un poco de violencia no les echa para atrás. —Por primera vez esbozó una sonrisa, aunque fría.

Golding se reclinó en su asiento y exclamó—: Vaya.

—Así es —respondió Clémence. Esta vez fue ella la que lo miró a los ojos. Durante unos instantes, ninguno de los dos apartó la mirada.

—¿Puedes decirme qué nombre utilizó? —preguntó Golding ya con la mirada bajada—. ¿Qué identidad falsa usó?

Esperó mientras ella ojeaba sus papeles, e intentó no estudiarla.

—Veo que al principio se referían a él como David Smith. Más tarde es Jeremy Collins, pero puede haber usado otros nombres. Como digo, no estoy familiarizada con los detalles, fue mi colega quien siguió el rastro.

Golding giró la cabeza para intentar ver lo que estaba leyendo, pero ella había puesto el brazo sobre el documento, ocultándoselo.

—Entiendo —dijo Golding. Se inclinó más hacia ella en un intento de ver los documentos—. ¿Y cuánto dinero movió? ¿Lo sabes?

Negó con la cabeza y su cabello dorado captó la luz de la ventana, desde la que Golding se percató de que había una hermosa vista de tejados de pizarra gris de la ciudad.

—No del todo, *non*. —El uso del francés sobresaltó a Golding e hizo recordarle dónde se encontraba—. Nos basta con demostrar que Sterling utilizó la empresa. Él es... —Clémence buscó la palabra adecuada al tiempo que se giraba hacia delante, lo que dejó a Golding mirando el blanco brillante de los lados de sus ojos. Ella le devolvió la mirada—... un toque de color para nuestros artículos.

Golding entrecerró los ojos, por primera vez sin comprender.

—Tenemos miles de documentos y ninguna clave para entenderlos. Trabajar con ellos, rastrear una transacción, lleva muchos días, quizá semanas de trabajo, e incluso entonces puede que nos falte el detalle crucial. Lo que más nos preocupa son los políticos o personajes famosos que han utilizado esta empresa para infringir nuestras leyes fiscales. Gente hipócrita, que dice una cosa en público y hace otra en secreto. ¿Lo entiendes?

—Sí, eso creo. Sterling no es una prioridad.

—Correcto. —Volvió a sonreírle, esta vez una sonrisa cálida. Golding no pudo evitar devolverle el gesto. Por segunda vez, la periodista le sostuvo la mirada, como si ella también estuviera un poco inquieta por el encuentro. Luego volvió a apartar la mirada.

—¿Puedo obtener una copia de esos papeles? —preguntó Golding.

—*Non* —respondió Clémence de inmediato, sacudiendo la cabeza—. Eso no va a ser posible. Puedo compartir contigo este resumen, pero no puedo revelar la fuente de la información ni compartir ningún documento. Espero que comprendas las razones éticas de esta decisión. —Puso los brazos sobre los papeles y lo miró mientras parpadeaba con sus preciosos ojos azules.

—Pues, ahora que lo dices, no estoy seguro de entenderlo...

—¿No te lo esperabas? —continuó Clémence. Ella parecía confundida de verdad, y él tuvo que sonreír de nuevo—. En el Reino Unido existen normas similares en materia de libertad de prensa, ¿no?

Luke no tenía ni idea, y debería haberlo comprobado antes de llegar aquí.

—Supongo que sí.

—Y el señor Sterling ha fallecido, ¿no? ¿Así que no hay ninguna investigación sobre él?

Esa parte era correcta.

—Sí.

—Entonces lo entenderás —dijo con firmeza. Pero continuó—: En realidad, no estoy segura de por qué estás aquí, agente Golding.

—Yo tampoco estoy muy seguro —respondió, y por un momento disfrutó de la forma en que la cara de la mujer volvía a arrugarse por la confusión—. Mi jefa es... —se detuvo—. Mi antigua jefa, Erica Sands, la mujer con la que intentabas ponerte en contacto está un poco obsesionada con este caso. Quería venir aquí para que no lo hiciera ella.

—¿No hiciera el qué?

—Venir aquí. —Golding volvió a hacer una pausa. Era consciente de que le estaba contando a aquella joven más de lo que debía, dada su condición de periodista. Pero le debía una explicación, por dejarle ir a verla. Y mucho más que eso, estaba disfrutando mucho con el mero hecho de hablar con ella. Miró las manos de la periodista para ver si llevaba anillo y ella lo sorprendió mirando. Juntó sus manos, esbeltas y sin joyas, una sobre otra. ¿Ocultándolas o tal vez llamando su atención?

—¿Por qué está obsesionada?

Golding se rio y apartó la mirada.

—Es una historia muy larga.

—¿Es interesante? —preguntó con insistencia y, tras una pausa, continuó con voz normal—. ¿Una historia que tal vez podríamos incorporar al artículo que estamos escribiendo?

—No. No lo creo. —Golding negó con la cabeza—. No, eso no sería nada útil. —Sonrió, diciéndose de nuevo que debía concentrarse. Pero seguía sin funcionar—. ¿Qué piensas decir acerca de Sterling en tu artículo?

Clémence pareció tensarse un poco ante la pregunta, pero pronto volvió a relajarse.

—Según tengo entendido, muy poco. Lo vamos a mencionar como a una persona que ha utilizado los servicios de esta empresa para blanquear dinero. El artículo se centra sobre todo en otros clientes. Un político y un presentador de televisión muy famoso en Francia. No puedo darte sus nombres, lo siento mucho.

«No pasa nada» pensó Golding. Esperaba que Sands nunca viera el artículo. Se preguntó si eso sería lo mejor.

—¿Cuándo publicáis?

—El primer reportaje sale el próximo domingo. Mi jefe... —pareció molestarse al pronunciar la palabra— está escribiendo el primero de ellos en estos momentos.

—Okey. —A Golding se le ocurrió otra cosa—: ¿Significa eso que estás llamando a las

fuerzas policiales de todo el mundo para informarles de los delincuentes que utilizan esta empresa?

Ella negó con la cabeza.

—No. Solo a las personas que aparecerán en el artículo. Hay millones de documentos sobre decenas de miles de clientes. No nos sería posible alertar a las autoridades sobre cada uno de ellos.

Golding asintió, ahora todo tenía sentido.

—¿Hay alguna posibilidad de que pueda ver el artículo antes de que salga?

Ella vaciló y él sintió que estaba a punto de decir que no, pero algo la detuvo. Volvió a sonreír, pensando que tal vez sabía por qué.

—Quizá pueda arreglarlo. Tendría que consultarlo con mi jefa.

—¿Te importaría? Podría ayudarme con mi jefa. —Volvió a sonreír, y la idea pareció flotar en el aire entre ellos. Tenían una conexión, un punto en común.

Golding golpeó el escritorio con los dedos mientras se preguntaba si podía hacer algo más, después de haber recorrido todo este camino.

—Has dicho que no has intentado rastrear el dinero de Sterling. ¿Hay alguna posibilidad de que puedas hacerlo? Ahora, me refiero. —Mientras hablaba no estaba seguro de si su intención era averiguar más cosas sobre Sterling o sobre la periodista que tenía delante. Y cuando ella contestó, tuvo la clara sensación de que ella también estaba en conflicto.

—*Non*. —Volvió a sacudir la cabeza—. Imposible. Tengo demasiado trabajo esta tarde. Pero... —Levantó la vista hacia él, vaciló y luego pareció tomar una decisión—, ¿quizás puedas reunirte conmigo cuando termine de trabajar? Entonces podría echar un vistazo a los archivos. No puedo prometerte nada, pero tal vez encontremos algo que sí pueda contarte.

Golding asintió feliz. Eso esperaba.

Golding disponía de tres horas para matar el tiempo. Al principio caminó al azar, pero tras ver la inconfundible silueta de la Torre Eiffel enmarcada entre dos edificios, como recortada de un póster y dejada caer ante él, empezó a caminar hacia ella hasta que se plantó bajo la gigantesca estructura de acero. Los turistas hacían cola para entrar, pero él no se molestó en unirse a ellos. Siguió caminando por los jardines del *Champ de Mars*, donde las parejas descansaban en la hierba. Tres chicas alemanas le pidieron que les hiciera una foto. Eran jóvenes, quizás estudiantes, y se rieron mientras la chica que le entregó su teléfono se sonrojaba. Hizo todo lo posible por encuadrarlas con la emblemática torre de fondo. Cuando le devolvió el teléfono, las chicas lo miraron con aprobación. Eran guapas, pero ni de lejos tan atractivas como la periodista con la que tenía que reunirse en -consultó su reloj- cuarenta y cinco minutos.

De pronto se dio cuenta de que no había pensado en otra cosa en todo el tiempo que llevaba caminando.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

LA VIO al salir de las oficinas de *Le Monde*. Tanto ese edificio como los de alrededor, daban salida a un flujo constante de trabajadores. Después de su caminata y del viaje anterior desde Inglaterra, Golding sintió que le dolían los músculos de las piernas, pero ella le guio a paso ligero por las calles que ya oscurecían. Iban lo bastante rápido como para que a Golding se le pasara por la cabeza que ella deseaba que nadie los viera juntos.

En un momento dado, le preguntó—: ¿Tienes hambre?

—Ahora que lo mencionas, sí —confirmó Golding.

Ya habían pasado por muchas cafeterías y restaurantes, y Clémence le hizo pasar por varios establecimientos más antes de que empujara la puerta de un bar de vinos llamado *Les Papilles*.

—Aquí estaremos tranquilos, podemos hablar sin que nadie nos oiga.

Apareció un camarero y Clémence le habló en un francés impenetrable y lleno de vocales. El hombre asintió, los condujo a una mesa en un rincón y desapareció un momento antes de regresar con una botella grande de agua con gas. La abrió y le sirvió un vaso a cada uno. Si Clémence había preguntado al camarero por la comida, este parecía haberlo olvidado.

El bar estaba casi vacío, pero Clémence miró con atención a su alrededor antes de sacar su portátil de su bolsa y colocarlo en la mesa frente a ella.

—Debemos tener cuidado. Algunas de las personas implicadas en esta filtración de datos son peligrosas.

—Sterling entre ellos —añadió Golding.

—No lo creo... —sacudió sus cabellos dorados—, bueno, ya no. —Él frunció el ceño y ella lo miró con curiosidad. Su cabeza se inclinó un poco hacia un lado.

—Sí, bueno. —Golding frunció el ceño ante su falta de profesionalidad. Claro que Sterling estaba muerto. Dio un sorbo a su agua mientras pensaba en ello. Durante casi un año, Sands había intentado convencerle de que no era así. Y aunque todos los demás parecían bastante convencidos de que estaba equivocada, su insistencia, y la alta estima que él le tenía, le hacían difícil estar seguro por completo.

Esperó mientras ella tecleaba en su ordenador. Al cabo de un rato se dio cuenta de que estaba buscando en algún tipo de base de datos, pero no parecía ir bien.

—*Non* —dijo al cabo de un rato.

—¿*Non* qué? —preguntó, antes de recordarse a sí mismo que no intentara imitar el acento francés—. ¿Qué quieres decir?

—No, tendré que hablar con mi jefe. Los archivos... —volvió a arrugar la nariz al continuar

—, la cantidad de datos es considerable, enorme más bien. Pensé que sería posible ver por qué mi jefe había incluido el nombre de Sterling, pero... es extraño... —Su voz se apagó—. Lo siento, parece que te he hecho perder el tiempo.

—Para nada —se oyó responder Golding de inmediato, aunque se sentía frustrado y un poco intrigado—. Entonces, ¿no tienes nada sobre Charles Sterling?

—Tengo millones de archivos sobre decenas de miles de clientes, pero no es tan fácil acceder a los documentos que tratan de Sterling. Lo siento. —Se encogió de hombros y miró hacia la puerta, como si estuviera pensando en marcharse. Él no quería que eso sucediera.

—¿Podrías llamar a tu jefe? ¿Para averiguarlo? ¿Serías capaz de hacerlo?

Ella volvió a sacudir el pelo y él sintió otra bocanada del perfume de su champú.

—¿Es... difícil? ¿Tu jefe? —Ofreció una sonrisa comprensiva.

—No es eso. No está aquí en París. Y donde está no hay cobertura de móvil. Podría enviarle un correo electrónico —pensaba en voz alta—, pero es poco probable que responda. —De repente, lo miró a los ojos—. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte en París?

La respuesta sincera era que Golding no lo sabía. Su expectativa había sido viajar y regresar en el mismo día. Pero había comprado un billete abierto, que le permitía viajar en cualquier tren. Y mientras la esperaba, había averiguado que había varios hoteles en los que podía alojarse en cualquier momento, en caso de que su reunión se retrasara más que los trenes.

—Depende —dijo—. Si necesito quedarme un día más o menos para obtener la información que necesito, no pasa nada.

—En ese caso, se lo preguntaré ahora. —Clémence miró hacia la pantalla y él vio cómo sus elegantes dedos tecleaban un mensaje. Cuando pulsó «Enviar», cerró la tapa. La acción pareció señalar el final de la parte profesional de la reunión. El ambiente amenazó durante un instante con volverse incómodo.

—Debe de ser emocionante trabajar en historias como esta —preguntó Golding. Clémence tardó en contestar; se llevó una mano al cuello y a la ligera cadena de oro que colgaba de él. Sintió que estaba decidiendo si quedarse y hablar o excusarse y marcharse.

—Igual suena más emocionante de lo que es en realidad —contestó por fin.

—¿Por qué lo dices?

—La mayoría de las veces lo que hacemos es seguir rastros de papel —respondió—. Pero es... estimulante. —Pareció tomar una decisión y se relajó un poco—. Me gusta que lo que hacemos pueda ser importante. Puede hacer del mundo un lugar mejor. ¿A ti te pasa algo parecido al trabajar para la policía?

Golding se encogió de hombros.

—No lo sé. También nos dedicamos a seguir rastros en papel. Miramos horas de grabaciones de CCTV. Pero tiene sus momentos. —Sonrió por lo que acababa de decir—. Como este.

La periodista frunció el ceño y la nariz. No había entendido su referencia.

—Me refiero a venir a París. Conocer a periodistas exóticas que publican historias que mejoran el mundo.

El cumplido fue bien juzgado, el elogio de su trabajo le permitió ignorar la sutil referencia a su belleza.

—Yo no voy a publicar la historia. Mi jefe se llevará todo el mérito. Se está asegurando de ello.

—Espero que consigas algo de reconocimiento —respondió Golding. La conversación se interrumpió de nuevo, pero esta vez fue menos incómoda.

—¿Tienes hambre? —preguntó por segunda vez—. La comida aquí es bastante buena.

Golding miró el reloj antes de responder. Frunció el ceño durante unos segundos, fingiendo considerar sus opciones.

—No tengo nada más que hacer —respondió.

Ella se rio por primera vez mientras estudiaban los menús y se hizo evidente lo poco que él entendía el francés. Golding le dio la vuelta a la carta, vio una traducción al inglés en la otra cara y conservó algo de orgullo al señalar lo pobre que era la gramática. Al final, Clémence pidió para los dos. Mientras esperaban, hablaron de su papel en el periódico y de cómo había conseguido el trabajo, al principio como becaria no remunerada. Ella le preguntó por su familia y él le habló de su hermana, que trabajaba como artista en la isla de Wight, un lugar del que ella nunca había oído hablar.

—Así que nunca has estado en Inglaterra —preguntó al cabo de un rato.

—Nunca —respondió ella, como retándole—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque solo está a veinte millas sobre el Canal de Inglaterra.

—La Mancha —le reprendió Clémence—. Solo los ingleses lo llaman el Canal de Inglaterra. Para el resto del mundo es el Canal de La Mancha. Y otra cosa, ¿me has dicho que nunca habías estado en París? ¿Cómo es posible que nunca hayas visitado la ciudad más hermosa del mundo?

—Nunca he tenido ninguna razón para venir. —Ahora estaban flirteando. O más bien él estaba coqueteando, pero no había duda de que ella estaba empezando a responder—. Tu inglés es muy bueno. ¿Dónde lo aprendiste?

—En el colegio. —Se encogió de hombros como para quitarle importancia—. Viendo la tele. También estudié un año en Berlín. —Se quedó callada un momento y él sintió una punzada de celos irracionales por cualquier chico que hubiera conocido allí—. Y tu francés es terrible —le interrumpió ella—. ¿Cómo es posible que tantos ingleses no sepan hablar otro idioma? —Ella lo observó mientras llenaba sus copas de vino; la botella estaba casi vacía.

Golding se disculpó en nombre de su nación, y ella le dirigió una mirada de reproche, pero luego adoptó un tono más serio.

—Dime, señor policía, cuando antes hablaste de tu jefa dijiste que te preocupaba que pudiera venir aquí. ¿Por qué? —No era un tema que a Golding le apeteciera retomar. Pero estaba dispuesto a abordar cualquier tema que le interesara. Pensó en cómo responder.

—Erica Sands es una persona interesante. Es un poco obsesiva. Algo brillante también, pero no es sutil.

—¿Brillante?

—Sí, yo diría que sí.

—No es un término que mucha gente utilice para describir a sus jefes.

—¿No lo usarías para describir a tu jefe?

Se lo pensó, apartándose el pelo para que él pudiera admirar su perfil por un momento.

—En realidad sí, en cierto modo. Es un gran periodista. Un muy buen escritor, pero quizás no una gran persona.

—¿Por qué no?

—Está chapado a la antigua. Viene de una generación en la que espera ciertas cosas. Por ejemplo, que una compañera más joven quiera acostarse con él.

—Entiendo que eso podría ser incómodo.

—Creo que los hombres ingleses son diferentes, ¿no? ¿No esperan que todas las jóvenes quieran ser sus amantes?

—No puedo hablar por todos los ingleses —respondió Golding—, pero yo no lo hago.

Le sostuvo la mirada un momento, antes de apartar la vista.

El restaurante se había llenado mientras comían el plato principal, pero ahora volvía a vaciarse. Terminaron los postres y el camarero les trajo la cuenta.

—Se ha hecho tarde —anunció Clémence, mirando a su alrededor como si se hubiera dado cuenta de repente. Pareció darse cuenta de algo más—. ¿Dónde te vas a alojar?

—Reservé una habitación en un hotel antes —mintió Golding.

—Entonces volverás a Inglaterra mañana. ¿Por encima -o por debajo- del canal de La Mancha y nunca te volveré a ver?

Él no contestó, pero dejó su tarjeta de crédito. Ella la miró y, al cabo de un momento, añadió la suya. Habló con el camarero, que repartió la cuenta entre las dos tarjetas. Golding no se quejó.

Cuando salieron del restaurante, la noche era fría. Cuando él la ayudó a ponerse el abrigo, ella pareció esforzarse un poco más de lo necesario, de modo que sus cuerpos se rozaron. Golding sintió impulsos calientes de electricidad fluyendo por su cuerpo. Contuvo la respiración cuando ella le cogió de la mano y lo condujo a través de la calle hasta una fila de taxis. Se inclinó hacia la ventanilla, dio instrucciones al conductor y abrió la puerta trasera. Subió y, mirándole, tiró de él hacia el asiento contiguo. Ninguno de los dos habló y ella no le soltó la mano. Golding vio que el conductor los miraba varias veces por el retrovisor mientras conducía por las calles, ahora tranquilas.

Llegaron a lo que él supuso que era su edificio de apartamentos, y esta vez fue Clémence la que pagó. Sin dejar de agarrarle la mano, lo condujo a través de la puerta principal hasta el vestíbulo de mármol. A un lado había un banco de buzones y al otro un espejo gigante. Con cierta incredulidad, observó sus reflejos mientras Clémence le conducía al interior del edificio, a un pequeño ascensor. Tuvieron que esperar a que descendiera, seguían cogidos de la mano. Pero en cuanto la puerta del ascensor se cerró tras ellos, ella tiró de él y le rodeó la cabeza con las manos, atrayéndole hacia sí y besándole con fuerza en la boca. Treinta segundos después, el ascensor se detuvo y ella también. Lo condujo por un pasillo oscuro que los llevó a una puerta barnizada en tono oscuro. La abrió con la llave y la empujó. Fue a meterle dentro, pero esta vez él la detuvo. No quería parar, pero necesitaba dejar claro un punto.

—Esto no puede ir a ninguna parte —dijo Golding—. No contigo aquí, y yo en Inglaterra.

Hizo una pausa y sus dedos jugaron con la mano de él. Clémence pareció pensarlo unos instantes y luego lo miró a la cara.

—Entonces aprovechemos el momento. —Se dejó caer hacia atrás hasta apoyarse en la pared del interior de su apartamento, sin soltarle la mano. Tiró de él hacia ella y cerró la puerta tras de sí. El cliché lo golpeó mientras la besaba en el pasillo de su apartamento, sin saber ni importarle si ella tenía compañeros de piso. Cuando ella le desabrochó el cinturón de los pantalones, él supuso que no había nadie más allí y empezó a abrirle la blusa. Por fin pasaron juntos por la puerta más cercana, que resultó ser el dormitorio de ella. Se permitió un pensamiento más antes de ceder al deseo que sentía: a veces, la vida te sorprende.

No sabía hasta qué punto iba a ser cierto.

CAPÍTULO CUARENTA

ELLA LE DESPERTÓ con un gemido. Cuando Golding recordó dónde estaba y cómo había llegado hasta allí, trató de leer su expresión; lo observaba con unos profundos ojos azules que eran cautivadores, pero a la vez sospechosos.

—Tengo que trabajar —dijo—. Voy a darme una ducha. —Cogió una toalla que había en la silla junto a la cama y se cubrió con ella mientras se levantaba y entraba en el cuarto de baño. Golding pensó en acompañarla, pero decidió ir en busca de café en su lugar. Se levantó de la cama, buscó sus pantalones y su camisa y caminó descalzo hasta la cocina. La nevera estaba casi vacía, pero encontró una cafetera en el hornillo y la llenó; luego se quedó junto a la ventana, contemplando una vista que ella debía disfrutar cada mañana, las tranquilas calles de París despertándose poco a poco. Cuando el café estuvo hecho, llevó dos tazas al dormitorio. La encontró con la toalla alrededor, secándose el pelo.

—*Merci* —le sonrió ahora; la suspicacia de sus ojos parecía haber desaparecido.

—*De rien* —respondió.

—Me preguntaba si ibas a aprovechar la oportunidad para escabullirte.

Golding frunció el ceño, sin comprender.

—¿Por qué iba a hacer eso?

Se encogió de hombros y dio un elegante sorbo a su café. Cuando su teléfono sonó en la mesilla de noche, lo ignoró y colocó la taza de café junto a él. El teléfono de Golding seguía en el bolsillo de su pantalón. La batería debía de estar casi agotada, lo cual iba a ser un poco molesto, ya que su billete de Eurostar era solo electrónico. Pero pensar en eso, en un tren que lo alejara de ella, hizo que Golding quisiera acercarse más. Le pasó la mano por detrás de la cabeza, tirando suavemente de ella hacia sí, con la intención de besarla de nuevo, pero ella lo apartó. En lugar de soltarlo por completo, se aferró a él.

—*Désolée*. Tengo que trabajar. —Se mordió el labio mientras reposaba su frente en la de él.

—¿Y qué hacemos con eso? —preguntó Golding. Pero ella negó con la cabeza y se encogió de hombros. Parecía a punto de contestar cuando volvió a sonar su teléfono, esta vez una llamada.

—*Merde*.

Esta vez se apartó del todo de él y rodó por la cama para aceptar la llamada, ahora sentada de espaldas a él. Golding escuchó un hilo de francés al otro lado de la línea, la voz de un hombre. Intentó averiguar qué iba a hacer a continuación. ¿Debía utilizar el billete de Eurostar? ¿Había alguna forma de quedarse y pasar más tiempo con Clémence?

—*Quoi?* —preguntó entonces ella, le había cambiado el tono por completo. Dijo algo más, demasiado rápido para que él pudiera entenderlo. Luego volvió a escuchar un rato. Se levantó de repente y descolgó el cable del teléfono de la pared. Volvió a hablar, se acercó con rapidez a la ventana y se ciñó la toalla. Golding vio que le temblaba la mano. Cuando terminó la llamada y se volvió hacia él, todo su cuerpo temblaba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Golding. Tardó mucho en responder.

—Pierre Cloarec... mi jefe. Lo han encontrado asesinado esta mañana.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

COGIERON de nuevo un taxi hasta las oficinas de *Le Monde*, donde los recibió una mujer a quien Clémence presentó como Lucille Dubois: la redactora jefa del periódico, o algo parecido. Dada la clara conmoción que se reflejaba en los rostros de todos los allí presentes, además de la barrera del idioma, era difícil entender qué estaba pasando. Clémence lo presentó como un policía británico interesado en una de las personas identificadas en el artículo. Y aunque Dubois pareció darse cuenta de que había algo raro en su presencia, quizá se preguntaba cómo había conseguido presentarse allí tan pronto, cualquier curiosidad que pudiera tener fue absorbida por la sensación de asombro que los invadía a todos.

—La policía está arriba —dijo Dubois, después de que las dos mujeres se abrazaran y permanecieran de pie un rato en el vestíbulo de mármol. Hablaba inglés y, al cabo de un momento, Golding comprendió que se dirigía a él—. Quieren hablar con Clémence. Así que, ¿le importaría esperar aquí? —Señaló un par de sofás y una mesa baja frente al mostrador de recepción. La recepcionista de antes, ahora con un aspecto claramente más femenino que masculino, lo miró esta vez con abierta hostilidad, como si Golding fuera quien había traído esos horribles sucesos al corazón mismo del periódico. Golding esperó, inseguro de si quedarse o marcharse, pero su decisión quedó tomada cuando vio a Clémence bajar las escaleras, con todo el color y la vida drenados de su rostro.

—¿Puedes venir conmigo? —le preguntó Clémence—. Te lo explicaré.

Fueron a una cafetería situada en la acera de enfrente, donde Clémence pidió café con leche para los dos.

—Fue la madre de la editora la que encontró su cuerpo —empezó, mirándole—. Es una historia complicada.

Esperó el tiempo suficiente para que les pusieran las bebidas delante.

—Pierre se alojaba en una casa de campo en Bretaña para completar su investigación y escribir los artículos. Estaba allí porque había un riesgo, un riesgo muy pequeño -o eso es lo que pensábamos- de que pudiera haber algún peligro para él. Uno de los clientes de la empresa desde la que se filtraron los documentos es una familia del crimen organizado. —Miró a su alrededor, bajando la voz—: La familia Mancini, ¿te suena?

Golding negó con la cabeza al tiempo que contestaba—: No los conozco.

—No importa. —Bebió un sorbo, distraída—. A nuestra editora le habían dado un chivatazo de que la empresa podría estar al tanto de la filtración, no se sabía nada seguro, pero decidieron que sería mejor que Pierre se perdiera de vista durante un tiempo. Aunque en realidad se trataba

más de que trabajara en el reportaje sin interrupciones. Aun cuando los Mancini lo supieran, parecía inconcebible que hicieran algo así. —Se detuvo y sacudió la cabeza. Por un momento pareció que iba a echarse a llorar, pero se concentró en contar la historia con la mayor claridad posible—. La casa pertenecía a mi editora, Lucille Dubois, la mujer que conociste esta mañana. Su madre visitó la casa esta mañana porque había visto que las cortinas estaban corridas, y llevaban así todo el día. Lo encontró atado a una silla. Lo habían estrangulado. Le habían cortado los dedos y se los habían dejado en el teclado de su ordenador portátil.

Se calló y arrancó la esquina de un sobre de azúcar. Lo echó en el café y lo removi6. Cuando se llevó la taza a los labios, hizo una mueca de disgusto.

—Está frío —protestó mientras dejaba la taza en su sitio—. *Merde*. —Apartó la mirada, había lágrimas en sus ojos azules.

—¿Sabes lo que va a pasar ahora? —le preguntó Golding—. ¿El asesinato fue en Bretaña? Es de suponer que la policía local tendrá jurisdicción.

Se volvió, al parecer contenta de tener una excusa para concentrarse en otra cosa.

—*Non*. Aquí en Francia, los delitos graves son investigados por la Policía Judicial. El caso ya ha sido elevado a ellos, porque Pierre es muy conocido.

—¿Es con quienes has hablado hoy?

—*Non*. —Sacudió la cabeza, pero luego abrió las manos, como reconociendo la complejidad—. *Oui*, la misma fuerza, pero no las mismas personas. Hoy he hablado con unos agentes de París. Estaban tan solo estableciendo los hechos preliminares. Dijeron que el caso lo investigarán desde su sede regional en Brest. Es una ciudad de Bretaña, el lugar más grande cerca de donde ocurrió el asesinato. —Dejó de hablar y sacudió la cabeza, pero luego continuó—. Pero tú ya sabrás cómo funciona todo esto. ¿No eres policía? Estarás acostumbrado.

Golding negó con la cabeza.

—No estoy acostumbrado a cómo funciona aquí. —Pero se encontró visualizando el aspecto que podría tener la escena del crimen: una bonita casa de campo en Bretaña, eso era fácil de imaginar. Y el desorden y las vísceras de una muerte violenta. También había visto bastantes.

—¿Qué puedo hacer para ayudar? —Clémence lo interrumpió en sus pensamientos, parecía haber recuperado cierta energía—. Quiero ayudar, quiero atrapar a esos cabrones. —Le clavó la mirada, sus azules ojos suplicantes—. Tú entiendes de estas cosas, ¿qué puedo hacer?

Golding reflexionó; se sentía como si los acontecimientos de las veinticuatro horas anteriores le hubieran dado un puñetazo en el costado. Ya no estaba seguro de confiar en lo que aparecía en su mente. La respuesta correcta, si alguien le hacía la misma pregunta en el Reino Unido, era no hacer nada. Quedarse donde pudieran encontrarlos con facilidad si eso era lo que requería el equipo de investigación. Y, en resumen, lo mejor era dejar que la policía hiciera su trabajo. Pero Clémence conocía la filtración de datos que Cloarec había estado investigando. Quizá más que nadie. La policía sin duda querría hablar con ella, con cierto detalle.

—La policía que habló contigo esta mañana, ¿te pidió que te quedaras aquí?

Ella negó con la cabeza.

—No, solo nos estaban informando y estableciendo los hechos básicos. Pero dijeron que el equipo de Brest tendría que volver a hablar conmigo. Que me mantuviera en contacto.

Golding asintió.

—¿Puedes ir a Brest? —De verdad no quería que ella se fuera; podría significar el fin de su historia. Si es que alguna vez había existido la posibilidad de alguna historia de verdad. Pero ella le había preguntado qué podía hacer. Clémence asintió.

—Eso es lo que dijo mi editora también. —Y fueron sus siguientes palabras las que más lo sorprendieron—. ¿Te importaría venir conmigo? No quiero estar sola.

Extendió la mano y la posó sobre la de él.

Viajaron juntos, en el mismo tren de alta velocidad que Clémence había utilizado la semana anterior. No hablaron mucho, pero mientras atravesaban la campiña francesa, sonó su teléfono y un inspector jefe de la Policía Judicial, Julien Morel, le habló largo y tendido y le dijo que se reuniría con ellos al bajar del tren en Brest. Salieron de la estación y vieron un coche azul oscuro que les esperaba en la puerta, con una luz azul en el techo. Cuando Clémence y Golding se acercaron, la puerta se abrió y salió un hombre de unos cincuenta años.

—¿Clémence Girard? —Ella asintió y señaló a Luke.

—Luke Golding es un inspector británico —explicó Clémence.

—¿Y por qué ha venido? —preguntó Morel.

—Está investigando al asesino en serie británico Charles Sterling.

—Entiendo lo que dices, pero no por qué lo dices. ¿Está el tal Sterling vinculado al caso de alguna manera?

Golding observó mientras Clémence le contaba a Morel en francés porque se había puesto en contacto con Golding.

—Dice que Sterling no es relevante —dijo Clémence de repente en inglés—. Quiere hablar conmigo en la sede regional, pero deberías esperarme allí.

Golding asintió.

Cuando llegaron al cuartel general cercano, Golding fue conducido a una sala de espera básica donde permaneció sentado, e ignorado, durante más de dos horas, hasta que Clémence reapareció por fin.

—¿Y bien? —le preguntó cuando ella regresó. Parecía agotada.

—Ven. Tengo hambre. Vamos a comer algo y te cuento mientras tanto.

Ambos se habían saltado el desayuno y la comida, pero al final Clémence encontró una crepería que abría todo el día y pidió para los dos.

—Dicen que el asesinato es obra de la familia Mancini —empezó en cuanto hizo el pedido. Respiró hondo, como si intentara acostumbrarse a las palabras y a cómo se asociaban ahora con su antiguo jefe—. La forma en que... lo que le hicieron a Pierre, y la forma en que cambiaron el artículo, eliminaron toda referencia a los Mancini... pero no hicieron un buen trabajo. Dejaron sus notas.

Golding asintió. Por lo poco que sabía del caso, la conclusión parecía razonable. Pero, al mismo tiempo, se sentía incómodo.

—¿No querían hablar conmigo? —La respuesta estaba clara, ya que no se lo habían pedido, pero prefirió que se lo explicaran en un idioma que entendiera.

—No. —Clémence se encogió de hombros—. ¿Por qué iban a querer hacerlo? Tú mismo me dijiste que Charles Sterling está muerto. Esto no tiene nada que ver con él.

Golding volvió a asentir, sin dudar las palabras de la periodista. Lo que decía era cierto. Sterling estaba muerto; al menos, Golding estaba casi seguro de que así era. Pero incluso si no era así, parecía casi imposible que de repente pudiera estar implicado en la investigación de un periodista francés sobre delitos financieros. Investigar la conexión con la familia Mancini era el camino correcto.

—¿Estás en peligro? —le preguntó de repente.

Lo miró a los ojos y se encogió de hombros.

—Creen que no. Al parecer no es la primera vez que la familia Mancini comete asesinatos como este. No creen que la intención principal fuera destruir cualquier prueba de que la familia utiliza esta empresa para mover y ocultar su dinero, eso sería imposible. Pero lo hicieron para advertirnos de que no los incluyamos en los artículos. Ahora esperarán a ver qué hacemos, a ver si los incluimos en los artículos.

—¿Y lo haréis?

—Sin lugar a duda. —La mandíbula de Clémence estaba firme, pero luego apartó la mirada—. Al menos, eso espero. Será decisión de mi editora. De hecho, no lo sé.

—¿Pero el artículo estaba previsto para este fin de semana? ¿Saldrá de todas formas?

Clémence negó con la cabeza y guardó silencio mientras llegaba la comida. El olor y la vista le recordaron a Golding la sensación de comer después de una larga resaca.

—Sí. No. No lo sé. Todo está en el aire, ¿así es cómo lo decís en inglés?

Golding asintió distraído. Observaba cómo el vapor de su crepe ascendía desde el plato.

—Sí. Supongo que es así cómo lo decimos.

Aquella noche se alojaron en un hotel de Brest. No lo tuvieron que hablar entre ellos, y cogieron dos habitaciones individuales que, por accidente o porque Clémence se lo había pedido a la recepcionista, estaban una al lado de la otra. No se besaron al separarse, pero Clémence le abrazó unos instantes antes de decirle que tenía que dormir. Golding pensó en insistir que quería revisar primero su habitación, pero le pareció exagerado. No habían visto nada sospechoso. Habían elegido el hotel al azar. La dejó marchar y entró en su habitación, donde se quedó junto a la ventana observando la calle. No había nada que ver, ni matones esperando en coches aparcados, ni asesinos acechando por la noche. Estaba a punto de meterse en la cama cuando llamaron a su puerta. Cuando abrió, Clémence estaba allí.

—¿Puedo pasar?

Golding sabía, al menos desde el momento en que se despertó al día siguiente e incluso antes, que ya no podía ocultárselo a Sands. Tanto si los artículos originales mencionaban a Sterling como si no, pronto saltaría la noticia de que un periodista había sido asesinado en relación con una filtración de documentos financieros. Con el tiempo, Sands descubriría que su padre también había sido nombrado en los documentos, y si también descubría que Golding se lo había ocultado, se le caería el pelo. También existía una posibilidad muy remota de que el propio Sterling estuviera implicado de algún modo en el asesinato.

Durante el desayuno, Clémence recibió el mensaje de que Morel tenía más preguntas y accedió a reunirse con él en el mismo despacho de antes. La policía seguía sin tener interés en hablar con Golding, así que se quedó en el hotel. Tras varios intentos fallidos, marcó el número de Sands.

—Luke. —La voz de Sands sonaba esperanzada. Como si se alegrara de que la llamara y esperara que no fuera un intento de convencerla de que volviera al trabajo.

—Jefa. —Se mordió el labio.

—¿Qué quieres?

Golding echó un vistazo a la anodina decoración de la habitación del hotel. Se preguntó cómo explicarle todo aquello sin que se enfadara con él por no habérselo dicho antes.

—Estoy en Francia —dijo por fin.

—Qué bien —contestó Sands, y luego se le endureció la voz—. ¿Por qué?
Dudó.

—Puede que tenga una pista sobre Charles Sterling.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

SANDS ESCUCHÓ CON creciente incredulidad cómo Golding le explicaba dónde estaba y qué había estado haciendo. Sintió un impulso casi irresistible de llegar de inmediato a la conclusión de que el periodista debía de haber sido asesinado por Sterling. Pero no se atrevió a decirlo. Era muy consciente de que su conducta durante el año anterior había sido considerada obsesiva, y que hasta cierto punto la crítica era válida. Estaba claro que no todas las muertes sospechosas podían atribuirse a su padre. Además, se trataba de un caso del que no sabía nada. Pero mientras escuchaba reconoció en su interior un impulso parecido a la esperanza. Hasta ahora solo había investigado los movimientos de Sterling antes de la fecha en que supuestamente había muerto. Si había matado en la última semana, sería una prueba segura de que su muerte había sido una farsa. También sería una prueba de que no estaba loca. No es que deseara que Sterling hubiera matado de nuevo, o al menos no del todo. Pero quizás era razonable esperar que esta fuera la oportunidad que había estado aguardando.

A estos pensamientos se superponía la furia contra Golding por no habérselo dicho antes. Tuvo menos éxito en contenerla, fue menos capaz de matizar sus sentimientos. Cuando él le explicó que había recibido permiso del inspector jefe Yorke para viajar a Francia, Sands pudo contener un poco su rabia. Mantuvo las dos posturas a la vez: la rabia porque no se lo hubieran dicho al instante y la gratitud a regañadientes de que él se lo hubiera tomado tan en serio como para ir.

—¿Dónde estás ahora? —le preguntó cuando consideró que ya le había explicado lo suficiente. Él vaciló un instante antes de responder.

—Estoy en un hotel en Brest. Pero tengo que volver porque...

—¿Cuál es su nombre?

Hizo una pausa, un poco reacio a darlo.

—Hotel Central, pero...

—Quédate donde estás. Estaré contigo más tarde. —Terminó la llamada y miró el reloj. Tenía una bolsa preparada y colgada en el armario. Ropa limpia para tres días, dinero en efectivo. Guantes de látex y monos forenses. Se la colgó del brazo, sacó el pasaporte de un cajón y lo metió en una segunda bolsa con el portátil y el cargador. Luego bajó trotando las escaleras de su edificio y cruzó la calle hasta donde estaba aparcado el Alfa.

El tráfico en la autopista M25 alrededor de Londres era espantoso. En un momento dado estuvo parada veinte minutos, durante los cuales comprobó que el Eurostar estaba completo y compró un billete para el ferry de Dover a Calais.

Más tarde, sentada en la parte delantera del transbordador, observó cómo la costa francesa se acercaba con agonizante lentitud mientras se tomaba una baguette de la cafetería del ferry. Volvió al Alfa y pronto dejó atrás el puerto francés. Una vez que las carreteras estuvieron despejadas, aceleró, calculando mientras lo hacía. Quinientos treinta kilómetros, a una media aproximada de 140 km/h. Miró el reloj del salpicadero. Llegaría sobre las ocho de la tarde. Se detuvo frente al Hotel Central a las siete y media.

Había telefonado a Golding al llegar a las afueras de la ciudad y él la esperaba en el vestíbulo cuando entró. Parecía cansado, pero había algo más, una expresión en su rostro que ella no podía leer, como si estuviera preocupado por algo.

—¿Alguna novedad? —le preguntó mientras cruzaba el vestíbulo.

Golding sacudió la cabeza y le preguntó—: ¿Qué tal el viaje?

—Muy lento —respondió. Miró a su alrededor en busca de un sitio donde sentarse. Él pareció intuir lo que quería y la condujo al bar del hotel, donde un joven con barba de chivo escuchaba rap francés mientras sacaba brillo a las copas.

—*Deux expressos*. —Sands pidió para los dos, sin preguntar a Golding si quería algo. Luego se volvió hacia la barra—. Y baja la música.

El camarero respondió entrecerrando los ojos, como si no la hubiera entendido.

—*Baissez la musique*. —Lo miró fijamente; las palabras en francés se formaron en su mente con cierta lentitud, pero seguían ahí, a pesar de no haber practicado el idioma en varios años. Por un momento pensó que iba a tener la oportunidad de practicar un poco más, pero entonces el joven hizo lo que ella le había pedido.

Llevaron los cafés a una mesa junto a la ventana y se sentaron.

—¿Y? —preguntó Sands de nuevo. Aún se sentía impaciente, consciente del tiempo que había pasado hasta llegar aquí—. ¿Qué me cuentas?

—En realidad, no mucho. —Golding miró inseguro su café, como si no lo hubiera querido en primer lugar, mientras Sands sorbía el suyo, el primero que tomaba desde el barco.

—¿Quién lleva el caso? ¿Qué piensan de la posibilidad de que Sterling esté implicado?

El hecho de que le llegaran dos preguntas a la vez pareció impedir que Golding respondiera, y Sands sintió que su frágil resolución de no enfadarse con él flaqueaba un poco.

—No lo sé exactamente.

—¿No sabes el qué?

Golding apartó la mirada, parecía preocupado.

—¿No sabes quién lleva la investigación? Sea quien sea, estará trabajando con la Policía Judicial. Supongo que serán ellos los que lleven el caso.

—Sí, pero... —Golding se encogió de hombros, y casi se estremeció cuando Sands lo clavó con su mirada—. No.

—Sí, pero ¿no? ¿Qué demonios significa eso?

Golding miró hacia la puerta del bar antes de contestar.

—Sé el nombre del oficial al mando. Es el inspector jefe Julien Morel. Pero no le interesa que trabajemos juntos. Está convencido de que Cloarec fue asesinado por un escuadrón de la familia Mancini. Intenté que investigara a Sterling, pero figura como fallecido, así que...

Sands cerró la mano en un puño, frustrada pero no sorprendida. Tomó otro sorbo de café. Luego asintió.

—Si no estás trabajando con Morel, ¿qué haces aquí?

En lugar de responder, Golding volvió a mirar hacia la puerta y se puso en pie.

—Discúlpame un momento.

Mientras Sands lo observaba, caminó por el suelo enmoquetado del bar hasta la entrada, donde había aparecido una joven. Era atractiva, aunque parecía cansada y abatida. Sin embargo, su expresión cambió cuando vio a Golding y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. Entonces le tendió la mano como si esperara que la abrazara, pero él se apartó con sutileza y se volvió para señalar a Sands, que seguía sentada a la mesa. La expresión de la mujer se ensombreció ahora, mientras Golding le hablaba. Luego la condujo de nuevo en su dirección. Sands sintió que su expresión también se ensombrecía.

—Erica, esta es Clémence Girard. Ella es... la periodista de *Le Monde*. La que me habló de la presencia del nombre de Sterling en la filtración de datos. Ella era colega del hombre que fue asesinado.

Sands no dijo nada y se limitó a inspeccionar a la mujer ahora que podía verla mejor.

—Clémence, esta es... mi antigua jefa, Erica Sands.

—Luke me ha hablado de usted —dijo la mujer en un inglés muy acentuado.

—¿Ah sí? —dijo Sands.

—Me habló de su padre. De que no acepta que esté muerto.

Sands sintió que su reserva de comprensión recibía otro golpe. Se volvió hacia Golding y habló en voz suficientemente alta para que todos la oyeran—: ¿Has hablado de eso con un miembro de la prensa?

—No... intentaba explicar el caso...

—Es de dominio público, no un secreto —continuó Clémence—. Y, en cualquier caso, no es una historia que interese a nadie aquí en Francia. —Se encogió de hombros y se volvió hacia Golding—. Luke, estoy muy cansada. Llevo toda la tarde hablando con el inspector jefe. ¿Quizás podríamos encontrar algún sitio para comer?

Sands se alisó una ceja con un dedo mientras los observaba.

—¿Te has reunido con la Policía Judicial? ¿Hoy?

Clémence se volvió hacia Sands, parecía un poco reservada.

—Sí. Le he estado explicando la operación que dirige la familia Mancini, es complicada.

—¿Tienen pruebas físicas que conecten a la familia Mancini con el asesinato?

Clémence hizo una pausa, con la boca entreabierta de un modo que a Sands le recordó a un pez.

—Jefa, Clémence ha tenido un par de días duros —dijo Golding—. Ha perdido a un colega y a un amigo. —Sands lo miró durante un instante y luego volvió a mirar a la francesa. Había algo entre ellos que ella no entendía. O que no quería entender.

—¿Eres tú la periodista que se puso en contacto por primera vez con la policía británica para notificarnos de que Charles Sterling aparecía en la filtración de datos?

Clémence asintió.

—¿Quisiste notificármelo a mí, pero Golding cogió la llamada en mi lugar?

—Sí, es correcto.

—¿Y os conocíais de antes? —Sands señaló con el dedo a cada uno de ellos y esperó la respuesta. Golding miró a la periodista, que bajó la vista hacia la mesa.

—No —respondió Golding, su voz sonaba de repente firme. Clémence levantó la vista al instante para mirarlo, pero Golding siguió hablando—. Yo solo he venido para ayudarla en lo que pueda. Creo que vamos a buscar un sitio para cenar algo... —Estaba claro que intentaba excusarse.

—Vale —espetó Sands—. Yo también tengo hambre. Me apunto.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

LA COMIDA NO FUE BIEN. Tras declararse demasiado cansada para volver a salir, Clémence accedió a comer en el comedor del hotel, pero había quedado bastante claro que no era su intención que Sands los acompañara. Las indirectas de Golding de que la periodista estaba agotada tras un día de interrogatorios no parecían haber tenido impacto alguno en Sands, que se dedicó a llevar a cabo su propio interrogatorio durante la cena. Intentó averiguar qué sabía Clémence de la escena del crimen, qué preguntas le había hecho la policía francesa y qué respuestas había dado ella. Al final, sin siquiera terminar el plato principal, Clémence se levantó, anunció que estaba cansada, y luego había mirado sin disimulo a Golding, indicando sin duda alguna que esperaba que la acompañara arriba. Ahora estaba sentado en su cama, aún sin saber por qué lo había invitado a su habitación.

—Ya ni siquiera es tu jefa —comenzó Clémence—. ¿Por qué dejas que te trate así?

A Golding le vino a la mente la respuesta «así cómo», pero en su lugar asintió y procedió a intentar explicarse.

—Es una persona difícil, lo sé. Pero también es... brillante. Creo que podría ayudarnos.

—¿Ayudarnos cómo? Está clarísimo que piensa que a Pierre lo asesinó un hombre que murió el año pasado de cáncer. Y ha ignorado por completo las pruebas de que fue asesinado por asesinos profesionales. Para mí eso no es brillante, es estúpido. Ella es estúpida. —Se puso delante de él y le cogió la mano. Pudo ver cómo su pecho subía y bajaba bajo la blusa—. No quiero hacer el amor esta noche. ¿Entiendes?

Golding parpadeó sorprendido, ya que ese pensamiento no se le había pasado por la cabeza. En respuesta, se limitó a asentir.

Cuando Golding bajó a desayunar a la mañana siguiente, Sands estaba sentada en la sala de desayunos, tomando café. Los platos que tenía delante indicaban que había terminado de comer hacía un rato.

—Luke. —Levantó una mano y lo llamó, sin darle más opción que sentarse con ella.

Golding levantó un dedo para indicar que iría enseguida, puso un par de cruasanes en un plato y llenó una taza con café solo.

—Tenemos que hablar con el inspector jefe Morel —empezó Sands en cuanto Golding se sentó—. Me gustaría examinar la escena del crimen, y necesito que me informe sobre las pruebas físicas que ya se han recogido allí. Por lo que dijo ayer tu novia, está claro que tienen que confirmar más detalles antes de descartar la implicación de Sterling...

Golding dejó de hacer lo que estaba haciendo, que era romper el cruasán en varios trozos.

—¿Mi novia?

—Sí. —Sands parecía perpleja, o fingía estarlo—. ¿No dirías que eso es lo que es? Está claro que os estáis acostando.

Golding tragó saliva. Quería decirle que no habían dormido juntos, al menos no la noche anterior, pero su suposición le provocó aún más.

—¿Y a ti qué te importa eso?

Sands parecía ofendida.

—¿Que te estés tirando a una testigo importante, y potencialmente incluso sospechosa, en un delito grave? No es de mi incumbencia. Sin embargo, me irrita, y mucho, que no haya nadie en mi departamento en quien pueda confiar plenamente, aunque no me sorprenda. —Se giró para mirarlo a los ojos, un gesto de claro desafío. Durante unos segundos, Golding dejó que su cerebro intentara dar una respuesta, consciente de que su mente no funcionaba tan rápido como la de ella. Pero eso no significaba que ella siempre tuviera razón.

—No es un caso que estés investigando. Y no es tu departamento. Lo abandonaste para perseguir al fantasma de tu padre.

Si esperaba que esto la enfureciera aún más, ocurrió lo contrario.

—Bueno, alguien tenía que hacerlo. Si no lo hubiera hecho, este asesinato se atribuiría a un par de asesinos fantasma mientras el verdadero culpable se sale con la suya. Lo cual podría acabar pasando si no te pones las pilas y empiezas a ayudarme.

—¿Ayudarte a hacer qué, exactamente? Ni siquiera eres policía en activo. ¿Qué te hace pensar que el inspector jefe te va a prestar atención? ¿Por qué debería escucharte?

Golding se dio cuenta de repente de que había levantado la voz; miró alrededor del restaurante y llamó la atención de un par de hombres de negocios franceses que apartaron rápidamente la mirada. Se advirtió a sí mismo que debía calmarse.

Sands aprovechó el momento para llevarse la mano a la frente en señal de frustración. Al cabo de unos segundos se volvió.

—Soy muy consciente de que no tengo jurisdicción aquí, Luke. Era consciente, cuando presenté mi dimisión, de que no tendría jurisdicción dondequiera que apareciera Sterling, si eso es lo que ha pasado aquí. Pero no tuve elección, porque se me impidió investigar cuando dirigía el departamento. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Dejar que salga impune?

—¿Salir impune de qué? ¿De morir?

Sands puso mala cara. Dio un sorbo a su café.

—No creo que esté muerto.

—Está claro que no. Pero ¿qué pasa si lo está?

—Pienso que no lo está.

Golding respiró hondo, pero decidió seguir. Hacer la misma pregunta una y otra vez. Forzar por fin una respuesta.

—Pero, insisto, ¿y si lo está? ¿Cómo lo vas a dejar estar? ¿Cómo vas a dejarlo marchar?

Sands negó con la cabeza.

—No puedo. No lo haré.

—Tendrás que admitir que hay una posibilidad de que esté muerto. ¿Cómo vas a vivir tu vida pensando que él está de alguna manera detrás de cada asesinato que tenga incluso el vínculo más tenue?

—¿Crees que esto es tenue?

—Sí. —Golding intentó hacer balance de la conversación—. Sí. Sterling utilizó el mismo banco. Eso es todo. Antes de morir utilizó el mismo banco, junto con otras miles de personas, algunas de ellas criminales violentos dispuestos a matar para mantener su secreto.

Cuando Sands no respondió, Golding negó con la cabeza. El momento pasó cuando Clémence entró en la sala de desayunos. Su expresión neutra se transformó en una leve sonrisa cuando lo vio, y un gesto opuesto al notar a Sands allí también. Inclino la cabeza, se dirigió a la mesa y se sentó, sin detenerse a recoger la comida.

—*Bonjour*. —Ofreció una sonrisa tensa a Golding, y sus ojos se desviaron hacia donde estaba sentada Sands. Asintió levemente con la cabeza.

Golding asintió, consciente de la tensión que se respiraba en el ambiente.

—Hola, ¿cómo has dormido?

—Bien. —Miró a su alrededor, como si acabara de darse cuenta del bufé.

—¿Puedo ofrecerte algo? —continuó Golding—. ¿Un café y un cruasán?

Ella volvió a asentir, y entonces Luke se arrepintió de habérselo ofrecido porque tuvo que levantarse y dejarlas solas mientras iba a por la comida. Cuando volvió, seguían sin hablarse.

—¿Vas a volver a ver al inspector jefe esta mañana? —le preguntó Sands de manera tersa de repente.

—Sí, pero no por mucho tiempo —respondió la periodista—. Monsieur Morel dijo que solo tiene unas pocas preguntas más para mí.

—Y después de eso, ¿te ha pedido que te quedes aquí?

Clémence negó con la cabeza.

—No, puedo volver a París.

—¿Vas a volver?

—No lo sé.

—Según me ha contado Luke, entiendo que tienes acceso a la base de datos.

—Sí. Pero no puedo permitirte acceso a ella.

—¿Quién podría autorizarlo?

Clémence sacudió un poco la cabeza, exasperada.

—Para eso tendría que hablar con mi editora. Pero ella te dará la misma respuesta.

—¿Lucille Dubois?

En los ojos de Clémence hubo un destello de sorpresa, pero lo disimuló bien.

—*Oui*.

Sands asintió pensativa.

—Bien. ¿A qué hora os vais a reunir con el inspector jefe? Os llevaré a los dos.

Fue más una orden que una oferta y, cuando Sands se levantó para marcharse, Golding le dijo que se reunirían con ella en el vestíbulo cuando hubieran terminado.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

LA REUNIÓN con el inspector jefe tampoco fue bien. Cuando llegaron a la sede de la Policía Judicial, le dijeron a Clémence que esperara hasta que Morel estuviera listo para recibirla. Mientras tanto, Sands habló con un joven funcionario de la recepción y le explicó que ella también tenía que reunirse con el inspector jefe. Pasó una hora entera antes de que avisaran a Clémence de que Morel estaba listo para hablar con ella, y cuando lo hizo fue solo para repetir la información que ella le había proporcionado el día anterior. Cuando regresó Clémence siguieron esperando y Sands hizo varios viajes al mostrador de recepción para reiterar su deseo de hablar con Morel. Al final, apareció con otro agente uniformado y los condujo a una sala de reuniones.

—Inspectora Sands —empezó Morel mientras señalaba una silla y esperaba a que se sentara—. O, para ser más exactos, exinspectora. ¿En qué puedo ayudarla?

—¿Cuál es su principal línea de investigación en el asesinato de Pierre Cloarec? —preguntó Sands, como si no se hubiera dado cuenta del tono de su voz ni la hubieran hecho esperar toda la mañana. Pero Morel negó con la cabeza.

—Eso no es algo que esté dispuesto a compartir con un miembro del público.

—Entonces, ¿está preparado para compartirlo con mi colega? Enséñale tu placa, Luke. —Golding no estaba dispuesto a hacerlo, pero Morel desechó la idea de todos modos.

—No es necesario. Ya he hablado con el subinspector Golding, y me ha transmitido sus preocupaciones. Agradecemos que hayan ofrecido su ayuda, pero no es necesaria de momento. —Con esa mención miró el reloj, como si fuera consciente de que estaba perdiendo el tiempo.

—¿Tengo entendido que están investigando un posible vínculo italiano? —Sands lo intentó de nuevo—. ¿Está trabajando con la Interpol? Le recomiendo que se ponga en contacto con el agente Jonathan Briggs; conoce algunos aspectos del caso de Charles Sterling y podría mantenerme informado...

—¿Con la Interpol? No, no hace falta —interrumpió el inspector jefe—. Las autoridades italianas han aceptado colaborar directamente con nosotros. Y por las pruebas que hemos encontrado hasta ahora, no hay necesidad de involucrar a las autoridades británicas. No... no hay ningún súbdito británico implicado. Ahora, si no hay nada más...

Sands se detuvo un momento, no había duda de que se sentía frustrada por la situación.

—Sí. Es de vital importancia que examine la base de datos en detalle para establecer si hay alguna manera de que Charles Sterling pudiera haber sido consciente de que su nombre estaba a punto de ser publicado. Si está implicado, es muy probable que esto haya sido el detonante para que actuara...

—Non.

—¿Perdón?

—No es necesario. —Morel negó con la cabeza.

—Le digo que es muy necesario.

—Y yo le digo que no estoy de acuerdo. Charles Sterling no está involucrado en este caso.

Sands no daba crédito.

—Eso no lo sabemos. Acepto que no está claro que lo esté, pero es fundamental estar seguros.

—Está muerto, ¿no? —interrumpió Morel—. Murió en... —el inspector jefe hizo una pausa y se llevó las gafas a la frente para estudiar mejor algo en su teléfono móvil— Vietnam ¿no? ¿Ha estado allí investigando su muerte?

—Sí. Tengo buenas razones para creer que no murió, sino que fingió su muerte allí para desaparecer...

—¿Y esa razón está relacionada con que Charles Sterling sea su padre?

—No. —Sands apretó los labios—. En absoluto. Hubo una serie de irregularidades en Vietnam que apuntan a la posibilidad de que Sterling no esté muerto, sobre todo el hecho de que su cuerpo nunca fue...

—Entonces le queda mucho trabajo por hacer, ¿no? —interrumpió Morel—. ¿Tendrá que investigar todas esas irregularidades? —Puso el suficiente énfasis en la palabra para dejar claro que no las consideraba como tales—. Le sugiero que vuelva a Vietnam y se dedique a molestar a las autoridades de allí. Mientras tanto, deje que la policía francesa investigue este desagradable asesinato de un ciudadano francés. ¿De acuerdo? Ahora, si de verdad no hay nada más... —Volvió a colocarse las gafas sobre los ojos. Cuando Sands no respondió, se puso en pie. Sin decir nada más, salió de la oficina. Unos instantes después llegó un agente uniformado para acompañarlos a la recepción.

Golding tuvo que esforzarse mucho para no exclamar «Ha ido bien». En lugar de eso, se conformó con un menos cáustico «¿Y ahora qué?» cuando salieron del edificio. Sands lo miró, pero al parecer decidió que la pregunta no iba dirigida a ella y le indicó el camino de vuelta a su coche.

—Tengo que volver a París —dijo Clémence mientras la seguían—. Ahora que me ha liberado el inspector jefe, tengo que trabajar. Y supongo que tú ya no tienes nada que hacer aquí, también tendrás que regresar a Inglaterra. —Era incómodo mantener esa conversación con Sands justo delante de ellos, y Golding se dio cuenta de que su jefa miró hacia atrás un par de veces, aunque no pareciera preocupada.

—Supongo que sí —confirmó Golding—. Debería hablar con mi jefe, pero imagino que estará deseando que vuelva. —Sentía como si una extraña ruptura con su vida normal estuviera llegando a su fin, y se preguntaba si volvería a verla. No le gustaba la idea, pero no tenía ni idea de cómo evitarlo.

—Luke no va a volver a Inglaterra —dijo Sands de repente.

—¿Perdón? —preguntó Clémence.

—Seguramente tú también tendrás que quedarte. Al menos por un tiempo.

—¿Qué? No puedes darme órdenes.

Sands suspiró. Se detuvo y les habló mientras se acercaban al coche como si se dirigiera a

unos niños especialmente estúpidos.

—Si la policía francesa no está dispuesta a considerar la posibilidad de que Sterling esté implicado, tendremos que hacerlo nosotros. Nosotros tres. Y en cualquier caso está bastante claro que ninguno de los dos queréis separaros, así que es un resultado que sirve a todas nuestras necesidades. Necesitaré que empieces explicándome exactamente cómo apareció el nombre de Sterling en esta filtración de datos. —Consultó el reloj—. Podemos hacerlo durante el almuerzo. —Sands abrió la puerta trasera y esperó junto a ella hasta que Clémence suspiró y entró. Golding se dirigió a la puerta del copiloto.

—¿Conoces algún sitio bueno por aquí? —Sands se dio la vuelta para preguntar a Clémence una vez se hubo puesto al volante—. La comida del hotel de anoche era muy mala.

—*Non* —respondió Clémence sin más—. Esta no es mi ciudad.

—Vale, no pasa nada. Ayer vi un sitio al llegar.

Arrancó el motor y se alejó tan deprisa que Golding le echó la mano al cinturón de seguridad.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

EL LOCAL EN el que se había fijado Sands resultó estar en las afueras de Brest. Daba la sensación de que habían estado muy ocupados a la hora de la comida, pero el ajetreo del mediodía estaba disminuyendo. Sands utilizó el claxon del Alfa para animar a una pareja de ancianos en un Renault a salir un poco más rápido. Luego metió el coche en el sitio que acababan de dejar libre. Dentro del restaurante, dio instrucciones al camarero en un francés que Golding no entendió. El hombre pareció desconcertado, pero luego asintió con la cabeza y los llevó a una mesa junto a la ventana. Sands se sentó y apartó la silla de al lado para que Golding y Clémence no tuvieran más remedio que sentarse frente a ella, casi como si la estuvieran entrevistando para un trabajo. O tal vez fuera al revés.

Cuando acabaron de pedir y Sands vio pasar a una joven camarera con dos platos de lo que parecía tortilla, parecía casi contenta por primera vez desde que había llegado a Francia. Se dirigió a Clémence.

—Ahora necesito que me des los datos. Necesito ver al detalle cómo apareció el nombre de Charles Sterling en esos archivos. —Se apoyó en los codos, expectante.

—*Non*. —Clémence negó con la cabeza—. Ya te lo he dicho, no puedo hacerlo. No sería ético compartir los datos. También se lo he explicado ya a Luke.

—¿Eso fue antes del asesinato de tu colega?

—Sí. Pero la situación sigue siendo la misma. Tengo la obligación de proteger la fuente de la filtración.

Sands negó con la cabeza.

—¿Y te has pasado tres días discutiendo este tema con la Policía Judicial?

—La ley francesa me obliga a cooperar con las autoridades. Pero solo he hablado de la familia Mancini, no de las demás personas que se citan en los archivos.

—¿Porque es lo único que les interesa?

Clémence no respondió a esto.

—Para que me quede claro —continuó Sands— ¿estás anteponiendo la integridad periodística a la posibilidad de descubrir quién asesinó a un periodista de verdad?

—No. Estoy protegiendo a la fuente. Estos archivos fueron compartidos con *Le Monde*, y la fuente aceptó que pudieran ser vistos por periodistas de otros periódicos, pero acordamos expresamente que no serían compartidos con otras personas u organizaciones.

—Eso no tiene ningún sentido. Puede que al principio la situación fuera así, pero ahora han asesinado a tu colega y la policía se niega a explorar la posibilidad de que Charles Sterling sea el

asesino. Llegados a este punto, no tienes más remedio que decirme cómo aparece su nombre en la base de datos. —Mientras Sands hablaba, la camarera regresó con dos botellas de agua con gas; permanecieron en silencio esperando a que terminara de llenar los vasos.

—No entiendo qué está pasando aquí —dijo Clémence al fin. Se volvió hacia Golding—. No entiendo qué pinta aquí tu jefa ni por qué la estás escuchando. —Sacudió la cabeza y su cabello dorado se reflejó en la luz. Sands guardó silencio y ambas mujeres mantuvieron la mirada fija en Golding. Él optó por responder, dividido entre su lealtad a ambas.

—Yo... Mira, entiendo que esto te pueda parecer extraño. Pero Erica podría tener razón. De alguna manera. No sería toda la filtración de datos a la que necesitaríamos acceder, pero si pudiéramos ver cómo aparece el nombre de Sterling, podríamos descartar la escasa posibilidad de que tuviera algo que ver con la muerte de Pierre.

Clémence pareció a punto de responder, pero luego apartó la cabeza y murmuró en voz baja.

Volvieron a ser interrumpidos, esta vez por la joven camarera que les traía la comida. Primero sirvió a Clémence, poniéndole delante una ensalada de hojas verdes. Luego sirvió a Sands un gran filete que Golding miró con envidia mientras agradecía a la chica su tortilla. Sands empezó a cortar la carne enseguida para comprobar que estaba hecha a su gusto. Clémence no tocó su comida. Miró a Golding como si la hubiera traicionado.

—No puedo tomar esta decisión sola. Necesito hablar con mi editora.

—Vale. Estupendo. —Sands extendió el tenedor en dirección al bolso de Clémence mientras terminaba su bocado—. ¿Tienes un teléfono ahí? Ve a usarlo.

Daba la sensación de que la estaba echando y Clémence se lo tomó así por lo que se llevó el teléfono al otro extremo del restaurante para hacer la llamada. Mientras lo hacía, Golding probó la tortilla. Estaba rellena de queso de cabra, algo a lo que era un poco alérgico o quizá solo intolerante. Lo apartó con frustración.

—Jefa —empezó, y vio que Sands lo observaba con atención. Tenía la boca abierta para hablar, pero no sabía qué decir. Al final se limitó a negar con la cabeza—. No te pases con ella, ¿vale?

Sands se quedó mirándolo durante unos segundos, como si no tuviera ni idea de lo que estaba hablando.

—¿Por qué? ¿Qué pasa, te gusta?

Golding estaba demasiado sorprendido por el comentario como para contestar, y solo cuando Clémence regresó a la mesa se le ocurrió que Sands podría haber dicho eso solo porque sentía cierto grado de celos. Aún intentaba descifrar de dónde había salido ese pensamiento cuando Clémence se aclaró la garganta.

—Mi editora dice que quiere conocerte en persona antes de poder decidir.

Sands apartó la mirada de Golding.

—Excelente. Entonces nos vamos a París. —Miró alrededor del restaurante y chasqueó los dedos para que volviera la camarera—. Terminad. Esto va por mi cuenta.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

EL VIAJE de vuelta a París comenzó con una tensión palpable en el coche. Clémence puso reparos cuando Golding le ofreció el asiento delantero, y cuando se incorporaron a la autopista miró hacia atrás y vio que ella dormía, con la cabeza apoyada en la ventanilla. No aprovechó la oportunidad para hablar con Sands, sino que la dejó conducir en silencio, cosa que esta hizo a veinte kilómetros por hora por encima del límite de velocidad. Mientras pasaban junto a varias señales que indicaban radares de velocidad, Golding deseó en silencio que les pararan y le pusieran una multa. Pero no fue así. A medida que se acercaban a las afueras de París, el tráfico aumentó y Sands tuvo que reducir la velocidad, pero siguió las indicaciones del GPS del coche hasta llegar a las oficinas de *Le Monde*.

Dubois no les hizo esperar mucho, pero en lugar de recibirles en su despacho les condujo por un pasillo hasta una sala de reuniones. Acompañó a Golding y Sands al interior y se quedó fuera unos instantes para hablar con Clémence en privado. Un joven les sirvió café antes de que Dubois y Clémence entraran y se sentaran a un lado de la mesa, con Golding y Sands al otro; las líneas claramente trazadas.

—Entiendo que desea tener acceso a la información en la que Pierre estaba trabajando. — Dubois dirigió su pregunta a Sands.

—No a toda. Solo deseo comprender mejor por qué su periodista sintió la necesidad de ponerse en contacto con la policía británica en relación con Charles Sterling. Nos interesa no por los múltiples delitos que ha cometido en el Reino Unido, sino porque también figura en la lista de notificaciones rojas de Interpol como fugitivo buscado internacionalmente. También me imagino que a ustedes les interesará descartarlo como sospechoso del asesinato de Pierre Cloarec.

Dubois pareció considerar el argumento con detenimiento.

—Pero *Monsieur Sterling* está muerto ¿no?

Sands no dudó.

—Es posible, pero también es posible que no lo esté. Por eso necesitamos entender los datos que obran en su poder.

—Y ¿está de acuerdo con que la familia Mancini son los sospechosos más probables?

—No me corresponde a mí decirlo. Desgraciadamente, la policía francesa tampoco podrá responder, ya que se niega a considerar la posibilidad de que Sterling esté implicado. Esta podría muy bien ser su única oportunidad de llegar a la verdad.

Dubois se inclinó hacia Clémence y le susurró algo al oído.

Hablaron un rato más y Golding se dio cuenta de que los argumentos le resultaban familiares. Además, pensó que Sands ganaría; si la editora no tenía intención de dejarles ver los datos, entonces no habría accedido a que fueran a París. Al cabo de unos quince minutos, Dubois se puso en pie y llamó a Clémence al exterior. Poco después, la editora volvió a entrar en la sala.

—Señora Sands, subinspector Golding —comenzó Dubois—, envié a Pierre a quedarse en Plourec. Fue asesinado en la casa de mi familia. Tiene una mujer y una hija, y debo hacer todo lo posible para que se haga justicia. Permitiré que Clémence les explique los datos en detalle, pero no se les permitirá hacer copias, y yo permaneceré en la sala mientras ella lo hace.

Entonces esperaron en silencio hasta que Clémence volvió a entrar en la oficina, esta vez con su ordenador portátil.

—No sé cuánto sabes sobre este tipo de documentos —empezó Clémence una vez que se hubo acomodado.

—Supón que no sabemos nada —respondió Sands. Ahora que había conseguido lo que quería, parecía menos segura de sí misma. Golding adivinó por qué: había ganado la batalla, pero los archivos podrían no acabar mostrando nada.

—Cuando recibimos los archivos, se trataba de miles de millones de documentos diferentes, sin una forma clara de entender cómo estaban organizados. Se acordó trabajar con otros periodistas de otros periódicos, *The Guardian*, *El País*... —Se detuvo y miró a Dubois, que le indicó con la cabeza que continuara—. Por supuesto, hay un enorme riesgo de seguridad, ya que varios periodistas tienen sus propias copias. Estos archivos ya se filtraron una vez; si volviera a ocurrir, pondría en peligro todo lo que estamos haciendo. Y está claro que los datos pueden ser peligrosos. —Pulsó un botón y la pantalla mostró una página de aspecto torpe con recuadros de texto—. Así que creamos un servidor seguro, aquí en las oficinas de *Le Monde*, y todos los que acceden a estos documentos tienen que hacerlo desde aquí. No se pueden hacer copias. Todo se guarda en esta base de datos. Cada vez que se accede, se hace una entrada de registro.

Sands asintió, con los ojos fijos en la pantalla.

—¿Quién creó la base de datos?

—Tenemos un equipo de técnicos internos —añadió Dubois—. Comprobamos la seguridad del sistema con varios intentos. Los técnicos del *The Guardian* y del *The Washington Post* intentaron entrar sin éxito. —Esbozó una sonrisa tensa—. Solo entonces subimos los archivos de verdad.

—¿Ha habido alguna violación o intento de violación de los datos? ¿Desde que se añadieron?

—No. Ninguna en absoluto.

Sands volvió a asentir. Se volvió hacia Clémence.

—Bien. Continúa.

—Como ya he dicho, hay millones de documentos. Y al principio nos resultó casi imposible seguir un nombre a través de los archivos, desenmarañar la red de empresas ficticias e identidades ocultas. Luego nos dimos cuenta de que lo mismo ocurría con los abogados que trabajaban para esos clientes. Así que parece que crearon lo que hemos llamado un «documento índice».

—¿Qué es eso?

—Exactamente lo que suena que es: una lista que permite a los abogados saber con exactitud quién posee qué y cómo, incluso cuando las propias estructuras empresariales estén diseñadas

para ser opacas o impenetrables. Son como mapas. Pero nunca destinados a hacerse públicos. — Clémence se detuvo de nuevo.

—Seguramente nada de esto estaba destinado a hacerse público —se oyó decir a Golding.

Clémence negó con la cabeza.

—Bueno, en parte sí. Los documentos de propiedad de las empresas, los registros de transacciones... están diseñados para ser presentados ante organismos gubernamentales. Luego están los extractos bancarios, que deben entregarse a las autoridades fiscales, pero el objetivo general es confundir. Ocultar lo que ocurre en realidad y quién es el beneficiario final. El problema es que era demasiado eficaz; por ello fue necesario que los abogados crearan el documento índice para que ellos mismos no se perdieran.

Sands volvió a asentir como si aquello tuviera sentido para ella.

—Y cuando habló con el inspector jefe Morel, ¿revisó con él el documento índice de la familia Mancini?

Clémence miró a Dubois antes de responder y la editora no hizo nada para detenerla.

—Sí. Se lo mostré y también le expliqué al detalle lo que significaba todo. Era muy complejo.

Hubo una pausa.

—¿Así que habrá un documento índice concerniente a Charles Sterling?

Clémence miró de nuevo a Dubois.

—Sí. Tiene que haberlo.

—¿Puedo verlo?

Clémence no contestó, sino que se puso a trabajar. Durante un rato reinó el silencio, aparte del sonido de sus dedos golpeando las teclas.

Sin embargo, poco a poco se le fue frunciendo el ceño a la periodista. Seguía trabajando con los ojos fijos en la pantalla, pero al parecer era incapaz de encontrar lo que buscaba. Al cabo de un rato, Dubois se unió a ella, señalando de vez en cuando y murmurando algo en francés demasiado rápido y bajo para que Golding lo entendiera. Por fin, Clémence suspiró y levantó la vista.

—¿Qué pasa? —preguntó Sands.

Clémence puso un gesto de dolor y miró a su editora, que acabó asintiendo para que Clémence se explicara.

—Charles Sterling solo se menciona una vez en los archivos: un banquero en Suiza da su nombre, pero también menciona un nombre falso que, al parecer, Sterling pidió que se utilizara. Somos capaces de rastrear ese nombre durante un tiempo en los documentos... —Se detuvo. Volvió a fruncir el ceño e interrumpió su explicación para hablar con Dubois, que ahora estaba trabajando en el teclado, pero negando con la cabeza. Clémence continuó—. Sin embargo, podemos ver que utilizó una serie de empresas fantasma para blanquear dinero, dinero cuyo origen se podía rastrear hasta unas criptodivisas. Parece que ese fue el motivo de que Pierre decidiera incluirlo en su artículo, y por eso quería que yo informara a la policía británica, por cortesía. Sin embargo... —se interrumpió y volvió a fruncir el ceño—, luego hay varias identidades más que parecen seguir moviendo el dinero; no hay forma de saber si son personas reales o no.

—Ya veo —dijo Sands inmóvil, mirando pensativamente a la pared.

—Pues yo no —interrumpió Golding—. No veo nada. ¿Puede alguien explicarme qué está pasando?

Clémence se volvió hacia él, más preocupada de lo que nunca la había visto.

—No hay ningún documento índice para Sterling. Ni para ninguno de sus nombres falsos. —
Se sentó en su silla, mordiéndose el labio—. Su nombre desaparece sin rastro de nuestros
archivos.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

—¿SIGNIFICA que lo han eliminado? —preguntó Golding—. ¿O que su nombre nunca estuvo ahí desde el principio? —Se encogió de hombros—. ¿Qué significa?

—No estoy segura —respondió Dubois—. Tenemos varios millones de documentos, pero no disponemos de una copia completa de todos los archivos de la empresa. No es raro que a las cadenas de documentos les falten algunos elementos y tengamos que reconstruir nosotros la historia.

—¿Pero eso se hace con el documento índice? —intervino Sands, queriendo aclarar las cosas—. ¿Y eso es lo que te falta aquí?

—Sí.

Sands echó la silla hacia atrás y tamborileó con las manos sobre la mesa.

—Entonces, ¿para cuántas otras personas no has encontrado un documento índice?

Todos miraron a Clémence, que se frotaba la cara con las manos.

—Para ninguno —contestó—. Pero eso no quiere decir que haya pasado algo extraño aquí. Hay cientos de miles de nombres en los archivos. Hasta ahora, Pierre y yo nos hemos centrado en los nombres más importantes; es posible que algunos de los clientes más pequeños también hayan perdido sus documentos índice... —Se detuvo y se mordió el labio—. Nos centramos —se corrigió—. Pierre y yo nos centramos en los nombres de alto perfil.

—¿Podría ser que alguien haya modificado los archivos? —preguntó por fin Sands—. ¿Que eliminaran el documento índice?

Dubois sacudió la cabeza con firmeza.

—Imposible. La base de datos se ha configurado para que no se permita ningún cambio. Cualquier intento de hacer cambios sería registrado. Veríamos quién lo hizo, cuándo se hizo y qué se cambió. —Parecía segura de sí misma, pero Golding seguía mirando a Sands.

—¿Y si también se cambiara el registro de cambios? —preguntó ahora Erica.

La editora frunció el ceño.

—Eso sería muy difícil... —Dubois pareció pensarlo unos instantes—. Habría que tener conocimientos técnicos muy altos, todo está encriptado y protegido con contraseña. —Empezó a negar con la cabeza, descartando la idea, pero Sands insistió.

—No es especialmente técnico ejecutar un script SQL. —Sands rechazó la primera objeción, pero la segunda pareció hacerle reflexionar—. ¿Podría haber alguien accedido usando la contraseña de Cloarec? Le cortaron los dedos. Creo que tenemos que asumir que fue torturado. Con la contraseña de Cloarec, ¿sería posible desbloquear el cifrado y hacer cambios en los datos,

eliminar el documento índice y luego borrar cualquier rastro de ello en los registros de cambios?

Esta vez, cuando Dubois habló, su voz era ronca.

—Pierre era el líder en esta historia. Tenía acceso a todo.

Sands apartó la mirada un momento y maldijo en voz baja.

—¿Qué quieres decir? —insistió Golding, intentaba seguir el hilo de la conversación—. ¿Eso es un sí? ¿Con la contraseña de Cloarec alguien podría hacer todo eso? ¿Lo que acaba de decir?

Miró de nuevo a Clémence, que se encogió de hombros.

—¿Hay alguna copia de los archivos originales? —preguntó Sands—. ¿Algo con lo que podamos comparar la información sobre Sterling, para ver si algo ha cambiado?

Clémence miró a su editora, con un leve rastro de esperanza en el rostro.

—No. Por motivos de seguridad, esta es la única copia que existe.

Esta vez Sands no apartó la mirada.

—Entonces estamos jodidos. Nunca lo sabremos.

Durante algún tiempo intentaron, sin el documento índice, rastrear el camino que Charles Sterling y su dinero habían seguido a través del laberinto de cuentas, empresas fantasma y fideicomisos de protección de activos, pero sin un mapa ni una clave de lo que había sucedido en realidad, la verdad estaba protegida tras un impenetrable velo de seguridad. Al cabo de una hora, Dubois los dejó solos, diciendo que tenía que seguir trabajando, y media hora más tarde el mismo joven de antes trajo una bandeja con baguettes y más café. Golding cogió un bocadillo y se lo comió mientras observaba a las dos mujeres encorvadas sobre el portátil. La mitad del tiempo hablaban entre ellas en francés, la otra mitad relataban descripciones de transacciones financieras que no significaban nada para él. Las dejó trabajar, esperando a que llegaran a una resolución. Por fin, Clémence se sentó, giró la cabeza sobre el cuello y dejó escapar un suspiro exasperado.

—Es imposible.

Golding aprovechó la ocasión para preguntar—: Antes tenía lo básico, pero ¿qué es exactamente lo que ahora es imposible?

—Estamos intentando averiguar si se movió o se accedió a dinero o bienes de Sterling después de su muerte en Vietnam —respondió Clémence—. Porque eso demostraría, o al menos daría un fuerte indicio, de que no murió allí.

—¿Y?

—Es imposible. Aquí —giró el portátil hacia él— el dinero se divide en tres cantidades más pequeñas y se pone a nombres diferentes, esto era antes de su muerte, pero este documento no nos dice cuáles son esos nombres. No podemos buscar en el resto de los datos para ver qué pasó después, porque no sabemos qué nombre buscar.

—¿Qué hacemos entonces? ¿Necesitamos más tiempo? ¿Podemos contar con más gente? —preguntó Golding.

—No. Sin los nombres ni el documento índice, nunca sabríamos si hemos encontrado los papeles correctos. Es imposible, un completo callejón sin salida.

Golding miró a Sands, aún no comprendía, o al menos no del todo, pero tampoco estaba dispuesto a creer que era el final a no ser que se lo dijera su antigua jefa. Ella parecía haberse encerrado en sí misma, sumida en sus pensamientos.

—Esto no tiene solución —anunció al cabo de un rato, aunque no parecía que se dirigiera ni

a Golding ni a Clémence. Cogió uno de los bocadillos, lo miró sin comprender y volvió a dejarlo en el plato.

—Lo más probable es que Cloarec fuera asesinado por la familia Mancini —continuó, sin prestar atención a Golding que había levantado la cabeza, sorprendido—. No veo la manera de que Sterling, aunque esté vivo, haya podido oír de Cloarec y enterarse de lo que estaba haciendo. Al mismo tiempo, los servicios secretos franceses consideraron oportuno alertar a *Le Monde* de que uno de sus periodistas podía estar en peligro porque los Mancini estaban al corriente de la filtración de datos. Por lo tanto, es mucho más probable, pensando con lógica, que Cloarec fuera asesinado por los italianos.

—¿Eso es todo? —preguntó Golding—. ¿Te rindes? ¿Vuelves a Inglaterra?

Sands tardó mucho en contestar y, al parecer, también en decidir.

—No —respondió al rato—. Me voy a Bretaña. Quiero ver qué puedo encontrar allí por mí misma.

Por un momento Golding pensó que iba a pedirle que la acompañara, pero tenía otras ideas.

—Tú deberías volver. Yorke no tiene infinita paciencia para que sus agentes anden por ahí persiguiendo fantasmas; como ya hemos establecido.

Golding asintió, un poco aliviado. Luego observó cómo Sands se dirigía hacia la puerta, donde se detuvo.

—Gracias por toda tu ayuda —dijo. Dudó unos segundos y luego le tendió la mano a Clémence para que se la estrechara—. Lo siento si he sido grosera. —Sus ojos volvieron a mirar a Golding—. Luke es un gran policía y un buen hombre. —Parecía avergonzada y no fue capaz de mantener la mirada en Clémence. Al cabo de un momento se volvió para mirar a Golding—. El último Eurostar sale para Londres a las nueve. Si vas ahora lo cogerás. Te avisaré si encuentro algo. —No parecía optimista.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

—SANDS TIENE RAZÓN —dijo Golding a Clémence cuando Erica salió de la habitación—. Tengo que volver. —Se mordió el labio al ver cómo se lo tomaba ella. Se preguntó si debería prometerle que la llamaría por teléfono o que volvería a visitar París en un futuro próximo, sin saber siquiera si ella querría que lo hiciera.

Clémence no respondió, en su lugar levantó la vista, y se encontró con sus ojos y sin apartar la mirada. Miró su reloj. Las siete de la tarde. Clémence apartó la mirada de repente y asintió con la cabeza.

—Por supuesto.

—Quizá podamos... —empezó Golding. Quiso decir «seguir en contacto» pero las palabras sonaban inadecuadas en su cabeza. Casi insultantes. Clémence se encogió de hombros, como si supiera lo que iba a decir y le importara poco—. Tengo unos días libres dentro de poco. Quizá podría venir y... —esta vez lo dijo en voz alta—¿hacerte una visita?

Cuando por fin lo miró, su expresión había cambiado. No parecía coincidir con lo que sentía.

—¿Qué? —le preguntó Golding, tratando de leerle la cara.

Clémence dudó y le tendió la mano antes de decirle—: Ven conmigo. Creo que se me ha ocurrido una idea.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

EL LARGO VIAJE hacia el oeste tranquilizó un poco a Sands. Por una vez no le metió demasiada caña al coche. Ya era tarde y no podía hacer nada para investigar el asesinato de Pierre Cloarec hasta el día siguiente. Otro pensamiento le hizo aflojar aún más el acelerador: en realidad no había nada que pudiera hacer cuando llegara a Plourec. Sin jurisdicción en Francia, y sin ninguna posibilidad de que la Policía Judicial le permitiera acceso, no podría ver la escena del crimen ni leer ningún informe forense. Por supuesto que nada le impedía hablar con la gente, hacerles preguntas como ciudadana particular, pero ¿qué esperaba conseguir de verdad?

Hacía tiempo que había oscurecido y la campiña francesa pasaba desapercibida, salvo por los grupos de luces a lo lejos que señalaban ciudades y pueblos. La autopista estaba tranquila; de vez en cuando se acercaba por detrás a un camión pesado y ponía el intermitente antes de ocupar el carril rápido; lo pasaba a toda velocidad antes de volver al carril de la derecha, con las luces largas fijas en la carretera vacía. Mantuvo el interior del vehículo a baja temperatura y el equipo de música en silencio mientras aprovechaba el tiempo para pensar.

Al cabo de un rato, admitió para sí misma que había otra razón para el estado de ánimo en que se encontraba. Tenía poco sentido. Apenas había visto a Luke en meses y, mientras habían trabajado juntos, lo había ignorado casi por completo, pasándole el trabajo que debería haber hecho ella misma. Aun así, estaba claro que le había afectado verlo con la guapa periodista francesa. Se preguntó si saldría algo de aquello, si podría salir algo. Parecía improbable, dada la distancia que los separaba, pero algo en la forma en que parecían congeniar bastante le hizo pensar lo contrario. El pensamiento la carcomía y, para su creciente malestar, una frase volvía una y otra vez a su mente. Palabras que normalmente habría descartado por imprecisas y sin sentido: parecían congeniar bastante.

A medianoche, salió de la autopista y siguió el GPS hasta el hotel de carretera que había elegido antes. La cama y las cortinas de su habitación eran de un plástico naranja vibrante y olían a olor corporal, solo parcialmente enmascarado por productos químicos. No le ayudó mucho a creer que era un viaje que merecía la pena.

A la mañana siguiente, cuando salió del hotel, llovía a cántaros, y aún más cuando llegó a la calle principal de Plourec, poco más de una hora después.

El pueblo no era grande. Tampoco, bajo la lluvia, parecía tener mucho atractivo. Dejó que el Alfa recorriera la calle principal, enumerando en su mente las escasas atracciones. Había un pequeño bar, cerrado. Unas cuantas tiendas, que parecían vender cuadros y artículos de playa, pero que no harían mucho negocio hasta la primavera siguiente. El edificio más grande era un

pequeño hotel, que al menos parecía estar abierto. Aparte de eso, la mayoría eran casitas de campo y algunas hileras de chalés adosados. Con la lluvia aún cayendo, siguió conduciendo. Un poco más allá del centro del pueblo había un puerto, pequeño pero que seguía en funcionamiento. Separado de él por un pesado muro de hormigón, se extendía una larga playa de arena. Las rocas de ambos lados habían sido alisadas por los elementos. Había un pescador solitario, al parecer ajeno a la lluvia que seguía cayendo.

Sands decidió empezar por ahí. Cruzó el umbral del edificio de procesamiento de pescado y empezó a preguntar a los trabajadores con chalecos reflectores si sabían algo de Cloarec. Pero, o bien el periodista había sido reservado, o bien ninguno de los pocos hombres de aspecto rudo quería hablarle de él. Sospechó que sería una mezcla de ambas cosas.

Una hora más tarde le sonrió la suerte cuando localizó la casa donde habían matado a Cloarec, a un kilómetro de la ría del puerto. No había nadie y la puerta que daba acceso al pequeño jardín delantero había sido asegurada con cinta policial. Sands inspeccionó con atención el patio antes de agacharse bajo la cinta y mirar a través de un pequeño hueco entre las cortinas de la ventana delantera. La casa tenía el aspecto que había anticipado: tradicional, acogedora -si a uno le gustaban esas cosas-, pero sumida en el familiar caos que seguía al proceso de recogida de pruebas. Al menos aquello parecía haber terminado. Con la esperanza de que la hubieran dejado abierta, intentó abrir la puerta de entrada, pero no tuvo suerte. Dos hileras de piedras delimitaban el pequeño camino, lo bastante grandes como para romper una ventana o incluso la propia puerta. Las miró con nostalgia, pero decidió no hacerlo. En su lugar, caminó por el lateral y se dio cuenta de que la hilera de casitas daba a la orilla de la ría. La puerta trasera, por desgracia, también estaba cerrada.

Regresó a través de la lluvia hasta la fachada y llamó a las puertas de las dos casas adyacentes. Después amplió la búsqueda a sus vecinos, pero no obtuvo respuesta de ninguno. Solo una parecía estar habitada a tiempo completo, y al mirar a su alrededor se dio cuenta de que muchas de las propiedades del pueblo se alquilaban como casas de vacaciones. El pueblo entero daba la sensación de ser un sitio que la gente visitaba solo en vacaciones, sin verlo nunca cuando hacía frío y estaba húmedo y gris. Volvió a levantar la vista. La lluvia caía con más fuerza. Se dio por vencida, subió de nuevo al Alfa y condujo los cien metros que la separaban del hotel.

Sands pidió un café en la barra a un joven con tatuajes en ambos brazos, quien asintió en silencio antes de dejar el móvil que había estado mirando y coger una taza. Se volvió hacia la gran máquina de café expreso que dominaba la parte trasera del bar.

—¿Conocías al hombre que asesinaron aquí? —le preguntó en francés, sin esperar mucha respuesta. El camarero dejó de hacer lo que estaba haciendo y se volvió hacia ella.

—¿Eres otra periodista?

—No. Soy de la policía británica —respondió Sands, y repitió la frase que había perfeccionado a lo largo del día, suavizando su francés casi impecable—. Estoy trabajando en un caso privado, siguiendo algunos cabos sueltos. ¿Puedes hablar?

El joven parecía pensativo, decepcionado.

—La prensa ofrece mejores propinas.

Ella lo miró, sorprendida. Al cabo de unos segundos, se metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeño monedero con cremallera. Inspeccionó los billetes de euro que contenía.

—¿Cuánto ofrecen? —le preguntó.

Ahora el camarero parecía sorprendido, tal vez incluso un poco inquieto. Se encogió de hombros.

—¿Cien euros?

Sands asintió pensativa. Al cabo de unos instantes sacó un billete de cincuenta euros del monedero y lo extrajo, moviéndolo de un lado a otro entre sus dedos. Luego sacó otro.

—Doblaré esta cantidad si logras contarme algo útil.

El camarero volvió a lo que estaba haciendo, que era calentar leche y verterla en el café.

—¿Qué quieres saber? —Le puso el café delante.

—¿Alguna vez vino aquí?

—No. No lo creo. Pero había una mujer, otra periodista. Se alojó aquí un par de veces. Creo que trabajaban juntos.

—¿Una chica guapa? ¿Rubia?

El camarero se encogió de hombros, fingiendo no haberse dado cuenta. Pero Sands supo que sabía a quién se refería.

—¿Lo viste con alguien más?

—*Non*.

—¿Sabes algo más?

—*Non*.

Sands resistió el impulso de soltar un sonoro suspiro. Rebuscó en su cabeza otra pregunta.

—¿Se ha alojado aquí algún italiano?

—Eso ya me lo preguntaron los de la policía local —sonrió el joven.

—¿Y qué les dijiste?

—La verdad. —Se encogió de hombros—. Que no he visto nada. No sé nada. —Parecía perturbado de repente, como si se diera cuenta de que admitirlo podría descalificarlo para cobrar el dinero—. Hay otro bar en el pueblo —continuó entonces—. Creo que el tipo que murió iba allí casi todas las mañanas. ¿Quizás ellos puedan decirte algo más?

—¿El bar que está cerrado?

—Sí. —Se anticipó al problema—. Pero el hombre que trabaja allí se llama Jacques, yo lo conozco... Puedo decirte dónde encontrarlo, si eso te ayuda en algo.

Esta vez Sands sí suspiró.

—Vale, ¿dónde puedo encontrarlo?

—Le gusta pescar. Estará en el puerto, al final del muelle.

Sands dio un sorbo a su café, pensativa. Al cabo de unos instantes, le entregó los dos billetes de cincuenta con una sonrisa algo sarcástica—. Esto es todo lo que tengo. *Désolé*.

Por segunda vez aquel día, Sands condujo hasta el pequeño puerto. Había dejado de llover y, aunque el cielo seguía cubierto de nubes, el sol se ocultaba en el horizonte, dando destellos de color en medio del gris. Aparcó el Alfa con vistas a la dársena donde cuatro grandes barcos pesqueros estaban protegidos de la intemperie por miles de toneladas de un feo muro de hormigón. Incluso tan lejos de donde el mar se agitaba y arremolinaba en las defensas, los barcos se agitaban y chocaban entre sí en el agua aceitosa. Se subió el cuello de la chaqueta y se dispuso a caminar a lo largo del brazo del muro del puerto, hacia donde un gigantesco poste verde sostenía una luz que ya parpadeaba en verde con la oscuridad que se acercaba. En el extremo estaba sentado el pescador que había visto antes, vigilando sus sedales. A medida que se acercaba, sintió que él la observaba, quizá porque no se parecía a los turistas que solían pasear por allí para contemplar el bonito pueblo que se extendía a sus espaldas.

—¿Es usted Jacques, el del bar?

El pescador la miró entrecerrando los ojos en la penumbra. Dio una calada al cigarrillo que sostenía entre los labios.

—¿Quién lo pregunta?

Sands sintió que se le iba la mano hacia el bolsillo donde normalmente encontraría su placa de policía, pero se recuperó y dijo en su lugar—: Soy de la policía. Estoy siguiendo unas pistas sobre el hombre que murió aquí esta semana.

Jacques asintió.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

Sands ignoró la pregunta.

—¿Lo conocía, tengo entendido? ¿Le servía en el bar?

—Sí. —Se encogió de hombros—. No muy a menudo.

—¿Con qué frecuencia? ¿Con qué frecuencia iba?

—Supongo que casi todas las mañanas. —Echó la ceniza del cigarrillo en un cubo que tenía a su lado, lleno de lo que parecían vísceras de pescado—. Todas las mañanas.

Sands lo miró durante unos instantes, preguntándose por qué alguien querría pasar el tiempo en un lugar así.

—¿Habló alguna vez con él?

—No. No mucho. Los buenos días y ya. —Otra vez se encogió de hombros. Jacques parecía nervioso, pero no más de lo que Sands esperaba.

—¿Dijo qué estaba haciendo aquí?

Sacudió la cabeza.

—¿Habló con alguien más?

—*Non*.

Dio otra calada al cigarrillo y tiró la colilla al agua negra. Sands intentó reprimir su frustración. Estaba claro que el día entero había sido una pérdida de tiempo; no tenía nada que hacer, nada que descubrir. El torbellino de dudas que había sentido al conducir hasta aquí volvió a inundarla y se sintió frustrada por su decisión de dejar el trabajo, pero ¿qué otra cosa podía haber hecho?

—Excepto el americano. Hablaba bastante con él. Casi todas las mañanas, de hecho.

Tardó un momento, pero la cabeza de Sands se despejó y le permitió centrarse en este nuevo detalle.

—¿Qué americano?

—No lo sé. —Pensó un momento—. Richard, creo que se llama. Vive en el pueblo. Cerca de Cloarec, la casa con la puerta blanca. Eran amigos, ¿podrías intentar hablar con él?

—¿Qué sabe de él?

La mirada que le dirigió era difícil de leer con la escasa luz. Pero el encogimiento de hombros ayudó.

—Se toma un café todos los días a las once. Aparte de eso, nada más. No más de lo que te he dicho.

Sands miró su reloj. Dio las gracias al pescador con la cabeza. Tal vez el día no había sido un completo desperdicio después de todo, pero el amigo americano de Cloarec tendría que esperar hasta mañana.

CAPÍTULO CINCUENTA

—¿CUÁL es tu idea? —preguntó Golding.

—Es una posibilidad remota —contestó Clémence mientras se dirigían de vuelta al despacho de Dubois, donde habló rápidamente con la secretaria de la editora, que al instante cogió el teléfono para ver si su jefa estaba dispuesta a verlos. Al cabo de un rato, asintió con la cabeza y respondió a Clémence en francés—. Dice que podemos entrar. —Clémence le sostuvo la mirada un momento y luego empujó la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó Dubois en inglés al tiempo que miraba a Clémence en busca de una explicación.

—Necesitamos la otra copia de los datos. Tenemos que ver si quien mató a Pierre ha hecho algún cambio. Pero yo no tengo ninguna copia.

—Nadie tiene una copia. Ya te lo he dicho. —Dubois frunció el ceño—. Hicimos el acuerdo muy claro de que no crearíamos ninguna copia para minimizar el riesgo de filtraciones.

—¿Pero aún quedan las copias originales? ¿En el bufete?

Dubois aún parecía confusa.

—¿Qué estás diciendo? ¿Quieres que te meta en un avión a las Islas Caimán? Eso no va a ocurrir. Incluso si lo hiciera, no hay manera de conseguir que...

—No. Estaba pensando en la fuente que los consiguió en primer lugar. Pierre me habló de ella.

Dubois guardó silencio. Miró a Golding, era evidente que se sentía incómoda con el hecho de que Golding hubiera oído ese detalle. Contestó en francés, pero Clémence volvió a interrumpirla, en inglés.

—No me dio su nombre, pero me dijo que era limpiadora y que se había acercado a él porque sabía quién era. Lo respetaba como periodista, por el premio que había ganado...

—Sí. —Dubois habló despacio—. Supongo que es verdad. Y es muy propio de Pierre centrarse en ese detalle. Pero ¿y qué?

—Bueno —los ojos de Clémence brillaron mientras hablaba—si yo fuera ella, si hubiera sido lo bastante lista y valiente como para robar esos datos y viajar por medio mundo para entrar aquí y dárselos a un periodista famoso, entonces no hay forma de que no hiciera una copia de ellos primero.

—No puedo darte su nombre.

—No te pido que me lo des. Solo te pregunto si podrías ponerte en contacto con ella. Explícale lo que le ha pasado a Pierre, como resultado directo de estos datos, a ver si puede

ayudar. Si ha llegado tan lejos, no veo por qué no me dejaría revisar los datos y ver si han cambiado. Es valiente. Quiere que se sepa la verdad.

—Eso solo va a ocurrir si hizo una copia de los datos. Nos aseguró que nos entregaría la única copia...

—¿Y tú la creíste?

Dubois respiró hondo.

—Y él. —Miró a Golding—. ¿Qué hace él aquí todavía? ¿Por qué no ha vuelto a Inglaterra?

—No lo sé —respondió Clémence—. Después de lo de Pierre, me siento más segura con él a mi lado.

Dubois se lo pensó un rato y se levantó.

—Esperad fuera.

Durante quince minutos, Golding esperó con Clémence fuera del despacho de Dubois antes de que esta les hiciera volver a llamar.

—Como medida de precaución, la fuente accedió a llevarse un teléfono móvil no registrado por si era necesario ponerse en contacto con ella. La he llamado y he hablado con ella. Está muy conmovida por la muerte de Pierre... Pero ha accedido a reunirse contigo. Insiste en que no veas dónde vive, ni siquiera en qué ciudad. Se reunirá contigo en el café del Museo Gadagne de Lyon.

—¿Tiene una copia de los datos? —preguntó Clémence.

—No lo sé. No me quiso confirmar ese dato. Pero un tren de alta velocidad te llevará allí en dos horas.

Quince minutos más tarde, el elegante tren ganaba velocidad mientras dejaba atrás las afueras de París. Golding se sentó frente a Clémence, preguntándose por la extraña sucesión de acontecimientos que lo habían llevado hasta aquí, con ella. Envío por correo electrónico a Yorke un resumen de todo lo sucedido y de la última pista que debía seguir. Cinco minutos más tarde, Yorke llamó a Golding, que tuvo que quedarse en el pasillo para contestar, hablando en voz baja para que no le oyeran. Yorke dejó claro que consideraba que Golding se había contagiado de la misma obsesión enloquecedora que Sands, pero no llegó a ordenarle que dejara lo que estaba haciendo y regresara a Inglaterra.

Lo único positivo era que el caso de Susan Hunter se había resuelto. El marido, que había sido acusado de manera injusta, aceptó llegar un acuerdo para mantener el caso fuera de los tribunales. Cuando terminó la llamada, el paisaje que se veía desde las ventanillas del tren ya estaba cambiando: de los campos abiertos y las colinas bajas de las llanuras centrales de Francia a las afueras industriales de su segunda ciudad. Golding regresó a su asiento y encontró a Clémence con el ordenador portátil abierto, comprobando de nuevo si podía encontrar a Sterling en los datos.

Clémence compró dos entradas para el museo. Llegaron veinte minutos antes, pero entraron en la cafetería de todos modos. Dubois le había dicho a la limpiadora que se iban a sentar al lado de una ventanilla y que Clémence llevaría un pañuelo naranja, pero el lugar estaba tan vacío que no habría hecho falta tomar esas medidas. Media hora más tarde se les acercó una mujer bajita de unos sesenta años. Llevaba un pañuelo en la cabeza y sus ojos, nerviosos, los miraban a ambos. No dijo nada, pero se paró frente a ellos. Clémence se puso en pie.

—Me llamo Clémence Girard. Soy periodista. —Habló en inglés y en voz baja—. Trabajaba

con Pierre Cloarec. —Aquí hizo una pausa—. Lo siento, no sé su nombre.

—Mi nombre no es importante —respondió la mujer.

—Por supuesto. No quería decir... —Clémence pareció de repente nerviosa—. Mi editora me ha dicho que habla usted inglés bien. Mi colega es de la policía británica. El subinspector Luke Golding. No habla francés.

—Hablo inglés —respondió la mujer—. Viví casi treinta años en las islas Caimán. —Asintió con la cabeza—. ¿Nos sentamos? —preguntó, pero sonó como una orden.

—¿Podría ofrecerle un café? —preguntó Clémence, pero la mujer la ignoró.

—¿El señor Cloarec ha muerto por culpa de los archivos que yo le di? —Sus ojos, un poco lechosos por las cataratas, se clavaron en los de Clémence.

—No, exactamente. No fue resultado de algo que haya hecho usted —respondió Clémence.

—¿Cómo lo sabes?

Golding respondió por ella.

—No lo sabemos. La verdad es que no. Por eso hemos venido a verla. Esperamos que haya guardado una copia original de los archivos. Puede que sea la única forma de averiguar quién mató a Pierre y por qué.

La señora no se movió.

—Sabía que nada bueno saldría de esos archivos. No había gente buena en ese lugar. —Sacudió la cabeza.

—¿Hizo una copia? ¿De los archivos? —insistió Clémence.

—No hay mucha gente buena en el mundo. —La mujer volvió a echar un vistazo a la cafetería, casi vacía. Un par de turistas ancianos estaban sentados examinando un folleto en el lado opuesto del local. Detrás del mostrador, una chica de no más de diecisiete años estaba sentada en un taburete mirando el móvil. La mujer miró a Golding y él la miró fijamente a los ojos empañados—. Hay demasiada gente mala.

—Por eso necesitamos ver los archivos originales. Creemos que quien mató a Pierre podría haberlos editado. Si tiene la versión original, podremos ver cómo han sido modificados y averiguar quién lo hizo.

—¿No son los mafiosos de Italia? Los veía todos los meses. Venían con sus trajes de diseño y sus relojes de oro. Bolsas de deporte llenas de billetes. Nunca me gustaron. Nunca confié en ellos.

—¿La familia Mancini? —preguntó Clémence.

Los ojos de la limpiadora se desviaron hacia Clémence, pero no contestó.

—La policía cree que fueron ellos. Pero el subinspector Golding tiene otra idea. Por eso es tan importante —continuó Clémence—. Creemos que un británico podría estar implicado. Un británico muy malo.

—¿Tiene una copia original de los datos? —volvió a preguntar Golding. Los ojos lechosos de la mujer se clavaron en los suyos, pero luego apartó la mirada.

—Pierre Cloarec me dijo que tenía que borrar todo lo que tenía; la editora también. Dubois. Pero no sé. En persona no era tan impresionante como yo creía. —Se volvió hacia Clémence, con la cabeza hacia un lado—. ¿Sabes lo que quiero decir?

Clémence se lo pensó un momento.

—Creo que sí.

La mujer mayor asintió pensativa. Luego, muy despacio, se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta, tanteó un momento y por fin sacó la mano. Mantuvo algo oculto entre los dedos

durante unos instantes, como si aún estuviera decidiendo qué hacer, y luego abrió la mano sobre la mesa que tenían delante. En la palma había un pequeño *pen drive*. Lo dejó sobre la mesa y se lo acercó a Clémence.

—Gracias. —A Clémence casi se le saltaron las lágrimas, pero con una mirada a Golding metió la mano en la bolsa del ordenador y sacó el portátil. Cogió el *pen drive* y lo introdujo en el puerto lateral del ordenador. Golding observó la pantalla mientras navegaba hasta la nueva unidad. Lo primero que hizo fue comprobar el tamaño de los archivos que contenía.

—Novecientos ochenta y dos gigabytes. —Señaló con la cabeza a Golding, su voz sonaba de repente más alegre—. Es el mismo tamaño que los archivos con los que he estado trabajando.

—Entonces tienes lo que necesitas. —La mujer se levantó de la mesa con gesto sombrío—. Espero que hagas lo correcto con ello. —Se dio la vuelta y se marchó.

—¿Cuánto tardarás en encontrar la información? —preguntó Golding después de observar el trabajo de Clémence durante unos minutos—. ¿En saber si se ha cambiado algo?

Clémence respondió sin apartar los ojos de la pantalla.

—Si no supiéramos lo que buscamos, tardaríamos semanas, incluso años, en compararlo a mano. —Trabajaba mientras hablaba, con los dedos presionando las teclas en silencio—. Pero sabemos lo que buscamos. Al menos tenemos una idea muy aproximada.

Se quedó callada un rato y Golding no hizo nada por interrumpirla. Por fin, pulsó la tecla de retorno y el portátil empezó a zumbir mientras realizaba la tarea que ella le había encomendado: buscar entre millones de documentos.

—Estamos investigando si Sterling, u otra persona, eliminó el documento índice que permitía a los abogados seguir los movimientos de dinero.

—¿Así que haces una búsqueda con las palabras «Sterling» y «documento índice»? —preguntó Golding. Ella lo miró de repente.

—No es tan sencillo. —Esbozó una sonrisa de disculpa. Luego volvió a mirar la pantalla. Su rostro cambió—. ¡Merde! Levantó la vista hacia él y el color de su rostro se desvaneció de repente—. Aquí está, el documento índice.

Golding se movió en su silla para ver mejor la pantalla.

—¿Qué significa eso? ¿Que alguien lo borró de los archivos de *Le Monde*?

Su silencio confirmó la respuesta.

—¿Puedes hacer clic en él? ¿Abrirlo?

Lo hizo en silencio y la pantalla cambió a lo que parecía un documento de Microsoft Word con una tabla llena de texto. Estaba en inglés, pero para Golding no tenía mucho sentido. Clémence, sin embargo, parecía seguirlo con relativa facilidad mientras escaneaba los cuadros y movía los labios. Se desplazó hacia abajo. De repente, se detuvo.

—Aquí. —Señaló la pantalla.

—¿Qué significa eso? —preguntó Golding. Pero Clémence tardó un rato en contestar. Parecía estar comprobando dos veces que estaba en lo cierto.

—Las fechas. ¿Me dijiste que Sterling fue declarado muerto hace casi un año? Este dinero se movió en abril, tres meses después de su muerte. Una cantidad sustancial también... —trazó la pantalla con el dedo— para una transacción inmobiliaria.

Su mano volvió al ratón del portátil mientras seguía interrogando el archivo.

—Oh, mierda. Oh, no. —Se llevó la mano a la boca. Miró a Golding, con la cara aún más

pálida.

—¿Qué pasa, Clémence? Dime qué dice.

—La propiedad que se compró era una casa. En Bretaña. En Plourec. Oh, mierda. Lo conocí Luke, cené con él. La casa fue comprada a nombre de Richard Brown.

Pareció que Clémence tardó unos segundos en darse cuenta de que el nombre no significaba nada para Golding, y entonces empezó a intentar explicarse, pero tan deprisa que él tuvo que decirle que fuera más despacio.

—Es americano. Era amigo de Pierre, pensé que debía conocerle desde hacía años por lo unidos que parecían. Pero no entendía por qué estaba allí, viviendo en Plourec.

La boca de Golding se abría y cerraba como la de un pez.

—Era... encantador —continuó Clémence—. Me cayó muy bien...

—¿Sterling vive en Plourec? ¿Bajo el nombre de Richard Brown?

—Sí —asintió ella—. Tiene que ser él.

—¿Y está cerca de donde Cloarec fue asesinado?

—Sí, dos casas más abajo.

—¡Mierda! —Golding calculó durante unos segundos. Sands se había ido hacía dos días. Sabía que iría de puerta en puerta por las casas cercanas a donde ocurrió el asesinato. Lo que significaba que había muchas posibilidades de que llamara a la puerta de la casa de Sterling. Sacó su teléfono—. Vamos, contesta —murmuró mientras la llamada tardaba una eternidad en conectarse.

Clémence lo observaba mientras hacía la llamada, con el rostro pálido y los ojos muy abiertos.

—¡Joder! —gritó cuando falló la línea.

—Cuando estuve allí, tenía que caminar hasta el puerto para conseguir hacer llamadas —dijo Clémence, con la voz ronca—. No hay cobertura en la casa de Pierre.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

—AHORA MISMO BAJO, entra que está lloviendo. —La voz era amistosa, con un acento inconfundible de la costa este de los Estados Unidos, pero suavizado por lo que serían largas temporadas en Washington o sus enclaves en todo el mundo.

Sands se asomó a la puerta, sin comprender al principio de dónde procedía la voz. Entonces vio un par de pies en lo alto de la escalera.

—Estoy terminando de afeitarme. Jacques dijo que me estabas buscando. En serio, entra, está cayendo una buena. —Los pies desaparecieron de la vista, escaleras arriba. Sands dudó. Había querido dormir bien y pillar al americano cuando se fuera a tomar el café de las once, pero su hotel estaba a una hora de Plourec y el tráfico esa mañana había sido horrible. Por eso no había llegado hasta casi mediodía, cuando la lluvia parecía redoblar sus esfuerzos por arrasar el pueblo.

Su chaqueta estaba medio empapada de solo ir del coche a la casa y, cuando llamó a la puerta, esta se abrió, revelando un interior seco y cálido. Oyó al americano silbar en el piso de arriba mientras trabajaba.

—En serio, entra, no hace falta que te empapes.

Sands miró a su alrededor.

—Está bien. Esperaré aquí.

—Vamos. Está lloviendo a cántaros —continuó el americano—. Por cierto, siento si intentaste pillarme ayer, estaba fuera de la ciudad. —El grifo se abrió, el sonido del agua corriendo y los silbidos continuaron.

—No pasa nada —respondió Sands... La casa, tradicional por fuera, había tenido muchas reformas por dentro, pero estaba muy bien hecha. Era luminosa y confortable, con las paredes derribadas para crear un espacio abierto. La cocina estaba limpia y parecía nueva. Sobre la encimera había una cafetera, cuyo aroma Sands percibió. Se adentró un poco más en la casa y echó un vistazo a las escaleras, desde donde aún se oía el agua corriente. Las ventanas traseras ofrecían una vista perfectamente enmarcada de la ría. La casa tenía un pequeño embarcadero que se adentraba en el agua, cuya superficie estaba moteada por la lluvia.

—Sírrete un café —dijo el americano, con una voz mucho más cercana. De algún modo, había bajado sin que ella lo oyera, pero cuando se giró para verlo, estaba de espaldas y se estaba secando el pelo con una toalla mientras cerraba la puerta principal. Cuando volvió a girarse, la toalla seguía ocultando parcialmente su rostro—. Es etíope. Granos recién tostados. Estuve destinado allí y le cogí el gusto.

Llevaba una camisa de franela rosa y pantalones chinos, los pies todavía descalzos. Se echó

la toalla al cuello y entró de lado en la cocina, donde abrió un armario. De espaldas a ella, colocó una y luego dos pesadas tazas de porcelana sobre la encimera de mármol.

—Típico tiempo de Bretaña —continuó el americano—. En un día despejado se puede ver hasta la otra orilla de la ría.

Sands no volvió a mirar hacia la ventana, sino que fijó la vista en su mano y en el dorso de sus hombros. No se había dado cuenta de que aún no le había visto la cara y su instinto le decía que algo iba mal. Pero no el qué.

—Estoy aquí por lo que le pasó a Pierre Cloarec —dijo ella, queriendo observar si se le ponían rígidos los hombros. No lo hicieron.

—Pobre hombre. Ayer hablé de ello con la policía. —La puerta del armario seguía abierta; a Sands le resultaba extraño, pero se encontraba relajada, la actuación despreocupada de él no la hacía sentirse amenazada, solo curiosa. Y parecía que en cualquier momento vería por fin el aspecto del americano, recién afeitado y listo para ella. La puerta del armario empezó a cerrarse —. Ah, mira, se está despejando. —En contra de su voluntad, sin importarle en absoluto el tiempo, miró un instante hacia la ventana, y la ría bañada por la lluvia.

El americano cruzó la distancia que los separaba a una velocidad impresionante. La primera taza, que no había abandonado en ningún momento, le golpeó en la cabeza, haciéndola chocar con la pared y la ventana y dejándola casi sin sentido. A continuación, la segunda taza la golpeó, esta vez rompiéndose, quizás porque golpeó la pared al mismo tiempo que conectaba con su frente. Aunque el ataque la pilló por sorpresa, Sands se encontró, en el mismo momento en que se produjo, esperándolo. Pero estaba tan atrás que no pudo hacer nada. Levantó las manos para protegerse la cabeza, y luchó demasiado tarde, cuando las manos de él encontraron su cuello y le cortaron el suministro de aire. Volvió a silbar mientras esperaba los segundos necesarios para que el cuerpo de Sands reaccionara a la repentina restricción de oxígeno. Ella llevó las manos a sus muñecas, sabiendo ya que el combate había terminado. Intentó darle un puñetazo en el estómago, pero no tenía fuerza; su visión se estaba apagando y todo lo que pudo hacer fue darse cuenta de que él estaba afinando su trabajo, reduciendo la presión lo suficiente para evitar que perdiera el conocimiento. Dio varias arcadas, intentando con ello liberar los dedos de su agresor, pero cuando este se limitó a sonreírle, ella empezó a asustarse, a agitarse, su visión se puso borrosa, manchas blancas y negras en su periferia se hinchaban, se arremolinaban y se cerraban.

—Vamos, ángel. —Oyó su voz. Había perdido el acento americano—. Ven mi ángel. Ven con papá.

No había nada que hacer, no había forma de luchar. Sintió que se desvanecía antes de que su mente se apagara.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

VOLVIÓ EN SÍ MISMA, sin poder pensar todavía pero consciente de una dolorosa opresión en la garganta que iba y venía con cada respiración. Algún tiempo después, no mucho, intentó tocarse el cuello, pero no podía mover las manos, y entonces se dio cuenta de que las tenía atadas a la espalda, sujetas a la silla de comedor en la que estaba sentada. Intentó mover las piernas, pero también estaban atadas a las patas delanteras de la silla, y cuando trató de arrastrar el cuerpo descubrió que le habían puesto un cinturón alrededor de ella y del respaldo de la silla. Intentó abrir los ojos y, para su sorpresa, descubrió que no los tenía vendados. Estaba en la misma habitación donde había sido atacada. Y frente a ella, leyendo tranquilamente un libro en un sillón situado a un par de metros, estaba su padre, Charles Sterling. Levantó la vista al notar que ella se agitaba y esbozó una pequeña sonrisa. Luego levantó un dedo en el aire, como pidiéndole que aguantara mientras él terminaba la página. A continuación, cogió un marcapáginas de la mesa y lo introdujo en el libro. Lo dejó en el suelo y bebió un sorbo de café de la taza de porcelana con la que la había golpeado.

—Inspectora Erica Sands —dijo, al tiempo que se llevaba un dedo a la ceja y se la alisaba.

Sands abrió la boca para hablar, pero solo respirar ya le dolía.

—Supongo que debería felicitarte —continuó—. Me has encontrado.

Sterling levantó los dedos en el aire y los agitó, a la vez que sonreía por lo infantil del gesto. Como si el último año y medio no hubiera sido más que un gigantesco juego para los dos.

—Aunque sería prematuro decir que has ganado. Soy consciente de que no podemos predecir el futuro... —se mordió el labio inferior— pero me atrevería a decir que el tuyo no parece muy prometedor. —Sonrió y, al hacerlo, lució sus blancos dientes americanos. Pero la sonrisa no duró mucho—. En cualquier caso, este es un resultado bastante irritante para mí también.

Bebió otro sorbo de café.

—Por cierto, es etíope —dijo haciendo un gesto hacia su taza—. Nunca he servido allí como diplomático como tú ya sabes, pero estoy suscrito a un brillante servicio de venta por correo que me envía café en grano recién tostado cada semana. Recibo un pequeño paquete envasado al vacío, con un tipo diferente cada vez. Es uno de los pequeños detalles que he creado para mi vida aquí y que estaba empezando a disfrutar.

Volvió a dejar la taza con cuidado sobre la mesa antes de continuar.

—Claro que eso fue antes de que lo jodieras todo —bajó un poco la cabeza— con esa ridícula *vendetta* que arrastras.

Sands no respondió. Intentó en su lugar girar un poco la cabeza, para tratar de aliviar la

presión que sentía.

—¿Te duele? —indagó Sterling, con voz llena de fingida preocupación—. Lo siento. Lo siento mucho. Es tan triste que tengas que sufrir un poco por haberlo jodido todo. —Se detuvo, apartó la mirada y se levantó de golpe. Echó un vistazo a la habitación y cogió una segunda silla. La levantó detrás de él y la golpeó contra el costado de Sands. La sacudida la afectó más que el dolor, pero al no tener forma de estabilizarse, cayó de lado y el golpe con el duro suelo le dolió. Volvió a atacarla, golpeándola dos veces más en el costado. Sands no pudo hacer nada para protegerse, pero la forma en que había caído la silla hizo que el respaldo de esta se llevara la peor parte. Sterling volvió a dejar la silla junto a la mesa del comedor, después se agachó y la levantó de nuevo. A Sands se le erizó la piel cuando su padre la tocó. Volvió a sentarse y se echó a reír.

—¡Vaya cara! —Se rio entre dientes y sacudió la cabeza antes de dar un hondo respiro—. Lo siento, ángel. Todos tenemos nuestras debilidades. Necesitaba quemar un poco de rabia. Igual todavía recuerdas de cuando eras pequeña que a veces sentía que un poco de aprendizaje físico era lo mejor para ti. En esta ocasión no he querido derramar sangre. Es muy difícil de limpiar como ya lo sabes.

Arrastró la mesa de café frente a él y colocó un cojín sobre ella para apoyar los pies. Volvió a coger la taza de café.

—Como te iba diciendo, he invertido mucho tiempo y dinero en instalarme aquí. Un esfuerzo considerable por mi parte. Y mi intención era quedarme aquí. Construir una nueva vida, una vida tranquila, en la que no tuviera que guardarme las espaldas, ni caer en las formas violentas de mi juventud. Y tú, mi querida hija mayor, lo has jodido por completo. Tú y ese jodido gordo periodista, el francés de mierda; pero más tú. Porque yo me ocupé de él. Manejé la situación en cuanto supe que tenía que morir.

Se detuvo de repente, mirándola a los ojos.

—¿Intentaste dar conmigo ayer? ¿Sabes dónde estaba? Por supuesto que no, ya que no eres parte de la investigación ¿a que no? Estaba hablando con un tal inspector jefe Morel. El inútil que investiga el horrible asesinato de Pierre Cloarec. Lo tenía comiendo de la palma de mi mano, como un puto cachorrillo. Se tragó al completo la tapadera que me he construido cuidadosamente. No tiene ninguna duda de que soy un antiguo diplomático americano, sin ninguna implicación en la muerte de *Monsieur* Cloarec. No tiene ninguna duda de que los formidables gemelos Barelli -que al parecer ejercen su oficio de asesinos a sueldo al servicio de Vincenzo Mancini, aunque yo no había oído nunca hablar de ninguno de ellos- son los que están detrás de la muerte del pobre Pierre. Y sin ti, metiendo las narices donde nadie te llama, las cosas habrían quedado así y, lo que es más importante, yo podría haberme quedado aquí. Podría haber bebido mi café recién tostado. Podría haber sacado mi pequeño bote de pesca en los días claros, cuando el oleaje es ligero. Incluso pensé que podría escribir mis memorias, para publicarlas después de mi muerte por supuesto, pero aun así...

Se detuvo, juntó las puntas de los dedos de una mano contra los de la otra, y se las apretó contra la boca.

—¿Por qué no me dejaste en paz? Hice todo lo que pude para convencerte de que estaba muerto. Convencí a todos los demás. —Hizo una pausa, al parecer esperaba una respuesta.

Sands, todavía aturdida por todo lo que había pasado, abrió la boca para contestar, lo que le causó un dolor considerable.

—Mi colega sabe que estoy aquí. Está esperando mi llamada. Si no lo hago, va a mandar a la policía a que venga. Ya estarán de camino.

La ignoró y continuó.

—Fue el cuerpo, ¿no? El hecho de que no dejara un cuerpo.

Pareció meditarlo durante unos instantes.

—¿Cómo iba a hacerlo? —soltó Sterling de repente, enfadado de nuevo—. Al fin y al cabo, lo necesitaba. —Se indicó a sí mismo con las manos y se echó a reír, apartando la mirada. Luego pareció recuperar la compostura—. Consideré otras maneras de fingir mi muerte. Un avión estrellado en el océano, donde nunca se recuperaran suficientes cuerpos como para que mi propia desaparición no pareciera sospechosa. —Hizo una pausa de unos segundos y se inclinó hacia ella—. Podría haberlo hecho, ángel. No habría sido nada difícil, pero ¿sabes por qué no lo hice? ¿Ya lo has deducido?

Sands parpadeó y pensó en mentirle y decirle que el mismo Golding estaba de camino también. Pero sabía que era inútil. En su lugar, comprendió lo que él decía. Se encogió de hombros como si no le afectara nada de lo que dijera su padre.

—No me importa —dijo ella—. No me interesan tus patéticas excusas.

—¿Porque no quería que sufrieran personas inocentes! —Tenía los ojos muy abiertos, desorbitados—. No quería ser responsable de eso. Quería ser diferente. —Sacudió el puño al aire—. Y tú lo jodiste todo. Tú mataste al periodista. Es tu culpa.

De repente se rascó con ansia la cabeza antes de volver a calmarse con la misma rapidez.

—Hubo otra razón por la que no lo hice, si te soy totalmente honesto, y este es un momento para la honestidad, este pequeño bis a bis. —Se rio de nuevo—. Sí, ángel, cariño. Supongo que la verdad es que me gustaba la idea de dejarte insatisfecha. —Levantó las manos—. Soy culpable de eso. Y supongo que debo disculparme por ello. Fue mezquino por mi parte. A menudo he sido un mal padre para ti.

Se rio para sus adentros y luego extendió la mano hacia el suelo, donde Sands vio un cuchillo de cocina de hoja larga. Lo cogió con despreocupación y examinó la hoja mientras seguía hablando.

—Ni siquiera el dinero te convenció... —Levantó la mirada—. De verdad que pensé que podría hacerlo. Fue un bonito detalle ¿no te parece?

Sands le devolvió la mirada.

—Cientos de millones de libras. Te dejé cientos de millones. ¿Cómo puedes llamarme mal padre después de eso? ¿Cómo te sentiste al ser tan rica?

Sands siguió mirándolo sin decir palabra.

—A mí me hacía sentir poderoso. Podía ir a cualquier parte y saber que podía comprar a todas las personas que viera. —Se burló—. Aparte de ti, claro.

—No quiero tu dinero. Nunca lo quise.

—Pero lo has estado gastando toda tu vida, ¿o es que no te acuerdas? Cuando me encerraron por primera vez y te entregaron todos mis bienes, te compraste un bonito piso frente al puerto. Un coche de lujo. Entonces, ¿por qué no gastarte los millones? Después de todo, nunca podré recuperarlos.

—Lo único en lo que iba a gastarlo era en perseguirte. Lo sabías.

—¡Sí! —espetó—. Pero no pensaba que lo conseguirías. Y eso es lo que me cabrea. Ahora que has destruido todo esto —movió la mano por la habitación, todavía con el cuchillo en la mano—, voy a necesitar dinero para establecerme de nuevo. Y ahora ya no lo tengo. Ni siquiera tendré mis bienes, esta casa. —Volvió a sacudir la cabeza y echó el brazo hacia atrás poco a poco. Se detuvo un momento y le lanzó el cuchillo. Ella no tuvo tiempo de moverse, pero la

punta de la hoja golpeó el marco de madera de la silla, donde se clavó y vibró hasta detenerse.

La temeridad del acto pareció calmarle. Se echó a reír.

—De verdad que tienes mucha suerte, ¿verdad, ángel? —Sterling volvió a reír, esta vez de manera más sonora—. He estado practicando el lanzamiento de cuchillos en mi tiempo libre, pero lo cierto es que no se me da nada bien.

Sands parpadeó de nuevo mientras trataba de reducir su ritmo cardíaco, aunque su cabeza insistía en reproducir la imagen del cuchillo volando hacia ella una y otra vez. No pudo evitar que se le escapara un gemido.

—Deja de lloriquear, niña. Siempre has sido una quejica. —Sterling apartó la mirada con disgusto—. Casi me avergüenzo de ti. —Sacudió la cabeza y volvió a mirar por la ventana. Luego se giró para mirarla a los ojos.

—¿Sabes? Antes de morir, es mejor que sepas lo que va a pasar después. —Se detuvo, se puso en pie y se dio la vuelta, dirigiéndose a la ventana—. Ya no pienso renunciar a mi vida de violencia. Con esto quiero decir que no voy a luchar contra mi instinto. Para ser honesto, siempre fue un esfuerzo, un poco fuera de mi verdadera naturaleza. Y tú me has devuelto el gusto por ello. Así que, de aquí en adelante, y hasta que alguien me detenga, voy a cargar contra el mundo. Voy a matar cuando y a quien me apetezca, y van a ser muchos, muchísimos, antes de que alguien consiga acabar conmigo. —Hizo una pausa y se giró para mirarla—. Y eso es culpa tuya, ángel. Todo gracias a ti.

Soltó otra carcajada y se tomó un momento para rellenar su taza de café. La cafetera estaba casi vacía y dejó caer las últimas gotas en la taza.

—Y tú no estarás aquí para verlo. Pero quería que supieras cuál va a ser tu legado. La inspectora Erica Sands, la difunta y fracasada hija de Charles Sterling, culpable de todas esas muertes. Quiero que sepas lo que dejas atrás. —Se bebió lo que quedaba de café y le dio la vuelta a la taza vacía, mostrándosela—. Parece que mi pausa para el café ha terminado. Hora de volver al trabajo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

SANDS NO PODÍA HACER nada mientras él cogía una carretilla, del tipo vertical que se suele utilizar para transportar cajas por los almacenes, y la colocaba detrás de su silla. Luego la inclinó para que la silla se inclinara hacia atrás sobre él y practicó moviéndola un poco por la habitación. Insatisfecho, se agachó junto a sus pies y, con cinta adhesiva plateada, le ató los pies a la silla y a la carretilla. Gruñó mientras trabajaba, y ella miró su cabello ralo, encanecido desde la raíz. Cuando terminó, retrocedió e inspeccionó su labor. Luego avanzó y le puso cinta alrededor de la cabeza hasta cubrirle la boca.

—Quédate ahí —dijo con una sonrisa desgana. Parecía haber cambiado de humor. Más serio, concentrado.

Salió por la puerta de atrás y, aunque la ventana trasera de la casita estaba en parte expuesta, ya había corrido las cortinas de las ventanas delanteras, ella no podía ver gran cosa, salvo la ría, que se deslizaba ante ella con la marea. Había dejado de llover, pero el cielo seguía gris y amenazador. Al principio intentó soltarse las manos. Solo había un poco de holgura en la mano izquierda, así que siguió tirando de ella, retorciéndola y moviéndola, intentando aumentar el rango de movimiento que él le había dejado. Al cabo de un rato se dio cuenta de que había algo más que podía hacer, otro sentido que no estaba utilizando, y dejó de moverse y de preocuparse por los nudos que rodeaban sus manos, esta vez solo para escuchar.

Había algo, un sonido en el fondo mismo de su conciencia, y ahora se centró en él, aislándolo por fin del silencio de la habitación y de los sonidos de su propio cuerpo. Era el rugido de un motor. Cerró los ojos para entenderlo mejor y se lo imaginó moviéndose de derecha a izquierda y subiendo de tono y volumen. Luego se apagó por completo. Esperó en silencio a ver si volvía. Unos minutos más tarde volvió otro ruido, el silbido que Sterling había producido cuando fingía ser Brown. El silencio se rompió de repente cuando la puerta trasera se abrió de golpe.

—¿Sigues aquí? —le preguntó Sterling—. ¿Qué tal si damos un paseo en barco?

Se había puesto una chaqueta impermeable naranja, las perneras de los pantalones metidas en botas de goma, y no dejaba de silbar mientras se acercaba a ella y la apoyaba de nuevo en la carretilla. La hizo rodar hacia la puerta de la casa y luego hacia el exterior.

—Existe la posibilidad de que alguien nos vea. —Hablaba de manera despreocupada, sin miedo, mientras avanzaban por un sendero a través del jardín trasero de la casa hacia el embarcadero—. Pero me imagino que cualquiera que nos vea pensará que vas en silla de ruedas. Además, en esta época del año hay muy poca gente en el pueblo. El problema que tiene que haya tanto alojamiento vacacional ¿no? —El camino ascendía y terminaba al mismo nivel que las

tablas del embarcadero. Pronto hubo agua a ambos lados; entonces él hizo girar la carretilla para que le resultara más fácil moverla y ella divisó una pequeña barca de pesca amarrada al final.

—Es una suerte que haya subido la marea —le dijo mientras la empujaba hacia delante. No puedo meter el barco con marea baja, pero supongo que debo reconocer el papel que ha desempeñado la suerte en todo este lamentable asunto. Tengo suerte de que Pierre me avisara de que mi nombre aparecería en su artículo. Y tengo suerte de haber pasado por el bar esta mañana, de lo contrario Jacques no me habría dicho que una inspectora inglesa estaba husmeando y que había sido tan estúpido como para decirle dónde vivía. No habría tenido tiempo de prepararme, ¿y quién sabe qué habría pasado entonces? ¿Quizás habrías tenido ventaja? Tal vez me habrías atrapado de verdad.

Mientras hablaba, su rostro cambió, como si se preguntara cómo subirla al bote. Se encogió de hombros.

—Bueno, igual esto te duele un poco, pero no te importa ¿no? —A continuación, inclinó el carrito hacia delante, de modo que tanto Sands como la silla cayeron en la cabina abierta del barco. Sands no pudo hacer nada para frenar la caída y el dolor le recorrió el cuerpo. Pero, una vez más, la silla soportó al menos parte del impacto. Aun así, el aire volvió a salir disparado de sus pulmones y pasó algún tiempo antes de que fuera plenamente consciente de nada más allá del miedo y el dolor de cada respiración. Tenía la cara pegada al suelo de plástico rugoso y el hedor a pescado y gasóleo casi le provocaba arcadas.

Pero en lugar de eso, Sands se concentró. Mientras Sterling la movía, no se había molestado en quitarle el cuchillo de cocina que le había arrojado, y aún sobresalía de la madera de la silla. Pero ahora ya no estaba, a lo mejor se había soltado al empujarla hacia el bote. Lo buscó en el suelo de la cabina.

—Cuidado con los baches —le dijo Sterling detrás de ella. El barco se balanceó cuando él saltó encima tras ella. Entró en la cabina y utilizó una manivela para poner en marcha el motor. Sands, todavía de costado en el fondo de la bañera, vio sus botas avanzando para desatar la amarra del barco. Lo observó mientras volvía a la cabina y se ponía al timón para dirigir la embarcación, ignorándola mientras aceleraba el motor con fuerza. Sintió que se movían, que cogían velocidad mientras se alejaban hacia el centro de la ría. Oyó como Sterling empezaba a silbar de nuevo, con un tono más agudo que cortaba el ruido regular del motor diésel.

—No te muevas, ángel —le dijo al ver que seguía intentando moverse—. No vamos lejos.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

EL AGUA ESTABA TRANQUILA. Sands seguía atada a la silla, de lado en el fondo de la cabina del barco, sin poder ver por encima de los costados. Al cabo de un rato, supuso que unos veinte minutos, el barco empezó a balancearse. Poco a poco al principio, pero lo suficiente para indicar que habían abandonado las aguas protegidas de la ría y se adentraban en mar abierto. Sterling amplió su postura, con las botas de mar calzadas contra los costados de la pequeña cabina del barco.

Sands comenzó a tantear el terreno en busca del cuchillo, pero pronto quedó claro que, dondequiera que hubiera caído, estaba fuera de su alcance. Sin embargo, cuando la embarcación empezó a balancearse de nuevo, volvió a intentarlo y, por fin, con cierta incredulidad, lo localizó. Luego tardó un rato en darle la vuelta y encontrar una posición en la que la hoja presionara contra la cuerda y la cinta que envolvía sus manos. Tuvo que detenerse varias veces al ver que Sterling la miraba para comprobar que seguía allí, pero su cuerpo ocultaba lo que hacía con el cuchillo.

Le dolían las muñecas mientras retorció las manos todo lo que podía para inclinar el cuchillo. Se le cayó dos veces y tuvo que rebuscar detrás de ella para encontrarlo de nuevo. Todo su cuerpo gritó en señal de protesta, pero por fin encontró la forma de sujetarlo y pudo utilizar las vibraciones del motor para ayudarse a cortar las ataduras. Estaba progresando. Empezó a pensar en lo que haría si pudiera liberar sus muñecas. Se dio cuenta de que también tenía que liberar las piernas. De lo contrario, sería fácil para él dominarla de nuevo. Pero parecía posible. La atención de Sterling estaba centrada en dirigir el barco. Ella solo tenía que luchar contra el dolor, seguir presionando el cuchillo contra la cuerda.

Entonces llegaron a su destino. Sterling apagó el motor.

El ruido había sido tan fuerte que Sands no se había dado cuenta de cómo había ahogado todo lo demás. En ese instante todo volvió a su conciencia: el chapoteo del agua, el susurro del viento alrededor del barco. Y luego Sterling, una flemática tos y un balbuceo para aclararse la garganta.

—Quizá te preguntes qué hacemos aquí —rompió el silencio por primera vez en al menos media hora. Se agachó, preparándose para algo. Luego hizo girar bruscamente la silla para que ella quedara boca arriba. Después, con un poco de esfuerzo, la empujó hacia la parte trasera de la barca, lo que le permitió ver por encima de la popa por primera vez. Aún tenía las manos atadas, pero las cuerdas estaban casi cortadas. Tuvo que esconder el cuchillo en la manga. No tenía ni idea de lo visible que era, ni de si él estaba mirando—. Allí —se agachó un poco a la altura de

sus ojos y señaló por encima de la parte trasera del barco— está el Raz de Sein. ¿Sabes lo que es?

El barco se balanceaba en un oleaje enredado y torpe, incómodo pero no peligroso, y era evidente que se arrastraba hacia atrás por una corriente de marea hacia un mar muy diferente. A doscientos metros, quizá menos, la superficie del mar empezaba a agitarse con fuerza, y más allá se convirtió en una vorágine de aguas blancas, algunas olas quietas y otras que chocaban en ángulos imposibles. Aquí y allá rocas negras rompían la superficie, las corrientes se arremolinaban a su alrededor y a través de ellas.

—Es un paso marino con una de las corrientes de marea más traicioneras de Europa. Dos veces al día el agua corre por aquí a unos quince kilómetros por hora. —Tuvo que elevar su voz sobre el rugido del agua—. Igual no te parece mucho, pero hay una peligrosa red de rocas, la mayoría justo debajo de la superficie. Puedes navegar a través de él, por supuesto. Pero tienes que elegir el momento: la marea baja, cuando hay menos agua corriendo a través. Si intentaras atravesarlo ahora, con la marea alta, sería como navegar por un rallador de queso. —Simuló sufrir un escalofrío—. Cuando supe que venías pensé, ¿cómo me deshago de ti? Pensé en cortarte las manos como hice con el francés, pero ni siquiera Morel se tragaría que los Mancini habían vuelto. Y deshacerse de un cadáver es un proceso tan precario. —Inspiró entre dientes—. Entonces me di cuenta de que tenía esto a las puertas de mi casa, como quien dice. El lugar perfecto para deshacerse de un cuerpo.

La corriente los arrastraba hacia el paso marino, el barco y el agua a su alrededor se movían como uno solo y se formaban pequeños remolinos.

—Ni siquiera tendré que tomarme la molestia, o el riesgo, de desatarte. Si eso es lo que esperabas, una fuga dramática... —Se rio entre dientes—. Quedan tres horas de marea, te arrastrará por el paso. Las olas te golpearán contra las rocas y, si tienes suerte, te depositarán mar adentro. Si no tienes suerte, te dejará lo suficientemente lejos como para que cuando la marea cambie, arrastre de vuelta a tu cuerpo. —Se volvió de nuevo hacia ella—. A tu cuerpo ahogado, maltrecho y muerto, me refiero. —Se encogió de hombros—. En cualquier caso, no quedará ningún vestigio de esta silla. Si alguna vez sacan tu cuerpo del mar, no quedará nada para que puedan identificarlo. Durante un tiempo serás una desconocida. Y después caerás en el olvido.

Se rio un poco triste.

—Pero yo no te olvidaré, ángel. Por eso no te preocupes.

Se quedó callado mientras empezaba a girar la silla, con ella encima. La inclinó hacia delante para subir la silla al asiento trasero del barco. No era lo bastante ancho, pero metió la mano por detrás y arrastró una pesada caja de madera bajo las patas delanteras. Así, Sands se encontró frente a la popa del barco, pero mucho más arriba. No sintió miedo. Ahora que volvía a estar de espaldas a él, sacó el cuchillo y se concentró en terminar de cortar las ataduras. Ya estaba cerca, pero el tiempo apremiaba. Sintió que la hoja le rozaba los dedos, hizo una mueca de dolor, pero no cejó en su empeño de clavar el cuchillo en la dura cuerda.

—Bueno —dijo Sterling—, ¿quieres decir unas últimas palabras?

Sands no dijo nada; apenas lo oyó de lo concentrada que estaba.

—¿Nada que decir? Pensaba que eras mejor que eso. Tu hermana tampoco dijo mucho cuando la degollé. —Volvió a soltar una carcajada, pero aún parecía triste—. ¿Sabes? A veces me pregunto si debería haber hecho esto hace mucho tiempo, sacarte de tu miseria a la vez que lo hice con tu madre. Siempre fuiste tan desgraciada que parecías hasta desafortunada, ¿lo sabías? No sé, tal vez la culpa fue mía. A lo mejor fui un egoísta. Quería mantenerte con vida porque me

gustabas. Eras como yo...

De repente, el cuchillo se enganchó en los últimos hilos de la cuerda y, con un achaque de sorpresa, Sands sintió que sus manos se liberaban. Sin embargo, al hacerlo, el mango del cuchillo se le escapó de las manos. Ahora estaban rodeados por el rocío y el rugido del agua mientras la barca era arrastrada hacia el paso marino por donde corría la marea. El cuchillo cayó al suelo de la cabina, repiqueteando contra el plástico. Sterling lo vio de inmediato. Por un segundo se le desenchajó la cara, pero luego volvió a sonreír.

—Bueno, bueno. —Usó su bota para tirar del cuchillo hacia él, fuera del alcance de Sands—. ¿Te las has arreglado para liberarte las manos? Siempre fuiste una luchadora nata. Pero no te va a servir de nada.

Se agachó para recoger el cuchillo, y por un momento pareció paralizado por la sangre de las muñecas de Sands. Luego se limitó a observarla. El ruido a su alrededor había aumentado; Sands podía ver con su visión periférica que ahora estaban al principio del paso marino. Si Sterling no arrancaba el motor y empezaba a alejarse, ambos serían absorbidos por la corriente. Él también parecía saberlo.

—Ya es hora, ángel. Ojalá hubiera otro final.

—Lo hay —empezó a decir Sands, arrancándose la cinta de las manos. Se abalanzó sobre él, los músculos de los hombros ardiendo de dolor, pero también impulsados por la fuerza de su determinación—. Es esta.

Por un segundo pareció que lo conseguiría. Intentó apuntar con los pulgares a las pupilas de sus ojos, pero solo había podido soltar las muñecas, no la segunda atadura de cuerda y cinta que él había enrollado alrededor de la parte superior de su cuerpo. Y cuando sus hombros agotaron todo el rango de movimiento que tenían, sus manos se balancearon inútilmente frente a él. Lo único que tenía que hacer para evitarla era dar un paso atrás.

Pero fue suficiente. Vio cómo cambiaba la expresión de su cara. De frío y tranquilo odio a miedo. Sorpresa y conmoción, y un momento de pánico cuando resbaló y se cayó hacia atrás en la cabina.

Sands se recuperó primero, pero estaba colocada de forma tan precaria, en lo alto de la parte trasera de la barca, que no tenía nada a lo que agarrarse. La silla empezó a balancearse hacia atrás, el bote rodaba y se retorció cada vez más a medida que el agua a su alrededor se picaba. Frente a ella, rodando por el suelo, Sterling se echó a reír al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Sands también lo sabía, pero no pudo hacer nada. La silla seguía balanceándose, rodando hacia atrás. Levantó los brazos hacia los lados, todo lo que pudo, en un intento de estabilizarse, pero ya era demasiado tarde. La risa de Sterling la siguió mientras su vista giraba hacia arriba, hacia el cielo, y luego hacia atrás, hacia el océano hirviente. El rugido del agua no fue suficiente para enmascarar la risa de su padre que sugería tanto la sorpresa de que su hija tuviera las manos sueltas como la certeza de que aquello no cambiaría nada. Entonces Sands cayó al agua, que no tardó en cerrarse sobre su cabeza. Primero translúcida, luego verde. Y finalmente un negro amargo y salado.

Durante unos segundos intentó contener la respiración. Pero entonces no tuvo más remedio que inhalar.

Continuará...

El cuarto y último libro de la serie Erica Sands estará a la venta dentro de unos meses. Hasta entonces, si quieres seguir leyendo aquí te dejo un extracto de mi novela **La isla de los ausentes** que es la primera de una serie completa de cuatro entregas y por la que hemos firmado un contrato de adaptación para una serie televisiva.

MUCHAS GRACIAS POR LEER
LA CAZA

Si te ha gustado, te animo a que escribas una reseña en Amazon. Si eres como yo, de los que siempre lee las reseñas antes de decidirme a comprar un libro, entenderás la importancia que tienen. Te lo agradezco de antemano.

[Valora la novela en Amazon](#)

Además, tu opinión es muy importante para mí.

También te invito a que te unas a mi grupo de lectores en [Facebook](#), ¡te esperamos!

PRIMERA NOVELA DE LA SERIE
ISLA DE LORNEA

**GREGG
DUNNETT**
**LA ISLA
DE LOS
AUSENTES**



**Un asesinato sin resolver. Una remota isla.
Un oscuro pasado.**

La infancia de Billy Wheatley se ve interrumpida por la desaparición de una joven turista. Billy sabe que no debería involucrarse pero no puede resistirse. Después de todo, nadie conoce mejor que él las playas, los acantilados y las cuevas de su isla. Además, Billy fue la última persona que vio a la joven viva.

Sin temor al peligro que vaya a encontrar, Billy comienza a destapar pistas que le cambiarán la vida. Pronto, lo que comienza como una inocente investigación se convierte en un peligroso asunto de mentiras y secretos familiares ya que el culpable no es sólo alguien a quien conoce, sino una de las pocas personas en quien creía poder confiar.

Billy cree que puede resolver el caso, pero ¿escapará con vida de su enfrentamiento con un despiadado psicópata?

[Ya a la venta en Amazon](#)

La isla de los ausentes es un thriller de suspense y misterio psicológico con más de 100.000 copias vendidas y miles de reseñas internacionales de cinco estrellas. Es la primera entrega de una serie de cuatro novelas de suspense por fin disponibles en español.

A continuación puedes leer el primer capítulo de **La isla de los ausentes...**

LA ISLA DE LOS AUSENTES - CAPÍTULO UNO

Veo el cuerpo desde la ventana de mi habitación. Yace en mitad de la playa, probablemente lo arrastró la marea durante la noche. Es lo único que interrumpe la plateada arena de la orilla y no tengo duda alguna de lo que es, incluso desde aquí lo tengo claro. Es curioso, siempre he sabido que, viviendo donde vivo, algún día vería algo así. Lo ponen a menudo en las noticias de la televisión: «Aparece un cadáver en la orilla de tal playa, todo indica que ha sido arrastrado por la marea». Y por fin hoy he encontrado el mío.

Agarro los prismáticos. Son grandes, capaces de aumentar la imagen hasta 10 veces y pesan tanto que me resulta difícil mantenerlos firmes. Por eso, aunque los aprieto con fuerza contra el cristal de la ventana, lo único que logro ver son fragmentos desiguales de piel, una fantasmagórica mancha blanca en el vientre y un color rojo intenso donde una herida le corta el dorso. Es una joven. Eso sí alcanzo a verlo. Tendida en un charco de sangre y agua salada. Yace muerta en medio de la playa, de mi playa.

De repente soy consciente de mi respiración por las pequeñas nubes de vaho que se forman cada vez que expulso aire por la boca. ¿Podría ser mi imaginación? Tal vez estoy dormido y esto no es más que un sueño. Pero el resto de la habitación parece real. El armario está abierto y veo mi uniforme escolar colgado dentro. Los pósteres de mi habitación son los correctos: la tabla periódica y mi lista de «Peces de mar» con todos los nombres en latín. Me fijo en este último, no estarían escritos correctamente si estuviera soñando porque no me los sé todos de memoria. Escojo uno al azar: Lubina estriada «*Morone saxatilis*». Definitivamente, no estoy soñando.

Miro de nuevo por los prismáticos. Esta vez noto las gaviotas. Algunas revolotean sobre el cuerpo; otras se posan con tranquilidad, como si fuera una roca nueva que brotó durante la noche. Entonces noto que no solo están de pie, sino que se inclinan, picoteando. Desgarrando trozos de carne. Veo a una moviendo el pico directamente en el ojo. Suelto los prismáticos y pienso.

Debería decírselo a papá. Sé que debería hacerlo. Pero algo me hace dudar. Últimamente está de un humor bastante raro. Se enfada por tonterías. La playa va a estar llena de policías y de periodistas, y papá odia a esa gente. Si se lo cuento igual le da por insistir que no nos metamos en esto. Incluso igual dice que pasemos la mañana en casa y entonces no podré examinarla. ¿Y con qué frecuencia tengo una oportunidad así? Para alguien como yo esta es una ocasión increíble. Quiero decir, también es triste, por supuesto, pero no sirve de nada ponerse sentimental con estas cosas. Por encima de todo, es una oportunidad que no se debe desperdiciar.

Así que, aunque me siento un poco culpable, concluyo que no se lo voy a contar a papá.

Me llamo Billy, por cierto. Tengo once años, pero soy un poco más interesante que la mayoría de los chicos de once años. Bueno, eso juzgando por los que van a mi instituto. Estoy seguro de que estarías de acuerdo si los conocieras.

Afortunadamente, hoy es sábado y no hay clases. Tenemos una rutina bastante establecida para los fines de semana. Lo primero, papá va a hacer surf por la mañana temprano ya que luego se llena y no le gusta mezclarse con la gente. Yo voy con él pero nunca hago surf. Eso requeriría meterse en el agua y yo no me meto al agua. No obstante, no me quedo en el coche esperándolo. Eso sería bastante aburrido. Siempre tengo muchos proyectos en marcha. Como mi proyecto de

la cabaña, por ejemplo. La construí el año pasado, con materiales que a papá le habían sobrado del trabajo. Está en el bosque detrás de las dunas pero estoy seguro de que no la encontrarás porque pinté las paredes de camuflaje. Tardé un siglo en terminarla. Resulta que no se puede comprar pintura de camuflaje; en realidad tiene sentido cuando lo piensas, ya que los colores se mezclarían en la lata. Bueno, de todos modos, ese fue mi proyecto del año pasado. Ahora tengo otros que son aún mejores.

Pero, obviamente, hoy no estoy pensando en mis proyectos. Hoy hay un cadáver en la playa. Decido que tengo que despertar a papá y salir de casa lo más rápido posible. Así puedo ser el primero en llegar. Tal vez sea yo quien la descubra.

Papá suele levantarse después que yo. Baja y se hace un café. Si no llueve o hace demasiado viento, se lo toma afuera. Se coloca en nuestro pequeño jardín en la cima del acantilado y mira hacia la playa para decidir dónde hacer surf. Si hay un buen oleaje vamos a nuestro extremo de la playa, cerca del acantilado, porque las olas aquí son más pequeñas y menos potentes. Pero si no hay mucho oleaje vamos a Silverlea, el pueblo que está en medio de la bahía. Allí, la playa está más expuesta al océano. Y claro, si no hay nada de olas o si el viento sopla demasiado fuerte, entonces no vamos a hacer surf. Y eso sí que es un rollo porque significa que papá se pasará todo el día de mal humor.

En casa vivimos solos papá y yo. No tengo hermanos ni hermanas. Ni madre o, al menos, ya no. Y, después de lo que pasó con los pollitos de gaviota, papá no me deja tener mascotas. Así que estamos solos los dos. Y hemos vivido aquí, en nuestra casa en lo alto de un acantilado desde que tengo uso de razón.

Decido que esta mañana haré yo el café. Y lo hago de una manera realmente ruidosa para despertar a papá, cerrando los armarios con portazos y revolviendo los cubiertos para coger la cuchara. Necesito que se dé prisa si quiero ser yo quien descubra el cuerpo.

Tenemos una de esas cafeteras plateadas donde pones el café en el medio y con dos partes que se enroscan. No estoy seguro de cuánto café poner pero sé que a papá le gusta fuerte, así que lo lleno hasta arriba. Al poco tiempo, la cafetera empieza a silbar y a echar espuma y la cocina empieza a oler a café. Cojo una taza para papá y cierro la puerta del armario con otro portazo. Oigo a papá arriba en el cuarto de baño, echando un chorro largo como todas las mañanas. Cuando finalmente termina, grito hacia arriba.

—¡Papá, café!

Luego salgo al jardín para echar otro vistazo. Todavía está allí, nadie la ha descubierto. Pero me doy cuenta de que hay otro problema, las olas. Hoy son pequeñas. Eso significa que papá querrá ir a Silverlea donde las olas serán más grandes. Normalmente no me molestaría porque mis proyectos están bien distribuidos por toda la zona por lo que no me importa ir a donde quiera papá. Pero el cuerpo está aquí, en nuestra playa. Si vamos a Silverlea, tendré que caminar todo el camino de regreso y corro el riesgo de que alguien la descubra mientras voy de camino. No quiero que eso suceda. Quiero ser yo el que la descubra.

Así que cuando papá sale a reunirse conmigo, café en mano, ya estoy pensando en una forma de resolver el problema. Lo miro con cautela. Anoche llegó tarde y creo que debió beber bastante porque tiene cara de resacoso.

—¿Por qué has hecho tanto ruido esta mañana, Billy? —papá se frota los ojos—. Pensé que te estaban matando en la cocina o algo así. —Se ríe y toma un sorbo de café—. ¡Dios! Esto es gasolina pura —exclama. Frunzo el ceño porque no estoy seguro de si eso es bueno o malo.

Papá pone la taza en la tapia del jardín. Luego bosteza y estira los brazos. Lleva unos

vaqueros viejos y una camiseta que se le levanta un poco, lo suficiente para que se le vean los músculos de la tripa. Todavía se le nota el moreno del verano incluso ahora al final de la temporada. A pesar de que la hierba está mojada por el rocío, va descalzo. Él no nota el frío.

Nos quedamos en silencio un rato observando las vistas. Justo delante de nuestra tapia está el viejo camino del acantilado. Lo cerraron hace un tiempo porque se volvió demasiado peligroso, pero yo todavía sé de un camino hacia abajo. Pasado el viejo camino hay un gran acantilado sobre la playa, que tiene siete millas de largo y se extiende más allá de la ciudad de Silverlea, hasta Northend. Hacia la derecha se ve el bosque. A la izquierda es solo océano. La verdad es que tenemos una vista increíble desde nuestro jardín.

—Tiene buena pinta, ¿no? —dice papá, cogiendo su café de nuevo.

Quiere decir que las olas parecen buenas. Desde aquí arriba puedes verlo todo pero papá solo se fija en las olas. Por eso creo que mi plan funcionará. Espero unos instantes antes de hablar; le dejo que estudie lo que pasa bajo nosotros. Observa cómo las olas entran en la playa.

Las olas que ves cuando vas a la playa no son siempre del mismo tamaño. Vienen en grupos o conjuntos. Por eso en un momento determinado puede parecer que las olas son realmente grandes pero luego, al rato, parecen ser mucho más pequeñas. En este preciso momento, mientras dejo que papá mire, son bastante grandes. De hecho tengo suerte, es probable que sea la ola más grande que he visto en toda la mañana. Perfecto para mi plan.

—Son grandes —digo con la mayor naturalidad posible—. Parecen pequeñas ahora, pero justo antes de que salieras eran bastante grandes. Yo voto por que vayamos a Littlelea.

Si papá lo hubiera observado tanto tiempo como yo le habría sido obvio que estoy mintiendo. Está claro que el surf será mejor en Silverlea, donde la playa está menos protegida. Littlelea es donde está el cuerpo, así que necesito que decida ir allí. Y para eso tengo que convencerle de que las olas son más grandes de lo que realmente son.

Papá no responde de inmediato. Estamos de pie, juntos, mirando hacia el océano. El cuerpo es lo suficientemente visible para cualquiera que lo estuviera buscando, pero él no está mirando hacia la playa. Sus ojos escanean el horizonte, observando cómo los pequeños bultos que asoman por el horizonte se transforman en olas según se acercan. Espera, sorbiendo su café. Y es paciente. A medida que pasan los minutos las olas que habían entrado desaparecen y el mar vuelve a estar llano. Hago lo posible por parecer sorprendido.

—Me parecen pequeñas —dice papá finalmente con una nota graciosa en su voz—. ¿Te encuentras bien, Billy? —Se vuelve hacia mí y, por un momento, me preocupa que se vaya a poner de uno de sus extraños estados de ánimo. Pero está sonriendo—. Venga, nos vamos a la ciudad. Y ya de paso desayunamos después.

La ciudad es lo que llamamos Silverlea. Así que vamos a tener que conducir más de dos kilómetros hacia el norte, más allá del cuerpo y luego tendré que caminar todo el camino de vuelta hasta Littlelea para regresar hacia él. Obviamente estoy decepcionado. Aunque por lo menos, ir a desayunar después será un consuelo. Y no voy a hacer que cambie de opinión ahora, así que mejor asumirlo.

Papá se termina el café, hace una mueca y me mira.

—Salimos en cinco minutos —dice mientras entra en casa para terminar de vestirse.

Le sigo y una vez en la cocina me apresuro a apagar el ordenador portátil. Cojo los prismáticos, un cuaderno de notas por estrenar, mi cámara de fotos y lo meto todo en la mochila. Papá pasa junto a mí mientras me estoy poniendo las botas de caminar y me mete prisa. Mientras salgo, papá echa su traje de neopreno en la parte trasera de la camioneta. Aterrizo con un golpe

en la base metálica. Su tabla ya está allí; prácticamente permanece ahí todo el tiempo. Entonces dudo. Cuando está de buen humor me deja viajar en la parte de atrás a pesar de que sea técnicamente ilegal. Pero cuando está de mal humor tengo que ir delante con él, con el cinturón de seguridad abrochado y todo. Me arriesgo y subo por la parte de atrás sin mirarle a los ojos. Al principio no dice nada, simplemente abre la puerta de la cabina. Antes de entrar me dice: —Si nos cruzamos con la policía te agachas de inmediato.

Papá entra en la camioneta, al instante oigo el rugir del motor y la camioneta empieza a renquear. El olor a gasolina llena el aire. Bajamos por nuestro camino hacia la carretera principal y entonces papá comienza a bajar la colina, conduciendo rápido, invadiendo el carril contrario para suavizar las curvas.

La playa casi no se ve desde la carretera, solo se vislumbra entre los árboles. Luego, una vez que se cruza el río está bastante baja y las dunas la bloquean. Pero solo tardamos diez minutos en llegar y no nos cruzamos con nadie durante el camino. Me parece buena señal.

Llegamos a la ciudad por la parte de atrás y nos detenemos en la parte delantera del aparcamiento de la playa. La cafetería *Sunrise* está aquí al lado, allí es donde vamos a desayunar, pero todavía no ha abierto.

Aun así, no somos los primeros en llegar. Hay otros cuatro coches. Reconozco dos de ellos, son amigos de papá que también van a hacer surf. Supongo que los otros dos serán probablemente gente que ha ido a pasear a los perros. Espero que hayan caminado hacia el norte, hacia Northend y no hacia el sur hasta Littlelea donde está el cuerpo. Probablemente no se pueda ver el cuerpo desde aquí así que tengo esperanzas, pero no lo sabré hasta que baje a la playa.

—A las diez de vuelta —dice papá. Antes intentaba que fuera a hacer surf con él pero ahora ya ha desistido. Por fin ha entendido que yo no me meto en el agua.

—Vale —le contesto—. Hasta luego. —Me pongo en camino mientras se sienta en la plataforma de la camioneta para ponerse el traje de neopreno. No se molesta en taparse con una toalla ya que no hay nadie alrededor.

Camino rápidamente por el pequeño sendero hacia la playa. Al principio es fácil porque hay un paseo de madera pero luego se acaba y se me hunden los pies en la suave arena. Finalmente llego a las piedras. Hay una barra de rocas planas y grandes como platos. Cuando llego allí, me detengo y saco los prismáticos de la mochila. Incluso antes de enfocarlos del todo veo que algo va mal.

Hay gente en la playa. Justo al lado de donde está el cuerpo. Desde donde estoy no llego a ver quiénes son o qué están haciendo, pero es obvio que están allí parados.

Siento como la desilusión me invade. Es gente sacando a los perros. ¿Por qué no podían haber caminado hacia el otro lado? Fui yo el primero en ver el cuerpo hace más de una hora y quería ser yo el primero en llegar. Ahora ni siquiera sé si voy a poder verlo. Espero que la Guardia Costera llegue pronto para acordonar la zona. O la policía. Estos días hay un montón de policía por toda la ciudad.

Me quedo allí un rato, esperando a que se me pase el disgusto; en realidad no me dura mucho. Después de todo, quien sea que esté allí no va a poder mover el cuerpo, es un poco grande para eso. Supongo que podrían tratar de acordonarlo, pero tampoco hay señales de eso, al menos de momento. Si me doy prisa igual todavía pueda examinarlo. Solo necesito darme prisa en llegar.

Me pongo de nuevo en marcha, caminando justo al lado de la marca de la marea alta. Es el mejor lugar para andar porque la arena está dura y plana. Además, a veces, encuentras cosas que

ha traído la marea, lo cual es una ventaja. Pero hoy no estoy mirando hacia abajo. Mantengo los ojos enfocados hacia adelante, tratando de distinguir los detalles a medida que me voy acercando. Al rato, cuando ya estoy a mitad de camino, veo un coche de policía conduciendo lentamente por la playa hacia donde yace el cuerpo. Resoplo y suspiro.

Sé lo que estarás pensando, no es normal que un niño de once años quiera examinar un cadáver en la playa. Pero como ya dije, no soy como la mayoría de los niños de once años. Quiero decir, probablemente, algunos de los chicos del instituto querrían hacerse un selfi o alguna estupidez parecida. Pero yo no quiero hacer nada de eso. Estoy interesado porque quiero estudiarlo, como buen científico que soy.

Si sabes algo acerca de Silverlea, si has estado de vacaciones aquí o algo así, puede que también te sorprenda que un coche de policía llegue tan rápido y tan temprano por la mañana. Pero así están las cosas ahora. Este otoño están por todas partes. Se debe a la chica. La que sale en las noticias. Y si tienes en cuenta que no se trata solo de las noticias locales de la isla, sino de las noticias nacionales, junto con las historias sobre el presidente y los terremotos y demás, ya te puedes imaginar cómo lo estamos viviendo aquí. Está toda la isla obsesionada con el tema. ¿Cómo puede ser que una adolescente desaparezca así sin más? No parece posible.

Yo conocí a la chica que desapareció: Olivia Curran. Mira, igual te lo cuento ahora y todo, ya que incluso a paso ligero me llevará un tiempo llegar hasta allí. Estaba alojada en uno de los chalés de los que se encarga papá. Había venido de vacaciones con su familia: su madre, su padre y su hermano. Estaban en uno de los chalés de *Seafield*. Son los más caros, a pie de playa y con vistas al mar desde todas las habitaciones. De hecho, están justo al lado del aparcamiento donde dejamos el coche esta mañana.

En realidad no tenía que haberla conocido. Yo estaba en el chalé de al lado cuando llegaron. Estaba arreglando la wifi porque los huéspedes de la semana anterior se habían quejado de que se caía mucho. Esa es otra cosa que hago, configuro la wifi para todas las casas de vacaciones que administra papá. El Sr. Matthews, el jefe de papá, sabe que se me dan bien los ordenadores y por eso me deja.

Total, que acababa de terminar de arreglar el problema cuando llegaron. Tenían un todoterreno, o un cuatro por cuatro o algo así, con bicicletas en la parte trasera y varias maletas en la baca. No hablé con ellos, por supuesto. Todos los chalés de *Seafield* son independientes y cuando llegan los invitados obtienen la llave de una caja de metal atornillada a la pared y con una cerradura de combinación. Así que simplemente les ignoré como de costumbre. Al rato decidí coger un aperitivo del almacén. Hay una pequeña caseta de piedra en el patio de los chalés donde guardamos la ropa de cama de repuesto, los recambios de toallas y también hay pequeños paquetes de galletas para las bandejas de bienvenida que ponemos. Total, que ahí iba yo con mi portátil, de camino al almacén para coger galletas. Y ahí fue cuando me debió haber visto. Porque según salía del almacén, todavía con el portátil abierto, la chica venía caminando hacia mí desde su chalé.

—Perdona —me dijo, sonaba un poco insegura—. ¿Te alojas aquí al lado o algo así? Acabamos de llegar y no conseguimos que funcione la wifi.

No le contesté. No podía, tenía una galleta en la boca.

—Es que te he visto con el portátil. Me preguntaba si tal vez habías conseguido que funcionara. —Tenía el pelo rubio recogido en una cola de caballo, pero algunos mechones se habían escapado y movió la mano para apartarlos de sus ojos.

—Bueno, no te molestes, olvida que te he preguntado —dijo y comenzó a darse la vuelta.

Aproveché para sacarme la galleta de la boca.

—Vivo aquí. No necesito alojarme aquí. Configuro la wifi para los chalés del Sr. Matthews. La chica se volvió y me miró de arriba abajo un poco dudosa.

—Ah, genial. Pues me vas a venir bien, creo. Ya que no parece funcionar. —Se detuvo y sonrió. Tenía una sonrisa bonita.

—Sí que funciona. Lo acabo de arreglar —le dije.

—Pues... bueno, acabo de intentarlo y a mí no me funciona.

—¿Has puesto la contraseña? —le pregunté. Los turistas son bastante inútiles, por lo que ponemos instrucciones para todo en las carpetas de bienvenida, incluso cosas tan sencillas como cómo encender la cocina eléctrica—. Está en la carpeta de bienvenida que encontrarás en ...

—Sí, ya la he encontrado. Se conecta bien, pero enseguida se cae.

Aquello me molestó porque acababa de tener el mismo problema en el otro chalé y pensaba que lo había solucionado.

—¿Has cambiado las configuraciones? —pregunté, un poco esperanzado.

—No. Por supuesto que no. —Me echó una mirada graciosa—. Acabamos de llegar.

Fruñí el ceño. Si no hubiera ido a buscar una galleta no me habría atrapado. Pensé en ir al chalé número dos e intentar conectarme desde allí, pero probablemente trataría de venir conmigo. Y sería más rápido si pudiera conectarme directamente a su rúter.

—Tengo que entrar y conectarme al rúter. ¿Te parece bien? —Una parte de mí esperaba que dijera que no, pero no lo hizo. La chica, en aquel momento aún no sabía que se llamaba Olivia, movió el brazo de una manera muy elaborada, como si estuviera haciendo teatro o algo así.

—Estás en tu casa.

De verdad que tenía una sonrisa preciosa.

El rúter en el chalé número uno está en el aparador junto a la mesa de la cocina. Vi de inmediato que la luz parpadeaba en naranja cuando debería haber estado brillando en verde. Los chalés de *Seafield* tienen el salón y la cocina juntos y el padre de la chica estaba allí, guardando comida en la nevera.

—¡Hola! —me dijo según entraba, pero no tuve que decir nada porque la chica respondió por mí.

—No pasa nada, solo está aquí para arreglar la wifi.

Puse mi portátil sobre la mesa y busqué en la mochila el cable de red.

El padre siguió guardando más cosas en la nevera pero noté que quería decir algo. Finalmente lo hizo.

—Eres un poco joven para arreglar ordenadores —soltó. Tenía esa voz que los mayores utilizan cuando quieren ser condescendientes hacia los niños. Me giré un poco para darle la espalda y no le contesté.

—Sabes, no importa si no consigues que funcione —continuó—. De todos modos, vamos a estar en la playa todo el día, ¿verdad, Olivia?

—¿Cómo? Sí, sí que importa —interrumpió la chica—. Puede que para ti no sea importante pero este lugar se anunció como que tenía wifi. ¿Qué pasaría si en el anuncio hubiera puesto que tenía bañera y llegas aquí y no hay bañera? Te molestaría, ¿verdad?

—Vale —le dije. No quería oírlos discutir—. Esto pasa a veces, pero si reinicio desde el panel de control se resuelve el problema. —Creo que sonaba más seguro de lo que en realidad me sentía ya que no entendía por qué seguía fallando así.

—Vaya, me vas a dejar de piedra si tienes razón. Y Olivia te estará muy agradecida. —Hizo

una pausa y esperé a que se fuera, pero siguió llenando la nevera—. Entonces ¿eres el experto en informática de Silverlea? —lo dijo insinuando que era el nombre de un trabajo real o algo así—. ¿Lo oyes, Will? —levantó la voz, tratando de llamar la atención de un chaval de unos catorce años que estaba en el otro extremo de la sala, toqueteando la televisión. El padre se volvió hacia mí—. Difícilmente podemos sacar a William de la cama por las mañanas, ¡mucho menos que tenga un trabajo responsable! —El padre se rio y aproveché la oportunidad para ignorarlo.

Abrí el panel de control en la pantalla de mi portátil y vi que tenía razón, una de las configuraciones no funcionaba. Tenía fácil solución, pero no sabía por qué seguía sucediendo. Lo arreglé y me dije que tendría que mirar el problema en Google más tarde. A continuación, reinicié el router. Quería salir de allí de inmediato, pero sabía que debería esperar hasta que se conectase de nuevo, solo para asegurarme de que por fin funcionaba.

—Entonces, ¿qué hace la juventud aquí para divertirse? —me preguntó el padre con su voz de «simpático».

No me gusta cuando los turistas me hacen preguntas como esta. Como ya dije, soy bastante diferente, por eso me resulta difícil saber qué le gusta hacer a «la juventud». Me acuerdo aquella vez que un turista me preguntó y comencé a contarle sobre mi proyecto de contar huevos de gaviotas de lomo negro en los acantilados. Me miró como si estuviera loco. Traté de decirle que son las gaviotas más grandes del mundo, con una envergadura del tamaño de un águila, pero vi por la cara que puso que pensaba que era un raro. Así que no iba a contarle al Sr. Curran mi proyecto de cangrejos. Pero tuve un momento de inspiración. Me acordé de los carteles que había visto por la ciudad.

—Está la discoteca del Club de salvamento y socorrismo, es el sábado que viene —dije—. Hacen un baile por el final del verano todos los años.

—Ah. La discoteca del Club de salvamento y socorrismo—dijo el padre, como si ese fuera el tipo de evento que esperaba que tuviera lugar en un pueblo pequeño—. Lo ves, Olivia, te dije que habría cosas que hacer.

Ella puso los ojos en blanco, pero se volvió hacia mí.

—¿Hay que comprar entradas? —me preguntó y me sorprendió que sonase tan interesada.

—No lo sé. —Sabía que yo no necesitaba entrada, ya que vivo aquí. Pero no tenía ni idea de lo que tenían que hacer los turistas. Sin embargo, me libré de tener que responder porque en ese momento se encendió la luz verde del router.

—Míralo en Internet —le dije a la chica. Tenía el móvil en la mano. Lo había tenido sujeto todo el tiempo, como si no pudiera esperar para conectarse. De inmediato, comenzó a tocar la pantalla.

—Oye, funciona —dijo, sin levantar la vista. Durante un minuto, continuó, escribiendo algo en la pantalla con los pulgares. Luego levantó la vista de repente.

—Aquí lo tienes. Discoteca de fin de verano del Club de salvamento y socorrismo de Silverlea. Entradas disponibles por adelantado o en la puerta.

Luego me miró con una gran sonrisa en su rostro.

—Genial, gracias.

Era realmente guapa cuando sonreía.

Le conté todo esto a la policía, excluyendo la parte de que era guapa claro, eso por supuesto me lo callé. Aun así, me preocupaba que me hubiera metido en problemas. Después de todo, si no hubiera ido a la fiesta esa noche no habría desaparecido de la discoteca. Pero la inspectora que me tomó declaración no pareció pensar que fuera importante. Dijo que Olivia probablemente se

habría enterado de lo de la discoteca de todas maneras, por todos los carteles que había por la ciudad. Pero no era muy buena. No debía serlo ya que no se dio cuenta de que le mentí.

Supongo que eso explica por qué desde el principio me he sentido algo involucrado en todo el asunto de Olivia Curran.

* * *

Ya estoy bastante cerca del grupo en la playa. Ha aumentado durante el rato que me ha llevado caminar hasta aquí. Hay un coche de policía y un 4x4 de la Guardia Costera estacionados a cada lado del cuerpo. Y así de cerca, las heridas son bastante impactantes ya que atraviesan la piel dejando ver una gruesa capa de grasa. Me acerco para observar mejor las heridas. Quiero ver qué pudo haber causado su muerte.

—Hola, Billy —grita una voz y alguien se para frente a mí tratando de pararme el paso.

[Consigue tu copia en Amazon](#)

OTRAS OBRAS DE GREGG DUNNETT

Serie Isla de Lornea

[La isla de los ausentes](#)

[El club de detectives](#)

[Misterio en las cuevas](#)

[La playa de los dragones](#)

Novelas

[El secreto de las olas](#)

[La torre de sangre y cristal](#)

[Entre sombras](#)

Serie Inspectora Erica Sands

[La Cala](#)

[La Fuga](#)

AGRADECIMIENTOS

Lo primero de todo quiero agradecer a todos mis lectores, los que me siguen desde el principio y los que he ido adquiriendo según publicaba novelas. Vuestro apoyo y ánimos son cruciales para que me levante cada día con ganas de escribir.

En especial, también quiero agradecer a mis lectores cero. Tengo la suerte de contar con un estupendo equipo que me ayuda a mejorar mis novelas y que pescan los errores que he cometido. En esta novela han colaborado Julio Turell de Uruguay, Resu Chacón de Sevilla, Maite Martín y Rosa Muñiz de Asturias, Yolanda Castillo de París, Jimena Cernich de Argentina, Félix Millán y Esther Pérez Hermo de Galicia, Rafaela Svarzman de Alicante y José Lagartos de Gran Canaria.

¡Muchísimas gracias a todos!